



LEONARDO PATRIGNANI

UTOPIA

LA ÚLTIMA ENTREGA DE LA SAGA DE *MULTIVERSO*

La realidad en que viven Alex, Jenny y Marco, a sus dieciocho años, es bastante cómoda: una nueva vida alejada de aquel dramático recuerdo del 2014 que ahora está oculto en su alma. Pero el refugio seguro en el que han crecido esta vez es apenas una de las caras del dado, una de las múltiples realidades del Multiverso.

En otros lugares, o en otros tiempos, sus cuerpos han envejecido y el mundo se encuentra bajo la tiranía de alguno que teme el poder de estos chicos. Ellos han atravesado las dimensiones paralelas, han abarcado los confines del tiempo excavando en el pasado. El sentido de su viaje está a punto de serles revelado. Su memoria es la única esperanza que queda.



Leonardo Patrignani

Utopía

Trilogía Multiverso - 3

ePub r1.0

3L1M4514513.05.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Multiversum. Utopia*
Leonardo Patrignani, 2014
Traducción: Juan Carlos Gentile Vitale
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Elena y Alberto,
los guardianes de mi felicidad.

Llegará un día en que el hombre despertará del olvido y finalmente comprenderá quién es de verdad y a quién ha cedido las riendas de su existencia, a una mente falaz, mentirosa, que lo hace y lo mantiene esclavo... El hombre no tiene límites, y cuando un día se dé cuenta, será libre también aquí, en este mundo.

GIORDANO BRUNO

Nuestros éxitos y nuestros fracasos son inescindibles entre sí, igual que la materia y la energía. Si se los separa, el hombre muere.

NIKOLA TESLA

PRÓLOGO

En otra parte, hace un tiempo, fue el duro y frío asfalto. Fueron los faros de las furgonetas que aparecían de repente del fondo de aquella lengua de tierra serpenteante en medio del bosque. Fueron los frenos de un todoterreno que chirriaban sobre la reluciente capa de alquitrán.

Y luego el grito de un hombre, la orden de bajar de inmediato del vehículo. Los brazos de Alex, Jenny y Marco levantados en señal de rendición, las miradas de impotencia frente a la hilera de luces y armas a pocos metros de ellos.

Después, los disparos.

Bajo la mirada de asombro de la luna, en una noche que decretó el fin de la carrera, una mujer presencié la escena al abrigo de un árbol; luego huyó lejos del horror. El ruido de aquellos tres cuerpos caídos no desaparecería de su mente. Atormentaría el sueño de Anna durante muchísimo tiempo. Escapó lo más lejos posible, con la gatita asustada cogida por el cogote y las probetas con el genoma de los muchachos a recaudo en un bolsillo de la chaqueta.

En otra parte, gracias a ella, la vida pronto recomenzaría.

En las infinitas bifurcaciones del Multiverso, entre los múltiples pliegues del espacio y el tiempo, debía de haber un sitio en que crecer y vivir con tranquilidad. Un rincón protegido, para que la noria volviese a girar.

El primer gemido. El primer llanto. Las primeras respiraciones en un mundo nuevo, muy distante de aquellas armas, de la hipocresía de una sociedad de esclavos sin conciencia.

Del gélido, despiadado y letal asfalto.

Capítulo 1

Sam-en-Kar, año 381 C. S.

Estación del Sol, día 38

Hoy hay demasiada luz.

Es casi cegadora, tendré que cerrar los postigos y sacar algunas velas.

Ayer oí que el tío y mamá hablaban entre sí. De mí. Estaban en el campo, sembrando, no me vieron. Desde detrás de la encina, donde me encontraba sentado con mi libro entre las manos, lo oí todo.

—¿Cómo es posible que sea tan inteligente? —decía el tío, con su vozarrón grave, ronco.

—No lo sé —respondía mi madre. O quizá debería decir mi madre adoptiva, confiando en que nunca lea este diario porque, la conozco, se entristecería—. Nunca he visto a un niño capaz de programar todo el ciclo de las estaciones, de las cosechas y de las Eras. Tiene un conocimiento de las matemáticas fuera de lo común.

Luego, otra vez mi tío.

—Y lo ha calculado hasta el año 600...

Y ella, más extrañada que orgullosa.

—Más de doscientos años de calendario... ¡y él aún no ha cumplido cinco! ¿Cómo lo hace? ¿Está poseído por algún espíritu maligno? ¿Deberíamos hablar con el Confesor?

No entiendo por qué mi familia se avergüenza o se asombra de mis capacidades. Cuando oigo semejantes conversaciones, y no es la primera vez, me pregunto si todo esto es justo. Yo no hago ningún daño. Lo sé, los otros niños no son como yo. Tal vez quisieran tener un hijo normal, que jugara toda la tarde, abajo, en el río, y solo pensara en arrojar guijarros al agua lo más lejos posible.

A sus ojos soy pequeño. Siempre esta palabra: pequeño. La usan todos, pero ¿qué significa? Pequeño en estatura, de acuerdo. No puedo rebatirlo. Pero, en mi opinión, el pensamiento tiene profundidad, no estatura. Todos los amigos de papá, que trabajan en los campos o en las tiendas del pueblo, son robustos y de elevada estatura, pero de escasa capacidad de análisis. Como mucho, pueden tener en mente las cuentas de la familia, los costes de producción o los datos de la última cosecha. Cuando observan el cielo, piensan que todas las estrellas que componen una constelación están en el mismo plano, a la misma distancia de nosotros. Creo que ni siquiera se dan cuenta del paso del tiempo, del desplazamiento de la Tierra respecto del Sol y los demás planetas. No saben mirar más allá de la próxima estación. Entonces, ¿debería ser yo quien los definiera como pequeños? Sencillamente, se dedican a las artes manuales. Así como yo me dedico al razonamiento y al cálculo. No es culpa mía si en estos cinco años me he vuelto bastante rápido al respecto.

De todos modos, estoy cansado.

Quisiera ver otros sitios, estoy seguro de que existen. Y conocer a toda clase de personas. Sam-en-Kar es un pueblo bonito, pero estoy harto de jugar siempre a las mismas cosas, de ver siempre las mismas caras. Nunca me han llevado a conocer el océano, por ejemplo. Lo he visto en numerosas pinturas, debe de ser maravilloso. Y las montañas, que observo de lejos, y en los días más hermosos descuellan con sus cumbres nevadas.

Pronto los otros niños vendrán a buscarme. Espero que mi madre les diga que estoy descansando. No tengo ganas de jugar. Solo tengo ganas de marcharme.

Algún día, espero.

Entretanto, ayer por la noche volví a tener ese sueño. Ese en el que pienso y hablo en otra lengua. Se repite desde hace demasiado tiempo. Ya no se lo cuento a mamá porque no quiero que, además de hacerme hablar con el Confesor, antes o después acabe por llevarme también al médico. Me lo guardo, es mejor.

Ha comenzado como siempre, pero esta vez ha continuado de otra manera. Al principio estaba en la acostumbrada habitación oscura y apretaba una serie de teclas para encender una hilera de tubos que proyectaban una luz de color azul claro, artificial. La luz iba a reflejarse de inmediato en tres cabinas de vidrio. Dentro de dos de ellas estaban los cuerpos de aquellos muchachos a los que sentía cercanos como hermanos, atados por un hilo invisible, una conexión energética, mental. Tenían los ojos cerrados. En un lado de la cabina había un número grabado, el 2014. En el sueño estaba seguro de que aquella cifra correspondía a un año. Y aquel año era el último. El último de un ciclo.

Hasta aquí, era el sueño habitual. Nunca había conseguido ver más allá. Ayer avancé. Deseé un buen viaje a mis amigos y abrí la puerta de la tercera cabina. La que estaba vacía. Me volví hacia una mesita donde había una jeringa. La cogí. Levanté la mirada para verme reflejado en el pequeño espejo de encima de la mesa, iluminado por la luz de neón. Me observé detenidamente. Era adulto, como las veces anteriores. Tendría unos veinte años. Por un instante me pareció que profundizaba en mis ojos y veía unas imágenes. Confusas.

Estaba sentado en el asiento trasero de un coche. En torno a mí todo se movía como a cámara lenta. Veía la roca, veía la tormenta. Oía los gritos. Luego aquella terrible sensación de caer en el vacío, un rumor sordo, y el regreso a la realidad. O mejor, al sueño. Al espejo. Mi pelo parecía de cartón piedra, los dientes rechinaban por la temperatura glacial de aquel sitio. Clavé la mirada y oí mi pensamiento, como si estuviera realmente hablando: «Despertaremos. Un día despertaremos. Y todavía estaremos vivos. Sé que funcionará». Luego decía, o mejor pensaba otra cosa, en aquella lengua que en el sueño me era tan familiar, pero todo se interrumpía. La última imagen que recuerdo era el primer plano de la jeringa entre los dedos, la aguja lista para penetrar en mi piel.

A veces miro a la cara a mamá y a papá y me contengo para no aullar de rabia. La rabia que deriva de no tener nunca una respuesta a mis interrogantes, una explicación para mis mil dudas. Cuanto más tiempo pasa, más sueño. Cuanto más sueño, más recuerdo. Ahora estoy seguro, desde hace rato; lo que veo ha ocurrido realmente. En el pasado. En algún lejano e incomprensible pasado. Es parte de mi vida. De una vida anterior, como diría el viejo y sabio Meurón, con quien en ocasiones me entretengo hablando del sentido de la existencia. Él no me juzga. No cree que sea pequeño. Es más, sostiene que soy muy, pero que muy maduro. Por lo demás, mis padres no son mis verdaderos padres. Ellos no saben quién soy, pero paciencia. Desde hace un par de años soy consciente de ello: me han adoptado. Quizá se les haya escapado alguna palabra cuando creían que yo aún no entendía bien la lengua Sam-en. Pero entendía. Vaya si entendía. Me compraron, aunque detesto esta palabra. Pero fue así: me intercambiaron por comestibles y algunos animales bien gordos. Parece, según los relatos que he escuchado a escondidas, que una mujer pelirroja me dejó en el Centro de Solidaridad de Garen cuando aún iba en pañales. Poco después mi actual familia me acogió. Mis padres adoptivos no podían tener hijos, de modo que me compraron. Esto ocurrió en el año 376 del Calendario de Sam-en, durante la Estación de la Luna. Nunca he escrito estas cosas en el diario por miedo a que mamá y papá lo leyeran. Pero cada vez siento más la urgencia de marcharme. Y tú, inseparable guardián de cualquier memoria, amigo de papel y confidente silencioso, vendrás conmigo.

Sam-en-Kar, año 388 C. S.

Marco cerró el cuaderno forrado en piel, demoró la mirada sobre el número ocho grabado en la cubierta, luego lo guardó debajo de una pila de libros que ocupaba una pequeña repisa junto a la cama. Su diario era el único testigo de una vida que no le pertenecía, que nunca había sentido verdaderamente suya. Pero, al mismo tiempo, constituía una preciosa recopilación de todas las visiones, manifestaciones y voces con que había tropezado durante su breve existencia. Habían pasado siete años desde aquellos apuntes fechados en 381.

¿Cuántas veces lo había releído, preguntándose qué hacía en aquel lugar, entre aquella gente? Pero el sol salía cada mañana y calentaba un corazón herido varias veces y cubierto de cicatrices. Quizás, un corazón necesitado de encontrar un rincón de paz y serenidad. ¿Era esto su vida en la región de Sam-en. ¿Un puerto seguro, un refugio? ¿O solo se trataba de una de las infinitas caras del dado? Esta vez una jaula dorada, una concha de protección. Un número afortunado, desde luego. Pero no su número.

Conocía, ¡y cómo!, la burlona geografía del Multiverso. Había tenido tiempo para recordar casi cada paso, cada rostro, cada historia. Los sueños habían sido de ayuda, desde que había comenzado a discernir entre la confusa materia onírica y el recuerdo. Estaba todo en aquel diario con el número ocho grabado sobre la piel que lo revestía. A veces lo miraba desde una perspectiva distinta, y el ocho se convertía en un instante en el símbolo del infinito. No, no según las tradiciones de Sam-en.Kar. Y tampoco de Gea o de los habitantes de la isla de Limen, de cuya memoria había recuperado poco a poco casi cada fragmento. Aquel enredo de dos formas ovals, en realidad, lo devolvía medio milenio atrás, a su Milán, a Italia. Allí donde todo había comenzado. También entonces, un diario con el símbolo del infinito en la cubierta había sido testigo de sus viajes. Su personal antología del Multiverso.

Marco se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa de madera maciza. La misma ante la que escribía a los cinco años, cuando todos lo consideraban una especie de producto infernal, víctima de algún hechizo, y esto solo por la extravagante culpa que le producía el poseer un intelecto fuera de lo normal.

Sam-en-Kar era un pueblo anclado en supersticiones y creencias populares, en claro contraste con la modernidad de las metrópolis de más allá de las montañas, que miraban con entusiasmo al futuro y vivían un constante progreso tecnológico. Había estado allí. Tanto en Sam-en.Tor como en Sam-en.Garen. A los cinco años soñaba con subir a aquellas montañas nevadas que descollaban a lo lejos; a los nueve había partido y las había traspasado. Había visto más allá, había vivido y entendido. Después había regresado, cuando todos lo daban por perdido. En la mochila, solo algunas provisiones y el fiel diario, los dos tercios de cuyas páginas ya estaban escritos. Con el tiempo, los recuerdos habían vuelto uno a uno. Como botellas que afloran a la superficie del mar y la luz cegadora del sol, contenían preciosos mensajes del pasado. Teselas de un mosaico a lo largo del camino tortuoso y lleno de obstáculos que lo había conducido hasta allí. No eran fantasías. No eran pesadillas. Eran acontecimientos reales, auténticos y tangibles. Había dudado durante años. Se había interrogado cada día, como si debiera resolver un enigma secular, sin hablar de ello con nadie. Por lo demás, ni sus amigos, ni sus padres adoptivos, ni un Confesor que extorsionaba a los ignorantes, y obtenía dinero con ello, para purificar el alma con discutibles ritos habrían escuchado uno solo de los relatos de Marco sin calificarlo de demente. Y a los dementes los encerraban en el Centro de Recuperación de Garen. Un lugar del que era mejor seguir conociendo solo de oídas.

Con la mano derecha Marco se acomodó el rebelde cabello negro, siempre despeinado. Después se restregó los ojos.

Por la ventana se filtraba la luz del primer sol de la mañana. Algunos instrumentos de viento sonaban a lo lejos, desde los campos. Estaba programada una de las tantas fiestas del pueblo, que organizaban los trabajadores de la tierra para honrar a Kar, el Señor de la Cosecha, según una antigua costumbre que surgió en el 125 C. S., Calendario de Sam-en. El ruido de un puño que batía, con seis golpes ritmados en series de dos, contra los postigos de madera de la ventana le hizo volver de repente la cabeza. Marco fue a abrir la ventana y guiñó un ojo en señal de bienvenida a aquel muchacho de pelo rubio cortado al rape. Tenía un pie apoyado en una punta de hierro que salía del muro, el otro encajado entre dos ladrillos, la mano izquierda sujeta a un saliente de la pared y la derecha libre, en un gesto de saludo.

—Jamás por el portal de la planta baja, ¿eh? —dijo Marco con una pizca de sarcasmo mientras

se sentaba de nuevo en el borde de la cama. El muchacho saltó y rodó dentro, tropezando con una silla y acabando boca arriba en el centro del dormitorio. Luego se levantó con un brinco atlético, se sacudió los pantalones para quitarles el polvo y enarcó las cejas.

—Demasiado fácil.

—Un día u otro te romperás el cuello, te lo digo yo. —Marco lo miró de arriba abajo, sacudió la cabeza y bufó esbozando una sonrisa—. ¿Tus padres participan en la fiesta?

—Sí, por eso he venido a verte. No tengo ganas de estar en la procesión.

—¿Y tu hermana?

—Ha ido. A ella le gusta. Nunca se pierde una.

—Si ella está contenta...

—¿Qué estabas haciendo?

Marco inclinó ligeramente la cabeza y posó la mirada sobre la pila de libros bajo la que se encontraba el diario.

—Nada, releía algunas cosas que...

—¿Otra vez ese diario?

—Otra vez mi *precioso* diario, Alex —puntualizó Marco.

—Tenemos doce años. —Alex sonrió—. ¿No puedes divertirte como todos los demás? Estás siempre ahí, leyendo, haciendo cuentas, hablando de cosas que nadie entiende...

Marco se levantó de golpe y le dio la espalda. Permaneció unos instantes de pie frente a la ventana rascándose la mejilla, perplejo y confuso. Tenía el ánimo turbado por reflexiones e interrogantes que su amigo parecía incapaz de comprender.

—Más bien... —continuó Alex—. Escúchame un instante.

—¿Qué pasa? —Marco se volvió, con las manos en los amplios bolsillos de los gruesos y oscuros pantalones que contrastaban con el buen clima del día 67 de la Estación del Sol.

—Tengo que hablarte de algo, un poco... íntimo —repuso Alex.

—Adelante.

—Hace calor en tu casa. —Alex cogió el borde del cuello de su camiseta y lo agitó.

—No, no hace calor, eres tú que te estás agitando. Venga, habla. ¿Qué has hecho?

Alex miró alrededor. Un arcón de nogal, con la tapa abierta y apoyada contra la pared, dentro del cual había una pila de telas. La mesa de Marco, cubierta de lápices, folios, libros y cuadernos. Una pared agrietada, con un dibujo que representaba el firmamento en un determinado momento del año en que las tres estrellas del cinturón de Orión parecían simbolizar una prolongación ideal de la Torre Edilea, situada en el punto más austral del valle y propiedad de la rica metrópoli de Sam-en.Garen, que utilizaba para observaciones astronómicas y pronósticos meteorológicos. Aquella pintura le producía siempre una sensación extraña, indefinible. Un vago y leve aturdimiento, casi un hechizo, que lo invadía cuando admiraba la misma constelación, señora indiscutible del firmamento en los atardeceres de cielo límpido.

Al final de su embarazoso vagar por la habitación, la mirada de Alex acabó encontrando de nuevo la de su amigo, aún a la espera de una respuesta.

—Es inútil darle vueltas —continuó—. Hace varias noches que tengo un sueño extraño.

—¿Cómo de extraño?

—Insensato.

—Cuéntame.

Alex bufó, luego respiró hondo y se armó de valor.

—No te rías, te lo ruego. Ya me ha sucedido tres o cuatro veces... En resumen, yo... no te reirás, ¿verdad?

—No me reiré.

—Sueño que beso a mi hermana.

Marco se quedó inmóvil, sin respirar.

—¿Entiendes? —añadió Alex—. No tiene sentido.

—¿De qué tipo de beso se trata? ¿Como cuando uno se saluda? ¿En la frente?

—Es un beso... *beso*. —Alex apoyó los codos sobre las rodillas y hundió la cabeza entre las manos, como para ocultar su vergüenza.

Marco fue a sentarse a su lado.

—¿En tu opinión, qué significa? —preguntó Alex, aún ruborizado.

—Es sencillo, que eres un perverso.

—Idiota, ¿me tomas el pelo? —Alex levantó la cabeza y miró a Marco a los ojos—. Nunca volveré a contarte nada.

—Es broma, cálmate. ¿Lo has hablado con ella?

—¡Ni en sueños!

Marco asintió lentamente con la cabeza, como si estuviera sacando conclusiones a partir de los pocos datos recogidos.

—Entiendo. Por curiosidad: en el sueño... ¿dónde la besabas?

—Ya te lo he dicho, no finjas que no entiendes... ¡en la boca!

—Quiero decir el lugar. ¿Dónde estabais?

—Ah. Cada vez en un sitio distinto. La primera estábamos sentados en una especie de jardín... delante de una cancela. La segunda en una habitación oscura, no puedo decirte mucho más porque apenas la veía a ella. Otra vez en un sitio atestado, al aire libre, rodeados de maquinarias extrañas. Unos vehículos alargados, sobre vías, parecidos a esos vagones que usan en Tor, ¿los conoces? Esas vías...

—Sí, he entendido. Los Locomotorios de Gerber. Estabais en una especie de estación.

—Exacto. Esos vehículos son extraordinarios, ¿no crees? Quién sabe a qué velocidad...

—Impresionantes, sí. Pero háblame de ese beso... Sinceramente, ¿qué has sentido?

Alex sacudió la cabeza. No podía creer las palabras que estaba a punto de pronunciar.

—Era fantástico. Una emoción que no sé explicar. Era, ¿cómo decirlo?... feliz. Pero no tiene sentido, ¡maldición! Es mi hermana.

—Créeme —respondió Marco, esbozando una sonrisa—, no hay nada de malo en lo que estás soñando.

—¿Te has vuelto loco?

Marco se aclaró la voz y respondió:

—Hazme un favor, aunque pueda parecerte absurdo. Habla con ella. Cuéntale lo que has visto.

—¿Estás de broma o qué? ¿Por qué debería hacerlo?

—Confía en mí.

—Ni bajo tortura. —Alex frunció el ceño y apartó la mirada.

—Inténtalo —insistió Marco—. Hazme caso.

Alex se pasó una mano por el pelo rubio, recién cortado y peinado con precisión por su madre, luego se levantó y se dirigió hacia la ventana, mientras en su mente resonaban las palabras de su amigo: «No hay nada de malo en lo que estás soñando.» A continuación sacó una pierna por la ventana, respiró hondo y se volvió hacia Marco.

—Olvídalo. Jamás se lo contaré. Jenny me tomaría por loco.

Capítulo 2

Sam-en-Garen, año 394 C. S.

Estación de la Luna, día 5

La mujer bajó las estrechas escaleras que conducían de la farmacia, en la planta baja, al amplio salón que hacía las veces de almacén y laboratorio. Unió el índice y el dedo medio de la mano derecha y los pasó rápidamente por una hilera de interruptores, en el cuadro que había al final del tramo. Uno tras otro, se encendieron los diez paneles que tapizaban el techo de la estancia. La luz se hizo más intensa al cabo de unos segundos, alumbrando bancos tapados de cajones, pasillos cubiertos de estantes con productos de distinto tipo y, en el extremo opuesto de la habitación, largas mesas sobre las que había papeles, instrumentos ópticos, registros y probetas, y más allá grandes pilas de cerámica.

—¡Anna! —atronó en el piso de arriba una voz, que llegó atenuada hasta el almacén—. ¡Me he equivocado, no es ciento veintiuno! ¡Es doscientos veintiuno!

—¡Está bien!

La mujer se volvió hacia la escalera. A continuación se escabulló deprisa entre las mesas y alcanzó los estantes. Slev, su marido, también podía decirle el nombre del producto, no era necesario recitar el número de serie. La mujer, de un metro ochenta de estatura, con una larga cabellera rojo fuego y una camiseta de tirantes que dejaba desnudos sus brazos delgados, recordaba de memoria todo el catálogo, compuesto por dieciséis mil trescientos veintiséis productos y actualizado cada año para introducir trescientos o cuatrocientos nuevos como mínimo, patentados por las distintas empresas farmacéuticas de Garen.

Slev no conocía del todo la naturaleza de Anna. La amaba y le bastaba con las versiones censuradas de los recuerdos de su mujer, a la que trataba de no poner en apuros con preguntas insistentes sobre su pasado. Porque Anna no era como todos los demás, de esto Slev se había dado cuenta desde el día en que habían participado en la subasta para adjudicar el inmueble donde instalarían su farmacia. Había al menos cuatro o cinco compradores más en la sala, pero Anna había hablado con ellos antes del inicio de las negociaciones. En el momento de la verdad, todos se habían retirado después de una puja tan breve como intrascendente. Era el año 382 del Calendario de Sam-en, día 39 de la Estación del Sol, una fecha que Slev nunca olvidaría. Pero no era solo aquel fragmento de su historia el que había convencido al hombre, de cuarenta y cinco años, robusto y de anchas espaldas y el rostro cubierto por una barba espesa y oscura, de que su mujer custodiaba celosamente algún secreto. Ante todo, nunca se había explicado las sobrenaturales capacidades mnemónicas de Anna. Estaba en condiciones de recordar nombres, apellidos, especialidad médica y fecha de nacimiento de cualquier cliente que hubiera entrado en la farmacia desde su apertura. Y luego, su congénita propensión al diálogo con las personas a menudo se transformaba en algo tan singular como inexplicable: Anna no pedía la opinión de los demás, sino que la sugería. Y esto había marcado una ventaja no menor sobre la competencia. La farmacia de Anna y Slev era la más frecuentada del área 5 de Garen, capital de la región de Sam-en. Los negocios iban viento en popa y permitían que la pareja se dedicara también a la investigación, utilizando el laboratorio del sótano como base, y encargando estudios y experimentos a otros centros de la región.

Anna cogió del estante el producto que necesitaba su marido y se volvió. Su mirada se posó sobre el objeto de madera que colgaba de la pared, un calendario tallado por un artesano carpintero de Kar, comprado en una feria de pueblo a la que ella y Slev habían asistido muchos años atrás. Anna cogió el número 4 y lo puso en el lugar del 3, para componer el año 394. La Estación de la Luna coincidía con la primera mitad del año Sam-en, marcaba el inicio del invierno y acababa con las primeras lluvias que señalaban el paso a la Estación del Sol, y había comenzado hacía cinco días. Pero ni ella ni Slev se habían acordado de actualizar el calendario.

Cuando Anna formó el número 394, una imagen surgió de pronto en su mente. Tres cunas de bambú, una junto a la otra, forradas con una tela suave y gruesa. Tres recién nacidos, muy saludables, con los ojos cerrados y el rostro sereno, sumidos en alguna ensoñación.

Más allá de las cunas, el majestuoso portal del Centro de Solidaridad, un instituto gestionado por un grupo de voluntarias alejadas de cualquier credo religioso —los valles de Sam-en.veían florecer continuamente nuevos cultos— y consagradas exclusivamente a las necesidades del prójimo. Los políticos de Sam-en.se preocupaban cada año de incluir un punto específico de su programa dedicado al Centro de Solidaridad, para subvencionar la actividad incansable de aquellas mujeres, a las cuales les bastaba con comida y alojamiento para desarrollar su tarea, de la que estaban muy orgullosas.

En torno a la muñeca de cada uno de los niños había un pequeño brazalete hecho con hilo bramante, el día en que Amemar y Del habían encontrado las cunas y las habían llevado al Centro. En cada brazalete, un nombre, cuya pronunciación las mujeres desconocían, grabado en una pequeña piedra envuelta por el hilo. Un billete acompañaba la llegada de los tres, y estaba colgado en una de las cunas. Amemar lo había leído en voz alta en la sala de reuniones a sus colegas voluntarias:

Os pido que cuidéis de estos niños.
Se llaman Alex, Jenny y Marco. En la esperanza
de que respetéis sus nombres y podáis ser de ayuda,
os lo agradezco de todo corazón.

—Hace casi dieciocho años —reflexionó Anna, en voz alta.

El Centro de Solidaridad habría funcionado como un orfanato. Antes de que pasase media estación, Marco había sido adoptado por una familia de Sam-en.Kar. Después de otra media estación, también Alex y Jenny habían sido acogidos por una familia del mismo pueblo. Anna había seguido estas operaciones a distancia, atenta a los anuncios que circulaban por la ciudad y a las publicaciones oficiales que el Centro, por ley, debía redactar. Había sonreído con una pizca de amargura, pensando que Alex y Jenny —de los que el viejo Ian le había hablado largamente y que había tenido ocasión de conocer durante la fuga acabada en tragedia en la dimensión paralela— habrían crecido como hermano y hermana. Pero lo único que importaba era que todos estuviesen bien. Se lo debía a Ian. Y se lo debía a aquel que en Gea había sido su padre, Nathan. Una vez adoptados y en lugar seguro, Anna ya no se había ocupado de ellos ni había osado experimentar con la clonación de seres humanos. Finalmente tranquila al lado de Slev, en los años siguientes había perdido todo contacto con las realidades alternativas. Había decidido dejar de viajar.

Sin embargo, a veces, entre los infinitos pliegues del espacio y del tiempo, resuenan voces sin rostro capaces de desarraigar su identidad y arrastrarla a otra parte. Es una energía arrolladora, que supera la fuerza de voluntad y se impone sobre el pensamiento. Es la llamada que nos devuelve a casa.

Durante uno de estos remolinos imprevistos, unos días después de haber reemplazado el 3 por el 4 en el Calendario de Sam-en, Anna vio.

Vio otro lugar que recordaba perfectamente.

Vio un desarrollo inesperado de una vida que confiaba en olvidar.

Vio de nuevo Gea, y entendió que se había equivocado.

Todo sucedió de pronto. De regreso del viaje, Anna pasó un par de horas preguntándose si había soñado o si se trataba de uno de esos saltos de campo que, de niña, le ocurrían sin que pudiese controlarlo. A veces, era difícil definir un límite, comprender plenamente la naturaleza de las dos experiencias, tan vívidas y en ocasiones fugaces.

Aquel día Slev no se encontraba en casa. La tienda estaba cerrada debido a una fiesta regional.

Ella, como de costumbre cuando se quedaba sola, escribía. Cuentos para niños, pareados infantiles, canciones. Era una actividad que desarrollaba en su tiempo libre y cuyos resultados la mayor parte de las veces regalaba a los hijos de los clientes. Lo que más le gustaba de la región de Sam-en era la afición a las relaciones sociales que animaba a la mayoría de las personas, y que quizás había constituido un elemento fundamental para elegir aquel lugar, en vez de muchos otros posibles, cuando decidió dar una casa y una vida a los pequeños Marco —al que continuaba llamando Ian—, Alex y Jenny.

Anna lo sabía bien, gracias a los relatos de su padre, Nathan: después de un par de siglos de silencio a consecuencia de la total extinción de la civilización anterior tras el estallido de un asteroide, la vida había recommenzado por doquier, en cualquier dimensión posible del Multiverso. No en todas partes se había alcanzado los niveles de progreso científico de Gea o de Sam-en, y ella misma había viajado durante la adolescencia, tropezando con realidades paralelas en las que ni siquiera se había descubierto la electricidad. Lo que había entendido desde el inicio de su singular vida era un concepto muy sencillo: ella existía en todas las dimensiones en que su madre había parido. En las otras facetas de la realidad contemporánea que Anna había explorado, su padre era otro hombre. Ella misma tenía rasgos diferentes —a menudo también nombres distintos— y solo conservaba una mitad del patrimonio genético de su madre, a la cual se sumaba una segunda mitad distinta cada vez. Ya tenía muy claro que tanto Nathan como Ian solo habían existido en la realidad de Gea.

Habría querido plantear una infinidad de preguntas a Ian, su verdadero mentor en Gea. Pero el viejo había sido liquidado por los militares mientras ella escapaba por el bosque y se alejaba de una realidad de la cual, hasta aquel momento, no había querido saber nada.

Se estaba esforzando por encontrar una rima final para una de las cancioncillas para niños cuando su mente, arrastrada por una fuerza extraña, desvió el flujo del pensamiento por una tangente que la llevaría lejos de Sam-en, hacia un lugar que su corazón ya había sepultado. Del otro lado del torbellino lleno de millones de voces y rostros superpuestos, estaba ella. Y dos ojitos verde esmeralda la miraban en la penumbra, y en un instante enganchaban cada recuerdo a la dimensión contingente.

—*Diletta*... —susurró Anna, alargando una mano hacia la minina echada panza arriba en busca de carantoñas. Aquella gata solo existía en Gea. Era tan pequeña cuando Anna se la había llevado consigo durante la fuga de Ben, y ahora se la veía tan vieja y cansada. *Diletta* era la señal de reconocimiento de una realidad que ella había tratado de olvidar.

Aún confusa y aturdida, Anna se levantó y se encaminó en una dirección que su mente de Gea daba por descontada. Se encontró apoyando la mano sobre un interruptor casi sin darse cuenta del gesto automático y rutinario que estaba realizando. Su pensamiento en aquel preciso instante flotaba sobre una frontera impalpable, en vilo entre los recuerdos de Sam-en y la conciencia de Gea, una tierra en la que otra versión de sí misma había seguido viviendo, incluso después de la fuga a través del bosque. Cuando miró alrededor y vio las mesas y los muebles iluminados por completo, comprendió que se encontraba en su viejo laboratorio. Una sala con amplios ventanales que daban a la árida llanura de las afueras de Marina.

El laboratorio era su vivienda y su lugar de trabajo. Casi un búnker en que se había confinado muchos años antes, en la esperanza de que el Gobierno de los sin-rostro de Gea —que ejercían el poder a través de mensajes digitales en Texto y nunca se mostraban en público— la dejase trabajar en paz. Anna acarició dulcemente a la gatita, que empezó a retorcerse y ronronear. Luego sus ojos acabaron sobre una mesa más allá del silloncito ocupado por *Diletta*, y encontraron una carpeta. La abrió; no contenía hojas de papel sino una tablet interactiva, de esas que cualquier profesional poseía y que se plegaban para guardarlas. Era delgada, de un centímetro de grosor, lo cual indicaba que se trataba de un mensaje. Las tablets profesionales tenían dos centímetros de espesor y contenían mil veces más información que las de uno. Estas

últimas solo servían para comunicaciones rápidas. Un encargo, un proyecto, una presentación cualquiera eran casi siempre registrados en ellas, rara vez sobre papel. En especial cuando provenían de las altas esferas.

Anna activó la pantalla y esperó un par de segundos. El logo de la Lax —la casa matriz de todos los paneles y dispositivos electrónicos, además de las viejas cámaras que mantenían bajo control a la población de Gea antes de que se pasara al microchip subcutáneo— brilló durante un momento. Acto seguido la pantalla se oscureció y un instante después apareció el mensaje.

Un recuadro azul se impuso en el centro mientras una voz metálica y carente de entonación recitaba: «Esta comunicación por vía estrictamente reservada tiene como destinatario a la doctora Anna Y758BG4. Pasar el microchip por la parte baja de la pantalla para la confirmación del indicativo».

Anna ejecutó la orden y la panorámica dio paso a unas imágenes en secuencia. La primera correspondía a la fachada de un edificio imponente. Arriba, sobre el acceso, la inscripción en letras mayúsculas rezaba SYNAPTICA.

Anna había oído hablar de ella. Era una sociedad de investigación médica que operaba en el campo de las neurociencias. Le costó recordar, o mejor, actualizar sus recuerdos de la vida paralela de Gea, pero en calidad de bióloga debía de haber asesorado a Synaptica en el pasado, no sabía decir cuántos años antes de aquel momento.

La voz impersonal continuó, mientras las imágenes pasaban presentando un escorzo de algunas habitaciones y salas en el interior del complejo: «Doctora Anna, su figura profesional ha sido examinada con atención y sus comprobadas competencias hacen posible hoy su colaboración permanente con Synaptica. Encontrará el horario y la fecha de la primera cita con los responsables de la institución en la última imagen de esta presentación. Le recordamos que esta comunicación es estrictamente reservada y la circulación de noticias protegidas es pasible de denuncia».

La pantalla se oscureció de nuevo, para mostrar al final una página blanca con los datos anunciados por la voz.

—Pero es... —Anna levantó la vista hacia un panel situado sobre la mesa de enfrente, en el que aparecía una serie de números—. Es esta mañana. Dentro de menos de dos horas.

Con un fatigoso salto, *Diletta* bajó del sillón al suelo y luego desapareció detrás de una hilera de cajones. Anna cerró los ojos y se puso a reflexionar sobre la naturaleza de aquella oportunidad. Se le ofrecía —o, quizá, viniendo de Gea, era mejor decir que se le imponía— la posibilidad de colaborar con un importante centro de investigación médica. Ya no una esporádica asesoría externa, sino un verdadero encargo permanente. Lo necesitaba. Tanto en lo económico como para su crecimiento profesional. En un instante recorrió una vida paralela hecha de recuerdos nunca vividos, un camino que había abandonado el día en que Ian, Alex y Jenny habían sido asesinados y ella había conseguido escapar en el último instante. En aquel momento, se había abierto una encrucijada. Ella había elegido Sam-en. Era allí donde quería vivir. Era allí donde se produciría la clonación. Pero durante los últimos dieciocho años, como era lógico, su versión alternativa de Gea había continuado viviendo. Había mantenido su trabajo, intentado no meterse en más problemas, y se había convencido de que aquella desagradable historia ya había regalado demasiadas tragedias, de la muerte de su padre, Nathan, a la emboscada militar.

Sin embargo, la Anna de Sam-en, fugitiva de una realidad que había preferido olvidar, estaba en un error, al igual que su versión alternativa de Gea. Ambas se habían convencido de la existencia de un epílogo que distaba años luz del curso real de los acontecimientos. Fue ella misma quien lo comprendió, aquella mañana, cuando se presentó a la entrevista con algunos responsables del departamento de recursos de Synaptica para que le asignaran el primer encargo oficial.

Otra tablet, con el archivo de los últimos dieciocho años de investigaciones sobre los cuerpos de dos muchachos capturados otros tantos años antes. Anna distinguió rápidamente las imágenes en su nuevo despacho, una habitación estrecha y sin ventanas al final del pasillo del primer piso del edificio.

—No es posible... —balbuceó. Y no una vez. Repitió la frase en voz baja, consciente de que podían estar observándola sin que ella lo advirtiese, como ocurría con numerosos puestos de trabajo importantes.

Los rostros de Alex y Jenny en las fotos de las historias clínicas.

Sus cuerpos tendidos en sendas literas, con electrodos conectados en las sienes, la frente y el pecho.

Con los ojos cerrados, como si estuviesen muertos.

Con el rostro desencajado en algunos estudios cuyos resultados la tablet reproducía en la forma de gráficos, curvas y cuadrículas de datos. Dieciocho años después de la emboscada durante la fuga que debería haber conducido a Ian y a los muchachos a una nave dirigida a Oriente, Alex y Jenny aún estaban vivos. Eran objeto de estudio por parte de una sociedad de investigación en el campo de las neurociencias.

Y ella, la doctora Anna, había sido contratada para estudiarlos.

La mujer cerró la tablet, la guardó en un cajón y se puso de pie, confusa. Se pasó una mano por la frente y luego hundió los dedos en el largo pelo rojo mientras su mirada se perdía en el vacío, un vacío que la hacía retroceder en el tiempo, a una vida que habría deseado borrar. Un interrogante la asaltó de improviso: ¿qué había sido de Ian? Si los muchachos aún estaban vivos, y aquellos disparos no habían sido mortales, ¿qué destino habría corrido su viejo mentor? Anna apoyó una mano en el cristal que separaba el pequeño despacho del pasillo del primer piso, luego pensó que el viejo Ian habría podido estar vigilado en aquel mismo edificio.

De pronto, un deseo fortísimo de alejarse de aquel sitio atravesó su cuerpo como un escalofrío, recorrió su columna vertebral y la hizo temblar unos instantes. Se concentró en una frase a la que por el momento no conseguía dar un sentido: aparecida de la nada en su mente, se negaba a desaparecer. «Todos ruedan como canicas», decía. Dio vueltas en su cerebro como una cantinela insoportable, hasta que la mujer se desplomó sin sentido.

Del otro lado del torbellino, Anna abrió los ojos y levantó la cabeza de golpe, agitada y cubierta de sudor como si acabara de despertar de una pesadilla. La pluma seguía en su mano, y en el folio que tenía delante podía distinguir el pareado incompleto. El sol, alto en el cielo de Sam-en, pegaba con fuerza en la ventana de la cocina, que reflejaba su resplandor deslumbrante. Había pasado toda la mañana. Anna bajó la mirada: el último verso de la cancioncilla que estaba componiendo rezaba: «Y después de haber cogido frambuesas y arándanos...».

Escribió la rima de cierre, se llevó las manos al rostro y su cerebro completó el razonamiento iniciado en la dimensión paralela, tal como había hecho con el pareado infantil.

«No han sido asesinados —pensó—. Los estudian. Están vivos».

—Debo encontrarlos —dijo Anna para sí antes de salir de casa a toda prisa.

Capítulo 3

Sam-en-Kar. Año 388 C. S.

Mientras los muchachos caminaban por un sendero que se insinuaba en la verde y exuberante campiña, una lluvia ligera repiqueteaba en sus cabezas. Los guiaba una mujer alta, de negra y abundante cabellera y una larga capa verde oscuro que a cada minuto se empapaba más. Llevaba en bandolera una mochila de la cual asomaban libros, y los muchachos la seguían como un rebaño de ovejas al pastor.

—Y, por lo tanto, como decíamos el otro día, la frontera al norte de nuestra casi siempre soleada región está delimitada por... ¿Por?

La mujer miró alrededor, los alumnos permanecieron en silencio unos instantes. Eran dieciséis y sus edades oscilaban entre los once y los doce años. Una chiquilla de cabello castaño levantó el brazo.

—¿Jenny? —La profesora tendió una mano hacia ella, invitándola a responder.

—Por el río Laari —dijo la muchacha tímidamente, y de inmediato miró en torno a sí en busca del apoyo de sus compañeros.

—¡Exacto! Pero vosotros también lo sabíais, ¿verdad? —La profesora sonrió, satisfecha, y empezó a describir el curso del río Laari, que cortaba de lado a lado la Tierra de Steir y hacía las veces de frontera entre Sam-en.y, más al norte, la Región de los Lagos.

Las clases en Sam-en.se desarrollaban así, desde siempre. Aquella mañana, el grupo que seguía a la profesora avanzaba por un camino campestre a pocos minutos de la casa en que vivía Marco, hacia el sur del pueblo. Desde aquel punto preciso del valle, más allá de una vasta extensión de hierba se podía vislumbrar, a lo lejos, una hilera de casas y, en una de estas, la ventana abierta de par en par de la habitación de Marco.

Los muchachos siguieron andando mientras la profesora hablaba de la geografía de la Región de los Lagos. El perfume de la hierba mojada era embriagador; de vez en cuando, un carro arrastrado por un par de caballos transitaba por el camino, obligando al grupo a disponerse en fila para dejar paso, y una vez que el familiar rumor de los cascos se alejaba, la profesora continuaba con la clase.

—Yo también lo sabía... —le dijo Alex a Jenny en un aparte. La mirada del muchacho eran huidiza esa mañana. Le hablaba pero eludía los ojos de la chica.

—Se te ve raro —empezó ella, aflojando el paso y dejando avanzar al resto del grupo. La voz de la profesora se desvaneció a lo lejos, mientras los cascos de los caballos seguían resonando a sus espaldas y parecían repetirse con un eco cadencioso que retumbaba en todo el valle.

—En absoluto —respondió Alex, pero dirigía la vista hacia la casa de Marco. «Hazme un favor, aunque pueda parecerte absurdo. Habla con ella. Cuéntale lo que has visto». Las palabras de su amigo seguían tamborileando entre las paredes de su cráneo, empujando con la fuerza de un ariete en busca de un orificio por el que salir. Pero ¿cuánto valor requería intentarlo siquiera?

—Sin embargo, me parece... ¿Tienes algo que decirme?

—No.

Jenny sonrió y asintió. El sol asomó del manto de nubes que se desplazaba lentamente hacia el oeste, arrancando reflejos dorados a su vaporosa cabellera castaña.

—Está bien —continuó Jenny—. Ya que no me quieres decir por qué estás raro, te contaré algo. Alex se encogió de hombros, más como una manera de provocarla que como un gesto de desinterés. Le agradaba pinchar a su hermana, que, por su parte, sabía arrinconarlo con las palabras adecuadas en el momento preciso. Demasiadas veces Jenny lo había encubierto cuando había desaparecido para seguir a Marco en alguna excursión no autorizada, demasiadas veces había demostrado una notable capacidad para enredar a los parientes. No solo era hábil con las mentiras. Era una mezcla de miradas, tono de voz, fantasía e improvisación.

Siempre le creían.

—¿Qué querías decirme? —Alex vio a los otros chicos a lo lejos, sobre un estrecho puente que pasaba por encima de un arroyo. La profesora estaba contando algo a propósito de un viejo dique—. La profe nos reprenderá porque no estamos siguiendo la clase.

—He tenido unos sueños absurdos —continuó Jenny—, pero no sé si puedo contártelos.

Alex se quedó de piedra. Por un instante pensó que era él quien había pronunciado aquella frase.

—¿Qué te pasa? —preguntó su hermana, mirándolo directamente a la cara. Alex se ruborizó mientras entornaba los ojos como para protegerse del sol que entretanto se había adueñado otra vez del cielo y había devuelto la serenidad al valle de Kar.

—Nada... Yo... Nada. ¿Y bien...?

—En esos sueños, no eres mi hermano —explicó ella—. No eres... Ni siquiera somos parientes, eso es.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no nos comportamos como hermanos.

Asombrado, atónito y algo espantado por aquella confesión, Alex no supo qué responder.

—¿Qué sucede en esos sueños? —consiguió preguntar por fin.

—¡Alex! ¡Jenny! —llamó la profesora desde lejos—. ¿Seréis tan amables de uniros a vuestros compañeros? ¡El puente no os comerá, podéis cruzarlo sin miedo!

Alex bufó, Jenny extendió los brazos y soltó un suspiro. Luego se unieron al grupo, al menos para fingir que seguían la clase.

Ninguno de los dos podía pensar en la escuela. Ambos estaban recordando aquel sueño, que se había repetido una y otra vez en los últimos tiempos. Habían visto y vivido las mismas escenas. Era difícil hablar de ello, resultaba imposible considerarse más que hermano y hermana. Pero aquellas sensaciones, aquella tormenta interior, aquellos sentimientos no tenían nada que ver con su vida de niños de doce años ni con su parentesco.

Sin embargo, eran tan terriblemente reales...

Transcurrieron unos días de silencio, de conversaciones truncadas nada más empezar. Uno de esos días, los padres de Alex y Jenny debieron ausentarse unas horas: había llegado al pueblo un comerciante de Tor con la intención de discutir la adquisición de productos comestibles. Era a primera hora de la tarde y se ordenó a los hermanos que permanecieran en casa. Habitualmente Alex quebrantaba esa clase de reglas, para lo que contaba con que su hermana lo encubriría, y, después de atravesar el pueblo, se colaba en la habitación de Marco por la ventana. Pero ese día no fue así.

Permanecieron encerrados en el cuarto durante casi dos horas. Ambos en busca de las palabras adecuadas para reanudar la conversación que los días anteriores no habían logrado terminar. Ambos con el temor de que el otro se lo tomase a broma.

En un momento dado, Jenny sintió sed, salió del dormitorio y fue a la planta baja. Al cabo de un momento, Alex la siguió. Cuando la encontró, de pie en el centro de la sala, una fortísima sensación de haber vivido una situación similar lo atravesó de arriba abajo, impidiéndole abrir la boca. Ella se volvió, esbozó una sonrisa y la luz que se filtraba por las ventanas entornadas le iluminó el rostro a medias.

—Me preguntaba... —dijo con tono vacilante—. Me preguntaba si quedará algo de aquella infusión que nos trajo la tía.

Alex enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—¿Se ha terminado? —quiso saber.

—No lo sé, Jenny. Ni siquiera la he probado.

—Ah... claro.

—¿Algo va mal? Pareces nerviosa. —Alex dio un paso hacia ella.

—¿Yo? ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada... Es que...

—¿No vas a la casa de Marco, hoy? —Jenny se volvió hacia la ventana, luego cruzó los brazos a la espera de una respuesta, mientras se mordía el labio inferior.

—No. —Alex se encogió de hombros—. Hoy, no. No tengo ganas.

—Estás cada vez más extraño... —Jenny sacudió levemente la cabeza.

—Y tú estás nerviosa —dijo él sin mirarla a la cara—. Hace días que lo estás. Desde que...

—Desde que no te metes en tus asuntos.

Alex le dirigió una mirada perentoria.

—Sabes perfectamente que son asuntos míos.

Ella se puso rígida, con una expresión de mal disimulada tensión, y miró a su hermano sin saber qué responder. En aquel instante, la luz del sol que penetraba por las ventanas se atenuó, dejando la sala en semipenumbra.

Alex sostuvo la mirada de su hermana durante un momento, a continuación bufó y se volvió hacia las escaleras. De pronto, la voz a sus espaldas rompió el silencio.

—¿Tú qué sabes?

Alex se quedó inmóvil, con una mano apoyada en la barandilla, un pie en el primer escalón y la mirada fija frente a sí. Advirtió que los latidos de su corazón se aceleraban, y una leve llamarada de calor subía rápidamente hasta sus mejillas. Se volvió hacia Jenny, a medias oculta en las sombras.

—Temo haber tenido el mismo sueño.

Capítulo 4

Sede de Synaptica, Marina, Gea

... Listo para ser administrado...

... Operativa a partir de hoy...

... En el sitio correspondiente del archivo, actualizadas con los datos...

Alex abrió con esfuerzo los ojos, mientras las voces iban y venían, como una ola que se rompía sobre el escollo de su campo auditivo para luego retirarse, alejarse y al fin volver con más violencia aún. La conversación era fragmentaria, pero aun así consiguió asociar un rostro a aquellas palabras amortiguadas por el grueso cristal que separaba la habitación del pasillo. Se trataba de una mujer de baja estatura, delgada, con el pelo negro corto y una bata de color verdoso. Estaba hablando con alguien, oculto detrás de una columna. Acostado y casi inmóvil, Alex trató de levantar la cabeza, pero sintió unas punzadas en la base del cuello.

—Jenny... —dijo con un hilo de voz. Luego tosió; el pecho le dolía como si alguien le presionara con un pie el esternón.

—Estoy aquí —respondió una voz femenina. La misma voz que lo había acompañado durante una vida, quizá durante millones de vidas. Aquel timbre delicado, frágil como su misma existencia, que había atravesado con él el espacio y el tiempo, estaba en el escenario durante el último acto y entre los actores de la nueva comedia.

—Siempre... la habitación... pinchazo... —balbuceó Alex, pero el dolor en los músculos del cuello y la sensación general de entumecimiento y confusión le impedían articular bien las palabras.

—Estoy aquí... —dijo Jenny—. Estoy aquí.

Ninguno de los dos conseguía ver al otro. Reconocían la habitación en que estaban hospitalizados por las pequeñas grietas en el muro, encima de sus cabezas, pero sus miradas no podían cruzarse. Tenían los brazos paralizados, y aunque hubieran logrado moverlos se habrían quedado anclados donde se encontraban, extendidos a lo largo de las caderas, con las muñecas inmovilizadas por anchos brazaletes de hierro que salían de la estructura de la cama. Como la vez anterior. Como siempre.

Jenny se había mirado en el espejo, tiempo atrás, precisamente en aquella habitación. Su rostro, sus ojos... ¿qué había quedado de la muchacha que ganaba medalla tras medalla en las competiciones de natación en Australia? ¿Qué vida era aquella? ¿Qué jirón?

Su imagen reflejada había bastado para esbozar una realidad que quizá, comparada con la muerte, representaba un escenario todavía peor. Las sutiles arrugas en la frente indicaban el paso de los años —¿diez?, ¿veinte?—, así como su piel envejecida y cérea. Los ojos cansados, ausentes, vacíos como el abismo de recuerdos negados e inasibles a los que ya no tenía acceso. Solo lograba recuperar imágenes inconexas, percepciones y sensaciones tan intensas que probablemente habían quedado en su memoria para siempre. Un muelle. Una estación. Un jardín. Y aquel muchacho del mechón rubio, rebelde, con unos ojos azules como el océano que brillaba bajo el sol.

«¿Cuántos años tengo...?».

Este había sido su primer pensamiento al reconocerse en el espejo. La expresión de temor e impotencia, los labios abiertos en una mueca de congoja. Había mirado a la cara al enfermero que poco después había vuelto a buscarla, y había visto en él una juventud perdida. Mientras el muchacho empujaba la silla de ruedas para sacarla de la habitación, sus ojos habían buscado a Alex. Pero su cama estaba vacía. Después, otro pasillo, otra habitación. Y otra aguja. Otra dosis. El ciclo completo, desde el principio.

—Estoy aquí... —repitió Jenny mientras Alex farfullaba unas palabras. A diferencia de él, Jenny estaba despierta desde hacía un par de horas, y había oído toda la conversación de la enfermera que hablaba con una colega en el pasillo: «Según el protocolo ya podemos administrar el inhibidor. Te comunico que está a punto de llegar la doctora Anna; es operativa a

partir de hoy. Las historias clínicas están en el archivo correspondiente, actualizadas con los datos de la última extracción».

En eso se habían convertido.

En cobayas. Objetos de estudio. Material de libros de texto.

Desde hacía dieciocho años, Alex y Jenny vivían en el interior de Synaptica. No eran más que fascículos abiertos sobre un pasado sepultado, vestigios de una civilización extinguida.

Jenny trató de levantarse otra vez, en vano. Muñecas y tobillos estaban inmovilizados, atados a la estructura de la cama. Recordó entonces el test. El último de una serie cuyo principio no tenía modo de recordar. La prueba a la que habían sido sometidos quizás una o dos horas antes de que los llevaran arriba, a la duodécima planta, para aplicarles las inyecciones.

El jardín. El bloque de hielo. La jaula.

—Qué sentido tiene... —farfulló Jenny, con la mirada fija en el techo.

—¿Qué? —preguntó Alex, aún atontado.

—Lo que nos acaban de hacer. ¿Lo recuerdas?

—Sí... lo... lo recuerdo.

Esa mañana, un hombre que vestía un mono blanco los había conducido al parque interior de Synaptica. Era una estructura sintética, la reproducción artificial de un jardín botánico, falsa como todos los demás hábitats en que Alex y Jenny habían llevado hasta entonces una vida de animales en observación.

Estudiaban sus interacciones, sus comportamientos, y en este caso habían verificado la posibilidad de que sus facultades extrasensoriales tuvieran algún tipo de efecto sobre la materia.

Los habían encerrado en una especie de jaula de hielo, un cubo gigantesco del cual solo habrían podido huir si los témpanos se hubieran derretido de repente, para ver si su mente era capaz de llegar a tanto, en uno de los raros momentos en que su actividad neuronal no se hallaba inhibida por los fármacos. El experimento había dado un resultado negativo, y los doctores se habían visto obligados a sacar a los muchachos de las jaulas antes de que acabaran con una hipotermia.

En el curso de los años los habían hecho interactuar en centenares de situaciones diversas. A veces con el uso de figurantes de carne y hueso, a los que se dejaba solos con los dos muchachos para ver hasta dónde llegaba su control. El resto del tiempo, su mente estaba blindada por el Neurex, un fármaco inhibidor de la actividad sináptica que tras los experimentos de los primeros años había sido elegido como principal terapia para mantener a raya su poder de manipulación cerebral. Sin la dosis periódica de Neurex, alguien los consideraba capaces de someter a los empleados del centro de investigación e incluso urdir un plan de evasión.

Nada de esto último había sucedido, y las indagaciones sobre los dos proseguían desde hacía ya demasiado tiempo sin que se produjeran novedades destacables. Por este motivo había llegado el momento de poner el caso en manos de una doctora que supiese qué hacer con la materia mnemónica. Y esta mujer pronto se reuniría con ellos.

—Aún siento el hielo de esa... cosa... —susurró Alex, con los ojos desorbitados.

—¿El cubo?

—Sí, Jenny. Lo siento en los huesos. ¿No hicimos algo similar hace mucho tiempo?

—Creo que sí. Quizá... más de una vez. Tengo recuerdos confusos. Si cierro los ojos me parece que aún estoy allí dentro.

La voz de un médico que acababa de entrar en la habitación puso punto final a la conversación.

Mientras se llevaban a Jenny y a Alex para administrarles la enésima dosis del fármaco, Anna se encontraba en la primera planta, encerrada en su nuevo despacho y recuperándose del desvanecimiento.

Ella, que desde su casamiento con Slev en la realidad paralela había decidido poner fin a los

viajes mentales, era de nuevo esclava de la inestimable facultad que poseía. Por un lado, había vuelto a pensar en la farmacia y le había leído a su marido la nueva rima compuesta por la mañana. Por el otro, se había levantado y había salido del cuarto para dirigirse a la duodécima planta del edificio, allí donde, como indicaba la presentación en la tablet interactiva, desde hacía dieciocho años Alex y Jenny vivían como cobayas de laboratorio.

Capítulo 5

Sam-en-Kar, año 390 C. S.

—¿Bromeas? ¿De nuevo? —dijo Alex en un tono que era una mezcla de desilusión y sorpresa.

—Debo hacerlo —respondió Marco mientras recogía un guijarro del suelo y lo lanzaba con fuerza hacia lo alto. La piedra, de forma triangular, trazó una parábola y cayó en el río, en cuya superficie produjo pequeñas ondas que se propagaron, cada vez más amplias, hasta desvanecerse.

—Temo que tus padres no se lo tomen como hace unos años. —Alex cogió una piedra a su vez y trató de lanzarla aún más alto que Marco. Al seguir su trayectoria con la vista, topó con los rayos ardientes del sol de mediodía, que caían perpendiculares sobre el valle.

Ambos muchachos vestían ropas ligeras esa mañana: camiseta de tirantes, pantalones cortados a la altura de las rodillas y sandalias. Los grillos cantaban en torno a ellos y la mirada se perdía en la pacífica y relajante extensión verde que rodeaba el valle de Kar.

—Dime una cosa, ¿has vuelto a tener esos... sueños extraños?

—¿Cuáles?

—Esos que me contaste hace un tiempo... No has vuelto a hablar de ellos.

Alex tanteó la hierba mientras intentaba recordar. Levantó una piedra pero era demasiado grande para lanzarla, de modo que la dejó en su sitio. En un instante su mente volvió a la habitación de Marco, dos años antes, cuando había contado a su amigo el encuentro-desencuentro con su hermana en relación con aquel absurdo sueño. Recordaba las palabras de Marco con sorprendente precisión.

Los sueños que tienes... que tenéis, las visiones, las sensaciones. Mi diario está lleno de ellas. Ahora bien, no me preguntes por qué motivo vosotros nunca habéis tenido experiencias similares hasta hoy. Lo descubriré, porque debe de haber una explicación. De todos modos, desde que tengo memoria, a mí siempre me han ocurrido. No son sueños, Alex. Son recuerdos.

—Quieres decir el asunto de mi hermana. —Alex se frotó los ojos—. No, no he vuelto a tenerlos.

—¿Tampoco ella?

—Tampoco ella, por lo que sé. Recuerdo que entonces llegamos a estar semanas sin dirigirnos la palabra. Era una situación embarazosa...

—Y que lo digas.

Alex se levantó de repente, puso las manos en jarras y miró alrededor.

—Hemos sido afortunados de nacer en este sitio —declaró—. ¿No es bonito? Y tú quieres escapar de nuevo.

—No hemos nacido aquí.

Las palabras de Marco lo arrastraron otra vez a aquella habitación, con el sol de primeras horas de la tarde filtrándose entre los postigos y dibujando un triángulo luminoso sobre la gruesa manta marrón.

—Lo sé desde hace mucho tiempo: yo he sido adoptado. Y, Alex, Jenny y tú también habéis sido adoptados.

—No es posible.

—Tengo pruebas. Cuando hace tres años estuve en Garen..., ¿recuerdas?

—¿Quieres decir cuando te fugaste? ¿Cómo podría olvidarlo?

—Encontré el Centro de Solidaridad. ¿Has oído hablar de él?

—Quizás, en alguna ocasión. Pero es absurdo. Mi madre... mi padre... no pueden haber hecho algo semejante.

—Escúchame. Cuando estuve en el Centro me colé en el archivo y leí los registros. Hemos sido adoptados en 376. También conseguí hablar con una voluntaria, con una excusa. Descubrí que una mujer de pelo rojo había sido vista mientras huía, después de dejar nuestras tres cunas

frente al instituto.

—*Todo esto es una locura, espero que te equivoques.*

—*Yo sé quién es esa mujer, Alex. Esa mujer está en mis sueños, en estas páginas. Y sé qué ha hecho por nosotros.*

—¿Me estás escuchando, Alex? —Marco levantó la mirada, con determinación—. Hemos nacido en Garen. Sé que es difícil de aceptar, pero estoy seguro de ello.

—Ya me has contado esta historia. —Su amigo lo observó de arriba abajo, con el ceño fruncido.

—Arroja un guijarro, Alex.

—¿Eh?

—Arroja un guijarro al agua.

Alex se encogió de hombros. Se arrodilló, estudió algunas piedras y al fin se decidió por una pequeña y romboidal, perfecta para uno de sus lanzamientos. La cogió entre el pulgar y el medio, el índice listo para dar el impulso decisivo. Por fin la lanzó hacia el río con un movimiento ágil y rápido. La piedra rebotó seis veces en la superficie del agua antes de hundirse.

—¡Fantástico! —exclamó, radiante—. ¿Has visto?

Con un gesto de la mano, Marco invitó a su amigo a sentarse junto a él. Guiñando los ojos para impedir que los rayos del sol lo cegaran, esperó a que Alex estuviera cómodo, con las piernas cruzadas sobre la roca elegida como base para el certamen de lanzamientos.

—No sé cómo, pero un día conseguiré entender quiénes somos.

—¿Por qué me has pedido que lanzara un guijarro?

Marco sonrió y miró a su amigo a los ojos.

—Mira los efectos de tu lanzamiento. Observa el agua.

Alex se volvió y vio una serie de círculos concéntricos allí donde la piedra había rebotado contra la superficie inmóvil del río. Parecían seis pequeños blancos —como los del tiro con arco en que descollaba— cada vez más amplios. Desde el punto central nacían y se expandían, hasta que los anillos exteriores se encontraban con aquellos producidos por el impacto más cercano.

—¿Qué debería ver? —preguntó Alex.

—Nuestra vida.

Alex fijó de nuevo la mirada en el río y por un instante quedó como hipnotizado por aquella sinfonía de movimientos. Luego las ondas se desvanecieron lentamente y la superficie del agua volvió a estar serena.

—Yo te quiero, Marco, y lo sabes. Siempre he creído en todas tus historias. Pero a menudo... a menudo me cuesta. Como si hablaras otra lengua. Tienes un cerebro extraordinario, fuera de lo normal, pero... ayúdame a entender de qué hablas, te lo ruego. Cuando no te entiendo, me da miedo.

—Cuántas veces he venido a sentarme en esta roca, solo. Cuántas veces... —Marco levantó la cabeza y miró un punto a lo lejos, más allá del río, allí donde empezaba una zona de colinas. Al otro lado de las colinas se erguía una pequeña cadena montañosa, y después de ella surgía la capital de la región de Sam-en, la ciudad de Garen.

—Como si no lo supiera. Siempre estás solo, escribiendo, leyendo... pensando. A veces me pregunto por qué eres mi mejor amigo. Pero lo eres, maldición. Solo quisiera que te divirtieses un poco más —añadió Alex con expresión compasiva.

—Este sitio es encantador —dijo Marco—. Tienes razón, hemos sido afortunados. Por otra parte, del otro lado no ha ido igual.

—¿Del otro lado de las montañas?

—Oh, no. Del otro lado de las montañas, en Garen, en Tor, en la Región de los Lagos... se está bien. Solo están un poco más apretados. Quien nos ha traído aquí sabía que este era el lugar ideal. Que viviéramos en la campiña o en la ciudad no cambiaba nada.

—Y entonces, ¿de qué fantasías hablas? Has dicho que del otro lado no ha ido igual. No te entiendo. ¿Del otro lado de qué?

—De nosotros mismos, Alex. Esos anillos ya se han confundido con el agua. Pero ¿cuántos eran? ¿Cinco? ¿Seis? El mismo guijarro, un número potencialmente infinito de vidas. De nacimientos, de crecimientos, de finales. Hace mucho te hablé de la mujer que nos llevó al Centro de Solidaridad. No me creíste, y quizás aún haga falta tiempo.

—Sí...

—Yo sé con certeza qué ha hecho esa mujer para ayudarnos. Lo he visto. He sido yo quien le ha dado esta tarea. Del *otro* lado.

—Creo que se está haciendo tarde, amigo. —Alex se levantó y se dio unas palmadas en las caderas para quitarse unas briznas de hierba pegadas a las bermudas—. ¿Estás seguro de que quieres partir?

—Lo estoy —respondió Marco, y lo abrazó—. Cuando estés solo y esperes mi regreso, ven a sentarte aquí. Aspira el perfume embriagador de la hierba, piensa en los catorce años de vida que has pasado en este refugio seguro y protegido... y lanza un guijarro. Después, hazme caso, eleva al infinito lo que veas.

Alex trató de sonreír para fingir que complacería a su amigo, pero le salió una mueca de nerviosismo que apenas disimulaba su malestar. Los razonamientos de Marco eran una pizarra cubierta de signos confusos a los cuales difícilmente conseguía atribuir un significado. Advertía la sinceridad de su amigo, pero le costaba seguirlo en los retorcidos razonamientos a que a menudo lo sometía. No obstante, siempre lo había querido y, no había ninguna duda, lo esperaría.

—¿Qué harás? —preguntó.

—Encontraré a esa mujer —respondió Marco, resuelto—. La encontraré. Debe de estar en alguna parte. Un día te demostraré que aquello que ves en torno a ti es solo uno de esos círculos, Alex. Una de las infinitas órbitas de nuestra vida.

Capítulo 6

Sam-en-Kar, año 390 C. S.

Dos días después de haber revelado a Alex su intención, Marco llenó una mochila con provisiones y ropa, y partió. Su amigo tenía razón: los suyos no se lo habrían tomado bien. Cuando a los nueve años había decidido huir de casa, a su regreso había prevalecido la conmoción y la felicidad de verlo de nuevo sano y salvo.

Esta vez, podía jurarlo, la reacción sería muy diferente.

Pero, antes de emprender el viaje hacia Garen, decidió hacer una parada en la posada de la señora Doro. Era allí donde el viejo Meurón solía pasar la tarde, ante un vaso de *ligala* —un licor producido por la familia Doro, prohibido a los muchachos de la edad de Marco— y discutiendo de filosofía consigo mismo. Con la excepción de Alex, Meurón se podía considerar su interlocutor preferido. Tenía casi setenta años, ni un pelo en el cráneo, la frente surcada de arrugas —debido a que pensaba demasiado, decía él— y la sonrisa siempre a punto. Era como un abuelo para Marco. El adoptivo, por su parte, era un incansable trabajador de la tierra, que constituía su único tema de conversación.

Marco cruzó el pueblo con la mochila al hombro, mientras el sol se ponía detrás de las cumbres y unos hombres encendían las farolas delante de los escaparates de las tiendas que flanqueaban la calle. Kar era un pueblo compuesto, en general, por viviendas de madera, aunque en los últimos tiempos, en el centro de la población, se había construido algún edificio de piedra. Incluso los comercios del casco antiguo tenían paredes de madera que en más de una ocasión se prendían fuego. Marco podía jurar que, cinco años antes, cuando se había perdido por las calles de Garen, casas y tiendas de la gran ciudad más allá de las montañas eran de piedra o cemento. Según Meurón, se trataba de una prueba de la obstinada voluntad de los habitantes de Kar de mantener las antiguas tradiciones en vez de elegir el evidente y constante progreso de los vecinos de más allá de las cumbres. Conservaba la Historia. Y mantenía el corazón caliente. «Construyen, construyen —decía siempre el viejo hablando de Garen—, y cada día se olvidan un poco más de sus orígenes».

En las inmediaciones del letrero que rezaba POSADA DORO, Marco escondió la mochila detrás de un carro junto a la entrada. La señora Doro conocía bien a sus padres adoptivos y habría sospechado al verlo entrar con semejante fardo al hombro. Marco no podía saberlo con certeza, pero la dueña de la posada debía de estar a la cabeza de la famosa procesión nocturna con antorchas que cinco años antes había cruzado el pueblo como una larga serpiente de fuego en busca de un niño de nueve años desaparecido de pronto de casa.

El muchacho se asomó al local. Algunas mesas estaban dispuestas en un orden confuso frente a una barra, mientras que de las paredes colgaban estandartes y cabezas de animales embalsamadas. La taberna se encontraba desierta, con la excepción de la mesa del rincón. Siempre la misma mesa en el rincón. Porque a Meurón le gustaban las tradiciones.

—Entonces no te has olvidado de tu amigo calvo... —dijo el viejo en cuanto levantó la mirada. Frente a él, sobre la mesa, había una copa y una botella de *ligala*.

—Meurón... ¿cómo estás? Perdóname, en los últimos tiempos... —Marco fue a sentarse frente al hombre. En la barra tampoco había nadie; a aquella hora la señora Doro despachaba los asuntos privados aprovechando que el local estaba prácticamente vacío.

—¿Adónde vas? —preguntó Meurón al tiempo que llenaba la copa.

—¿Cómo dices?

—Lo tienes escrito en la frente. Al grano: ¿adónde vas?

—Algún día me explicarás cómo haces...

—¿Para qué?

—¡Para leerme el pensamiento!

—Marco, Marco... has entrado mirando alrededor de manera furtiva, es casi la hora de la cena y

no estás en casa con tu familia, y además has dejado una mochila en el suelo cerca del carro, fuera de la taberna.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—No soy mago. —Meurón sonrió—. Estaba de pie, junto a aquella ventana, y te he visto llegar. Y te aconsejo que vayas a cogerla antes de que el caballo se la coma.

—Maldito seas, Meurón...

Marco correspondió a la sonrisa, luego salió del local para recuperar la mochila.

—La señora no está, ¿verdad? —preguntó mientras volvía a la mesa.

—Si has entrado aquí antes de huir del pueblo, sabías perfectamente que no está. A esta hora yo cuido del local en su ausencia y ella hace algunos recados. Cuentas, órdenes, cosas por el estilo. Total, antes de la cena nunca entra nadie, aquí las primeras almas empiezan a vagar a partir del atardecer...

—Debería pagarte por montar guardia.

—¿Acaso crees que he pagado esta botella de *ligala*? —Meurón soltó una risa sarcástica y bebió un sorbo.

Marco enarcó las cejas, suspiró y desvió la mirada. En su cabeza comenzaba a tomar forma el inminente viaje.

—Ánimo, ahora puedes decírmelo. ¿Adónde estás yendo? —Su voz sonaba pastosa a causa del licor, pero tenía los ojos despiertos y la mente lúcida.

—A Garen.

—¿De nuevo?

—No empezarás también tú...

—Frena, muchacho. No tengo ninguna intención de juzgarte.

—Eso me alienta.

—Es más, a propósito de Garen...

—¿Sí?

Marco fijó la mirada en la botella, mientras Meurón lo observaba con expresión de curiosidad y dejaba transcurrir unos instantes de silencio.

—¿Por casualidad quieres *ligala*? —preguntó Meurón por fin, antes de continuar.

—Adelante... ¿A propósito de Garen?

—He estado, hace un tiempo, y te quería hablar de algo. Pasé una noche en una posada muy parecida a esta, solo que más... moderna.

—¿Y dónde se encuentra?

—Está al sur. Pero lo que quería decirte es que... tuve una... discusión filosófica... con el dueño de la taberna.

—Qué extraño —ironizó Marco, sofocando una carcajada.

—Deberías hablar con ese tipo —dijo Meurón, frunciendo el entrecejo—. He estado en el local hasta la hora de cerrar, y además de saborear un producto que ellos llaman *fraccato*, un sublime extracto de uva mezclado con hierbas que crecen en las cercanías de Tor... conocí a un hombre con una mente excelsa. Lo más asombroso es que por momentos me parecía que estaba hablando contigo.

—¿Por qué? ¿Qué decía?

—No es lo que decía, sino cómo lo decía. Sois muy parecidos. En la manera de hablar, quiero decir.

—¿Cómo se llama?

—Jastel; la posada lleva su nombre. Casa de Comidas de Jastel o Cueva de Jastel, no recuerdo. Es bastante pequeña, pero renombrada en la zona. Está a pocos pasos de una plaza que cada diez días organiza un mercado en el que participan también los comerciantes de Kar. No te será difícil encontrarla. Se llama, precisamente, Rotonda del Mercado.

—Está bien. Tú, entretanto, te lo ruego, esta noche no me has visto.

—¿Por qué, acaso he hablado con alguien esta noche? Yo estoy aquí con mi garrafa de *ligala*, reflexiono sobre las cosas humanas... escribo en mi cabeza una historia de pueblos y guerras...

Marco sonrió, con una expresión de entusiasmo en los ojos y el corazón lleno de gratitud por aquel cómplice, amigo y confidente que estaba siempre allí, listo para escucharlo y ayudarlo.

—Pásame esa botella, venga, quiero probarlo —dijo.

El viaje acababa de empezar.

Capítulo 7

Sede de Synaptica, Marina, Gea

Anna acabó de abotonarse la bata gris, identificativa de su unidad de investigación, mientras esperaba que se abriera la puerta corredera del ascensor, apenas llegó al primer piso. Cuando estuvo dentro, pasó el dedo índice sobre una placa metálica en la que parpadeaba una fila horizontal de números del 1 al 16. Rozó el número 12 y cerró los ojos mientras subía. Conocía las leyes de Gea, esas reglas a las cuales esperaba no tener nunca que enfrentarse: relaciones sociales reducidas al mínimo, interacción limitada con las demás unidades y una existencia vinculada a ese minúsculo chip insertado bajo la piel del dedo índice. Un dispositivo en condiciones de traducir cualquier vida en un perfil digital, que había sustituido a las cámaras como principal instrumento de control de la población. Pero era un punto básico del admirable programa político denominado Bienestar que ella misma, ante la ausencia de alternativas creíbles, había votado. «Como si mi voto contara algo», había pensado mientras expresaba su elección, muchos años antes. Y esto era cuanto le había quedado. El pensamiento. La posibilidad de refugiarse en aquella dimensión inaccesible a los otros, de hacer buen uso de la razón, de comprender la real naturaleza de aquel lugar. Siempre había respetado las leyes, y, además, habría sido una estupidez quebrantarlas. En Gea se corría el riesgo de ser denunciado incluso a causa de un saludo demasiado efusivo dirigido a un colega de otra unidad.

«¿Me reconocerán después de todos estos años...?», se preguntó Anna mientras el led mostraba el número nueve y el ascensor se abría para dejar entrar a dos colegas de otra unidad, con bata naranja. «En el fondo, solo me han visto una vez...».

Observó su imagen reflejada y distorsionada por la placa metálica sobre la cual parpadeaban los números. Los reflejos plateados de su largo pelo rojo eran una señal evidente del tiempo transcurrido desde el día de su pacto con Ian. Pero aunque ya tenía más de cincuenta años, seguía siendo tan resuelta como entonces.

«Deben fiarse de mí», pensó Anna mientras el ascensor volvía a subir y los dos colegas conversaban sin dignarse mirarla. Anna permaneció en silencio, decidida a desarrollar su tarea sin hacer preguntas, para no correr el riesgo de despertar sospechas en alguien.

—He leído en la ficha que hoy tu jornada termina antes —dijo el primero, mientras el ascensor se detenía en la duodécima planta y Anna se disponía a salir—. ¿Es así?

—Es correcto. He obtenido un permiso especial. Esta noche mis hijos regresan de la visita guiada a Lender, la nave atracada dentro de un par de horas.

La voz del segundo hombre se desvaneció detrás de Anna, que ya avanzaba por el pasillo de la planta tras salir sin saludar, como correspondía al protocolo social de Gea.

Una parte de su ánimo no se sentía turbada por aquella conversación apenas oída. Era la parte de ella que había seguido viviendo en Gea en aquellos años, mientras que uno de sus múltiples alter egos se encontraba en otro lado, en Garen, junto a su marido, Slev. Lo que la Anna de Sam-en.ignoraba, pero que en aquel momento le producía sorpresa y un sentimiento de prudencia a la vez, era un conocimiento tan inesperado como absurdo. Reflexionó en ello mientras se dirigía a la habitación 129, que la tablet interactiva indicaba como la de los dos muchachos: los continentes partidos y divididos de Gea y Oriente libraban una guerra fría desde hacía décadas, a pesar de que algunas actividades comerciales prosiguieran en la sombra, a espaldas del pueblo. Y Lender, esto lo recordaba bien, era la ciudad más poblada de Oriente, el continente que los antiguos mapas, de los cuales Ian le hablaba a menudo, llamaban Asia y donde el régimen político había impuesto la lengua inglesa así como en Gea se había ordenado el empleo del italiano. ¿Cómo era posible, pues, que los hijos de un ciudadano de Marina hubieran estado en Lender, y que el padre hablase de ello como si se tratara de una visita de placer?

Anna llegó ante la puerta de la habitación 129 y suspiró, consciente del hecho de que en

aquellos últimos dieciocho años allí debía de haber sucedido algo gordo. Pero si hasta entonces había mantenido un riguroso y disciplinado autocontrol, sin caer en el error de dejar traslucir la mínima emoción ante los empleados de Synaptica, en cuanto estuvo frente al cristal que separaba la habitación del pasillo Anna quedó como petrificada.

En torno a su figura inmóvil bullían batas grises y anaranjadas, historias clínicas, mesitas con ruedas cubiertas de cajas llenas de probetas y goteros, un tráfago ordenado pero constante. Nadie parecía prestarle atención, como ella no había cambiado una sola mirada con ningún empleado de la institución.

Cuando se acercó al cristal, con paso lento y casi temeroso, el sentimiento de asombro la hizo estremecerse, presa de una emoción que era una mezcla de estupor y satisfacción. Como si una parte de sí misma nunca hubiera dejado de creer en ello. Como si hubiera lanzado una llamada hacia aquella realidad paralela que consideraba ya remota. Por un instante pensó que su versión alternativa de Gea había leído la comunicación expedida a su laboratorio, había entendido que estaba a punto de suceder algo impresionante, y se había puesto en contacto con la Anna de Sam-en. para restablecer el puente antes de presentarse ante los nuevos colegas de Synaptica.

Más allá de aquel cristal, los cuerpos de Alex y Jenny yacían, al parecer plácidamente, en sus respectivas camas, uno frente al otro, mientras por las ventanas se filtraba un tenue resplandor.

Eran ellos.

Dieciocho años después.

Los ojos cerrados, las facciones muy alejadas de la sufrida adolescencia que la vida les había impuesto, inertes, quizá dormidos a causa de algún sedante.

Pero estaban vivos.

Anna permaneció varios segundos observando, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y una expresión impasible en el rostro. Pero un observador atento habría notado el leve, casi imperceptible, velo de emoción que cubría sus ojos. Porque el que los muchachos siguieran con vida, muchos años después de aquella ejecución que le había parecido tan brutal, significaba esperanza.

Y a aquella esperanza iba unida la posibilidad de que también Ian se hubiera salvado.

Anna bajó la mirada y dio unos pasos hacia la puerta de entrada de la habitación. Con el rabillo del ojo se aseguró de que sus movimientos no llamaran la atención de nadie. Luego respiró hondo, se arregló el cuello de la bata y apoyó la mano derecha en el pomo de la puerta.

En cuanto entró, tuvo la confirmación de que no había sido el azar el que la había vuelto a enviar a Gea. No había sido un accidente, ni un hecho fortuito. Advirtió la intensa sensación de que se encontraba exactamente donde era necesario que se encontrase. De que estaba respondiendo a una llamada. De que aceptaba una misión que acababa de empezar. De que había vuelto al punto de partida.

Sintió que una descarga de energía se extendía por cada centímetro de su cuerpo y penetraba en su mente con la fuerza de un relámpago.

Así comprendió que el puente entre los mundos finalmente se había restablecido.

Y que el futuro aún estaba por escribirse.

Capítulo 8

Sam-en-Garen, año 390 C. S.

Estación del Sol, día 179

Ya hace quince días que estoy de viaje.

Nada más llegar a Garen me he visto obligado a robar un par de zapatos nuevos. Las suelas de los míos estaban prácticamente despegadas. A pesar de que el sendero siempre se encuentra en el mismo sitio y he conseguido cruzar la pequeña cadena montañosa en mucho menos tiempo que hace cinco años, el viaje ha dejado sus señales. Por suerte, Meurón me ha regalado una cantimplora llena de ligala. Maldición, ¿por qué no se lo venden a los jóvenes? Es increíblemente bueno, debería haberlo probado antes. Su notable graduación alcohólica lo convierte en la bebida perfecta para un viaje por las montañas nevadas. Quién sabe si en Garen también producen un brebaje similar. No recuerdo cómo se llamaba aquella bebida de la que hablaba el viejo. Traccato, fraccato... No importa. Pronto lo descubriré. He pasado mi primera noche en las inmediaciones de la Gran Biblioteca de Sam-en.Garen. Afortunadamente, aún no ha empezado a hacer frío en serio. Dentro de poco acabará la Estación del Sol y entraremos en el año 391 del Calendario de Sam-en. En unos cuarenta días el calor solo será un recuerdo, pero para entonces ya debería estar en casa. Aunque ignoro dónde dormiré esta noche, sé adónde me dirijo. Estoy escribiendo estas líneas sentado en el suelo, bajo los pórticos. Me encuentro en la plaza que Meurón me indicó, la Rotonda del Mercado. Aquí cerca debería estar el local del que me habló.

Ayer por la noche tuve otro sueño de los míos... Arrancaba de las manos de un hombre una hoja de papel con una lista de nombres. En el sueño sabía que ese hombre era mi padre. Mi verdadero padre. Pero el ambiente era extraño: me encontraba en una calle que bordeaba el mar, y a mitad del trayecto topé con una mesa de madera similar a la que tengo en Kar. El hombre estaba sentado a ella. Y diluviaba. Pero si levantaba la mirada, veía el sol. Debe de ser un recuerdo confuso.

Reflexionaré en él. Ahora es tiempo de andar.

Marco cerró el diario, lo guardó en la mochila junto a un lápiz de punta gastada y se levantó. Era media mañana, y desde hacía unos minutos había comenzado a soplar un viento insistente, mientras que el cielo se había vuelto más oscuro y ya no había ni rastro del sol. La vasta plaza estaba desierta, pero algunos carteles indicaban la fecha del siguiente mercado regional. Estaba previsto para unos diez días después. Marco miró alrededor. Los pórticos seguían el perímetro de la plaza, de la cual salían cuatro anchas avenidas. En el centro había una pequeña fuente con una estatua en el medio. Ignoraba quién era el hombre de la estatua, pero su vigor y su prestancia le resultaban admirables; empuñaba una lanza y mostraba unos brazos y pectorales musculosos. Sus pantorrillas se hundían en la fuente, y ceñida a la cintura llevaba una especie de túnica corta que el viento agitaba.

Marco permaneció unos minutos observando a la gente de Garen, cuya pulcritud en el vestir y aspecto cuidado contrastaban con los de sus paisanos. Una mujer con un sombrero adornado con flores empujaba un cochecito. Un par de hombres, quizá compañeros de trabajo, pasaron por su lado, impecables en sus uniformes verde oscuro, típicos de quienes desarrollaban una tarea importante en la estación. Vio la estación, no muy lejos de la Gran Biblioteca de Sam-en.Garen. Abrió los ojos como platos ante la entrada en forma de arco y se asombró al observar la cola frente a la taquilla. Galvanizado por el eléctrico frenesí de aquel lugar de partidas y encuentros, pasó una buena media hora contemplando unos novísimos Locomotorios de Gerber, el orgullo ferroviario de la Tierra de Steir. Eran imponentes, tan largos que no se veía el final, y las ventanillas, en las que el sol se reflejaba, parecían escamas relucientes de una serpiente enorme, inmóvil y silenciosa.

Marco vio acercarse a un joven —no debía de tener más del doble de su edad— de rostro amable y caminar lento, de modo que se animó, lo detuvo y le dijo:

—Perdone, ¿sabe dónde está la posada de Jastel?

El desconocido negó con la cabeza, se encogió de hombros y siguió andando. Marco se encaminó entonces hasta una de las cuatro avenidas y decidió entrar en una tienda. Se trataba de una frutería, uno de los pocos comercios que le recordaban a Kar, donde cultivar la tierra se consideraba desde siempre un arte sagrado.

—Disculpe —preguntó—. La posada de Jastel... ¿Sabe dónde...?

—Al otro lado de la plaza —respondió una mujer, y lo miró de arriba abajo con una expresión de curiosidad—. La Calle Nueva. Un centenar de pasos.

—Gracias —dijo Marco, y cruzó la plaza.

Tres carros arrastrados por caballos negros pasaron por delante de él, uno detrás del otro, mientras se introducía por la Calle Nueva, un amplio paseo flanqueado por edificios de piedra. No fue necesario contar los pasos. Un letrero de madera sobre la fachada, con la inscripción CUEVA DE JASTEL, era muy visible a pesar de la distancia.

La atmósfera que se respiraba en Garen era la misma que había conocido durante el primer viaje. Una vibrante energía que fluía de cada calle, de los ojos de cada persona. Admiraba la inclinación al progreso de la gente de Garen, aunque también le agradaba el tradicionalismo cargado de valores y virtudes de Kar. Pero en Kar no tenían una estación moderna. Casi todas las casas eran de madera. Y la gente no solía vestir de forma tan circunspecta.

Cuando Marco entró en la posada, la encontró bastante llena de parroquianos. De hecho, el local estaba repleto de mesas y podía alojar a un centenar de personas como mínimo. La decoración era similar a la de la taberna de la señora Doró: cabezas de animales en las paredes, hachas, lanzas y fusiles cruzados, y una serie de escudos que, hasta donde Marco sabía, debían de representar a algunas estirpes que se desafiaban cada año en un torneo llamado Vuelta de Garen. El torneo era el motivo principal por el que esa mañana había tanta gente en la Cueva de Jastel. Hombres y mujeres sentados en torno a las mesas, donde destacaban botellas y platos con carnes a la brasa, discutían animadamente sobre un punto del reglamento que al parecer había sido modificado recientemente. Marco pasó entre un par de mesas y se acercó a la barra. Lo atendió un hombre de unos sesenta años, estatura media, canoso, con la frente amplia y unas patillas pobladas, los ojos grandes y pardos. Le dirigió una amplia sonrisa y, un instante después, una mirada de perplejidad.

—Dime una cosa, muchacho, ¿tú no deberías estar en la escuela en este momento?

—Sí... señor. Debería. Pero yo voy a la escuela en Kar. Soy de Kar.

—Ah. ¿Y cómo es que no estás en Kar, entonces?

—No se preocupe, estoy aquí con mi familia... Mis padres han ido a discutir algunas cosas que no me conciernen, o al menos eso dicen. A propósito de un mercado, una feria, no sé...

—¡Ah! Podías haberlo dicho, tus padres son comerciantes. Claro, se estarán organizando para el próximo encuentro de los vendedores en la Rotonda...

—Eso es, sí. Algo por el estilo. Perdone si se lo pregunto, pero... ¿usted es Jastel?

—Puedes decirlo bien fuerte —tronó el hombre, dirigiendo hacia la sala una mirada llena de satisfacción—. Detrás de esta barra me verás siempre, a mí y solo a mí. Tengo a algunos cocineros contratados, cierto, y algunos camareros... pero la barra es mi reino. ¿Sabes?, yo he levantado este sitio, hace muchos años. ¡Solo! Y ¿sabes cuál es mi lema?

—¿Cuál?

—Conozco a una sola persona en condiciones de proveer a mi libertad. ¡Y esa persona sonrío cada mañana en mi espejo!

Marco miró fijamente a los ojos al propietario del local, que acto seguido se puso a enjuagar unas jarras mientras él no conseguía abrir la boca. Lo asaltó una sensación tan fuerte como

inexplicable. Sentía que le flaqueaban las piernas, que flotaba, y tuvo que agarrarse a la barra con ambas manos para no acabar en el suelo. Trató de respirar hondo. ¿Estaba a punto de desmayarse? ¿Un efecto colateral del *ligala*, quizá? Tal vez fuera por eso por lo que no lo vendían a los menores de edad. Jastel sacó de debajo de la barra una botella cuya etiqueta rezaba *FRACCATO* – PRODUCTO ARTESANAL, y llenó sendos vasos a dos hombres con la frente sudada y las mejillas coloradas.

Mientras los dos brindaban mascullando algo incomprensible, Marco recuperó el control de su cuerpo y volvió en sí. Miró alrededor y las voces ensordecedoras de los clientes le retumbaron en la cabeza. Al cabo de un instante, su mera presencia en aquel local le resultó insoportable. Los sonidos, superpuestos en un coro de gritos confusos puntuados por alguna esporádica carcajada, le dolían como agujas clavadas en las sienes. Continuaron, sin un instante de pausa. «¡Desde que existe la Vuelta de Garen, esa regla ha sido considerada sacrosanta! ¿Qué sentido tiene cambiarla ahora?»; «¿Tu caballo se ha recuperado del accidente, Olem? ¿Correrá?»; «¡Este año no habrá nada para nadie, mi escuadra es imbatible!»; «Tu hijo es uno de los mejores que hay; es una lástima que se haya roto un tobillo a veinte días de la Vuelta... ¿Quién lo sustituirá?».

—Basta. —Marco cogió la mochila y salió de la Cueva de Jastel sin mirar atrás.

Aquella tarde, tras dejar la posada, Marco se encaminó hacia el noreste, en dirección al Centro de Solidaridad. Ya había estado allí, recordaba bien el camino. Anduvo durante un par de horas entre callejas estrechas y cruzó grandes plazas; al atardecer buscó un lugar seguro donde pasar la noche. Había caminado mucho y sentía que las piernas le pesaban, pero dormir en la calle —como había hecho cuando se había escondido en un recoveco en la zona de la Gran Biblioteca— era demasiado arriesgado. Garen era un sitio tranquilo, pero había guardias que por la noche hacían la ronda a pie o a caballo para vigilar que las calles estuviesen tranquilas. Y, además, él seguía siendo un chico de catorce años.

Finalmente, y después de varias horas, Marco encontró un picadero e improvisó un lecho de paja en un establo vacío. Mientras se colaba había entrevisto las cabezas de un par de maravillosos purasangres que asomaban de los otros establos. Eran caballos de carreras que con toda probabilidad protagonizarían la inminente Vuelta de Garen. Por suerte, el horario de trabajo hacía rato que había terminado y no se veían vigilantes por allí. Si hubiera detectado la presencia de alguno, desde luego que habría salido por piernas.

A la mañana siguiente, mientras trataba de recomponer las piezas de algunos sueños absurdos que había tenido —en uno, estaba seguro, montaba uno de esos caballos, que le hablaba en una lengua desconocida—, Marco se coló en el picadero en busca de agua. Tenía la boca seca, pastosa, no bebía desde hacía al menos medio día y el último líquido que había recibido su cuerpo era el *ligala*. Cuando se encontró frente a un abrevadero, suspiró de alivio y extrajo de la mochila la botella, ya vacía, que Meurón le había regalado. La destapó, la colocó debajo de una bomba y accionó la palanca para hacer correr el agua.

—¿Y tú de dónde sales? —gritó una voz ronca a sus espaldas.

«Maldición», pensó Marco, cerró la botella llena a medias y se volvió.

—Perdone... tenía sed —balbuceó mientras observaba al mozo que lo había sorprendido en el interior del picadero. Era un joven alto, musculoso y con una mandíbula prominente. Tenía el pelo castaño y rizado, los ojos verdes y la frente arrugada, sujetaba entre las manos un largo rastrillo.

—¿No tienes *caza*? —preguntó, con una pronunciación ceceante que transformaba las eses en zetas.

—Pues... no... —repuso Marco. Y para desviar la atención del desconocido preguntó, aunque conociendo perfectamente la respuesta—: Por casualidad, ¿sabrías indicarme el camino para el Centro de Solidaridad?

El joven apoyó el rastrillo contra un muro, esbozó una sonrisa y, con expresión melancólica, dijo:

—Perdona, ¿tú eres... un huérfano?

—En cierto sentido.

—Lo *ziento*. Quizá no *zepas* que... Maldición.

—¿Qué?

—El Centro de *Zolidaridad*. Fue, cómo *ze* dice, *dezmantelado*. Hace tiempo. *Trez eztaciones*, quizá cuatro.

Marco cerró los ojos por un instante y bajó la cabeza. Su única posibilidad de conseguir información... acababa de irse al traste.

—¿Qué significa? ¿Ya no... existe?

—Exacto. Nuevo programa político; decían que no había *baztantes* fondos.

—Entiendo. Perdona si he entrado en tu picadero sin pedir permiso. ¿Puedo llenar el resto de la botella antes de marcharme?

El muchacho se acercó y le dio una palmada en el hombro, con una amplia sonrisa en el rostro.

—Pareces hambriento. ¿*Quierez proviziones*? Aquí producimos una carne excelente, *tenemos* cerdo, buey...

—Te lo agradezco... —Marco se volvió y acabó de llenar la botella—. Pero no tengo dinero.

El extraño se encogió de hombros, luego cogió el rastrillo y saludó con un gesto de la cabeza antes de desaparecer dentro de un establo. Marco se llevó el pico de la botella a la boca, bebió un largo trago y, tras echarse nuevamente la mochila al hombro, se alejó del picadero.

«¿Y ahora?», se preguntó cuando estuvo en la calle que conducía al noreste, donde cinco años antes había encontrado el Centro de Solidaridad. El cielo estaba despejado y soplabla una suave brisa. Era el día 180 de la Estación del Sol, pronto cambiaría el clima. Un nuevo año estaba a las puertas, y Marco sentía la necesidad de encontrar respuestas.

Se puso a andar sin destino fijo, los pensamientos confusos en busca de una clave, su existencia hecha añicos. Su espejo hecho pedazos. Una identidad que recrear. Sin embargo, había sucedido algo extraño. Algo a lo que había tratado de no prestar demasiada atención, pero que ahora volvía después del penoso fracaso del objetivo principal de su viaje a causa de un nuevo programa político.

La frase volvió con prepotencia y resonó en su cabeza sin cesar, mientras intentaba ahora poner rumbo al sur y la ciudad poco a poco despertaba y sus habitantes llenaban las calles: «Conozco a una sola persona en condiciones de proveer a mi libertad. ¡Y esa persona sonrío cada mañana en mi espejo!».

Marco apoyó la mochila en un murete y se sentó con las piernas cruzadas en la lengua de hierba que crecía junto a la carretera periférica de Garen, que conducía hacia el sur, hacia las montañas. Cerró los ojos, inmóvil, y se dejó transportar por aquellas palabras. Aquella frase era una mano que lo llevaba a una habitación lejana y olvidada.

Estaba todo en aquella habitación en penumbras, amurallada en sus recuerdos. Allí encontró a dos personas. Él mismo —adulto— y un niño. Ya lo había visto, en algunos sueños más fragmentarios, durante sus catorce años de vida en Sam-en.Kar. Reconocía aquellos ojos, la expresión dulce pero determinada de un chiquillo para quien él era guía y héroe, maestro y punto de referencia. Aquel niño que habría crecido y, aún jovencísimo, lo seguiría al mar durante la expedición que había marcado su autoexilio en la isla de Limen. La expedición en que Marco, en aquellas tierras llamado Ian, había encontrado la cabina de Alex debajo de las olas. Y aquel niño convertido en muchacho, llamado Ben, había guardado el secreto.

Ambos estaban en aquella habitación.

—¿Qué te ha enseñado papá? ¡Lo repetimos juntos!

—Me ha enseñado nuestra filosofía de vida: «Conozco a una sola persona en condiciones de

proveer a mi libertad. ¡Y esa persona sonrío cada mañana en mi espejo!».

—Muy bien, cariño. Muy bien. No lo olvides nunca. Te quiero.

Marco abrió los ojos y sintió una energía nueva que lo atravesaba de la cabeza a los pies. Jastel tenía más o menos la edad que Ben habría tenido en Gea, si en aquel preciso momento hubiera estado vivo en la realidad alternativa. Los rasgos del propietario de la posada eran distintos en aquellas tierras. Pero algo en él mismo pertenecía a un pasado que ignoraba. Algo que había quedado más allá de la indefinible barrera entre los mundos. Había una razón detrás del hecho de que Meurón hubiera empujado a Marco a encontrar la Cueva de Jastel, detrás del hecho de que el viejo hubiera encontrado al hombre tan parecido a aquel chiquillo, tan cercano en los razonamientos, en los modos de expresarse. Había una razón hija de una tan absurda como lógica paradoja del Multiverso.

«Si fuera de verdad...», pensó Marco mientras recordaba el entusiasmo de Jastel, mientras reflexionaba en el templo de Ben. Mientras los ojos que reflejaban madurez del primero se convertían en los ojos cargados de energía del segundo.

—Debo volver a la posada —dijo en voz baja. Luego se le hizo un nudo en la garganta, cuando volvieron a aflorar en su mente los sueños en que la sensación de haber perdido para siempre a su único hijo había sido tan fuerte, tan cruda.

Sin embargo, quizá la muerte no fuese más que una ola solitaria que iba a morir en la orilla mientras otras, innumerables, continuaban surcando el mar.

Marco volvió a la Cueva de Jastel esa misma tarde, a la hora en que las calles soleadas de Garen estaban semidesiertas y la gente del lugar apenas había terminado de comer o estaba descansando. El silencio, a veces interrumpido por los cascos de algún caballo, era un velo delicado que envolvía la ciudad confiriéndole un aspecto austero, casi solemne. Las fachadas color ocre de algunos edificios de cemento, con sus ventanas oblongas y sus portales estrechos, parecían filas de enormes rostros despiadados cuyas sombras se cernían sobre su camino. Con el ánimo alborotado, decepcionado por la búsqueda fallida y a la vez nervioso por el inminente encuentro, Marco anduvo a paso firme hasta la Rotonda del Mercado. Después, tras saciar su sed en la fuente, reanudó el camino que lo conduciría a la Cueva.

Jastel estaba ocupado lavando las jarras, cuando Marco entró en la posada. No había nadie en las mesas. Nadie junto a la barra. Las cabezas de los animales colgadas de las paredes parecían embalsamadas en una expresión de singular estupor.

—¿Puedo... entrar? —preguntó con tono vacilante, y su voz resonó en el local vacío.

Jastel alzó la mirada mientras ponía un par de vasos sobre un paño blanco.

—Tú eres el muchacho de ayer —dijo.

—Sí, señor. Soy yo.

—Pues estoy cerrando, jovencito, de modo que...

—Me marcharé enseguida. —Marco se acercó a la barra; el corazón le latía con fuerza. Se sentó en un taburete. Detrás del hombre se veía un cartel que rezaba: SI LA BEBIDA NO PUEDES PAGAR, LA SED TENDRÁS QUE AGUANTAR.

—¿Qué necesitas?

—Pasar un momento aquí... Entender.

El hombre frunció el ceño, pero no con expresión de desconfianza sino de curiosidad.

—¿Alguna vez le ocurre tener sueños extraños? —preguntó Marco, bajando la mirada.

—¿Cómo?

—Sueños en que... es otra persona. En que el mundo es distinto, los nombres de las cosas, la lengua en que habla la gente... ¿Le sucede?

Jastel enarcó las cejas y permaneció unos instantes en silencio, con los brazos cruzados. Luego salió de detrás de la barra y se sentó en un taburete, junto a Marco.

—Tengo muchos sueños extraños. Como todo el mundo, imagino. ¿Por qué me haces esta

pregunta?

—Dígamelo, por favor. —Marco alzó la mirada y encontró los ojos profundos de Jastel, que lo observaba intentando comprender la naturaleza de aquel razonamiento—. ¿Le ocurre que en esos sueños es otra persona?

—Me parece que no —respondió Jastel, sacudiendo la cabeza.

—Claro, entiendo. Perdona mi irreverencia. —Marco amagó levantarse, pero en cuanto puso un pie en el suelo, el hombre apoyó una mano en su brazo.

—Pero —dijo—, quizá pueda contribuir a tu investigación. ¿Qué eres, un joven estudiante de filosofía? Porque en realidad tengo un sueño extraño, ahora que lo pienso... siempre lo he tenido.

Marco volvió a sentarse.

—Sueño con el mar —continuó Jastel—. Una extensión ilimitada de agua, como... como un océano. Es un sueño recurrente, y es extraño, porque yo nunca he estado en el mar. Siempre he vivido aquí, en Garen. Ni siquiera sé cómo es. Solo lo he visto en algunas pinturas. A veces, sueño que me sumerjo hasta ver sus profundidades. Es fascinante...

Lo que siguió no fue premeditado. Marco nunca imaginó hacer algo así. Pero fue un gesto espontáneo, una reacción automática al relato del hombre. Bajó del taburete de un salto y abrazó a Jastel. Este se quedó paralizado por un instante, con los brazos abiertos. Después, mientras el muchacho hundía la cabeza en el ancho pecho, lo estrechó contra sí.

Permanecieron en esa posición un par de minutos, lo suficiente para caer en un abismo del que no se veía el fondo, para arrastrar la mente de Marco lejos de Sam-en, lejos de la vida de adolescente en que nunca se había reconocido. No supo decir qué sintió Jastel durante aquel abrazo, y nunca se lo preguntó, pero al apartarse vio sus ojos brillantes. Los ojos de un adulto. Los de un niño.

¿Podía ser, la persona que se encontraba delante de él, una versión alternativa de Ben, el hijo que Marco había tenido en la realidad de Gea? ¿El hombre que, por otra parte, había sacrificado su vida para poner a salvo a Jenny, totalmente ignorante de sus múltiples identidades dispersas por infinitos mundos?

El viaje del muchacho podía considerarse concluido. Al día siguiente retomaría el camino hacia Kar. Pero esa noche, a pesar del cansancio, Marco no consiguió pegar ojo.

La sonrisa de aquel niño mientras repetía la frase sobre la libertad era una cantinela dulce y melancólica, un reclamo sin tiempo que en un instante unía todas las historias, todos los recorridos. Era la respuesta a una pregunta que Marco se había formulado muchos años antes, cuando sus pensamientos aún eran frágiles hipótesis. Un puente finalmente sólido, listo para ser cruzado.

Capítulo 9

Sam-en-Garen, año 391 C. S.

Estación de la Luna, día 1

Hoy volveré a ponerme en viaje.

Lo que he descubierto en los días pasados en Garen está muy lejos de lo que esperaba saber, pero es igualmente precioso.

Habría querido hacer muchas preguntas a aquella mujer llamada Anna, pero no tengo ninguna posibilidad de encontrarla. Garen cuenta con casi doscientos mil habitantes. No sé nada de ella, no tengo indicios. Pero estoy seguro de que algún día la veré. O tal vez sea ella la que me encuentre. En el fondo, ha sido ella quien ha hecho posible nuestra supervivencia. Solo no consigo recordar de qué demonios estábamos escapando, qué o quién nos daba caza...

He conocido, en cambio, a ese hombre llamado Jastel. He oído su voz, escuchado su corazón. He entendido quién es. Él es la confirmación que esperaba.

Jastel mira alrededor desde que ha nacido y ve la tierra de Sam-en, conoce estas calles, esta gente... no sabe que los senderos se bifurcan desde siempre. No sabe nada de Gea, no sabe de todos sus yoes alternativos. Es esto lo que les ocurre cada día a los habitantes del planeta. Si hay algo que he entendido, desde que he comenzado a soñar, es la extraordinaria ocasión que se nos ha brindado. Tiempo al tiempo, un día recordaré el porqué y el cómo. Rememoraré los orígenes y el motivo de nuestra diversidad. Sé que en mi pasado esta conciencia está muy presente, aunque mi pasado es un túnel oscuro y lleno de galerías. Algunas puertas todavía están atrancadas, pero dispongo de tiempo. Debo crecer, y quizá junto con mi cuerpo crezcan mis recuerdos, resurja mi historia. Y acaso obtenga una respuesta a la pregunta que me planteo desde hace tiempo: ¿por qué Alex y Jenny, con la excepción de ese sueño incestuoso, no consiguen ver?

Cierro aquí mi diario y me pongo otra vez en movimiento. Debo superar el sendero entre las montañas, más allá del cual me esperan el valle de Kar y una familia adoptiva que estará preocupada por mí desde hace días.

Es tiempo de volver a casa.

Sam-en-Kar, año 393 C. S.

—¿Te das cuenta? —dijo Alex, con labios temblorosos y los ojos brillantes. Sentado en el suelo junto a la cama de la habitación de Marco, con el diario de su amigo entre las manos, llevaba un largo rato leyendo en voz alta.

—Es todo tan extraño —repuso Jenny, de pie junto a la ventana y la mirada perdida más allá de las montañas, imaginando el segundo viaje de Marco tal como este lo había contado en sus notas. Y aquellas increíbles fantasías sobre vidas paralelas, existencias alternativas e historias que concernían también a ella y su hermano. Relatos que Alex conocía desde hacía tiempo y que, a pesar de lo mucho que lo intentaba, no lograba comprender.

—Esta página está fechada en 391... Han pasado dos años. Aún recuerdo el castigo que le infligieron sus padres, cuando regresó a casa sano y salvo.

—Alex, ya has leído casi todo su diario. Marco es el único en toda Sam-en que tiene estas visiones. Si es verdad que nosotros dos estamos en muchas de estas, ¿por qué no recordamos nada?

—En realidad, según Marco, esos sueños extraños que hemos tenido...

—Sí, está bien, aparte de esos. No me ha vuelto a ocurrir, fue un único episodio. ¡Aquí hay un diario entero! Ahora tenemos diecisiete años, y yo no creo que...

—¿Tú piensas en ello alguna vez? —Alex se incorporó lentamente, cerró el diario, lo dejó sobre la mesa de madera maciza y se acercó a la ventana. Detrás de él, Marco yacía en silencio bajo una sábana bordada, con los párpados cerrados desde hacía casi dos Estaciones.

—¿En qué? —preguntó Jenny con timidez mientras pasaba una mano por su larga cabellera castaña.

Alex dio un paso hacia delante, apoyó la espalda contra la ventana y contestó:

—En aquellos días, Jenny. —Fijó en ella sus ojos azules sin darle la mínima ocasión de huir a otra parte con la mirada. Desde que habían superado aquel período de incomodidad, ella ya no había conseguido mirarlo a la cara del mismo modo. Algo había cambiado. Sin embargo, no había habido ninguna confrontación. La vida había continuado como siempre.

—Oye, Alex...

—Marco estaba convencido de que era así.

—¿El qué?

—Lo sabes perfectamente, Jenny.

—Nunca hemos hablado de ello. ¿Por qué lo estamos haciendo ahora?

Alex se volvió hacia su amigo. El pelo negro le caía sobre la frente, las manos cruzadas debajo de la sábana. La expresión del rostro siempre había parecido serena, desde el primer día.

—Maldición... —Alex se mordió el labio inferior en un intento de contener las lágrimas, pero fue en vano—. ¿Y si ya no despertara? Tengo miedo, Jenny. Tengo mucho miedo.

—Despertará. Debemos creer en ello.

Alex sacudió la cabeza, luego se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

—No puede morir —dijo, mientras su hermana se acercaba a él y lo abrazaba. Alex hundió el rostro en su hombro y siguió sollozando, mientras en su mente tomaban forma imágenes horribles de procesiones en el pueblo y discursos de despedida por parte del Confesor.

Jenny cerró por un instante los ojos y lo apretó contra sí; luego ambos permanecieron largamente en silencio, cada uno absorto en los pensamientos más diversos, unidos por el mismo dolor y ligados por raíces plantadas en un terreno olvidado, hacía quinientos años. No tuvieron el valor de pronunciar una palabra, hasta que una singular vibración les atravesó el pecho como una punzada repentina. Sus pensamientos se encontraron y echaron a andar juntos por el plano del inconsciente.

Una tabla azul se desplegó en torno a ellos y percibieron un perfume salino. Y se alzaron las olas, mientras las gaviotas volaban en lo alto y un viento fresco soplabla desde el este. Un paso tras otro, sobre aquella lengua de tierra que cortaba el océano, aquel muelle sobre el Pacífico que había representado un inicio fallido, una cita traicionada, una ilusión. Pero que en realidad había sido el punto de partida. Todo aquello era inaccesible. En aquel momento no era posible recordar nada de cuanto habían vivido.

Nada, salvo un beso.

Una nota fuera de la partitura, un momento escapado del olvido con el cual se enfrentaban desde hacía demasiadas estaciones. Un espejismo onírico que habían preferido relegar. Demasiado alejado de la vida de dos hermanos, demasiado prohibido para ser otra cosa que una involuntaria fantasía. Marco parecía saber algo más de ello, pero ninguno de los dos le había prestado atención. Y ahora yacía allí, inmóvil, ausente.

Alex permaneció abrazado a su hermana con la cabeza inclinada sobre su hombro y las manos delicadamente cruzadas alrededor de su cuello, mientras un rumor de pasos subía por las escaleras. Antes de que se abriera la puerta del dormitorio, echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos. Jenny hizo lo mismo, y los dos se miraron una vez más mientras permanecían unidos. Inquietos. Ansiosos. Espantados.

El ruido de la puerta al abrirse los hizo estremecer y los devolvió a la realidad. La madre de Marco, una mujer flacucha llamada Tesse, con el rostro marcado por las muchas noches sin dormir pasadas a la cabecera de su hijo, los observó con una expresión sombría.

—Debo pedirlos que os marchéis, chicos —dijo—. Lo lamento. Está a punto de llegar el doctor de Garen.

Alex y Jenny se apartaron. Él cogió el diario de Marco y se lo tendió a la mujer.

—Esto...

—Puedes quedártelo, si quieres —lo interrumpió ella—. Nunca lo he leído y nunca lo leeré.

—Está bien, señora, me lo llevo.

—¿Sabéis? —continuó Tesse, como si ni siquiera hubiera oído la respuesta de Alex—, a veces farfulla algo.

—No creía que fuera posible —dijo Jenny, frunciendo el ceño.

—El doctor asegura que es normal, que es como si... delirase.

—¿Puedo preguntarle qué dice, Tesse? —inquirió Alex.

La mujer respiró hondo, luego apoyó una mano en la jamba de la puerta.

—La mayor parte de las veces son frases incomprensibles —respondió—. Las pronuncia con mucho convencimiento, pero como en otra lengua. No tienen ningún significado. En cambio, otras veces... No entiendo, en los últimos días ha hablado a menudo de una lista. Una lista de nombres. Y luego ha repetido varias veces una especie de pareado.

—¿Un pareado? —dijo Jenny.

—Una frase con rima... lo único sensato que ha dicho desde que está en coma: «Cuando también el tiempo sea domado, también del tiempo se hará mercado».

Alex y Jenny se miraron a los ojos por un instante, perplejos, mientras desde la planta baja les llegaba la voz del padre de Marco anunciando el arribo del médico. Ambos dirigieron una última mirada a su amigo, saludaron a Tesse y abandonaron la habitación.

Mientras se alejaban, su pensamiento volvió al período en que Marco había escrito aquel último apunte en su diario. Su regreso a casa, el castigo, la reaparición en la escuela y, por fin, el coma. Sin signos evidentes de lesiones cerebrales o violencia de algún tipo sobre los que indagar. Nadie había sabido determinar la causa de aquel estado de inconsciencia, pero el hecho era que Marco llevaba durmiendo desde hacía casi dos estaciones. Al principio, todo un equipo médico había partido de Garen para comprobar el estado del muchacho, que muy pronto se encontró fuera de peligro: las funciones vitales primarias eran normales, pero nadie sabía decir con certeza si el muchacho despertaría, ni qué clase de enfermedad había provocado el coma. Una enfermera se había encargado de alimentarlo por medio del gota a gota. Más tarde, dada la buena respuesta general del organismo, para conservar el funcionamiento de los órganos internos se había pasado al uso de una sonda nasogástrica capaz de bombear directamente la comida al estómago. El doctor responsable del caso lo visitaba una vez por semana para verificar en persona lo que había definido como un caso de manual. La familia de Marco sabía que sin los gigantescos pasos dados por la medicina en los últimos años —desde este punto de vista Garen era una verdadera ciudad de vanguardia, modelo de referencia para toda la Región—, Marco no habría tenido la menor oportunidad. Pero, no obstante el progreso científico, ningún análisis había conseguido arrojar luz sobre la enfermedad que había provocado en Marco aquel estado.

Alex y Jenny volvieron a casa y ninguno de los dos abrió la boca a lo largo del trayecto, mientras el sol se ponía detrás de las montañas y el manto azul de la tarde cubría el valle de Kar. Se sentían aturdidos, lo que resultaba tan molesto como peligroso.

Confusos y agitados, buscaban un porqué. Necesitaban un porqué.

Estaban irremediablemente ligados el uno al otro por un sentimiento sin nombre que atravesaba cualquier frontera del espacio y el tiempo, guiaba su ánimo y se imponía sobre la razón. No podían ignorar cuanto habían visto durante aquel abrazo en casa de su amigo. El dolor por el estado de salud de Marco no tenía nada que ver con aquel fugaz instante de real e indefinible serenidad. El dolor solo había desbloqueado algo. El resto pertenecía a su naturaleza, a las raíces más íntimas de una existencia olvidada.

Aquel beso. Aquel muelle. La sensación de unión profunda debida al solo hecho de caminar

tomados de la mano, perdidos en el encanto de un instante.

Eso era lo que eran, y empezaban a ajustar las cuentas con ellos en serio.

Hermano y hermana.

Amigos.

Amantes.

Almas gemelas.

Mientras Alex y Jenny regresaban a casa, Marco permanecía inmóvil bajo las mantas que Tesse acababa de ajustar. Sus párpados a veces temblaban de manera casi imperceptible.

Permanecían cerrados como si su tarea consistiese en proteger lo que ocurría detrás de ellos.

Pero vibraban, lejos de la mirada de quien no podía entender. De quien no sabía leer las coordenadas de un viaje impensable.

Capítulo 10

Me lo contarás, ¡ya lo creo! De otro modo te traeré las cabezas de esos dos peles y haré que las saludes por última vez, antes de ordenar que te corten la tuya.

Las facciones marcadas, angulosas, las pupilas cristalinas, espejos engañosos de un ánimo sombrío, portador de dolor y sufrimiento. La mueca del hombre. Su pelo plateado, echado hacia atrás, brillante bajo el resplandor artificial.

Lo ves sonreír, pero la parcial parálisis de su rostro mantiene la boca torcida en una mueca grotesca. El tono de voz, en cambio, no admite dudas. Está seguro de sí mismo. A un paso del jaque mate.

Puedes negarte.

Puedes llevarte tu secreto a la tumba.

Puedes preferir la muerte.

No.

No será así.

Sabes que todo no puede acabar en aquella celda. Bajo una luz falsa, en las mazmorras de una gélida penitenciaría, mientras fuera se alternan las estaciones.

Tú has cruzado el umbral, has encontrado el truco, te has puesto a salvo antes del fin del mundo. Pero solo en una realidad. Sabes que si mueres ahora la misión de Anna será inútil. Renacerás en otra parte, pero sin la mínima conciencia de lo que has sido. Serás una persona como tantas, ignorante de los infinitos recorridos de la vida humana. No puede ser así. Es por eso por lo que estás a punto de aceptar un trueque, con tal de sobrevivir.

Luego, un relámpago. Un relámpago que desgarrar la oscuridad de tu mente y te sugiere un camino. En una fracción de segundo entiendes que cuanto te rodea no es más que una réplica.

Todo ha ocurrido ya. Ahora sabes qué puedes responder al hombre que se carcajea en tu cara.

—Vete a la mierda, cabrón —dices, y el tono de tu voz es distendido, sosegado, como si acabaras de dar un consejo fraterno a un amigo.

La carcajada se congela.

El hombre ya no ríe.

Las arrugas de su frente se hacen más profundas.

—¿Qué has dicho?

—Que si quieres saber la fórmula de la mutagénesis solo tienes una posibilidad: matarme, luego suicidarte y, por último, esperar a que exista el infierno para venir a buscarme otra vez. Porque es allí adonde me la estoy llevando.

Silencio. Él te observa con expresión de desprecio. ¿Lo has descolocado? ¿De verdad lo has conducido a un callejón sin salida?

—Te arrancaré la fórmula junto con las tripas. Puedes contar con ello.

Y en un instante, todo recomienza. Tenías razón. No era más que una réplica.

Me lo contarás, ¡ya lo creo! De otro modo te traeré las cabezas de esos dos peles y haré que las saludes por última vez, antes de ordenar que te corten la tuya.

La cinta se ha rebobinado. Vuelta a empezar con las mismas arrugas, la misma mueca, las mismas palabras. Ahora todo está claro. Si modificas esta escena, si tratas de cambiar el recuerdo, eres devuelto al principio.

Mientras tu cuerpo yace inmóvil entre las sábanas de tu cama en Sam-en.Kar, y tu madre invoca un milagro, tú vagas por las calles de tus recuerdos.

Estás en Memoria.

—Al menos podrías decirme cómo te llamas —improvisas, presa de un delirio de omnipotencia.

—Mi nombre es Ivan. Pero deberías saberlo, dado que has sido tú quien me ha metido en una de esas cabinas.

—Oh, es verdad.

Ahora es tu turno de soltar una carcajada sarcástica.

—Pero tenías dieciséis años, el mundo se encontraba próximo a su fin, estábamos en Italia. Ahora eres un anciano asqueroso, ¿cómo piensas que puedo acordarme de tus facciones?

—Oye, hijo de puta, me entregas la fórmula ahora mismo o ya puedes dar por muertos a tus amiguitos. Y tú tendrás el mismo fin, pero solo después de haber visto rodar sus cabezas por el suelo.

—¿Ah, sí?

—Puedes jurarlo.

—Bien. Mátales.

El hombre suelta una desagradable carcajada, resopla y por fin pega un manotazo contra el muro a su izquierda, con tanta fuerza que abre una grieta.

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? ¿Has perdido la razón?

Sonríes. Pausa. La cinta se vuelve a rebobinar.

Es así como sucede en estas tierras. Lo sabes perfectamente. Has pasado quinientos años navegando entre experimentos por el estilo. Entonces, siempre que modificabas el recuerdo volvías a la misma avenida costanera: el Passeig Marítim, Barcelona, España. Antes del fin del mundo. Ahora parece que el escenario de partida es distinto. Todo recomienza con el trueque. En este punto no queda más que empezar con las indagaciones. Sabes cómo se hace. Es así como has encontrado la realidad paralela en que, en su tiempo, has salvado a los supervivientes de la experimentación y a ti mismo gracias a las cabinas y al ácido sulfhídrico. Es así como Alex y tú habéis descubierto el experimento que llevó a cabo tu padre, el que os ha creado a ti y a los demás viajeros.

Estás en Memoria, cada persona es un portal. No tienes delante a un hombre que te amenaza en una celda, estás ante un recuerdo. Un paso. Estás a punto de entrar, él no podrá oponer resistencia.

Mientras Tesse permanece arrodillada a tu lado y llora desesperada, rogando que un día vuelvas a abrir los ojos, tú estás a punto de saber.

Ivan se pone de pie y ríe en la sombra. Has vuelto al principio de aquella conversación. Decides escucharlo, secundarlo.

—Mi padre siempre decía: «Cuando también el tiempo sea domado, también del tiempo se hará mercado». ¿Te gusta? Es exactamente lo que has hecho tú, si lo piensas. Has domado el tiempo: has engañado al destino permitiéndonos sobrevivir a la extinción de la humanidad y ahora lo has convertido en mercado para sobrevivir. Es curioso que ahora tú no cuentes nada, que ya no tengas ningún poder...

—El poder es peligroso. —Bajas la mirada hacia el suelo de la habitación en penumbra. Lapidaria como un epitafio, desde aquel día la burlona cita de tu carcelero será condena y maldición, juicio y eterna pena.

—En absoluto, querido mío. —Ivan echa la cabeza hacia atrás y observa un impreciso punto en lo alto, como si pretendiese adoptar una pose autoritaria—. El poder es la más embriagadora de las condiciones humanas. ¿El amor? Una pérdida de tiempo, buena para entontecer a los chiquillos. ¿La familia? Un enredo que nos encadena. Pero el poder, el dominio mental y político sobre las personas... —No acaba la frase. Hace una señal a un guardia y este le entrega una pistola, con la que te apunta a la cara.

—¿A qué viene esto? —gritas—. ¡Habíamos hecho un trato!

—¿Y sí, en cambio, te disparase a la cabeza? ¿Cuánto crees que importa nuestro trato aquí abajo?

Lo miras a los ojos por un instante, consciente de que no puedes ejercer ninguna influencia sobre la mente de una persona que posee tus mismas facultades. Después decides jugar la única carta útil del mazo.

—Hace quinientos años, yo te salvé del fin del mundo —dices—. Has tenido todo lo que deseabas. Solo te estoy pidiendo que nos dejes seguir vivos. En las condiciones que quieras.

Y así será. El hombre ordena al guardia que te metan en la celda más estrecha de la penitenciaría. En aislamiento, durante el resto de tus días, de modo que la influencia de tu pensamiento choca a diario con las frías paredes de piedra que te rodean.

La secuencia temporal está distorsionada, se interrumpe y vuelve a comenzar desde un punto cualquiera, unos minutos antes.

El hombre se acerca a tu rostro, una cicatriz atraviesa las arrugas de su frente, iluminada por la lámpara del techo. El rostro del carcelero parece esculpido en piedra. Las facciones marcadas, duras. Ni rastro de barba. Su pelo plateado desprende un brillo casi cegador. Su voz te envuelve como una mordaza letal.

—Antes de morir —dice—, tu amigo Nathan me habló de la mutagénesis insercional. El motivo por el que estamos aquí. Quiero la fórmula. La fórmula que tu padre experimentó con nuestras madres y que hizo de nosotros una raza superior. Pero no solo eso. Quiero saber también cómo diablos has hecho para mantenernos vivos en las cabinas durante todo ese tiempo.

—Pensaba contarte los detalles... —repones mirando alrededor, consciente de que no tienes escapatoria.

El hombre tuerce los labios en una mueca. Su respuesta es una sentencia que ya conoces.

—Me lo contarás, ¡ya lo creo! De otro modo te traeré las cabezas de esos dos peleles y haré que las saludes por última vez, antes de ordenar que te corten la tuya.

Capítulo 11

El hombre camina deprisa, con la cabeza erguida.

El sol está buscando un paso entre las nubes mientras un viento molesto y punzante levanta el polvo de las aceras del centro de Marina, que roza su largo impermeable marrón oscuro.

Estás detrás de él.

Estás a su lado.

Las gafas de sol te impiden ver sus ojos, pero reconocerías esa cicatriz entre un millón. Es el hombre que organizará tu captura y te impondrá el trueque. En este fragmento de Memoria es más joven. Y pasa a través de ti sin percatarse de tu presencia. Luego continúa, ágil, y con un par de codazos se abre paso entre un grupo de personas que junto al bordillo de la acera esperan un medio de transporte. Nadie se atreve a decirle nada. Por lo demás, estamos en el continente de Gea, y el admirable programa político llamado Bienestar ha garantizado a todos una vida serena y protegida en el interior de una concha.

El hombre detiene su caminata militar frente a un dispositivo. Con no poco esfuerzo vuelves a pescar en algún recoveco de tu memoria la imagen de esos artilugios, de los que la ciudad está llena. Son los terminales dispuestos para la verificación del propio perfil, los mismos que permiten a la mujer de tu hijo Ben recibir con periodicidad regular la actualización del fondo familiar. Y es gracias a este sistema que tus nietecitas Melissa y Lara, a las que nunca has conocido, pueden estudiar y comer cada día. Es el Bienestar. Lo necesario para permanecer en el interior del esquema. Para seguir moviéndose por el tablero, sin ninguna posibilidad de ir más allá de sus límites.

El hombre apoya el dedo índice en una placa metálica y la pantalla se ilumina.

Nadie puede verte, y esta es tu ventaja. Estás en el interior de una escena perteneciente al pasado de Ivan 5BC77D9D, como informa el monitor. Tu futuro carcelero. No podrás cambiar su pasado, lógicamente. Y esta es tu desventaja. La fecha que figura arriba a la derecha en la pantalla hace aflorar una nueva conciencia: en esos años tú no te encuentras en el continente de Gea. Te has refugiado en la isla de Limen. Tienes con tu familia contactos esporádicos que se reducen a un intercambio de mensajes cifrados a través de Texto con tu hijo Ben, que te cuenta de una mujer y de dos encantadoras niñas a las que quisieras abrazar.

Pero ahora estás allí, siguiendo al hombre que volverás a encontrar, antes de que empiece tu prisión en situación de aislamiento. Lo sigues como una sombra, y como una sombra careces de consistencia física en aquel sitio.

Ivan se aleja del dispositivo y continúa caminando con la cabeza alta. No mira atrás ni una vez, no interactúa con nadie. A la manera de un militar durante un desfile, avanza seguro por una de las principales avenidas del centro de Marina, hasta que un ruido lo hace volverse de pronto. También tú te vuelves. Es una niña, no tendrá más de diez años, doce a lo sumo. Un flequillo negro sobre la frente, la mirada de quien sabe que está en falta, el cuerpecito grácil dentro de un mono negro.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Ivan con tono amenazador, pero en voz baja para que quienes pasan por su lado no lo oigan.

—Lo sabes muy bien —contesta ella, repentinamente resuelta—. Quiero ver.

—Vuelve a casa. Estoy trabajando.

—Y yo estoy aprendiendo.

Ivan le da la espalda y sigue andando a paso firme hasta detenerse frente a la puerta acristalada de un edificio de cuatro plantas. Desliza el índice por una pequeña placa luminosa fijada en el muro junto a la entrada. A continuación, marca algo.

La puerta se abre automáticamente.

Ivan entra. También la niña. Y tú con ellos.

Delante del hombre hay una escalera, a la derecha, una puerta entornada permite entrever

algunos contenedores de basura repletos de bolsas. La pared a tu izquierda está ocupada por una fila de generadores de corriente. Algunas luces rojas parpadean.

Ivan sube.

Primer piso. Se oyen a lo lejos, provenientes de una puerta al fondo de un pasillo que se despliega frente a tus ojos, los gritos de un recién nacido. Luego la voz de la madre del pequeño, presa de una crisis nerviosa. «¿Hasta cuándo llorarás? ¡Maldición!». Ivan mira alrededor, hace caso omiso de la niña de mirada atenta y sigue subiendo por las escaleras.

Segunda planta. Un perro aúlla. Largas grietas atraviesan la ventana al fondo de la hilera de puertas. Ivan continúa subiendo.

Tercera planta. El hombre da unos pasos por el pasillo: parece controlar los números que hay en las puertas de los apartamentos. Mete una mano en un bolsillo interior del impermeable y se oye un *clac*. Después se detiene frente a una puerta con el número nueve.

Reina un silencio innatural.

Ni un soplo de aire por la ventana —esta vez intacta— al final del pasillo.

Ni una voz desde el interior de las viviendas.

—Quédate donde estás —ordena a la niña a sus espaldas—. Si das un paso ya no volverás a casa.

Ella asiente con un gesto de la cabeza. Ivan se vuelve y llama a la puerta, luego espera conteniendo el aliento.

—¿Sí? —responde una voz masculina.

Ivan inclina la cabeza hacia la izquierda, luego hacia la derecha, haciendo crujir el cuello.

—Soy la persona que le ha escrito en privado esta mañana —responde con un tono de voz profundo pero sereno.

La puerta se abre. El inquilino viste pantalones cortos de deporte y una camiseta. Tiene el pelo desgreñado y una barba descuidada. No es joven. Tendrá la edad de Ivan, unos cincuenta años, cincuenta y cinco como máximo.

—¿Puedo entrar? —pregunta Ivan con educación.

—Claro. Por favor.

Algo no cuadra. Estas son actitudes no previstas por el protocolo social de Gea. ¿A qué viene tanta confianza?

Tú también entras. La puerta se cierra a tus espaldas mientras Ivan hace su ingreso en la pequeña sala. En el centro de esta, una mesa cubierta de papeles, mientras que las paredes están ocupadas por librerías repletas de grandes carpetas. En algunas lees términos como BALANCE, INFORME, PROSPECTO.

El tipo se sienta a la mesa e invita a Ivan a hacer lo mismo.

—Al principio, cuando leí el mensaje en Texto, no creí en sus palabras. Pero nadie conoce esa historia. También a mí me cuesta aceptar el que haya ocurrido realmente. Es increíble encontrarse aquí... Usted, yo...

—Sí, tiene razón.

—Éramos unos muchachos. Era otra vida...

«¿De qué demonios está hablando?», te preguntas mientras te vuelves hacia el hombre y lo miras a la cara, sin que él advierta tu presencia. Luego miras a Ivan. Al fin entiendes, antes de que el hombre que está delante de él haga lo mismo.

—Usted es el número nueve —dice tu futuro carcelero mientras se quita las gafas de sol y las deja sobre la mesa. Sus ojos son fríos, despiadados. En sus pupilas está encerrada la voluntad firme, irrevocable, de quien ha decidido ser el único al mando. Lees en él la sed de dominio. La necesidad de ejercer el poder.

—¿El número nueve?

—Sí. —Ivan se lleva una mano al interior del impermeable. Parece el ademán de quien está a

punto de extraer un arma. Tienes ganas de gritar, una reacción tan instintiva como insensata en una situación semejante. Gritas. En vano.

En cambio, Ivan extrae una nota y se la tiende al otro.

Luego su mano vuelve a hurgar en el interior del impermeable. Su interlocutor solo tiene tiempo de alzar la mirada de la lista de nombres escrita a lápiz sobre la hoja. Tú vuelves a gritar, pero el grito se pierde en los corredores de tu mente.

El disparo, amortiguado por un silenciador, resuena sordo en el pequeño apartamento del centro de Marina. Antes de que Ivan coja la lista, mientras el inquilino se desploma en el suelo con un orificio justo en el medio de la frente, consigues leer. Diez nombres. Los primeros dos son los de Alex y Jenny. Del tercero al octavo están tachados con un par de rayas rojas. El noveno es el dueño del apartamento, que en ese momento agoniza en el suelo.

El décimo se llama Nathan.

Lo conoces.

Lo recuerdas. Es el padre de Anna.

Es el próximo.

Capítulo 12

Sede de Synaptica, Marina, Gea

Anna cerró a sus espaldas la puerta de vidrio de la habitación 129 y permaneció unos minutos contemplando los dos cuerpos tendidos en las literas. Un enredo de pensamientos confusos le impedía concentrarse en el encargo recibido.

Cualquiera que estuviese al frente de Synaptica y fuera responsable de aquella contratación, evidentemente ignoraba su historia. Pero al ponerse aquella bata gris y caminar por los pasillos de la institución, Anna se había preguntado si su empleo había sido fruto de la coincidencia o si se trataba de una trampa.

«Aún están vivos...», confirmó mientras se acercaba al cuerpo de Jenny y estudiaba su rostro. Por la tablet interactiva ya había descubierto que aquel día los militares no los habían matado, quizá solo aturdido. Claro que verlos yacientes en aquella habitación con sus propios ojos era otra cosa. Sedados, durmientes, fuera de combate. Pero vivos. Si tan se hubiera salvado...

Un rumor a las espaldas de Anna la despertó de aquel pensamiento, quizás absurdo.

—Doctora... —Una voz femenina, y acogedora resonó en la habitación.

—Hola. —Anna se volvió y respondió con deferencia, respetuosa como siempre del protocolo social que preveía conversaciones tan formales como insustanciales.

—Bienvenida a Synaptica. Me llamo Dana y soy la directora de este instituto de investigación.

—Encantada de conocerla. —Anna tendió la mano. Debía de tener unos cuarenta y cinco años, y su aspecto era fascinante. Un rostro de facciones dulces, la piel aceitunada, el pelo liso, negro, con un flequillo sobre la frente. Los ojos grandes y encendidos, de mirada firme como su apretón de manos. El cuerpo, envuelto en una bata naranja que revelaba un generoso escote, parecía escultural, de curvas pronunciadas. Su voz resultaba sensual y persuasiva, con esa pizca de ronquera que hacía su timbre particular y hechizador. Anna no sabía decir si era la suma de todo ello, o la simple sorpresa de no encontrarse frente a un hombre en calidad de responsable de aquel complejo, lo que hizo que Dana literalmente la conquistara casi de inmediato.

—Si es tan amable de seguirme, dispongo de tres minutos para hablarle de su encargo. Deberá perdonarme, pero una importante conferencia en Lender me reclama. Tengo una nave esperándome.

«Entonces es verdad —pensó Anna mientras asentía y seguía a la mujer fuera de la habitación 129, a lo largo del corredor—. Ha sucedido algo entre Gea y Oriente. Ya no mantienen una guerra fría».

—Usted ha sido elegida por sus competencias en el ámbito de la extracción —comenzó la mujer tras sentarse detrás de un escritorio en el que solo había algunas tablets interactivas y un botellín de agua Frey, en un despacho de mobiliario minimalista, con paredes despojadas de cuadros y una ventana que daba a la plaza anterior a la entrada de la sede—. Sabemos que se le dan muy bien los sistemas informáticos, además de ser bióloga y tener una gran experiencia en otros ámbitos de la medicina. La hemos elegido para llevar a cabo un proyecto que empezó hace diecisiete años y del que han sido objeto los dos individuos de los que le he hablado en la presentación, que imagino que ya habrá leído.

—Sí, la he leído atentamente esta mañana, en mi despacho del primer piso.

—Muy bien. Considérela su nueva casa. Naturalmente, puede volver a su domicilio a dormir, por la noche. Pero si lo necesitara, Synaptica cuenta con pequeñas habitaciones, en las que suelen quedarse los empleados que viven lejos.

—Bien.

—Toda la información que le he dado o que estoy a punto de darle es estrictamente reservada. Como de costumbre, no está autorizada a hablar de ello con terceros. ¿Preguntas?

—¿Cuándo comienzo?

—El encargo es efectivo de inmediato. Usted tendrá a su disposición nuestros archivos, y podrá

verificar los progresos realizados en estos años de investigación. Como habría comprobado luego de leer el protocolo que le hemos entregado, estos dos individuos son particularmente interesantes. Nos encontramos frente a los únicos dos hallazgos humanos vivos procedentes de la civilización extinguida hace casi quinientos años. Los laboratorios están llenos de hallazgos óseos de la civilización del Dos mil, pero aquí estamos hablando de dos muchachos aún vivos. Hemos extraído de su memoria conocimientos de importancia crucial, pero aún hay mucho por hacer. Se trata de una investigación de extrema importancia.

Anna escuchaba con expresión atenta, concentrada, profesional. Sabía perfectamente quiénes eran los dos «individuos», las palabras de Dana no contenían ningún elemento novedoso para ella. Pero esto la directora del centro de investigación no tenía ni que sospecharlo.

—De qué modo se han salvado del fin de su civilización y han conseguido sobrevivir es materia estrictamente reservada e inaccesible tanto para usted como para mí. Aquí siempre nos hemos limitado a estudiar sus facultades cerebrales, ricas en elementos de sumo interés, en tanto productos de una civilización ya extinguida cuyos progresos tecnológicos hemos estudiado y replicado gracias a los innumerables descubrimientos submarinos.

—Entiendo.

—Le dejo esta tablet; en ella encontrará el nombre de la persona encargada de ponerla al corriente de las investigaciones. La conducirá al laboratorio y a los archivos. Estamos seguros de que los dos individuos aún tienen mucho que decir, pero nuestra investigación está estancada. Y es aquí donde entra en juego usted. Estoy segura de que del análisis del archivo y del cruce de los datos hasta ahora obtenidos sabrá conseguir nuevos resultados. Me fío de su experiencia.

Dana se puso de pie sin esperar una respuesta por parte de Anna, que se limitó a esbozar una sonrisa mientras cogía la tablet interactiva. Se estrecharon la mano y la directora de Synptica acompañó a Anna fuera de su despacho antes de regresar a sus obligaciones.

Anna respiró hondo y encendió el dispositivo: antes de que le informaran sobre los estudios a que se había sometido a Alex y a Jenny en los últimos dieciocho años, quizá fuese preciso que alguien la pusiese al día de la situación política del planeta.

—A su disposición, doctora.

El hombre encargado de informar a Anna acerca de los resultados obtenidos durante los diecisiete años de investigaciones sobre Alex y Jenny llamó educadamente a la puerta del nuevo despacho de aquella antes de entrar. Más joven que Anna, debía de tener poco más de cincuenta años. Era canoso, con unas ligeras entradas, un par de gafas de gruesa montura sobre una nariz curva, bigotes grises y abundantes y unos labios delgados. Llevaba la bata naranja de los veteranos, como Dana, pero a diferencia de esta el timbre de su voz era nasal, poco acogedor.

—Es un placer conocerlo. —Anna se levantó de la silla y le tendió la mano.

—Me llamo Thierry —se presentó él con un leve apretón—. Dana me ha pedido que le mostrara los archivos. Dado que tenemos que trabajar en estrecho contacto, considérese libre del rígido protocolo social y tuteémonos. ¿Vamos?

Anna cogió la tablet interactiva que le habían entregado aquella mañana, cuando su misión se había hecho oficial.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—La doctora Dana me ha hablado de este archivo, pero me ha parecido entender que la Lax ya contiene todo el registro de los análisis realizados sobre los sujetos desde el momento de su...

Captura.

—... Desde el inicio de los estudios. Esta mañana, antes de subir al duodécimo piso para hablar con la directora, he echado un vistazo a algunas páginas de datos, cuadrículas, curvas, valores... me parece que hay material suf...

—Doctora —la interrumpió Thierry, enarcando las cejas y mirándola con una pizca de jactancia—. No es por contradecirte, los datos que has examinado son importantes, pero... aún no has visto nada. Te ruego que me sigas.

Thierry salió de la habitación a paso rápido, como si se estuviera yendo y no lo siguiera nadie. Anna dejó el dispositivo de la Lax sobre la mesa del despacho, salió e intentó pegarse a sus talones.

Avanzaron por el largo pasillo hasta los ascensores, Thierry entró el primero y marcó la planta -5. En la excitación de subir a la decimosegunda para ver a Alex y a Jenny en la habitación 129, un par de horas antes, Anna ni siquiera había advertido que el complejo de Synaptica incluía también ocho plantas subterráneas, con lo que el total de pisos sumaba veinticuatro. Bien mirado, los techos de cada planta no tenían más de dos metros de altura, lo cual hacía que desde el exterior el edificio pareciera más ancho que alto.

Cuando la puerta del ascensor se abrió en la planta -5, Thierry se encaminó por el pasillo, seguido de Anna. En las paredes había colgados grandes cuadros con el plano del lugar y una serie de instrucciones sobre medidas de seguridad, extintores Grell y un resumen de las normas antiincendio, además de pequeños paneles empotrados de Darren, la firma que abastecía a las principales empresas de la ciudad y las estaciones submarinas como Mnemónica.

—Ya casi hemos llegado —dijo Thierry—. El tramo de escalera que ves allí conduce a un plano intermedio. Es allí adonde nos dirigimos.

—¿Intermedio?

—Sí. Nos encontramos en el -5, pero el tramo no desciende hasta el -6. No se llega al laboratorio directamente con el ascensor. Es preciso hacer este pequeño trecho a pie y llegar desde allí.

—Entiendo.

Thierry se detuvo en cuanto estuvo al borde de la estrecha y oscura escalera. Luego se volvió hacia Anna y, con una expresión más seria de la que hubieran requerido las circunstancias, añadió:

—La puerta corredera al final de la escalera solo se abre con la presión del dedo índice sobre la placa correspondiente. Los perfiles no autorizados no tienen acceso al laboratorio.

—Y mi perfil ha sido...

—Obviamente, no. Has llegado esta mañana. Por el momento entramos gracias a mi microchip. Intentaremos que obtengas tu autorización lo antes posible.

Thierry se identificó y permaneció unos segundos a la espera. Una luz anaranjada centelleó a la altura de la placa y la puerta entró en el muro, permitiendo el acceso al laboratorio. En cuanto los dos estuvieron en el interior de la sala, las luces artificiales situadas en el techo y en las paredes —hasta aquel momento débiles y difusas— iluminaron por completo la estancia.

Thierry se encaminó hacia una pared en la que había un largo tablero digital coronado por una pantalla de unos tres metros de ancho. El panel estaba en *stand-by* y en el centro se veía el logo de Darren, que era de colores llamativos y alternaba graduaciones de azul sobre un fondo dorado. Activó la pantalla pulsando una tecla sobre el tablero, y comenzó el espectáculo.

—Lo que estás a punto de ver es un ejemplo de extracción. Hasta hoy solo ha sido visto por los cuatro miembros de una comisión de Lender, además, obviamente, de mí, la directora y algunos investigadores de alto nivel de Synaptica. Es superfluo subrayar...

«Que el contenido de estas informaciones es reservado y bla bla y se corre el riesgo de una denuncia y bla bla», pensó Anna, sin hacer caso del resto de la frase. Miraba extasiada la imagen introductoria, que, congelada, solo esperaba a ser puesta en modo reproducción; era una estructura fascinante que recordaba haber visto en un viejo libro de su padre, un volumen perteneciente a la civilización extinguida en 2014, recuperado de una caja perdida en los fondos marinos en tiempos antiguos, con las páginas intactas y aún legibles.

—Por descontado —respondió mecánicamente.

Thierry hizo girar un botón sobre el tablero y las luces de la sala se atenuaron. Luego invitó a Anna a sentarse y contempló con ella el reportaje, mirando de reojo, de vez en cuando, las reacciones maravilladas de su colega.

La filmación mostró durante un momento la estructura imponente de una iglesia, coronada de agujas que se perdían en el cielo gris, semejantes a alfileres plantados que perforaran las densas nubes que cubrían la ciudad. La toma estaba registrada desde el centro de una amplia plaza sobrevolada por grupos de palomos en busca de comida. De pronto, los contornos del encuadre se esfumaban, como los ángulos de una vieja fotografía, y un halo oscuro se estrechaba hacia el centro. Hacía que aumentase el contraste entre las tonalidades, hasta envolverlo todo como un manto de cenizas. De repente, se superponía una nueva toma. El punto de vista debía de pertenecer a un niño, porque a la altura de sus ojos se erguía ahora, majestuoso, el portal central de la fachada de la iglesia, y la mirada se alzaba desde la base hasta seguir los contrafuertes horizontales y perderse en la contemplación de las amplias vidrieras y de estatuas situadas en las ménsulas. El movimiento discontinuo de las imágenes, a veces como a trompicones, hacía pensar en una toma subjetiva. Y el aspecto de la construcción recordaba —Anna lo habría jurado— una importante catedral perteneciente a la anterior civilización que había habitado el planeta Tierra. La conexión fue tan rápida como sorprendente: si aquello que estaba observando era de verdad el resultado de una extracción de los recuerdos de Alex, estaba frente a las imágenes del Milán de 2014. Una época que las profundidades marinas habían devuelto a la luz, conservando en algunos casos incluso bibliotecas enteras, pero de la cual no existía ningún reportaje. O mejor, no había existido.

—Ahora oirás también un fragmento de audio original —susurró Thierry—. Forma parte de los recuerdos del sujeto masculino, y se ha conservado intacto.

Anna permaneció en silencio, con la mirada atenta y concentrada en la pantalla.

La toma subjetiva se desplazó hacia la izquierda hasta topar con la mano de un adulto. Después, la mirada del protagonista se alzó hacia el rostro de un hombre.

—¿Adónde vamos después, papá? —preguntó una voz de niño.

El hombre bajó la mirada y, con una sonrisa, contestó:

—Al Planetario.

Capítulo 13

Sam-en-Kar, año 393 C. S.

—Sigues releyéndolo, ¿verdad?

—Sí.

—Te estás haciendo daño, Alex.

—Lo sé. Pero lo necesito.

—¿Hacerte daño?

—No. A Marco. Y sus relatos.

Jenny se sentó con las piernas cruzadas sobre la hierba aún mojada por el temporal de la noche anterior. Había pasado una semana desde su visita a la cabecera de Marco, y Alex seguía yendo por ahí con aquel tomo bajo el brazo. De vez en cuando lo abría y leía una página. Una historia tan absurda como, dada la manera en que había sido fielmente reproducida, creíble. Releyó todos los episodios una y otra vez, y encontró allí los ojos entusiastas y convincentes de su amigo. Encontró sus sorprendentes ideas.

Aquellas consideraciones dignas de un adulto, y fechadas en 381, cuando Marco tenía cinco años y pasaba las tardes calculando los ciclos de las cosechas, redactando calendarios y programando fechas y celebraciones de las Estaciones venideras.

La serie de pesadillas y visiones que no paraban de repetirse se concentraban especialmente en los años que iban de 382 a 384.

Los apuntes de viaje de 385, cuando a la edad de nueve años Marco había hecho un hatillo y había partido hacia las montañas, movido siempre por el mismo deseo que animaba toda su vida: ver qué había más allá.

Las conclusiones extraídas en 388, cuando Marco había descubierto el sueño prohibido de sus dos mejores amigos, aquella visión del pasado resurgida en su memoria, como la definía él. Aquel maldito beso, que seguía siendo motivo de distanciamiento y confusión entre ambos, pero que cavaba profundamente en el ánimo de los muchachos en busca de un asidero, de algo a lo que aferrarse para arrastrarlos a otra parte.

Y, por último, el segundo viaje en 390, el encuentro con Jastel y los apuntes postreros antes de la vuelta a casa.

—Esta no te la he leído —dijo Alex mientras Jenny cogía un guijarro y lo lanzaba al río.

—Si está en ese diario, seguro que lo has hecho. Hace una semana que...

—No, Jenny. Esta parte quería leértela aquí.

—Alex, escucha, ¿puedes explicarme por qué hemos venido a este sitio?

El muchacho alzó la mirada, se restregó los ojos para no ser cegado por el sol y encontró los de Jenny. Volvió a observar por un instante las montañas a lo lejos, detrás de su hermana. Y el río, que corría frente a ellos, bajo el espolón de roca sobre el cual estaban sentados en ese momento.

—Porque Marco y yo siempre veníamos a jugar aquí —repuso Alex con expresión de tristeza. Luego hizo el gesto de lanzar un guijarro al río y añadió—: Competíamos a ver quién llegaba más lejos.

Jenny respondió con una sonrisa melancólica.

—Lo echo de menos —continuó Alex, bajando la mirada hacia el diario de su amigo, abierto en la única página que aún no había leído a su hermana—. Lo echo mucho de menos.

—Lo sé. —Jenny se levantó y fue a sentarse junto a él—. Lee; te escucho.

—De acuerdo.

Nota 46. La paradoja de Ben.

He reflexionado y analizado atentamente lo ocurrido en Garen hace unos días. He comparado este nuevo dato con todo lo que sé sobre mi vida paralela gracias a los sueños y visiones que me acompañan desde la infancia.

Estas son mis conclusiones.

Yo existo aquí, en Sam-en, donde nací en 376 C. S., a consecuencia de un experimento que ordené e ideé en una realidad paralela, y que llevó a la práctica la mujer llamada Anna, a la que aún no he conseguido encontrar. De ella recuerdo sus extraordinarias capacidades mnemónicas, que le han permitido estudiar y recordar todo el patrimonio genético de Alex, Jenny y mío y sacarlo de aquella realidad, atravesando el umbral entre los mundos y utilizando las informaciones en otra parte —es decir, aquí— para dar vida, en el laboratorio, a tres copias exactamente idénticas de nosotros mismos. Yo recuerdo quién soy en la otra parte; mis amigos, no. Esto puede significar que yo, en el mundo que rememoro con el nombre de Gea, aún estoy vivo, mientras que ellos han sido asesinados. Pero hay algo que no cuadra: el sueño que han tenido los muchachos, esa es mi única esperanza de que algún día se acuerden de todo. Ese beso. Eso no puede ser más que un detalle perteneciente a la realidad de la que provienen, desde el momento que aquí la casualidad ha querido que mis amigos crecieran como hermano y hermana.

Me faltan varias telas sobre la realidad paralela. Debo recuperarlas a toda costa. Recuerdo haber tenido una familia, un hijo llamado Ben, que ha seguido mis enseñanzas y se ha convertido en investigador. Lo recuerdo más de niño que de adulto, y esto se debe al hecho de que yo, en un determinado momento de su vida, tuve que huir. Me refugié en una isla. Es un hecho que Ben, de muy joven, aprendió un lema de mi creación, una frase que solo nosotros conocíamos. Nuestro pequeño secreto para la felicidad, si es cierto que la libertad significa felicidad. Me tropecé con este lema una vez más, durante el viaje a Garen, cuando conocí al hombre que el viejo Meurón me había sugerido que viera. Siempre he pensado que ese anciano amante del ligala tenía algunos dones especiales. Debe de ser un sensitivo, debe de poseer dotes mediánicas, porque hizo algo increíble. Conoció a un hombre muy unido a mi vida. Quedó impactado, porque notó en su modo de actuar, de hablar, de expresarse, algo que lo acercaba muchísimo a mí, a pesar de que yo era un muchacho y él, un adulto. Después de haberlo conocido, y haber oído aquella frase, no tuve dudas. Al igual que Anna, Jastel también existe tanto aquí como en la realidad de Gea, y en quién sabe cuántas otras. Si mi razonamiento es correcto, él ha nacido en todas las dimensiones en que su madre ha tenido un hijo, como Anna. Pero, en cada una de ellas, el padre es distinto. En Gea, su padre soy yo. Entendí que él no puede recordar este dato. No tiene conciencia de las infinitas facetas de nuestra vida. Es así con todas las personas que veo cada día. No saben que existen infinitas versiones alternativas de ellos mismos. Es probable que hayan integrado como propia una enseñanza en este mundo, reflejada en algunos de sus yoes paralelos, sin que puedan percatarse de ello. Como ese lema, que Jastel repite con orgullo en voz alta y que quizá sus clientes conocen bien. Él nunca lo creería, pero ese lema se lo he enseñado yo.

Yo, un muchacho. Él, mi hijo, un adulto. Esta es la paradoja de Ben, la primera paradoja espacio-temporal con la que tropiezo desde que he renacido. He amado mucho a su madre, en la realidad de Gea. He soñado a menudo con ella: se llamaba Beth, la conocí de joven y nos casamos al cabo de un mes. Al mes siguiente estaba embarazada. En los últimos días, he conseguido recordar varios fragmentos de nuestra vida juntos. Ella murió cuando Ben tenía nueve años. No he tenido valor de hacer preguntas a Jastel, no sé si estoy listo para eso. Pero lo siento. Ella está aquí. No sé si aún vive, quizás un día vuelva a Garen y tenga el valor de encontrarla. Quizás aún pueda perderme en el encanto de sus ojos. Por ahora, tengo suficiente información como para entender que aquella que me rodea solo es una película transparente.

Antes o después conseguiré ver a través de ella. Solo debo entender cómo. Aún no me queda clara una última cosa. Anna puede atravesar el umbral entre las dimensiones paralelas, y conservar el recuerdo de su yo alternativo. Por eso ha logrado llevar consigo, en la mente, todos aquellos datos útiles para nuestra clonación. Ella tiene un puente mental con la otra parte.

Jastel, no. Jastel no sabe nada de Ben, ni de sí mismo. ¿Por qué?

—Todo esto es una locura —observó Jenny.

—O extraordinario —rebatía Alex—. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si Marco tuviera razón? Si de verdad hubiéramos sido adoptados, y todo esto en realidad...

La muchacha se puso en pie, y con los brazos en jarras, echó atrás la cabeza, suspirando.

—De todas las supersticiones y creencias que existen y se están difundiendo en el valle, esta es ciertamente la más fascinante. Pero ¿cómo puede ser cierta? ¿Qué significa que nosotros existimos también en otras dimensiones?, quizás hayamos muerto allí porque no recordamos nada de esa realidad... pero ¿qué querrá decir?

—Quiere decir que quizá debamos ver las cosas de otra manera. —Alex cerró el diario, cogió un guijarro y se puso en pie. Luego lo lanzó hacia arriba y lo vio revolotear antes de caer en el agua.

»Un guijarro, una serie de anillos... —susurró.

Jenny frunció el ceño mientras se hermano se arrodillaba y elegía otra piedra, esta vez plana y delgada, en forma de triángulo, y la arrojaba al agua con un lanzamiento horizontal.

—Un solo guijarro —continuó Alex—, cinco... seis series de anillos...

—Siete —lo corrigió ella.

—Correcto, siete.

—¿Qué significa?

—Me lo decía Marco. Debemos mirar las cosas desde otra perspectiva. El último rebote se produce al menos a quince metros de distancia del primero... los círculos que uno genera nunca rozarán los otros. Morirán antes.

—Desde una perspectiva diferente... —susurró ella mientras observaba las perfectas geometrías dibujadas por el movimiento de las olas.

Alex se volvió y se acercó a Jenny. Luego la observó con una mirada intensa, mientras sus ojos azules brillaban bajo la luz del sol.

—¿Y si nuestra vida no fuera un único recorrido? ¿Y si esta existencia, Sam-en, la escuela, nuestras familias, solo fuera uno de los rebotes?

—Alex, yo... —La muchacha rehuyó la mirada del muchacho, como si la cercanía de Alex la incomodara.

—Mírame, te lo ruego. Y dime que no sientes también tú algo inexplicable. Algo que no pertenece a nuestra vida. Aquel sueño de hace muchos años la ha vuelto a cuestionar. Pero es un sentimiento que quizá no haya nacido aquí.

—Temo no estar en condiciones de entender lo que siento...

La sonrisa de Alex mostró su convencimiento, sus palabras vibraron con una energía renovada.

—Apuesto mi vida a que desde aquel día piensas continuamente en ello. Porque es lo que me ocurre a mí también. Nos hemos alejado, ignorado, hemos evitado hablar de ello. En cambio, Marco, bien... quizás él siempre lo haya sabido.

Jenny suspiró, desvió su mirada de Alex y se posó en los círculos concéntricos en el agua. Cuando volvió a observar a su hermano, vio la expresión de quien estaba a la espera de una respuesta importante.

—Está bien, lo hago —admitió—. Pienso en ello. O mejor, trato de no pensar en ello. Es todo muy confuso.

—No, Jenny. —Alex tiró de las manos de la muchacha hacia sí, luego las apoyó sobre el pecho—. Es todo cierto. Yo creo en las palabras de Marco, sus relatos, sus visiones. Yo creo en él.

—Tengo miedo... —Las mejillas de Jenny temblaron mientras intentaba esbozar una sonrisa, sus ojos brillaron.

—¿De qué?

Ella apartó la mirada durante un momento y observó el lecho del río, nuevamente en calma. Recordó aquellos rebotes, aquellos anillos. Un solo guijarro, infinitas reverberaciones. Una sola mente, infinitas vidas. Luego encontró los ojos de Alex, que parecían liberar una fuerza arrolladora, una convicción absoluta e incontrastable.

—Tengo miedo de estar enamorada de ti.

Capítulo 14

—¡Jenny! ¡Alex! —El grito que provenía de sus espaldas resonó en todo el valle y rompió la quietud de aquel rincón de Sam-en.Kar. Era la voz chillona y aguda de una mujer. La reconocieron de inmediato, a pesar de la gran distancia: se trataba de Seina, su madre adoptiva.

»¡Estáis aquí! —aulló mientras se acercaba.

Con las mejillas encendidas por la incomodidad, Jenny puso las manos detrás de la espalda, como si tuviera algo que esconder.

—¡Os he buscado durante más de una hora!

—Estábamos aquí en el río... —dijo Alex, mientras notaba los ojos brillantes de su madre—. ¿Qué ha sucedido?

La mujer se secó una lágrima con la muñeca, luego recompuso la densa cabellera castaña recogiendo el pelo en una cola de caballo. Habitualmente resuelta y poco proclive a los arranques emotivos, Seina parecía haber perdido su natural autocontrol. Su corteza dura, que por momentos la hacía aparecer casi antipática, daba la impresión de haberse agrietado bajo los golpes de un acontecimiento imprevisto. Y los delgados ojos grises, normalmente inexpresivos y fríos, ahora estaban cargados de una emoción nueva, inesperada.

—Debéis venir de inmediato conmigo.

Alex cerró instintivamente los ojos. En una fracción de segundo apareció en su cabeza el cuerpo de Marco, sin vida, tendido sobre la cama del cuarto en que habían pasado centenares de tardes, con el Confesor empeñado en realizar un típico ritual de la tradición de Sam-en, llamado saludo final, mientras un grupito de parientes lejanos se deshacían en lágrimas. Expulsó esta visión con la rapidez con que se había presentado. Por lo que sabía, podía haber sucedido cualquier cosa. Quizá se había prendido fuego a la casa, o su padre adoptivo había acabado debajo de un tractor.

—Tesse me avisó hace un rato —añadió Seina, antes de darles la espalda—. Vamos.

Aquella mención confirmó las sospechas de Alex: le había sucedido algo a su mejor amigo. Los tres se alejaron del río y tomaron un camino de tierra rodeado por la campiña que conducía al pueblo. Ninguno se atrevió a decir nada, pero Alex y Jenny cruzaban a menudo la mirada y el enredo de sus pensamientos no necesitaba palabras. Comprendían. Después de años de desconfianza, de temores, de apartar esas íntimas voces en un rincón del corazón para dejar de sentir las, por fin habían decidido creer. Marco no podía dejarlos solos precisamente ahora.

Cuando entraron en casa de su amigo, se toparon con el rostro del agotado padre de familia, Fleur. Un hombre de pocas palabras, experto agricultor, en apariencia arisco debido a su corpulencia achaparrada y un rostro marcado por largas cicatrices, profundas arrugas y densas cejas. En realidad, una persona con un corazón de oro. Había sido él quien había insistido en la adopción de Marco, empeñando la cosecha de todo un año en el lejano 376, pero este detalle solamente lo conocía su mujer, Tesse. Alex y Jenny nunca habían intercambiado con Fleur más que un «buenos días» o un «adiós», y también en aquellas circunstancias saludaron bajando la cabeza, pero sin decir nada.

Seina subió con ellos a la primera planta del chalecito, pero se limitó a observar la escena, a lo lejos. Alex y Jenny entraron tímidamente en la habitación de su amigo, avanzaron hacia el interior del cuarto y estallaron de alegría frente a la sonrisa astuta de Marco, recostado en la cama sobre dos grandes cojines y la cabeza vuelta hacia ellos. Ningún Confesor empeñado en ritos *post mortem*. Ningún cortejo de parientes llorando.

—Debía hacerlo —susurró Marco con voz débil—, perdonadme.

Alex corrió a la cabecera de su amigo y se arrodilló, luego abandonó la cabeza sobre su pecho.

—Estás vivo. Estás vivo, maldición. Creía que ya no podría hablar contigo.

—Tenía sueño atrasado —bromeó como de costumbre Marco, mientras ofrecía una amplia

sonrisa a Jenny, visiblemente emocionada.

Alex levantó la cabeza y, aún arrodillado, cogió la mano de su amigo.

—Estás... ¡estás curado!

—Nunca he estado enfermo.

—Te habían encontrado cerca del pozo, aquel día. —Los ojos de Alex se perdieron en el recuerdo, como si estuvieran visualizando el lejano paisaje proyectado sobre una pared a espaldas de su amigo—. Estabas desvanecido. Desde entonces permaneciste dormido. ¿No recuerdas qué pasó?

—¿Alguien te hizo... eso? —le apremió Jenny, mientras Seina a sus espaldas se retiraba para volver a la planta baja y hablar con Tesse y Fleur.

Marco se incorporó con esfuerzo, pero una serie de pequeños calambres musculares lo obligó a tenderse.

—Solo puedo decíroslo a vosotros... por favor —susurró, levantando una ceja en señal de complicidad con los dos amigos.

—Prometido —lo tranquilizó Alex, luego hizo una seña con la mano como para invitarlo a continuar.

—Sí, ha sido alguien.

Jenny abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Siempre lo he sabido! ¡Todos hablaban de una extraña enfermedad, pero yo... yo lo sabía!

—¿Pero quién? —Alex alzó el tono de la voz—. ¿Quién fue el bastardo...?

—Lo tenéis delante —respondió Marco con tono sosegado.

Jenny se volvió de golpe hacia Alex, que la miró perplejo durante un momento antes de dirigir una expresión de acusación a su amigo.

—Dime, ¿nos estás tomando el pelo?

—En absoluto.

—Perdona, a ver si lo entiendo... estás diciendo...

—... que me he autoinducido este coma, Alex. Has entendido bien. Pedí una pequeña ayuda médica al viejo Meurón, ¿sabes...?, en otro tiempo era herbolario. Experto en fármacos, brillante experimentador de medicinas para la cura de...

—No, no, detente —Jenny se acercó—. ¿Has sido tú mismo quien se ha provocado esto? ¿Por qué motivo? ¿Te has vuelto loco?

—Memoria.

Jenny se llevó las manos a la cabeza y se quedó con la mirada fija hacia delante.

—¿Qué quieres decir?

—Por fin lo he entendido —respondió Marco, con el tono sereno y los labios dibujando una sonrisa—, después de haber juntado varias teselas. Me faltaban muchas. La única manera era volver allí. Cuando recordé Memoria, entendí qué necesitaba.

—No sé de qué estás hablando, amigo —dijo Alex, sacudiendo la cabeza—, pero esta sí que es buena. Esta es verdaderamente buena. ¡Casi te has matado!

—Era el único modo. O al menos así lo esperaba, y los hechos me han dado la razón. En un estado de total inconsciencia e inactividad del cuerpo, con la mente libre para viajar, el único escenario posible es Memoria. Ya hemos estado allí, muchachos, hemos estado juntos. Ahora no podéis recordarlo. Quizás algún día...

—Memoria... ¿es un sitio? —preguntó Jenny, mientras Alex se ponía en pie y se acercaba a ella.

—Sí. Es lo que queda cuando nuestra mente está viva pero el cuerpo no responde a las órdenes. Una especie de sueño lúcido. Un lugar poblado por nuestros recuerdos, y por los ajenos.

—¿Me explicas qué has ido a buscar... allí? —preguntó Alex.

Marco trató de incorporarse de nuevo, con un esfuerzo que le hizo rechinar los dientes. Se

apoyó en el borde de la cama aferrando las sábanas y su mirada se perdió en el vacío.

—La verdad.

Alex y Jenny aguantaron la respiración, mientras su amigo intentaba a duras penas mover las piernas.

—Pensaba que estaría peor —continuó Marco, los ojos siempre fijos en la pared delante de sí—. ¿Por casualidad me han sometido a masajes periódicos? Mis músculos no están tan atrofiados como había imaginado.

—Solo sé que un doctor venía aquí de Garen una o dos veces por semana... —respondió Alex, sin tener la más mínima idea de qué significaba la palabra «atrofiado».

—Se lo preguntaré a mi madre, no os preocupéis. Creo que durante las próximas semanas me verá obligado a usarla.

Marco dirigió la mirada al lado opuesto de la habitación. Junto a la mesa de madera maciza, había una silla de ruedas apoyada en la pared.

Alex se volvió de golpe, y al observar la silla de ruedas, un estremecimiento le subió por la espina dorsal. De repente advirtió una sensación de vacío, como si su cuerpo se estuviera precipitando por un barranco, y tuvo que sostenerse al borde de la cama para no caerse. Jenny lo miró interrogativa.

—Ahora sé que estáis conmigo —continuó Marco—. Lo siento dentro. Los recuerdos aflorarán, estoy convencido de ello. También vosotros veréis. Yo estoy vivo, en la otra parte. No sé dónde os tienen, pero no nos han matado. He visto la cárcel. He viajado en la memoria del carcelero. Tengo tantas cosas de que hablaros...

—¿La cárcel? —susurró Jenny con un hilo de voz.

—El puente está intacto, amiga mía. Allí estoy encerrado en una celda de aislamiento y tengo ochenta y ocho años, mientras que aquí, dentro de poco cumpliré dieciocho. No sé cuánto tiempo podré vivir en aquel sitio, pero ahora tenemos todas las coordenadas que necesitamos.

—¿Para qué? —preguntó Alex, entrando en el juego y forzándose por creer en las palabras de su amigo.

—Para volver.

Capítulo 15

Sede de Synaptica, Marina, Gea

Sola en la habitación 129, sentada en una silla verde junto a la litera de Jenny, Anna observaba a la muchacha, ahora toda una mujer. Los ojos entornados, como si estuviera intentando abrirlos con dificultad. El pelo castaño, largo, limpio y perfumado después del lavado programado para aquella mañana tras la sesión de extracciones. Según la puesta al día de Thierry, que la había acompañado hasta la duodécima planta y luego había desaparecido, los muchachos dormían a causa de la administración de algunos sedantes, como imponía el protocolo después de cada extracción. Se podrían despertar de un momento a otro, pero era desaconsejable forzarlos.

Mientras esperaba a que Jenny abriera los ojos, Anna reflexionó sobre las sorprendentes imágenes que acababa de ver. La iglesia. La plaza. La mano adulta. El rostro del hombre. Escenas de un pasado tan lejano que parecían imposibles. Sin embargo, era el mismo pasado al que pertenecía su padre, Nathan.

El reportaje había durado diez minutos y había ofrecido a los ojos maravillados de Anna otros fragmentos seleccionados entre las principales extracciones. Algunos más nítidos, otros desenfocados, nublados. Algunas secuencias estaban estropeadas, y hacían las visiones más discontinuas o confusas.

La más clara, límpida e intacta representaba una farola junto a una escalerita. La farola estaba sobre un muelle asomado al océano, la escalerita descendía hacia una playa. Cada mínimo detalle de aquella imagen había sido decodificado y traducido fielmente, como si el recuerdo no hubiera sufrido el desgaste del tiempo. Y por cuanto le había dicho Thierry, aparecía tanto en los recuerdos de Alex como de Jenny.

Su colega le había mostrado el archivo digital, sobre un panel marcado con el número 1: era el dispositivo que custodiaba todas las extracciones, numeradas y fechadas. Contaba con setenta y cuatro. A ella le correspondía la tarea de mejorar aquella investigación.

Una cosa era segura, pero Anna no habría podido hablar de ella con Dana ni con Thierry: para obtener algo más, si aquellos —exiguos, aunque extraordinarios— eran los resultados de nada menos que diecisiete años de análisis, se habría debido suspender la administración del Neurex. Bajo el efecto de un inhibidor sináptico, era imposible pensar en obtener más informaciones de la mente de los muchachos. Pero ella lo sabía bien: Alex y Jenny tenían facultades cerebrales fuera de lo común, lo cual los hacía peligrosos. Telepatía, manipulación del pensamiento y lectura de los recuerdos ajenos eran habilidades que también ella poseía. Cuántas veces, en Sam-en, había sentido una pizca de compasión por aquellas personas pendientes de sus labios, por aquellos clientes indecisos que al final compraban convencidos, por aquellos rivales que se habían echado atrás en una subasta, o en cualquier controversia. Su mente era la clave. Por el mismo motivo, la de los muchachos debía ser mantenida bajo control. Despotenciada, contenida y limitada. Evidentemente, pensaba, el día de la fuga habían sido sorprendidos indefensos y aturdidos de modo que no hubieran podido servirse de ellas para salvarse de la captura.

—Soy vuestra nueva doctora —dijo Anna en un tono distante, profesional, sin saber si la paciente estaba en condiciones de oírla.

Los párpados de la muchacha comenzaron a temblar, y algunas sutiles arrugas a los lados de los ojos se agudizaron para luego alisarse de nuevo. De golpe, Jenny abrió los ojos. La boca lo hizo a medias como en un grito sofocado, pero de ella solo salió un estertor, mientras las manos se aferraban a la sábana.

«Qué sucede...», se preguntó Anna mientras se reclinaba. Los ojos de Jenny permanecieron fijos en el techo durante algunos segundos. Luego los músculos de las manos se relajaron despacio, soltándose. También el rostro se serenó, y los párpados se cerraron de nuevo. La mujer pensó

que podía tratarse de un efecto colateral de los sedantes, y se convenció de que era mejor dejar en paz a la muchacha hasta que se despertara. Luego, repentino como un escalofrío, llegó un susurro. Pero no era la boca de Jenny la que lo había emitido, si bien provenía de ella.

«Ayúdame».

Anna se levantó de golpe, mientras su corazón empezaba a latirle con fuerza. Para mantener a raya los nervios, sacó una historia clínica apoyada sobre una mesita al lado de la cama y fingió leerla. Mientras las palabras corrían frente a sus ojos, aquella solicitud resonaba entre las paredes del cráneo. «Ayúdame».

No era la voz de Jenny. No era una voz.

Era un pensamiento. Cuando la muchacha abrió los ojos y miró a su alrededor, ella estaba allí, de pie, con el historial entre las manos y la conciencia de que nadie habría podido hurgar entre sus ideas. La miró de arriba abajo, con el rostro tenso, y dijo:

—Me han encargado que me ocupe de vosotros.

Pero mientras lo decía, pensó: «Estoy aquí, Jenny. No tengas miedo».

La muchacha asintió con un gesto de la cabeza, esbozando una tímida sonrisa, mientras la frente se agitaba y su memoria retrocedía en el tiempo para buscar un motivo, una razón. Un significado detrás de la instintiva confianza que sentía por la doctora.

«Ayúdame», pensó de nuevo Jenny. Luego desplazó la mirada hacia la litera de Alex, donde el muchacho yacía, aún dormido. «Ayúdanos».

Cuando Anna salió por las puertas correderas de la planta baja de Synaptica, aquella tarde, el cielo estaba plomizo y se respiraba un aire de tempestad. El viento levantaba algunos papeles y algunas hojas de las aceras y las invitaba a una danza confusa, mientras ella se embozaba en su abrigo, avanzando resuelta por la calle. Recorrió a paso lento las anchas calles del centro, alzando de vez en cuando la cabeza para volver a mirar aquellos altísimos rascacielos, el orgullo de la arquitectura de la ciudad; a menudo, a bordo de las estaciones submarinas como Mnemónica, las cámaras situadas en el exterior durante la navegación hacia tierra, de noche, enfocaban las agujas centelleantes de aquellos edificios, antes incluso que los faros para el amarre colocados a lo largo de la costa.

Anna no cruzó la mirada con ningún transeúnte, pero con el rabllo del ojo los vio a todos. Rostros ausentes, direcciones sin meta, un ejército de conciencias sometidas. El grotesco manejo político que recordaba perfectamente debía de haber llegado, en aquellos dieciocho años, a su objetivo: hacer que a los ciudadanos les gustara aquella vida. Provocar que se encontraran a gusto en un lugar en que su libertad estaba desterrada y las necesidades eran limitadas. Era mejor que la guerra. Era mejor que el hambre. Recordaba que Ian le había hablado a menudo de la condición del hombre, subrayando el hecho de que una revolución nunca se produciría en un sistema en el que la mayor parte de los ciudadanos defendía a capa y espada el programa del Bienestar. Ninguno de ellos habría viajado nunca. Ninguno de ellos habría sido jamás artífice de un cambio. Ninguna de sus opiniones habría marcado nunca la diferencia. Y lo aceptaban de buen grado. «Es una vida sin sentido», decía siempre Ian. Y su padre Nathan asentía en silencio.

Los coches regresaban lentamente a casa. En fila india, ordenados, mientras las primeras gotas de lluvia salpicaban los parabrisas. A medida que Anna se acercaba a las calles de la periferia, los edificios de fachadas perfectas eran sustituidos por cobertizos y pequeños inmuebles de dos o tres plantas con las paredes agrietadas y las ventanas con los vidrios rotos. Como inmensos enjambres de abejas, ráfagas de polvo le embestían el rostro. Anna se tapó el rostro con el cuello del abrigo, estornudó un par de veces y continuó caminando. La lluvia mientras tanto se había hecho insistente e iba compactando su cabellera roja y plateada, mezclándose con las lágrimas que le descendían por las mejillas. Lloraba e invocaba al universo circundante, para que pudiera ponerla de nuevo en el camino de Ian. Lloraba y recordaba fragmentos de su

infancia en Gea, cuando era solo una niña de ojos curiosos que aprendía de memoria cualquier lista de nombres o secuencia numérica que se le pusiera delante. E Ian, amigo y fiel confidente de su padre, Nathan, estaba siempre allí, con su sonrisa satisfecha, la mirada llena de energía, de una vitalidad y una fuerza que no pertenecían a aquel lugar, a aquel tiempo.

Si Alex y Jenny eran cobayas, quizá también Ian se había salvado. Pero podía haber muerto asimismo por causas naturales, considerando la edad. Obviamente ella no podía pedir información a Dana, ni a Thierry. Pero debía saber. A toda costa.

De pronto se detuvo, a la altura de un cruce. A su derecha, de una fila de contenedores de basura emanaba un olor nauseabundo. En el suelo unas marcas de tiza trazaban las siluetas de delincuentes o subversivos que las fuerzas del orden de Gea habían asesinado a quemarropa. Aquellas huellas eran como una admonición. Un modo de hacer saber a la gente que un malhechor había sido ajusticiado, que convenía no correr riesgos y acabar como ellos. Anna conocía los métodos extremos de la policía. Su padre había visto ajusticiar a un pariente lejano, cuando ella era apenas una adolescente. Y le había enseñado cómo evitar incluso el más mínimo riesgo de que alguien dudara de su buena conducta social.

Anna no se detuvo expresamente frente a los contenedores desbordantes o junto a las señales de tiza sobre el suelo. Se paró porque comprendió en un instante qué debía hacer, en absoluto secreto, lo antes posible.

«Debo sacarlos de allí».

Apenas llegó a casa, *Diletta* comenzó a maullar con insistencia y dio vueltas a su alrededor durante algunos minutos, antes de que Anna se diera cuenta de que tanto el cuenco del agua como el de los bocaditos de buey estaban vacíos. Tan lamidos y pulidos que parecían nuevos.

—Perdóname, cariño, perdóname —dijo mientras encendía las luces del pequeño cobertizo en el que habitaba y hacía sus experimentos—. Enseguida me ocupo.

Pero su pensamiento estaba fijo en una única motivación, que la habría empujado a pasar pronto a la acción a costa de poner en peligro su vida y la de los muchachos: «Si Alex y Jenny me reconocen, y en la próxima extracción recuerdan nuestro último encuentro, para todos será el fin. Thierry sabrá que yo estaba a bordo de aquel coche, antes de que Ian tropezase con el puesto de control. Verá las probetas con la saliva de los muchachos y descubrirá el pacto entre Ian y yo. No puedo permitir que ocurra».

Aquella noche, mientras *Diletta* dormía acurrucada sobre un cojín, Anna se sentó a la mesa del laboratorio frente a un folio en blanco. Cogió un lápiz y empezó a trazar el rostro de un hombre. A medida que las líneas se unían formando los ojos, delineando los contornos de la mandíbula, definiendo las comisuras de los labios y las curvas de la nariz, su ánimo era atraído con fuerza cada vez mayor hacia aquellos rasgos angulosos, por momentos sinuosos, y se perdía en un torbellino de recuerdos capaces de sobresaltar su corazón. Era el rostro de Slev. La sonrisa ancha, la mirada dulce.

En el punto álgido de la concentración y la serenidad, Anna se deslizó de un lado a otro del remolino espacio-temporal, finalmente de nuevo consciente del mecanismo mental que permitía el viaje entre las dimensiones. Su mente era el medio. Era ella quien reconstruía en el pensamiento los más precisos detalles de una realidad de apariencia tan distante. Así se restablecía el puente. Así era posible viajar.

La íntima sede de su corazón se unió con su versión alternativa en Sam-en, sin que nadie pudiera detenerla. Lo hizo porque no había tiempo que perder. Había llegado el momento de encontrar a Alex, Jenny y Marco. Y contarles la verdad.

Cuando volvió a abrir los ojos en su casa de Garen, Anna estaba recostada en la cama con un camisón ligero, y Slev roncaba a su lado. Al mirar a su alrededor y encontrar la oscuridad experimentó una sensación repentina de turbación, de creciente malestar. De pronto, una inesperada taquicardia y una descarga de pensamientos angustiantes la paralizaron. Los ojos

vítreos de Jenny, excavados en su rostro cadavérico, mientras Thierry reía con sarcasmo y archivaba su historia clínica. La mirada atónita de Alex, frente al cuerpo exánime de la muchacha. La expresión de desaprobación de Dana, mientras juzgaba su labor.

Anna sabía qué significaba todo aquello. Sentía terror de no conseguirlo, de no estar en condiciones de sacar a los muchachos de aquella situación. De no poder ayudarlos.

Apenas volvió a respirar con regularidad, se levantó sin hacer ruido y sacó algunos vestidos de una cómoda de madera. Dejó el dormitorio y se vistió, en la oscuridad, antes de abandonar la casa. A pocos pasos de la vivienda había un garaje de carros y algunos establos, y ningún guardia custodiaba los caballos. También porque —esto lo recordaba perfectamente— en aquellos días la atención de sus conciudadanos estaba dirigida a la inminente Vuelta de Garen, que preveía la utilización de purasangres. En aquel establo no había ni uno.

Pero cualquier potro era perfecto para partir de inmediato hacia Kar.

Capítulo 16

La felicidad por el despertar de Marco se extendió por las calles del pueblo de Kar y contagió un poco a todos, hasta el punto de que pidieron al muchacho que volviera con sus compañeros de escuela al menos un día, durante el período de rehabilitación motora. Una semana después de haber salido del coma, Fleur y Tesse empujaron la silla de ruedas de Marco hasta el centro del pueblo, a la Fuente Ancha. Era desde allí de donde partían siempre las clases itinerantes, típicas de las costumbres de Kar.

Los compañeros lo acogieron con un entusiasmo sincero, insólito para un alumno bastante taciturno, que a menudo se saltaba las clases para llevar a cabo sus estudios privados. Pero que hubiera pasado dos estaciones enteras entre la vida y la muerte había sacudido a maestros y compañeros, de modo que verlo otra vez sano y salvo fue un alivio para todos.

Además, el decimotercero cumpleaños de Marco estaba a las puertas, faltaba un puñado de días. Hacía poco habían entrado en el 394 del Calendario de Sam-en, y Marco cumplía los años el sexto día de la Estación de la Luna. Esto era lo que sus padres habían declarado a los responsables de los registros municipales de Kar dieciocho años antes, mintiendo, desde el momento en que las adopciones que se practicaron en las ciudades de Garen y Tor eran vistas con malos ojos por los habitantes del valle. Ni la familia de Marco, ni la de Alex y Jenny habían hecho público el asunto. Por tanto, la fecha real de nacimiento de los tres era una incógnita que solo Anna podía resolver. Hasta que no se demostrara lo contrario, sus dieciocho años se cumplían el sexto día del año nuevo.

—¿Dónde has puesto las gafas? —preguntó Alex algunas horas más tarde, con las manos apoyadas en los extremos cromados de la silla de ruedas, mientras acompañaba a Marco a casa después de la mañana de clases itinerantes, como había acordado con los padres de su amigo.

—Nunca las uso en ocasiones especiales. Y hoy me parecía oportuno.

—Quieres decir que... ¿prefieres no ver ni jota?

—Quiero decir —Marco abrió completamente un ojo manteniendo firmes los párpados con las yemas de los dedos de una mano, luego con la otra extrajo una lente transparente y la mostró a su amigo, luego se quitó también la segunda— que uso estas. Ahora sí que no veo ni jota.

Alex se detuvo, dio la vuelta a la silla y se arrodilló frente a Marco. Cogió una lente entre los dedos y la observó a contraluz, las cejas enarcadas y la boca torcida en una expresión perpleja.

—¿Y esto qué es?

—Lentes, Alex. Lentes de contacto. A veces me asombro de cuántas cosas no se saben, aquí, en el pueblo.

—¿Por qué, dónde las hacen?

—Hay varias empresas en Tor, algunas también en Garen. Yo las he birlado en Garen, en el Centro de Dióptrica.

—¡Qué me dices!

—Sí, pero no en el último viaje, sino en el anterior. Solo que tengo un estuche con veinte pares, y las guardo para ocasiones especiales. En mi cumpleaños pienso volver a ponérmelas, aunque creo que mi miopía ha empeorado.

—¿Pero cuánto duran?

—Solo una vez. Al principio no notas que las llevas, pero después de algunas horas molestan. Cuando tenía nueve años, descubrí que estaban diseñando un modelo más resistente, perdurable... que se pudiera reutilizar incluso durante media estación.

—Esto no me lo habías dicho. —Alex se levantó y volvió a empujar la silla, mientras que Marco se inclinaba hacia delante para masajear una pantorrilla dolorida. Los calambres lo habían acompañado durante toda la mañana, y parecía que no querían dejarlo en paz.

—Tú tienes que venir conmigo a Garen, algún día. Y es solo el primer paso. Hay muchos sitios por ver, allá fuera...

—Sí.

—Tenemos casi dieciocho años. A esta edad, en las ciudades más allá de las montañas, los muchachos son considerados adultos. ¿Lo sabías?

—¿De verdad las cosas son tan distintas en las ciudades del norte?

—Son el futuro, Alex. Has visto mis lentes de contacto. Has visto los goteros en mi cuarto.

—Sí, en efecto, es increíble.

—No son milagros, solo son frutos del ingenio del hombre. Es la ciencia.

Marco sonrió, mientras los dos giraban de la calle principal hacia una polvorienta senda que conducía a la campiña.

—Pero hay algo que debes saber —añadió, mientras sacaba las gafas de un bolsillo de los pantalones y se las ponía.

Alex detuvo la silla y observó los ojos decididos de su amigo, que lo miraban de arriba abajo.

—¿Qué...?

—Necesito hablar contigo y con Jenny —respondió—. Solo nosotros tres. Cuanto antes.

—De acuerdo. ¿Cuándo?, ¿mañana?

Los ojos negros de Marco, profundos y resueltos como el tono de su voz, no vacilaron. Permanecieron fijos en los de Alex, penetrantes y cargados de la fuerza de un río desbordado.

—Esta noche.

El agua caliente envolvía el cuerpo de Jenny con delicadeza, mientras la espuma producida por las sales de baño vertidas en la bañera flotaba en la superficie y escondía su desnudez.

Era casi la hora de la cena, pero en la casa reinaba el silencio. Seina y su marido, Deier, debían de estar aún en la tienda. Su padre era herrero y carpintero, tenía un pequeño comercio en Kar y en aquellos días se entretenía siempre hasta tarde junto a su mujer, debido a los recuentos e inventarios periódicos. Alex, en cambio, pensó, debía de estar en casa de Marco, o quizás había ido a echar una mano a sus padres.

Jenny entornó los párpados. Bajó despacio la cabeza hasta hundir el mentón, luego relajó los músculos del cuerpo.

Los ojos de Alex.

Su respiración, su sonrisa.

Los dedos de la mano entrelazados con los suyos.

¿Podía ser verdad? Aquel sentimiento, aquella fuerza que le quitaba el aliento, absurda de aceptar, imposible de confesar. Sin embargo, era todo tan vívido. Tan equivocado como real. Fruto de un deseo negado, vibración de un cosmos desconocido. Sumergida en el agua casi hasta los labios, Jenny pasó una mano por un costado, acariciando la piel aterciopelada, lisa, y pellizcándola con las yemas. Rendirse a aquel beso, a un sueño repetido y que luego se desvanecía, creer en las palabras de Marco y fiarse de la mirada convencida de Alex era como ver que el mundo en torno se resquebrajaba, haciendo añicos la vida que había vivido hasta entonces.

Un ruido imprevisto la estremeció.

—Perdóname. —La silueta de Alex se recortó en la penumbra, a la altura de la puerta abierta. En la débil luz de las velas que dotaban al cuarto de baño de una tonalidad ocre y se reflejaban sobre el agua entre los exiguos espacios que dejaba la espuma, Alex observó el rostro turbado de su hermana, las mejillas ruborizadas, los ojos huidizos.

—Alex...

—Pensaba que habías salido.

Jenny esbozó una sonrisa nerviosa.

—Mamá y papá volverán tarde —continuó su hermano, mientras trataba de mirar hacia cualquier parte, menos a la bañera—, he pasado por la tienda. Me han dicho que no los esperemos para cenar. Perdóname, no he oído ruidos y...

—No te preocupes —dijo ella, y trató de acompañar las palabras con una sonrisa convincente. Alex se volvió, sin responder, e hizo el amago de salir.

—Hay algo... —El tono sosegado pero firme de Jenny lo obligó a volverse—, algo de lo que debo hablarte.

Alex dio algunos pasos, el rostro tenso, la mirada baja. Se miró en el espejo, débilmente iluminado por la luz de una de las velas colocada sobre una repisa de madera, y apoyó las manos sobre el lavabo. El perfil de Jenny se recortaba en el oscuro reflejo del vidrio, más allá de su silueta.

—Dime.

—Nunca me has respondido. —Jenny emergió algunos centímetros de la superficie del agua, que ahora llegaba a mojarle la base del cuello.

—¿Qué?

—Lo sabes. Aquello que te he dicho en el río.

Alex encontró los ojos de su hermana en el espejo por un instante, mientras sus pensamientos volvían a aquella frase, *tengo miedo de haberme enamorado de ti*, que era aún fuente de turbación y continuos pensamientos. Aquel día, la sorpresa por el despertar de Marco había barrido cualquier otra preocupación. Pero Jenny tenía razón. No habían vuelto a hablar de ello.

—Para creer en toda esta historia —continuó Jenny—, tu confianza en los relatos de Marco, tu convicción sobre la existencia del mundo del que habla... no bastan. ¿Me entiendes?

—Pienso... imagino que sí.

—Estaba aterrorizada cuando te dije...

—Jenny. —Alex se volvió y apoyó el trasero en el borde del lavabo—. Yo creo en las palabras de Marco. Lo sabes. Creo firmemente en ellas.

—Pero... —La mirada de la muchacha se hizo interrogativa, y por un instante pareció velada de tristeza.

—Pero lo que hay entre nosotros dos... no sé cómo explicarlo. Me espanta. Me desasosiega. Una parte de mí ahora quisiera acercarse a ti, la otra me bloquea. Me paraliza.

Jenny lo miró intensamente y con un leve gesto de la cabeza asintió, como si aquellas fueran sensaciones que también inquietaban su ánimo.

—Hemos huido de esto. Durante mucho tiempo. Lo hemos rechazado, lo hemos negado. El resultado es que ahora ni siquiera conseguimos mirarnos a la cara.

—¿Cómo podremos continuar adelante?

Jenny desplazó la mirada hacia el manto de espuma que flotaba en la superficie del agua, sacudió despacio la cabeza y buscó la respuesta correcta, mientras Alex, atemorizado, mantenía la mirada baja para respetar la intimidad de su hermana.

—Necesito entender quiénes somos de verdad —dijo ella—, y no quiero volver a verte tan incómodo, ni yo sentirme alterada.

—Pero yo estoy incómodo —respondió él, con la mirada siempre perdida en el vacío.

—Podrías empezar por mirarme a los ojos.

Alex permaneció en silencio algunos instantes. Luego sonrió. Alzó la cabeza, respiró hondo y obedeció. Jenny parecía serena, por su tono de voz, pero su rostro decía lo contrario.

—Si eres aún el Alex de siempre, aquel con el que he crecido, y nos estamos engañando... ven aquí.

—Jenny, yo...

—¿Te acuerdas a qué jugábamos de niños, cuando nos bañábamos juntos? —preguntó ella, mientras con los codos apoyados en los bordes de la bañera tomaba impulso y se erguía.

—A decir verdad, no —respondió Alex, luego apartó la mirada para evitar tropezar con la visión del pecho desnudo de Jenny.

—¿Cómo, no? Nos poníamos uno frente al otro, luego levantábamos las piernas, uníamos los

pies y empujábamos con todas nuestras fuerzas, sosteniéndonos con los brazos en el borde de la bañera.

—¿Y quién ganaba?

—En realidad, creo que nadie. Pero era divertido.

—¡Hoy correrías el riesgo de acabar fuera de la bañera! —rio sarcásticamente Alex, luego se volvió de nuevo hacia su hermana, que se había deslizado algunos centímetros, de modo que el agua escondiera los senos.

—Al fin.

—¿Qué?

—Al fin vuelves a ser el de siempre. El que bromea, y consigue mirarme a la cara sin vergüenza. Lo necesito, Alex. Seas o no mi hermano, quiero verte sereno.

—¿De veras crees que no podría entrar en esa bañera? ¿Que no me atrevería?

Jenny alzó las cejas y permaneció durante un momento sin palabras. En unos instantes, Alex se quitó la camiseta, luego hizo el amago de sacarse los pantalones. Instintivamente, ella volvió la cabeza.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó ella.

—Has dicho que quieres saber quiénes somos de verdad. Bueno. Yo también.

Algunos segundos más tarde, Alex estaba sentado en la bañera frente a su hermana. Las piernas buscaban espacio entre las de Jenny, los brazos apoyados en los bordes de cerámica. Ella se volvió y le dirigió una mirada amenazante mientras la penúltima vela encendida iba muriendo detrás del rostro del muchacho.

—Lo has hecho...

—Lo he hecho.

—¿Estás loco?

—Trato de combatir la incomodidad.

—Tú eres mi hermano... —dijo Jenny, de pronto con el rostro serio, luego dejó en suspenso un interrogante, más bien una constatación—, no deberías estar en la bañera conmigo.

—Si lo piensas —Alex sonrió y con la mano levantó un montón de espuma—, lo hemos hecho centenares de veces.

—Sí. Pero éramos niños.

—¿De qué tienes miedo?

Jenny se hundió hasta que el agua le llegó al mentón, y levantó las rodillas que asomaron entre las pompas de jabón.

—Que de un momento a otro regresen nuestros padres.

—Pero solo estamos jugando... —Alex se adelantó, acercó la mano al rostro de Jenny y se lo embadurnó con espuma. Apenas ella sacó del agua el brazo izquierdo para contraatacar, él se lo bloqueó con fuerza, luego empezó a hacerle cosquillas, algo a lo que Jenny nunca había sabido oponer resistencia. Era su punto débil. Sin poder reaccionar, se convertía en una presa fácil debatiéndose con carcajadas histéricas.

—¡Detente! ¡Maldición, detente! —gritó mientras el agua se desbordaba por los lados de la bañera.

—Te gustaría...

—¡Detente, maldito seas!

Los dos forcejearon en la bañera, el uno atacando a la otra mientras la última vela se apagaba y liberaba en toda la habitación un intenso perfume a cera.

Y se hizo la oscuridad.

Y como en un relámpago, Alex y Jenny eran niños, y jugaban en la misma tinaja que en los recuerdos tenía las dimensiones de una piscina. Libres y despreocupados. Inconscientes.

—¿Tú crees? —preguntó ella, en voz baja.

—¿Qué?

—Que solo estamos jugando.

Todo se detuvo en un instante. Alex y Jenny se quedaron paralizados, mirándose a los ojos, los cuerpos entrelazados bajo la superficie del agua. Alex sujetaba la muñeca de Jenny con la mano derecha, ella le rodeaba la espalda con el brazo. La imagen de un juego infantil, congelada por culpa de aquellas miradas, por culpa de una historia que estaba manifestándose con fuerza. Por culpa de un sentimiento real que continuaba torturándolos por dentro.

—Dilo —susurró Alex, mientras en la oscuridad su rostro y el de Jenny estaban a pocos centímetros de distancia, con los cuerpos enredados—. Di lo que piensas.

Jenny esperó unos instantes, jadeando, con los ojos cerrados. Luego respondió, como si las palabras de Alex hubieran abierto una brecha en su corazón y hubieran conseguido abrir definitivamente una puerta, cerrada durante demasiados años.

—No pienso en nada. No quiero pensar en nada.

Él permaneció en silencio, mientras liberaba la muñeca de su hermana y se le acercaba despacio. Hundió el brazo en el agua, luego apoyó una mano sobre su costado y lo pellizcó antes de abrazarla. Cuando ambos cuerpos se rozaron, sus rostros se encontraron el uno frente al otro.

Los labios de Alex se posaron en los de Jenny con delicadeza, mientras la oscuridad y el silencio reinaban en aquel instante fuera del tiempo, un momento escrito en el libro del destino, ahora real, lejos de todo y de todos. Contra cualquier prejuicio, iluminado con la centella que siempre había animado sus vidas. Un amor sin reglas ni imposiciones. Una fuerza imparable que habría ido más allá de cualquier esquema, más allá de cualquier norma o protocolo. El verdadero motor de cualquier acción humana, la energía más pura y explosiva.

Sus cuerpos se agitaron bajo la espuma ahora casi completamente disipada y reducida a algunos sutiles archipiélagos blancuzcos que flotaban sobre la superficie del agua. Solos, lejos del juicio de los otros y finalmente conscientes de quiénes eran de verdad, Alex y Jenny fueron arrastrados por un torbellino de emociones desconocidas. Pero era real. ¡Vaya si lo era!

En otra parte. Lejos de allí.

De la otra parte.

Capítulo 17

Había caído la noche sobre el valle de Kar.

Sobre la orilla del río Laari, en el último confín del valle, allí donde se erguían las montañas que delimitaban la parte meridional de la ciudad de Garen, una mujer y su caballo estaban descansando y recuperando fuerzas.

Una única parada, tendidos bajo los árboles en una zona boscosa en la que serpenteaba el río, mientras la noche tenía la cara de una media luna asombrada, y el canto de los búhos.

Pocas horas de descanso. Lo necesario para que la mente de Anna retrocediera en el camino, para abandonarse al torbellino que la había desarraigado de Sam-en para devolverla a la sede de Synaptica, en Gea.

Los ojos del muchacho estaban entornados.

El pelo rubio ceniza aplastado contra el cojín, los párpados temblorosos, trataba de hallar la fuerza para despertarse. El efecto de los sedantes había menguado en las últimas horas. El Neurex, en cambio, seguía circulando sin obstáculos por su organismo. También la memoria a largo plazo, como la de Jenny, estaba seriamente dañada. Ya no recordaba una historia, una sucesión lineal de los acontecimientos. A veces emergían fragmentos que no habrían servido para formar una existencia hecha añicos, jirones que no permitían conectar los hechos del pasado, reconstruir su secuencia.

La luz del sol se filtraba por las amplias ventanas de la habitación, mientras esporádicas ráfagas de viento agitaban las cortinas color crema. Anna estaba sentada junto a la litera de Alex, con un cable entre las manos. Otros siete estaban ya conectados a pequeñas ventosas colocadas sobre la cabeza del muchacho. La investigadora sostenía el octavo en las manos. En cuanto lo fijó, el panel situado sobre un estante junto a la cama se encendió: apareció en la pantalla un gran cuadrado negro atravesado por bandas horizontales intermitentes. El muchacho, entretanto, consiguió a duras penas abrir un ojo, luego ambos.

Cuando la vio no abrió la boca. Pero la miró.

Inexpresivo.

Inmóvil.

—¿Puedes oírme? ¿Puedes oír mi voz? —preguntó Anna, luego extrajo un historial de debajo del panel.

Alex frunció el ceño, y con una mirada interrogativa asintió.

—Bien. Procedamos con la verificación de la actividad a nivel de los lóbulos temporales

—añadió mientras hojeaba el pliego, apartando la mirada por un instante del rostro del muchacho que le evocaba recuerdos sepultados en el tiempo. Los párpados de Alex se agitaban nerviosos y, debajo de ellos, las pupilas de aquel adolescente que se había convertido en hombre sin saberlo brillaban, su color azul límpido contrastaban con los matices de blanco y gris de la habitación.

—¿Qué recuerdas de la última semana? —leyó en voz alta Anna sin levantar la mirada.

—El... el hielo —respondió él, después de algunos segundos de silencio.

—¿Qué sensación has experimentado?

—Hielo, dolor... —Los ojos de Alex miraron un punto preciso del techo, sobre su izquierda—.

Miedo a no salir del cubo.

—Bien. Ahora dime qué recuerdas de hace un año.

Alex permaneció con los labios cerrados y sacudió despacio la cabeza.

—¿No recuerdas nada?

Él miró a su alrededor, luego intentó erguirse.

—No lo sé...

—Debes permanecer acostado —dijo Anna, fría, mientras controlaba la pantalla sobre la cual se delineaban unas sinusoidales cada vez que Alex hablaba—. Ahora deberías contarme un

recuerdo de tu infancia. ¿Puedes hacerlo?

Alex se mostraba impasible. Su rostro reflejaba desazón e impotencia.

—¿No puedes? —insistió la mujer.

—Yo...

—Si no puedes no importa, pasaremos a la próxima pre...

—Anna —la interrumpió Alex de pronto—. ¿Tú eres Anna, verdad?

La mujer se reclinó hacia atrás, despacio.

«Me ha reconocido...», pensó mientras los músculos de su cuerpo se tensaban. «Se acuerda de mí».

—Anna... Marco... —repitió aún el muchacho. El mentón le tembló. Pareció conmoverse, pero quizá solo era una reacción nerviosa. Con toda seguridad, entre los escombros de su memoria había quedado algo. Pero no era lo que Anna necesitaba en aquel momento.

De repente, a espaldas de la mujer, la voz nasal de Thierry rompió el instante de turbación que se había creado.

—Interesante... —dijo, en un tono profesional y los labios formando una mueca sutil.

Anna se volvió de golpe, luego bajó la mirada.

—Dana me pidió que te tuviera vigilada —continuó Thierry—. Pero no esperaba obtener información sobre ti tan pronto.

El hombre dirigió una amplia sonrisa a Alex, luego se volvió para echar un vistazo a Jenny, que en el otro lado de la habitación tenía los ojos desencajados, pero no pronunciaba palabra.

A espaldas de Thierry, más allá del ventanal, Anna entrevió un revuelo de personas en bata blanca y verde.

—No sé a qué te refieres —rebató con firmeza la mujer.

—Por favor —Thierry enarcó una ceja—. ¿Acaso parezco estúpido? Te ha llamado por tu nombre. Os conocéis.

Anna se levantó y se volvió hacia su colega, molesta, y decidió echarse un farol.

—He dicho mi nombre a los pacientes, cuando me he presentado. Exijo que te disculpes.

Thierry cerró la puerta acristalada de la habitación 129 y se acercó a ella.

—¿Tienes idea de qué significa que te denuncie por esto?

—¿Por qué? Estoy realizando mi trabajo, sigo punto por punto las indicaciones que me han dado.

—Los muchachos saben quién eres. Esta habitación está provista de un sistema de audio. No has visto las cámaras, habrás pensado que podías hablar libremente. Te equivocaste. Y, doctora..., nunca has dicho tu nombre en esta habitación. Te lo puedo garantizar.

Anna se aclaró la voz, se serenó y miró a Thierry con autoridad. De pronto los vio rodar hacia el grueso ventanal que separaba la habitación del pasillo. Del otro lado, colegas en bata gris recorrían el corredor armados con pliegos, tablets interactivas y cajas de cartón.

—El turno acaba dentro de cincuenta minutos —dijo él, luego se volvió y dio un paso hacia delante, a pocos centímetros del latido acelerado de su corazón. Anna frunció el ceño y lo miró.

—¿Qué quieres decir?

El doctor extrajo un dispositivo del bolsillo interior de la bata, una tablet más pequeña que los modelos estándar, que Anna nunca había visto. Se parecía a un control remoto, de aquellos que usaban en las fábricas para manejar a distancia la maquinaria. Recordaba haber visto algunos de pequeña.

Thierry tecleó algo sobre la pantalla, luego la miró.

—Ahora podemos hablar tranquilamente. El control de audio está en la modalidad de espera.

—No entiendo.

—Dana aún está en Lender. Dentro de una hora por aquí no habrá un alma, con la excepción de los de seguridad. Pero los de seguridad, en ausencia de Dana, acatan mis órdenes.

Anna se volvió rápidamente hacia Alex y encontró su expresión de mudo estupor. Hizo lo mismo con Jenny, que en cambio parecía paralizada por el miedo y continuaba mirando el techo.

—Hay pocas cosas que la dirección de Synptica no sabe de mí —continuó Thierry—. Que nunca ha sabido.

—¿De qué hablas? —preguntó ella, sacudiendo levemente la cabeza, confusa.

—Tengo una gran pasión por los instrumentos musicales. Es una lástima que no los vendan al público.

Anna guiñó los ojos, como si buscara la solución a la adivinanza. Su colega continuó.

—Y también soy un gran amigo de un hombre llamado Mark. Regenta una pequeña tienda en las afueras. Es un antiguo programador de la Lax, contrabandea perfiles falsos, hace circular coches robados..., pero nunca lo ha pescado nadie porque sabe moverse con la tecnología de hoy. Es un mago del despiste.

—Si estás tratando de hacerme decir algo, yo... —Anna alzó la voz, pero se percató de que no era necesario.

—Mark es el cuñado de Ben. Ben, el hijo de Ian.

Cuando Thierry pronunció aquel nombre, Anna se quedó sin aliento. Las pupilas se le dilataron, los latidos de su corazón se intensificaron con violencia, como si alguien estuviera dando puñetazos en su caja torácica desde el interior.

—Cómo sabes... —Las palabras de la mujer quedaron suspendidas, mientras las arrugas en la frente del hombre se alisaban, y una plácida sonrisa dulcificaba sus facciones.

—¿Aún no has entendido, doctora?

Thierry se volvió, echó un vistazo fugaz más allá de los ventanales. Repentinamente audaz, determinado, y mucho más amigable que su desagradable timbre vocal, dejó la tablet en el bolsillo interior de la bata y clavó en Anna su mirada enérgica.

—Yo estoy de tu parte —dijo con orgullo, como si no viera la hora de hacerlo desde quién sabe cuánto tiempo—. El resto te lo cuento esta noche.

Anna se llevó una mano al pecho y liberó un suspiro, luego cerró por un instante los ojos. Poco más que un parpadeo, lo suficiente para regocijarse en lo más profundo de su ánimo por este imprevisto giro de los acontecimientos. Luego los abrió de golpe:

—¿Esta noche?

—Esta noche. Cuando nos marchemos de aquí.

Anna se pasó las manos por el pelo y sacudió la cabeza, pero se recompuso de inmediato de modo que nadie, al ver su insólito comportamiento a través de los ventanales, sospechara. Las manos unidas, con una expresión determinada y resuelta, asintió con un gesto de la cabeza para confirmar el acuerdo con Thierry y sellar su complicidad.

Aún no era el momento de escribir la palabra fin en aquella historia.

Capítulo 18

Mientras Anna esperaba con Thierry que terminara el turno de los colegas en la sede de Synaptica en Marina, continente de Gea, y su versión paralela descansaba junto a un río en la frontera septentrional del valle de Kar, tierra de Sam-en, Marco oyó el ruido de un guijarro contra la ventana del cuarto. Cogió el bastón que reposaba en la pared, lo clavó en el suelo, y se levantó de la cama.

Bajó a duras penas los primeros peldaños, mientras con un grito avisaba a sus padres de la llegada de Alex y Jenny. Tesse corrió a su encuentro y lo sostuvo, mientras Fleur acomodaba la silla de ruedas frente al portal del chalecito. Cuando la madre abrió, los rostros sonrientes de Alex y Jenny se recortaron contra el fondo oscuro de la tarde.

—No os quedéis demasiado tiempo fuera, muchachos, os lo ruego. Aún está débil. —La mujer estampó un beso en la frente de Marco y entró en la casa.

Alex empezó a manejar la silla, mientras Jenny admiraba los adornos que engalanaban las paredes exteriores de la casa, colocados aquella tarde por los padres de Marco con vistas a las celebraciones de su cumpleaños que —estaba segura— habrían convocado en aquel punto de Kar a una buena cantidad de personas. Por lo demás, en el pueblo su curación se había convertido en el tema estrella.

—Aún tengo algunas dificultades... motoras —susurró Marco.

—Por eso estamos aquí —respondió Alex, y empezó a empujar.

—Estoy contento de que hayáis venido.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jenny.

—Necesito hablar con Meurón, y lo haré cuando nos hayamos despedido. Por tanto, si os va bien, podríamos ir hacia la posada de la señora Doro. Nos detenemos en la Plazoleta del Comercio, ¿qué decís? A esta hora no habrá mucha gente.

—A tus órdenes —respondió Alex mientras se inclinaba hacia delante y daba una palmada en el hombro de su amigo. Cuando levantó la mirada, un escalofrío inesperado le recorrió la espalda.

—No sé por qué —dijo en voz baja, como si tuviera miedo de que lo oyeran—, pero cada vez que veo esta silla de ruedas siento algo extraño. No sé describirlo, como una sensación de haber visto ya esta escena.

—Quizá porque ya la has visto —respondió Marco.

Los tres avanzaron por las calles del pueblo a paso lento, las farolas colocadas en el exterior de algunas viviendas de madera iluminaban el camino. Cruzaron el casco antiguo, formado por estrechas callejas que de vez en cuando desembocaban en pequeñas plazas, evitando las calles del centro comercial del pueblo, llenas de negocios y posadas, donde habrían corrido el riesgo de encontrar a amigos de la familia muy interesados por saber qué le había ocurrido a Marco en el último año.

—Habéis leído mi diario, luego sabéis a grandes rasgos lo que me ha sucedido recientemente.

—Lo que te ha sucedido siempre... —precisó Alex.

—Sí.

—Es de locos lo que has escrito sobre tu hijo —murmuró Jenny, con la mirada hacia delante, como si estuviera hablando sola—. Es la parte más absurda, honestamente me cuesta creerlo.

—Sé perfectamente que puede parecer increíble a vuestros ojos. Pero es él. Habría podido preguntarle el nombre de su madre, quizás un día lo haga. Yo sé que he amado a esa mujer. Y aún lo siento, en alguna parte de mi corazón, aunque aquí tengo casi dieciocho años. ¿Podéis imaginarlo? ¿Un amor que atraviesa el umbral del espacio y del tiempo?

Alex y Jenny no cruzaron la mirada, pero estaban pensando en lo mismo. Lo que había ocurrido aquella tarde entre ellos era un sentimiento que no conocía los límites físicos de la realidad circundante.

—La he visto también a ella, en Memoria. Y ahora puedo confirmar cuánto ha significado esa

mujer para mí. Y aquel muchacho, Ben —Marco se volvió hacia Jenny, mientras al fondo del callejón asomaba la Plazoleta del Comercio—. Aquel muchacho te salvó la vida, hace mucho tiempo.

Marco comenzó a relatar, mientras el rostro de Jenny se mostraba al mismo tiempo maravillado e incrédulo. Las fantasías más rocambolescas del mejor juglar no habrían sabido urdir unas peripecias tan insólitas, llenas de insidias y gestos de increíble valor. Así fue como ella y Alex supieron de Mnemónica, al tiempo que llegaban a la plazoleta y se sentaban en un murete semicircular. Supieron acerca de la fuga, del sacrificio de Ben, del encuentro con aquel viejo llamado Ian. Luego dejaron que Marco, sentado en la silla frente a ellos, recorriese la línea del tiempo hacia atrás, con la mirada arrebatada por mil recuerdos y pensamientos, la voz rota por la emoción al unir los trozos de una vida que estaba a quinientos años de distancia. Regresaron a Milán. Y vieron otra vez el fin del mundo.

Alex y Jenny habían decidido creer. Y el único motivo para hacerlo era aquel encanto del cual ya no conseguían huir, aquella atracción desbordante nacida quién sabe cuándo, quién sabe dónde.

—Estoy convencido de que vosotros, en otra parte, estáis vivos —dijo Marco, mientras un carro arrastrado por dos caballos cruzaba la plaza levantando una nube de polvo.

—Pero acabas de contarnos que nos dispararon —objetó Jenny.

—Jastel es inconsciente de lo que lo rodea. No recuerda, no puede recordar. No sabe nada de Ben, de sí mismo. Vosotros, sí. No sois una página en blanco sobre la cual la vida ha vuelto a escribir hace dieciocho años. Aquel sueño que habéis tenido ha escapado del control de alguien. Aquel sueño y aquel beso han llegado hasta aquí. Son vuestro vínculo con el Multiverso. —Marco sonrió y se acomodó las gafas sobre la nariz—. O sea, el único motivo por el que me estáis escuchando sin tomarme por loco, como haría cualquiera.

—¿Qué crees que está sucediendo en la que llamas realidad paralela? —preguntó Alex, perplejo.

—Lo descubriré pronto. Ahora tengo las coordenadas. Y por fin he recordado cómo se usan. Nuestra mente es la clave.

Jenny se volvió de golpe hacia Marco, con una expresión de inquietud y curiosidad en el rostro. Conocía aquella frase. No recordaba quién la había dicho, pero la conocía.

—¿Qué significa?

—Somos nosotros los que recreamos el puente, si sabemos adónde ir. Siempre que nuestra mente esté en condiciones de reconstruir aquel lugar. Y yo lo he visto.

—¿Qué lugar? —preguntó Alex.

—El lugar en que me mantienen encerrado desde hace dieciocho años. El lugar en que, si no hacemos algo, pronto moriré.

Capítulo 19

—Es la hora. Los empleados están a punto de dejar la sede. Ánimo, deprisa.

La voz nasal de Thierry era más decidida que nunca. Él y Anna habían ideado las fases iniciales de aquel plan pero la mujer sabía que, desde un determinado momento, cada movimiento habría sido improvisado. Pero ya no era tiempo de conjeturas. Era el momento de pasar a la acción.

Una señal acústica resonó en los pasillos de Synaptica, en cada uno de los veinticuatro pisos del complejo. Era la llamada que indicaba el fin de la jornada. Desde aquel momento, quienes debían regresar a casa ya estaban descendiendo hacia la planta baja; quienes, en cambio, pernoctaban en el complejo —algunos empleados lo hacían, como Dana había contado a Anna— se habrían encerrado en alguna estrecha habitación para no salir de ella hasta la mañana siguiente.

El tráfago en el pasillo de la duodécima planta se desvaneció en el curso de una decena de minutos. Alex y Jenny estaban despiertos, recostados en las literas de la habitación 129, e inmóviles. La doble cara de Thierry ya no era un secreto ni siquiera para ellos, pero aún no habían tenido el valor de dirigirse al doctor.

—¿Estás seguro de lo que estamos haciendo? —preguntó la mujer mientras miraba de reojo más allá de los ventanales.

—Estoy seguro de qué harán a estos muchachos si no los sacamos de aquí.

—Hay algo que no me queda claro: si yo no hubiera venido a trabajar para vosotros... ¿cómo lo habrías hecho?

—Pero has venido —respondió el doctor mientras abría la puerta de la habitación—. ¿Quién crees que ha sugerido tu contratación? Te necesitaba. Dana siempre me ha dado carta blanca en esta parte del trabajo. Te costará creerlo, pero ella no sabe mucho de ti. Solo algunos inútiles detalles de tu historia profesional. No sabe quién es tu padre. No sabe qué eres capaz de hacer.

Anna se quedó sin palabras. ¿Qué era capaz de hacer, y qué sabía aquel hombre?

—Espérame aquí un instante —dijo Thierry antes de alejarse—. Haré un par de comprobaciones.

Ella asintió, luego se levantó y fue a sentarse junto a Jenny. La muchacha intentó esbozar una sonrisa, mientras sus ojos se encontraban y se comunicaban confianza y lealtad.

—No merecéis todo lo que habéis sufrido —susurró Anna. Luego una lágrima le recorrió el rostro, hasta caer sobre la sábana.

—¿Adónde estamos yendo? —preguntó Jenny, con un hilo de voz.

—Fuera de aquí —respondió ella.

A sus espaldas Alex tosió con fuerza, luego se aclaró la voz y murmuró:

—No sé ni siquiera qué es fuera de aquí.

Thierry regresó pocos minutos después. Cerró la puerta a sus espaldas y se dirigió a Alex y Jenny.

—Ya estamos. Os lo ruego, muchachos, cualquier cosa que suceda... comportaos como si estuvierais sedados. Permaneced en vuestras camillas en silencio, fingid que dormís.

Anna respiró hondo, luego se levantó.

Thierry se volvió hacia ella y apoyó las manos sobre sus hombros:

—Es hora de marcharnos. ¿Estás lista?

—Sí —asintió, con las manos temblorosas—. Creo que sí.

Los dos se acercaron e intercambiaron una mirada de complicidad, luego él fue hacia la camilla de Alex, ella hacia la de Jenny. Desbloquearon los seguros que fijaban las ruedas de las camillas, luego las empujaron fuera de la habitación, por el pasillo. Frente a un miembro de seguridad, Anna vio a Thierry en acción y sintió una fortísima descarga de adrenalina. El hombre

uniformado se apartó y el doctor prosiguió hacia los ascensores.

—No cojamos estos —dijo—. No entrarían dos camillas. Cojamos el reservado al transporte de pacientes.

—¿Dónde está?

—Justo aquí detrás. —Thierry dobló dos veces a la derecha a lo largo de estrechos pasillos y se encontró frente a la puerta corredera de un montacargas. Pasó el dedo índice sobre la placa y, después de algunos instantes de espera, la cabina llegó a la planta y la puerta se abrió.

—¿Qué le has dicho a ese hombre?

—Que tenemos que hacer unos análisis en las plantas subterráneas. Mientras estemos aquí dentro, creo que los de seguridad no nos darán demasiados problemas. Como te he dicho, en ausencia de Dana acatan mis órdenes.

—Entiendo. Pero no tienes la autoridad para llevarlos fuera del complejo.

Thierry sonrió, mientras la puerta se cerraba automáticamente y el montacargas empezaba a descender.

—En absoluto. Es por eso que, si encontráramos obstáculos... tu presencia es indispensable.

Anna frunció el ceño, luego se quedó algunos instantes en silencio mientras acomodaba la sábana de Jenny y le acariciaba su suave cabello castaño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la mujer.

—Sé que no eres como yo. —Thierry le clavó la mirada, mientras sobre la placa parpadeaba el número siete—. Sé que puedes hacerlo.

»Hace dieciocho años estos muchachos fueron abatidos con proyectiles somníferos cargados de benzodiacepina y de una cierta cantidad de Neurex, para evitar que usaran sus habilidades en la manipulación del pensamiento ajeno y huyeran. ¿Sabes? He conocido a un hombre que ha sufrido el sometimiento mental de la muchacha que estamos arrastrando fuera de aquí. Se llama Jonas, trabajaba en la unidad de investigación de Ben, a bordo de Mnemónica. Debió de haber intentado detenerlos durante la fuga, o algo por el estilo. El hecho es que ahora es un paciente del manicomio de Roden. No tengo ni idea de qué le hizo Jenny, pero hace mucho tiempo visité a ese hombre, durante una práctica. No está nada bien...

Anna vio que Thierry se reía sarcásticamente y se detuvo a reflexionar. Sam-en. La subasta para la adquisición de la farmacia. Su poder de convicción. Los interesados que poco a poco retiraban las ofertas. Y en los meses siguientes, las mismas personas que empezaban a frecuentar su comercio, el aire atónito cada vez que ella se dirigía a ellos.

—Está bien, sé de qué hablas, aunque yo... ¿Pero cómo puedes estar seguro de mis capacidades?

—Porque ya lo has demostrado.

Anna frunció el ceño.

—¿Cuándo?

—Cuando Alex te ha llamado por tu nombre, y tú has intentado justificarte conmigo. Aquel era un test oculto. Era lo que necesitaba para iniciar la fuga.

—No entiendo...

—Anna. —Thierry la miró directamente a los ojos—. Tú me habías convencido del todo. Si yo hubiera tenido de verdad la intención de denunciarte, aquellas tres frases que pronunciaste habrían sido suficientes para hacerme desistir.

La mujer bajó la mirada y pensó en el momento de terror que había vivido.

—Pero entonces, ¿por qué no te has organizado hace tiempo, revelándote a los muchachos y aprovechando sus capacidades?

—Porque ellos están bajo el efecto del Neurex, constantemente. Y la administración de este fármaco sigue un procedimiento muy preciso, como habrás leído en el informe que te han entregado. Un mecanismo que prevé la implicación de nada menos que cuatro doctores. Es una

medida de seguridad tan sencilla como eficaz. Y yo no tengo cómplices aquí dentro.

—Entiendo.

—Por eso necesitaba una persona externa, libre de sospecha. Y créeme, no estaba seguro de que lo fueras hasta que has intentado convencerme.

El montacargas se detuvo, la puerta se abrió y Thierry salió primero, empujando la camilla de Alex. Anna lo siguió circunspecta a lo largo de un pasillo cuyo fin no se vislumbraba.

Un fuerte olor a huevos podridos penetró en la nariz de Anna, que tuvo que apretar una mano sobre la boca para no ceder al instinto de vomitar.

—¿Qué planta es esta? —susurró.

—Menos uno —respondió Thierry mientras echaba un vistazo a las camillas y se aseguraba de que Alex y Jenny tuvieran los ojos cerrados—. Debemos llegar hasta el fondo y pasar por el almacén.

Avanzaron durante unos cincuenta metros, superando varias puertas cerradas y ventanales cubiertos por pesadas cortinas. Anna se asombró al constatar la vastedad de la planta de Synaptica, que desde el exterior parecía imponente pero no tan extensa. Comparado con las plantas visibles desde el exterior, los niveles inferiores del complejo se extendían de manera desmesurada.

—Este olor lo causan los experimentos químicos que se realizan en las plantas inferiores. Suben por los conductos de ventilación y llegan hasta aquí. De la cero en adelante funciona de otra manera, y no hay intercambio de aire entre las dos secciones. De otro modo, cualquiera que entrase por el acceso principal de Synaptica se toparía con esta cloaca.

Anna asintió en silencio y continuó empujando la pesada camilla por el corredor hasta que un ruido metálico la estremeció.

—Calma. —Thierry miró al fondo del pasillo que ya habían recorrido a medias—. Viene de allá. Debe de ser un guardia. Continuemos.

Así lo hicieron durante otros diez metros, luego aflojaron el paso cuando un grupo de cuatro hombres uniformados asomó al final del túnel. La mirada del doctor se ensombreció al constatar que los uniformes de los guardias no eran los que usaban los agentes de seguridad de Synaptica.

—Hay algo extraño —dijo en voz baja—, no hagas nada. Continuemos sin vacilaciones.

Anna apretó con más fuerza las manos en la barra de hierro de la camilla de Jenny, y permaneció en silencio. Cuando el grupo estuvo más cerca, uno de los hombres se puso al frente de los otros y se llevó la mano al cinturón, a la altura de una pistolera. El pelo rubio, de no más de un par de centímetros de largo, el rostro despejado y la mandíbula pronunciada, llevaba una chaqueta de tonos verde oscuro cerrada hasta la base del cuello y unos pantalones negros que acababan dentro de unas botas de piel.

—Identificación —dijo en voz alta cuando estuvo frente a Thierry. Este adelantó la camilla de Alex y tendió la mano hacia el agente, que extrajo de un bolsillo un dispositivo negro con una ranura para la introducción del dedo índice y la lectura del perfil.

Thierry se adelantó a las palabras del desconocido y actuó de forma que su papel quedara claro.

—Nunca os he visto por aquí, nosotros nos servimos de las escuadras Fénix para la seguridad del complejo. Tened la bondad de identificaros, por favor.

El agente, que sostenía la ficha de Thierry, respondió con mirada fría y tono firme.

—Unidad Wusk, nos ha contratado la dirección de Synaptica para colaborar con la seguridad ordinaria durante los días de ausencia de la directora Dana.

—No he recibido ninguna comunicación —rebatía Thierry.

—No había motivo. —El hombre lo dejó helado con aquella expresión que se saltaba las jerarquías del centro de investigación. Luego apartó con un brazo a Thierry y se dirigió a

Anna—. Doctora. Identificación, por favor.

La mujer obedeció sin rebatir, interpretando su papel mientras el cuello de la bata se impregnaba de sudor frío.

—¿Adónde están llevando a estos pacientes? —preguntó el guardia. Los otros miembros de la seguridad estaban atentos, elocuentes en su silencio.

—Los estamos llev...

—¿Le he preguntado a usted? —le cortó el agente—. No me parece. Señora, tenga la amabilidad de decirme adónde están llevando las camillas.

Anna bajó la mirada, en la desesperada búsqueda de una excusa plausible; al tiempo que sentía un escalofrío, visualizó la celda oscura y maloliente, al fondo de una de aquellas plantas subterráneas, en la que los recluirían si los pillaban.

—Examen radiológico —improvisó Anna, y escrutó las pupilas del hombre, moteadas con tonos esmeralda—, como de costumbre. Está en el orden del día.

Thierry permaneció en silencio, entornando solo durante un momento los párpados. El agente se volvió hacia él como si quisiera una confirmación y esperó.

—La doctora os ha respondido —dijo de golpe—, ¿podemos marcharnos o queréis entorpecer nuestro trabajo durante mucho más tiempo? Creo que Dana no estará contenta de saber...

—Silencio —ordenó el guardia, mientras sus colegas extraían las armas de la funda—. Al final de este pasillo está el acceso al almacén, mientras que la puerta de la izquierda conduce a las escaleras del patio exterior D6, y no creo que quieran empujar dos camillas peldaños arriba. Las salas de radiología están en la novena planta.

Anna sintió que sus dientes rechinaban por el miedo, luego respiró hondo y se adelantó un paso.

—Agente —dijo, resuelta, encontrando su mirada despiadada—, lo invito a comprobar mejor su tablet interactiva.

El hombre frunció el ceño y clavó en Anna su mirada de hielo, pero al mismo tiempo extrajo el dispositivo de un bolsillo, como le pedían. Thierry se sorprendió levantando las cejas en señal de estupor, mientras a su lado los guardias aferraban sus pistolas, a la altura del muslo, con el cañón apuntado hacia abajo. Recostados en sus respectivas camillas, Alex y Jenny guardaron silencio, con los párpados cerrados. Fingieron dormir mientras escuchaban cada instante de aquella conversación sin tener idea de dónde se encontraban.

—Examen radiológico... —dijo el agente en voz alta, con la tablet entre las manos, luego alzó la mirada—. Correcto. Pero insisto en que este pasillo conduce al almacén, por tanto ahora vengan con...

—Se equivoca —lo interrumpió Anna, con tono sereno—, estamos en la novena planta. Al final del pasillo se gira a la derecha y se entra en la unidad de radiología. Se ve que aún no está acostumbrado a este complejo.

Thierry observó con el rabillo del ojo los rostros de los tres agentes. Parecían muchachos unos diez años más jóvenes que aquel que los estaba interrogando. Pero, adiestrados como estaban, ¿cómo podían creer semejante historia? Con toda probabilidad conocían el plano de aquel lugar mejor que él mismo. El doctor hundió las manos en los bolsillos de la bata, temiéndose lo peor.

—La novena planta... —dijo el guardia, luego se volvió, confuso, hacia sus colegas, con los ojos perdidos en el vacío—. Estamos en la novena planta, ¿verdad?

Los tres le dirigieron una mirada perpleja. Era el veterano de la unidad, pensó Thierry en aquel instante, y quizá ninguno de ellos se habría atrevido a contradecirlo. Una de las pésimas costumbres de Gea, que podía ser condenadamente útil.

En cambio, mientras dos de los colegas callaban, uno dio un paso adelante. El pelo negro corto, con una barba recortada que partía de las patillas y se reunía en una densa perilla, entre las

manos una semiautomática De-Linn, miró a su colega en jefe con aire desafiante.

—En absoluto. Primera planta inferior. Esta mujer miente.

Y apuntó el arma hacia Anna.

Fue en aquel momento que Thierry sacó de un bolsillo de la bata, sin esperar un segundo más, la mano cerrada en un puño y descargó con violencia el contenido de un envoltorio transparente hacia el joven y los dos colegas a sus espaldas. Salió un polvo amarillento, que embadurnó la cara de los tres. El veterano observó la escena inmóvil, desorientado, como bajo el efecto de alucinógenos.

Mientras los colegas más jóvenes se llevaban las manos a los ojos y sus gritos de dolor resonaban por el pasillo, Anna aprovechó el estado de confusión del agente y le sacó el arma de la funda. En aquel instante se disparó una de las pistolas de los tres, que se agitaban presa de convulsiones.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera! —gritó Thierry, y con una patada tiró al suelo al agente que se había adelantado con jactancia, contradiciendo a su superior. Luego derribó también a los otros dos y empujó la camilla de Alex al fondo del pasillo, seguido de Anna.

Cuando estuvieron al final del túnel, el doctor se volvió rápidamente primero a la derecha y luego a la izquierda.

—¿Por aquí? —preguntó Anna, mientras le pasaba la pistola—. Tenla tú.

—Ya no podemos pasar por el almacén —dijo Thierry, alterado—. Habrán oído el disparo.

—Pero la escalera no...

—¡Alex! ¡Jenny! —gritó el hombre—. De pie. Las camillas se quedan aquí.

Los muchachos abrieron desmesuradamente los ojos y solo tuvieron tiempo de mirar a su alrededor antes de que Thierry les señalase la puerta de la izquierda. Después bajaron de la camilla, ambos envueltos en batas blancas hasta las rodillas y abotonadas detrás de la espalda, y siguieron a Anna hasta la escalera. En aquel momento, el encargado del almacén asomó desde el fondo del pequeño pasillo de la derecha, y lo hizo a tiempo de fijar los ojos en Thierry, con mirada amenazante, antes de que el doctor apuntara con la pistola y abriera fuego. El proyectil se clavó en la pared junto al almacenero, que se dio a la fuga.

Thierry se metió el arma en un bolsillo interno de la bata y franqueó la puerta, luego alcanzó la escalera y subió hasta la planta superior, donde los demás lo estaban esperando. Habían desembocado en un pequeño patio lleno de bidones de un metro y medio de altura, de distintos colores. Se trataba de una zona al aire libre, destinada al almacenamiento de desechos de diferente tipo. Una pequeña cancela del lado opuesto daba a la calle, y constituía el único acceso para los Vaciadores, los camiones que cada día al amanecer pasaban para recoger el contenido de los bidones.

—Mantengámonos en silencio —dijo—, alguien podría asomarse a las ventanas. Seguidme.

Los cuatro recorrieron el perímetro del patio y llegaron a la cancela. Más allá de la cual circulaban los transeúntes, los coches y la vida corriente de la ciudad de Marina.

—Debemos saltar, la apertura de esta cancela depende del perfil, solo los Vaciadores...

—¡Quietos ahí! —gritó un hombre a sus espaldas, apenas aparecido por una puerta de metal que se asomaba al patio. Thierry reconoció a uno de los agentes de Fénix, que en otra circunstancia también habría podido recibir órdenes de él, en ausencia de Dana. Pero tenía una pistola apuntada hacia ellos, con su calva empapada de sudor. Caminaba con cautela. Los muchachos estaban en bata, y cualquier guardia empleado en Synaptica era muy consciente del máximo nivel de seguridad que saltaba de manera automática cuando había pacientes de por medio. El doctor cerró los ojos, consciente del hecho de que si hubiera intentado extraer la pistola del interior de la bata, el guardia habría disparado. Alex y Jenny permanecieron inmóviles, con la espalda apoyada en la cancela cerrada.

—¿Pero se ha vuelto loco? —gritó Anna sorprendiendo a todos—. ¿No oye la sirena?

El hombre avanzó algunos pasos, con las dos manos en la pistola ora apuntada a Thierry, ora a la doctora. La miró a los ojos, y este fue su paso en falso.

—Desconfío...

—¡Deprisa! ¡Venga, le va la vida, además de la nuestra! ¡Escuche la sirena antiincendio y el aviso, maldición!

El hombre alzó la mirada contrariado. Su rostro, un momento antes amenazante, se demudó. Alex y Jenny intercambiaron una mirada de sorpresa con Thierry. Estaban todos más que seguros de que en aquel momento el hombre frente a ellos estaba oyendo una sirena resonando entre las paredes de su cráneo, y un aviso grabado que conmiraba a evacuar el edificio lo antes posible.

—¡Y ábranos esta maldita cancela! —insistió Anna—. ¿Quiere que nos quememos todos, incluidos los pacientes?

El guardia obedeció, tecleando con torpeza y a toda prisa algunos códigos sobre una placa metálica situada sobre la derecha de la reja.

—¡Rápido, marchaos! —gritó el hombre, luego se volvió para mirar por última vez el interior del patio y la serie de amplias ventanas en lo alto, más allá de las cuales las llamas se estaban propagando con furia, pero solo en su cabeza. Cuando se volvió de nuevo hacia la calle, los cuatro habían desaparecido.

Pocos minutos más tarde, sobre el lado opuesto del edificio, Alex y Jenny alzaron finalmente los ojos al cielo. La tarde estaba cayendo sobre la ciudad de Marina como un velo sutil que envolvía la miseria, el engaño y la hipocresía con igual delicadeza. Bajo aquel manto, las mil incógnitas de una fuga insospechada.

Pero, por más absurdo que fuera, encontrarse en el exterior de Synaptica, respirar las emisiones de los tubos de escape de los automóviles y caminar por las calles de Marina les daba una emoción nueva, olvidada. Una sensación que reavivaba la esperanza.

La ilusión de poder ser otra vez libres.

Capítulo 20

—Es una locura —soltó Anna, jadeante, mientras se ocultaba en el portal de una casa, estrechando la mano de Jenny. Se encontraban en el lado este del complejo de Synaptica. A espaldas de Thierry, recorrida por un mesurado tráfico peatonal, había una plaza con una rotonda, de la cual salían tres arterias que penetraban en la zona más céntrica de Marina.

—Seguidme hasta aquel aparcamiento —dijo el doctor, señalando a lo lejos.

—¿Qué les has hecho a esos hombres?

—Una composición química urticante. Si les he dado de lleno, su vista estará ahora seriamente dañada.

Y comenzó a caminar, circunspecto, seguido por los otros.

Cuando estuvieron en el aparcamiento, protegidos por una fila de furgonetas blancas, Thierry se quitó la bata e hizo con ella una bola. Luego llevó una mano al bolsillo de los pantalones.

—Hay un hombre que nos observa... —dijo Anna en voz baja.

Alex y Jenny se volvieron hacia el lado opuesto de la calle donde un señor en la sesentena estaba de pie, con los brazos cruzados, el rostro torvo y la mirada fija en ellos.

—Llamáis la atención. —Thierry se volvió hacia los muchachos, y con un gesto señaló las batas médicas—. Debemos salir de aquí.

—¿Cómo? —preguntó Anna, tratando de contener la agitación.

Thierry sacó de los pantalones una cajita redonda gris y apretó un botón. Frente a ellos, las luces de posición de una furgoneta parpadearon durante unos instantes, y se oyó el ruido del salto de la cerradura.

—Todos dentro. —Abrió el compartimiento de carga, indicando a Alex y Jenny que entraran.

Anna se dirigió al lado opuesto y leyó, en uno de los costados, la inscripción **PANELES LAX VOSOTROS SOIS LA MENTE, NOSOTROS EL BRAZO**. Se subió, mientras Thierry miraba a su alrededor y comprobaba que no hubiera policías en las inmediaciones.

Después de arrancar, mientras Anna escrutaba más allá del parabrisas sucio de la furgoneta, el doctor trató de calmar los ánimos.

—Aparte de algunas cosas fuera de programa, hasta aquí he tramado un buen plan, ¿no?

Y partió, con una nerviosa expresión de satisfacción en el rostro.

Dejando de lado algunas tomas de aire, el compartimiento de carga estaba totalmente separado del mundo exterior.

Cuando los ojos de los muchachos se habituaron a la oscuridad, fue Jenny quien se acercó a Alex y se abandonó en su pecho.

—Estamos... —empezó a decir con la voz rota por la emoción—, estamos fuera.

Transcurrieron algunos segundos en silencio, perturbados solo por el ruido de las ruedas cuando encontraban algún bache en el asfalto.

—Anna, ella... —dijo Alex mientras acariciaba el cabello de Jenny.

—Yo la recuerdo. Me fío de ella, sé que está de nuestra parte. Pero no tengo idea del porqué. No sé decir cuándo la conocimos.

—Estaba también Marco —respondió Alex, y se mordió un labio para contener la emoción mientras el rostro de su amigo, sonriente, se recortaba en su mente—. También entonces huíamos. Recuerdo que tenía miedo.

—Qué nos han hecho, en estos años...

El interrogante quedó en suspenso. Alex respiró hondo, pero no respondió. Dobló la cabeza y dio un beso en la nuca de Jenny, permaneciendo durante un largo rato con los labios delicadamente apoyados en su pelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Anna mientras la furgoneta pasaba junto a una construcción imponente en el centro de una vasta plaza, tan grande como para oscurecer buena parte del cielo desde aquel punto de observación.

—¿Qué, la nave?

—Sí. —La mujer admiró la maciza reproducción, iluminada por filas de luces rojas y azules que creaban un halo fascinante en torno a la inscripción, estampada en mayúsculas sobre el lateral del casco: ORIENTE.

—¿Hablas en serio? Siempre ha estado allí, es un símbolo. Desde que Gea... ¿va todo bien, Anna?

La mujer reflexionó por un instante sobre la oportunidad de decirle a Thierry algo más sobre sus últimos dieciocho años de vida, pero prefirió callar. Se detuvo a pensar que los recuerdos de su vida alternativa eran aún bastante oscuros. Conocía la estructura de aquel mundo, las costumbres y la lengua, pero aún no tenía claros los cambios socio-políticos de los últimos tiempos.

—Quiero saber qué ha sucedido, Thierry —dijo Anna, resuelta—. Cómo hemos llegado a esto. El doctor giró lentamente y cogió una calle más estrecha, conduciendo con cautela para no incurrir en infracciones del código de circulación, atento a observar cada cruce para comprobar la eventual presencia de coches policiales.

—La fórmula —dijo, y se aclaró la voz—. Todo comenzó con la fórmula. Muchas cosas han cambiado desde que capturamos a los muchachos.

—¿Capturamos?

—Yo también estaba. —Con la mirada fija en la calle, la mente de Thierry regresaba a aquella noche—. En aquellos tiempos, era uno de los mejores hombres al servicio del gobierno de este continente. Respondía a las órdenes de un hombre sin escrúpulos llamado Ivan, que durante años me engatusó. Te hablaré mejor de ello cuando estemos en un lugar seguro. Imagina que eso es... cualquier cosa que veas, es más, cualquier cosa que hayas visto en torno a ti, desde que naciste... está bajo su control. Pero pregunta a un ciudadano cualquiera quién es este Ivan, y nadie sabrá responderte.

—¿Me estás diciendo que el gobierno de Gea, el Bienestar y todo esto... estaba dirigido por esta persona? ¿Y que tú eras su brazo derecho?

Thierry moderó la marcha en la proximidad de un cruce. Estaba dejando el centro de Marina a sus espaldas, mientras la ciudad ahora estaba iluminada solo por las luces artificiales que componían un mosaico de pequeños ojos de colores entre los cuales la furgoneta del doctor se movía con maestría y prudencia. El objetivo era alcanzar la periferia de Marina, antes de que alguna denuncia los convirtiera en objetivo de las fuerzas del orden de Gea.

—Ivan no tenía ningún brazo derecho. Era el único que llevaba las riendas. Pero había creado una escuadra de profesionales a su servicio.

—Por tanto, ¿tú tomaste parte en la captura de Alex y Jenny?

—La acción fue militar. No me expuse, pero estaba allí. Conduciendo un todoterreno que seguía a las camionetas. Lo vi todo. Los soldados que obligaron al *jeep* que se detuviera, los faros que apuntaban a los muchachos y al viejo... los disparos.

Anna cerró los ojos y le pareció revivir la escena, oculta tras la espesa vegetación que bordeaba la carretera recorrida por el *jeep* de Ian.

—¿Y el viejo?

Thierry se volvió hacia ella y enarcó una ceja.

—Sabes perfectamente de quién hablo —dijo, y dejó escapar una risa que por un instante hizo estremecer a Anna. Le pareció, durante un momento, que la persona con la que estaba huyendo era cualquier cosa menos un amigo. Pero quizás era solo una resistencia que su ánimo, desconfiado por naturaleza, oponía respecto del doctor.

—¿Cómo ha terminado? —preguntó Anna.

—Aquel hombre es la razón por la que Ivan se ha adueñado de la fórmula. La razón por la que los tres han sido perdonados. El motivo por el que Oriente hoy es una colonia de Gea.

—Thierry, dime qué le ha sucedido a aquel hombre.

—Aún no ha muerto, si es lo que quieres saber. En este momento está encerrado en la penitenciaría de Marina, en aislamiento. Desde hace dieciocho años.

De aquel tren de informaciones impactantes, Anna captó solo la última y esperada sentencia. Sobre el resto indagaría más tarde. Lo que contaba, lo único que esperaba, era saber que Ian aún estaba vivo. El mentón de la mujer tembló, los ojos se le humedecieron. Ella, una profesional astuta, reservada, habituada al deber y al protocolo para evitar incurrir en sanciones, pero al mismo tiempo dispuesta a descender al campo de batalla para jugar su partida contra el régimen. Ella, la misma mujer que había atravesado los pliegues del Multiverso para regalar una nueva vida a los tres muchachos en una dimensión alternativa pacífica, ahora lloraba. Lloraba porque las vías habían vuelto a alinearse, porque las calles habían decidido converger. Lloraba, y temblaba, porque ahora ya no tenía dudas de que su retorno era necesario.

—Sé muchas cosas de ti, Anna —dijo Thierry—. Conozco tu relación con el viejo Ian.

El doctor superó una fila de coches detenidos en el cruce con la Calle del Puerto de Marina, la larga avenida que conducía al océano y a la zona portuaria. La cruzó y desembocó en la calle que bordeaba la extensión de agua, cuyos colores ya se fundían con las tonalidades azul oscuras del cielo. Por un instante le arrebató la visión de un inmueble que tenía el letrero HORUS – OFICINA DEL COMERCIO.

—Cada vez que veo ese edificio entiendo el significado de mi propia vida, del recorrido que me ha traído aquí.

Anna observó el inmueble más allá del vidrio de la ventanilla y frunció el ceño.

—¿Cuál, aquel? ¿Qué ha sucedido allí dentro?

—No. No allí. En Horus. Sé que conoces la historia de la estación submarina de Mnemónica. Quizá no sepas que atracó en el puerto de Horus, hace dieciocho años. Antes de la fuga del hijo de Ian junto a Jenny.

—¿Ben? —preguntó Anna.

—Sí, Ben. El investigador. Pues bien, por orden de Ivan se estableció una falsa cita para la entrega de documentos reservados. No sé por qué motivo, Ben escapó del atentado. Probablemente tardó algunos minutos. El local del encuentro saltó por los aires, pero él no estaba en el interior.

—No conocía este episodio —dijo Anna—. ¿Pero tú qué tienes que ver?

—Yo preparé el artilugio. —Thierry sacudió la cabeza, mientras conducía la furgoneta más allá del edificio y dejaba la zona portuaria a sus espaldas.

Anna permaneció en silencio y recordó los relatos de Ian a propósito de la fuga de su hijo de Mnemónica.

—Ian es el responsable de todo esto —continuó el doctor, molesto—. Si se hubiera llevado la fórmula a la tumba, no habría sucedido nada.

—¿Qué quieres decir con nada? —La mirada de Anna se deslizó por la serie de edificios que caracterizaban aquella zona de la ciudad, un barrio de paso entre el centro y la periferia. Enormes bloques de cemento, anónimas fachadas, colores aprisionados en escalas de grises. Los mismos colores apagados que veía en los rostros de las personas.

—Ivan era el amo de este continente, desde mucho tiempo antes de la captura de los tres. Ahora, gracias a aquella maldita fórmula, controla todo el planeta. Pero el verdadero problema tampoco es este.

—¿Qué quieres decir?

—El verdadero problema es la amenaza que se cierne sobre todo el Multiverso.

Anna frunció el ceño, al oír mencionar ese tema que creía que Thierry ignoraba. Luego lo interrogó con la mirada, mientras más allá del parabrisas de la furgoneta empezaban a tomar

forma los contornos de la periferia decadente de Marina, compuesta por casas humildes de una o dos plantas, cobertizos industriales de tejados ruinosos, calles de asfalto irregular y pequeños edificios con las fachadas agrietadas y los ventanales rotos.

—Tú sabes...

—Ciertamente. —Thierry no esperó a que Anna terminara la pregunta—. No puedo estudiarlo, no puedo verlo. Pero lo sé todo, sé que nuestra vida aquí es una de muchas. Y no soy el único que lo sabe, por desgracia. El poder de Ivan está limitado a este planeta, a esta única existencia. La verdadera amenaza global es su hija.

Anna se quedó impresionada por la revelación del doctor. Con el rostro tenso, se pasó una mano por el pelo y sacudió levemente la cabeza.

—¿Quién es la hija de este hombre? ¿Por qué debemos temerla?

—Ella... —respondió Thierry, mientras moderaba la marcha en la proximidad de un cruce— es como tú.

Una expresión de malestar afloró en el rostro de Anna. El doctor se volvió, los ojos negros, profundos y determinados, y añadió.

—La hija de Ivan puede viajar.

Anna no necesitó más explicaciones. Una sonrisa convencida y un tono de voz persuasivo tomaron forma en el teatro de su mente. El rostro de facciones dulces, la tez aceitunada y la mirada enérgica como su apretón de manos, decidido como su entonación, capaz de cautivar y convencer al más escéptico de los interlocutores. Ella misma se había quedado fascinada, y sabía que aquel no era solo un rasgo del carácter, sino el fruto de un patrimonio genético alterado.

«Los laboratorios están llenos de hallazgos óseos de la civilización del Dos mil, pero aquí estamos hablando de dos muchachos aún vivos. Hemos extraído de su memoria conocimientos de importancia crucial, pero aún hay mucho por hacer. Es una investigación de extrema importancia».

—Dana —dijo Anna. Y cerró los ojos.

Capítulo 21

Un tablero luminoso fijado en uno de los pocos edificios con más de cinco plantas de la periferia de Marina indicaba las 20 h. Thierry conducía la furgoneta mientras que Alex y Jenny, sentados en el compartimiento de carga, se fundían en un abrazo.

Algunos vagabundos deambulaban por las aceras del extrarradio, con los brazos cansados apoyados en un carrito repleto de mantas y vestidos, las barbas descuidadas, el rostro quemado por el sol y los gases del día, que ahora habían dado lugar a las luces artificiales de la noche. Mal iluminada, en ruinas y tristemente célebre, quizá la zona hacia la cual Thierry estaba dirigiendo la furgoneta era la más peligrosa de todo el continente. El área en que se encontraban era exactamente la opuesta a la zona periférica en que se hallaba el pequeño apartamento de Anna. El laboratorio estaba situado en los confines orientales de la ciudad, mientras que el barrio en que Thierry se estaba adentrando se elevaba en el extremo oeste. Al sur la ciudad se asomaba al océano, el frío y profundo lecho que había custodiado la memoria de una civilización extinguida, y aún ofrecía hallazgos y secretos de un mundo todavía vivo.

—¿Adónde estamos yendo? —preguntó Anna.

—A un sitio seguro. Vamos a buscar una persona de confianza.

—Seguro... ¿en un barrio como este? ¿Lleno de delincuentes? ¿Y si nos ve alguien?

—Estate tranquila. —Thierry escrutó a lo lejos, más allá de la fila de farolas, la mitad de las cuales estaban hechas pedazos—. Hemos llegado. Puedo garantizarte que aquí no vendrá nadie a buscarnos. Al menos durante algunas horas.

Un centenar de metros después el doctor primero moderó la velocidad y se arrimó a la acera, luego prosiguió lentamente hasta girar en un callejón que, a los ojos de Anna, a duras penas habría bastado para el tránsito de un automóvil de pequeñas dimensiones. La calleja, sin iluminación, se adentraba en el cemento de las construcciones en ruinas. Thierry desembocó en un patio, en el interior de cuatro palacetes bajos. Débiles luces se entreveían más allá de algunas cortinas, mientras un silencio casi irreal era roto de vez en cuando por el maullido de un gato.

—Bajemos, no hagas ruido —dijo. Anna no respondió, ajustó la puerta de la furgoneta sin golpearla y lo siguió.

El hombre avanzó en la oscuridad mientras Anna miraba en torno con cautela. Parecía que no había nadie por aquellos andurriales, pero ella conocía la periferia de Marina, y sabía que de un momento a otro, en sitios como aquel, una silueta negra podía aparecer de la nada y amenazarlos con un arma. No era necesario estar al corriente de la situación política para comprender que el admirable programa denominado Bienestar había dejado las afueras a su suerte, preocupándose por mantener bajo control a la población, pero sin intervenir demasiado para contener la criminalidad de las barriadas.

—Vía libre —dijo Thierry en voz baja—, saquemos a los muchachos.

Anna abrió la puerta trasera, con un gesto invitó a Alex y Jenny a permanecer en silencio, por último cerró despacio el compartimiento.

—En estos años —susurró Thierry mientras se adelantaba bordeando la fachada interna de uno de los palacetes— se han multiplicado las bandas, los clanes, los grupos de camellos y contrabandistas, pero es una realidad limitada a las periferias. En la ciudad no tienen ningún poder ni radio de acción. Los dejan aquí, matándose entre ellos.

—Estamos en buenas manos, entonces... —susurró Anna.

El doctor se detuvo ante una puerta, luego sacó del bolsillo de los pantalones una llave y la introdujo en la cerradura. Ningún cierre automático, ninguna placa para la identificación del perfil digital. La puerta se abrió a un pequeño pasillo iluminado por una única bombilla que colgaba del techo. Cuando estuvieron dentro, Thierry se volvió.

—Están de nuestra parte.

Precedida por Alex y Jenny, que se tenían de la mano, Anna siguió al doctor por el pasillo, hasta un tramo de escaleras estrecho entre dos muros arruinados por grietas y moho. Se preguntó con quién demonios tenía que vérselas. Un químico al servicio de Ivan, el despiadado dictador de un gobierno en la sombra que dictaba la ley desde hacía décadas. Por tanto, un doctor y técnico a sueldo de Dana, el que había desarrollado el *software* de extracción de los recuerdos que había visto en acción entre los muros de Synaptica. Pero también un paria, un insubordinado, en fuga a costa de la propia integridad... ¿quién era de verdad Thierry?

Cuando el doctor estuvo a los pies de la escalerita, miró a su alrededor, luego dio los primeros pasos por una habitación, seguido en silencio por los otros.

Sobre un diván desgarrado, inmersos en una nube de humo frente a un televisor Darren, estaban sentados dos hombres. El primero, de la edad de Thierry, tenía la tez aceitunada, la nariz aguileña y el pelo negro como la pez, recogido en una cola de caballo. Dejó el cigarro, se levantó y fue al encuentro de Anna. Detrás de él, un tipo más joven, de unos veinticinco años, el pelo rizado desordenado, la camisa desabotonada sobre el pecho lampiño, los brazos esculpados cuyas venas parecían largos elásticos azules estirados bajo la piel.

—No tienes nada que temer —dijo Thierry mientras invitaba a pasar a la doctora a la estrecha habitación. Cuando el primero de los dos hombres se acercó, una sonrisa melancólica se dibujó en su rostro. En los ojos brillaba una emoción real, palpable. Le pareció que el corazón de aquel tipo latía con fuerza, al verla.

—Nos une un largo puente hecho de personas cuyos destinos están desde siempre entrelazados —empezó el hombre con un timbre profundo y la voz rasposa y ronca.

—¿Nos... nos conocemos? —balbuceó Anna.

—Me llamo Mark. Mi hermana es la mujer del pobre Ben. Sé que os conocíais desde la infancia. Y sé que eras muy amiga de su padre, Ian.

A Anna se le hizo un nudo en la garganta. No alcanzó a responder. Cerró los ojos por un instante, se volvió a ver de niña. Frente a ella, el mejor amigo de su padre, en los años en que aún era un hombre libre.

—Era como un maestro de vida para mí —dijo Anna, con los ojos brillantes. Dio un paso hacia delante, como si quisiera abandonarse entre los brazos de aquel hombre y desahogar su emoción. Pero se detuvo.

El joven pasó por delante de Mark y se acercó para presentarse, y cuando estuvo más cerca, Anna vio un tatuaje en forma de T sobre su pectoral izquierdo.

—Aquí estás a salvo, Anna —dijo el muchacho con ojos sinceros, del mismo color del rizado pelo castaño. Su rostro parecía sereno pero determinado, en apariencia más maduro que su aspecto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Quinto. Mi vida está dedicada a la Vía. Os apoyaré hasta el último aliento.

—Y estos son los muchachos de que os he hablado —los interrumpió Thierry—. Mark, Quinto, os ruego que los llevéis a la salita de terapia. Hay ropas de recambio en el armario, de su talla.

—¿Terapia? —preguntó Anna.

—Es indispensable. Debemos poner remedio.

—¿A qué?

—A diecisiete años de Neurex.

Mark y Quinto obedecieron y acompañaron a Alex y Jenny a una pequeña sala separada del resto de la casa por una cortina lisa y manchada, mientras el doctor se encaminaba a la cocina seguido de Anna.

—Ya son adultos, pero continuamos llamándolos muchachos —comentó la mujer, con una pizca de melancólica ironía.

—Nunca han podido crecer en este mundo. Convertirse en verdaderos adultos. Han envejecido,

eso sí, entre los muros de Synaptica. Pero aún tienen los ojos de dos adolescentes.

Anna sacudió la cabeza, confusa, mientras el doctor se sentaba a una mesa invadida por migas, restos de comida y botellitas de agua Frey.

—Nos encontrarán, maldición, vendrán a co...

—Aquí no vendrá nadie. Pero no podemos quedarnos mucho tiempo. Debemos actuar. Y deprisa.

Anna se sentó frente al doctor.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

Thierry la miró directo a los ojos, luego se volvió y aferró un cazo de una repisa. Hizo correr el agua, lo llenó y lo puso sobre el fuego.

—Este mundo está podrido, Anna... corrompido por lógicas que nadie conoce, hundido por la misma ignorancia de la gente, por la costumbre malsana de fiarse de los mensajes mediáticos, de la propaganda. Tú eres distinta. Y también lo son los muchachos. Sois la anomalía de este sistema.

—Y también lo es Dana, según parece. ¿Qué sabes exactamente de sus facultades?

Anna alzó los ojos y vio, más allá de la silueta del hombre, una placa eléctrica, con los clásicos paneles a inducción que también ella tenía en el laboratorio donde quizá ya no volvería a poner el pie.

—Quiero explicarme con claridad. ¿Te apetece un té?

—Sí, gracias.

—Defino como *potenciados* —continuó Thierry, mientras abría las puertas de un mueble en busca de la infusión— a todos aquellos seres humanos sanos, nacidos de madres sometidas a mutagénesis insercional. La famosa enzima, endonucleasas de segundo tipo, que fue experimentada por primera vez en la sociedad del Dos mil.

—La que acabó en escombros.

—Exacto. Aquella de la que provenía tu padre, Nathan.

—Por tanto, yo, para ti, soy una potenciada. Nathan le puso la inyección a mi madre, antes de que quedara embarazada. ¿Pero Dana? Has dicho que es como yo. ¿Cómo es posible? Ya había nacido cuando Ivan le robó la fórmula a Ian.

—En efecto. Teóricamente Dana habría sido una persona como todas las demás.

—¿Y qué sucedió?

—He descubierto algo increíble. Algo que Ivan mismo ignoraba.

—Te escucho.

Anna apoyó los codos sobre la mesa de madera después de haber apartado un montoncito de migas con la mano.

—Esta capacidad cerebral potenciada se transmite por vía genética a los hijos. Pero no a todos.

—¿Es hereditaria?

—Precisamente —respondió Thierry mientras presionaba un botón de la placa eléctrica para calentar el cazo—. Y aquí está lo bueno. La ubicación de esta potenciación, y créeme, he necesitado años de estudio para entenderlo, es un rasgo cromosómico que solo las mujeres tienen. Me gusta definirlo como esa patita de más que el cromosoma X presenta, respecto del masculino, la Y.

—Por tanto, según tu estudio, ¿un potenciado puede transmitir sus facultades, sin necesidad de inyecciones, solo a sus hijas?

—Exacto. —Thierry asintió y esbozó una sonrisa de satisfacción—. Piensa en Ben, el investigador, que provenía de la civilización extinguida hace quinientos años, como Ivan y Nathan. ¿Ben tenía conciencia del Multiverso? ¿De las propias versiones alternativas?

—No, que yo sepa.

—Dana, en cambio, sí. Sin embargo, su madre no fue sometida a ninguna inyección, dado que

la hija ya era adulta cuando Ivan descubrió la fórmula. Pero había heredado todas las facultades.

Anna se detuvo a reflexionar sobre aquellas palabras, y en un instante rebobinó su vida, presentándolo todo bajo otra luz.

—Entonces... ¿mi padre podría haber evitado que administraran esa enzima a mi madre?

—Exacto. Tú eres una mujer, y por ello... eres un ser superior. Genéticamente superior. De cualquier manera, habrías sido distinta de todos los demás, no se necesitaba ninguna enzima. He llegado a la conclusión de que aquella patita de más está en condiciones de activar un gen que evidentemente es transmitido también a los hijos varones, pero en ellos no tiene modo de expresarse. Se mantiene latente.

Un rumor de pasos despertó a Anna de sus pensamientos, pero no se sobresaltó. Se trataba de Mark y Quinto, que acababan de entrar en la cocina.

—¿Todo en orden allí? —preguntó Thierry.

—Se están cambiando —respondió Quinto—. Los dejaremos solos algunos minutos. Luego procederemos con la terapia.

—Les hemos dado algo de comer —añadió Mark, con una goma elástica entre los dientes, mientras se alisaba el pelo y lo recogía nuevamente—. Pan, un poco de queso...

—¿Cómo has logrado descubrir estas cosas? —preguntó Anna, con los ojos clavados en Thierry, mientras el agua del cazo empezaba a hervir y el doctor sacaba algunas tazas de un aparador.

—Porque he trabajado toda una vida en esta enzima. He sido el primero en conocer la fórmula, después de aquel trueque. Ivan se fiaba de mí. Me había instruido como es debido. He estado al frente de toda una unidad médica, creada por él para dar vida a su... ejército.

—¿Ejército? ¿De qué hablas?

—Eran niños. Ahora son adolescentes. Sus madres fueron raptadas hace dieciocho años, después del tristemente célebre trueque; luego las encerraron en un hospital, las inseminaron y, por último, las sometieron a mutagénesis insercional. Por mí. Los recién nacidos fueron retirados después del parto y conducidos a otro complejo...

—¿Qué quieres decir?

—Los hemos llevado a un centro de condicionamiento mental. Es allí donde comenzó todo.

Anna reconstruyó en la mente el proyecto de Ivan y se estremeció ante el pensamiento de lo que había ocurrido.

—Todo esto es... inhumano.

—Sus madres fueron asesinadas al día siguiente del nacimiento de sus hijos. Lo recuerdo con horror. Cada día. Nunca pagaré bastante lo que he hecho.

Mark cogió un azucarero y lo dejó sobre la mesa mientras Quinto ayudaba a Thierry a llenar las tazas de té.

Anna sorbió despacio la bebida, luego miró al doctor con ojos acusadores.

—¿Por qué lo haces?

—¿Qué? —respondió el hombre, ahora sentado a la mesa, con la taza entre las manos.

—Todo esto. ¿Por qué?

—Mira —se levantó—, Ivan es una persona capaz de convencer a un hombre de color de que su piel es blanca. Construyó un gobierno que nadie conoce porque las personas que lo componen no tienen conciencia de sí mismas. Están mentalmente subyugadas, desde siempre. Y el ejército de potenciados, los niños de los que te he hablado, ha sufrido una educación basada en el condicionamiento, un verdadero adiestramiento mental, que ha hecho de este grupo de inocentes chiquillos el más eficaz de los servicios secretos. Eso ha hecho Ivan, y también gracias a mí, hace mucho tiempo.

—Te ha condicionado para usarte...

—Yo era un brillante programador, tenía pasión por la química. Me quería consigo. Me quería

al frente de sus núcleos operativos. Me ha condicionado durante años. Me he convertido en uno de ellos. Uno de los que estaban al mando.

—Pero ahora conspiras contra el poder. No entiendo cómo has podido desvincularte de esta manipulación.

Thierry apoyó la taza y soltó un suspiro, luego intercambió una rápida mirada con Mark y Quinto, que respondieron con un elocuente silencio.

—Descubrí demasiado tarde algo que lo cambió todo. Algo que no conocía hasta entonces. Algo que iba más allá de lo que un ser humano puede soportar. Durante un tiempo, ya nada tuvo sentido. Después de lo cual decidí reaccionar, y mi vida cambió. Empecé a ver la realidad como era de verdad; el castillo de sumisiones en el que viví tantos años poco a poco se fue resquebrajando. Y ha tomado forma mi verdadero objetivo.

—¿Qué has descubierto, Thierry?

Una lágrima serpenteó entre las arrugas del rostro del doctor antes de caer sobre la mesa, en un silencio formado por atroces recuerdos. Sus ojos ahora eran los de un niño.

—El trueque, el pacto que establecieron Ivan e Ian en la penitenciaría de Marina, salvó a los tres de ser asesinados y, por tanto, fueron borrados de la lista. La lista en que estaban marcados los nombres de todos los hijos de la experimentación ocurrida quinientos años antes. Los otros fueron eliminados con los años, uno a uno, por voluntad de Ivan. A algunos los mató personalmente. Temía que fueran un obstáculo para su ascenso al poder. Los otros fueron asesinados y hechos desaparecer, o fueron víctimas de atentados y saltaron por los aires. Uno de estos era mi padre.

Anna permaneció impasible ante la revelación del doctor. En su pecho, los latidos se intensificaron hasta dejarla sin aliento y obligarla a toser.

—Fui yo quien preparó aquel artilugio —concluyó Thierry—, sin conocer el nombre del destinatario. Por eso hago todo esto.

Capítulo 22

La Plazoleta del Comercio estaba desierta.

Se había hecho tarde, y por las polvorientas calles de Sam-en.Kar no vagaban más que pocas almas. Marco contó todo lo que sabía, por primera vez estaba seguro de que sus amigos lo entenderían. Que lo escucharían de verdad.

—Nuestros padres no saben que estamos aquí —dijo Alex, de pronto—. Tenían que hacer el inventario de la tienda. Tal vez deberíamos volver.

—Antes de que nos vengán a buscar —añadió Jenny.

—De acuerdo. Tenéis mucho sobre lo que reflexionar, sé que no es fácil. Yo he necesitado mucho tiempo para analizar todas estas informaciones, toda mi vida aquí, en Sam-en, ha sido un recorrido para saber quién era de verdad. Para vosotros es distinto. Y soy consciente de que todo esto puede ser perturbador.

—El mundo, tal como lo conocemos, es una mentira. —Alex se puso en pie con un pequeño impulso del murete en el que estaba sentado desde hacía al menos un par de horas, y lo mismo hizo Jenny.

—Quizá no sea una mentira —añadió ella—, quizá sea otro modo de contar la misma historia.

—Así es. —Marco regaló una sonrisa cansada a sus dos amigos—. Como las cartas con que cada tanto juega el viejo Meurón. Las dispone de diferentes maneras, y cada vez da una interpretación distinta.

—Te llevamos a casa. —Alex respondió a la sonrisa de su amigo.

—Gracias —dijo Marco, sonriente—. Pero ya sabes que tengo una cita. Y, además, qué demonios, ¡puedo empujar esta silla, solo!

Alex y Jenny se despidieron. Los vio alejarse por la oscura calle que salía de la Plazoleta del Comercio y permaneció allí, por un instante, emocionado y excitado al mismo tiempo. Lo sentía en las vísceras de su cuerpo, lo advertía en un plano más elevado del pensamiento: estaba llegando el momento. Pronto las cosas cambiarían. Pronto la rueda comenzaría a girar vertiginosamente. Percibió los años transcurridos en Kar como un largo camino hacia el conocimiento, un sendero en busca de su verdadera naturaleza, un estudio realizado en una biblioteca silenciosa, bien protegida de las tropelías del mundo exterior.

—¿Y a esta hora, muchacho de los mil pensamientos, pierdes el tiempo por el pueblo?

Marco se volvió de golpe, llamado por aquella voz ronca y fascinante, por aquel timbre amigo que rompió el silencio.

—¡Meurón!

El muchacho empujó las ruedas de la silla y fue al encuentro de su anciano confidente, que se inclinó para estrecharlo en un fuerte abrazo.

—Siento que estás a punto de marcharte... una vez más.

Marco asintió y retrocedió a lo largo del murete circular que bordeaba la circunferencia de la plaza, interrumpido solamente en las proximidades de las calles que partían de allí.

—Habría venido a verte, quería hablarte —dijo, con el rostro radiante.

—Y yo me he adelantado —respondió Meurón. La débil luz de una farola colgada de un arco de piedra a pocos metros se reflejó en la calva del viejo, mientras sonreía de forma benévola, luego su frente se encrespaba, y se le formaban surcos entrelazados y profundos—. ¿Hay algo que no marcha?

—No, en absoluto... estoy bien. Quiero decir, aún me cuesta caminar, pero... ¿por qué me lo preguntas?

—Quiero decir: ¿hay algo que no marcha, allí fuera?

Meurón hizo un rápido movimiento con la cabeza, como si quisiera llevar a otra parte la atención de Marco. Un gesto imperceptible, que parecía desarraigar el mundo circundante y huir más allá.

—Allí fuera... —susurró Marco, con la mirada perdida en el vacío.

—Sabes perfectamente de qué hablo.

—¿Cómo hiciste para encontrar a Jastel? Él, él... —Marco vaciló, luego se bloqueó y no consiguió terminar la frase.

—Me ocurre desde siempre. Encuentro personas especiales. Siento vibraciones que escapan a la gente. Es mi especialidad. —En el rostro de Meurón apareció una mueca astuta, la mirada se hizo maliciosa y penetrante.

—Ves más allá...

—Durante toda la vida, querido amigo. Me gusta pensar que atraigo, si se me permite decirlo así, jirones de infinito. La vida es un ciclo continuo, un imparable devenir. A un fin sigue siempre un inicio; a un morir, un renacer.

—A veces pienso que te conozco desde hace una eternidad... —susurró Marco, con los ojos clavados en la farola.

—¿Y si fuera así?

El muchacho frunció el ceño y guiñó los ojos en el intento de comprender la naturaleza de las palabras del viejo Meurón, que reía, feliz.

—En tu sonrisa, hace muchos años, leí una historia cuyo primer capítulo no sé distinguir. Tampoco lo consigo con mi propia vida. Hay algo, en mí, que quizás estaba al principio de los tiempos y estará al final. Es una luz que resplandece dentro de mí. Quizá sea una luz que resplandece dentro de cada uno de nosotros, pero no todos están en condiciones de verla.

—¿Qué quieres decir, Meurón?

—Quizá... yo no exista.

Marco abrió desmesuradamente los ojos. De pronto aquella frase era una inscripción en una pantalla luminosa. Eran las palabras de Thomas Becker, el autor de un ensayo sobre el Multiverso con el que él, Alex y Jenny habían tropezado antes del fin del mundo. De golpe la imagen fue sustituida por la de un cartomántico, extravagante en su aspecto y extraño en su manera de hablar. Todo estuvo claro, por un instante. Eran *mensajes*, personificaciones de algo indefinible como la energía misma que fluía en el cosmos. Eran visiones, encuentros en un plano diferente de la conciencia que tomaban formas conocidas solo porque el cerebro necesitaba crearlas.

—Has sido siempre tú... —dijo Marco, maravillado—. Becker, el Vidente malayo, y ahora...

—No sé de qué hablas, muchacho.

—¡Eras tú!

En un instante, el mundo exterior se desvaneció. La línea del tiempo se redujo a un minúsculo puntito, como si cada acontecimiento desde el principio de su historia estuviera sincronizado con los siguientes. Solo estaban Marco y el viejo Meurón, el uno frente al otro, y en torno a ellos, la nada.

—Tú no existes... —dijo el muchacho.

«Hay algo, en mí, que quizás estaba al principio de los tiempos y estará al final. Es una luz que resplandece dentro de mí. Quizá sea una luz que resplandece dentro de cada uno de nosotros, pero no todos están en condiciones de verla».

—El carro ha llegado a su destino, Marco. ¿Lo sabes, verdad?

El muchacho abrió otra vez los ojos y se despertó del sueño lúcido. Se volvió hacia Meurón y lo miró con ojos melancólicos.

—¿Qué quieres decir...

—Que ha llegado la hora de mi partida, lo siento.

—No digas eso. No puedo perderte. Eres el único que me ha escuchado. Te quiero, Meurón...

—Yo también te quiero, jovencito.

Marco ya no pudo contener la emoción, y se frotó los ojos mientras escondía el rostro

conmovido a la vista del viejo. Cuando cruzaron de nuevo sus miradas, también el anciano confidente a duras penas contenía las lágrimas.

—No puedo pensar en vivir en este pueblo y no venir a verte, Meurón...

—Te espera algo grande. Lo sé. Tu inteligencia, tu espíritu, la energía rompedora que libera tu ánimo... pronto serán determinantes.

—Aquella mujer... —susurró Marco de repente, percatándose de cuanto estaba diciendo solo después de haberlo hecho—, la amé mucho. Y nuestro niño era mi orgullo. Era todo para mí. Tú me lo has devuelto...

Meurón permaneció algunos segundos observándolo con una expresión de perplejidad, mientras Marco sacudía la cabeza, confuso. En aquel momento, mundos lejanos, vidas paralelas, pensamientos y recuerdos se confundían como colores mezclados en una única paleta. No sabía qué acababa de decir a Meurón, pero sabía que el viejo lo había entendido. Como había hecho siempre.

—Vete a descansar, muchacho —dijo el hombre, luego se levantó con esfuerzo sobre las rodillas doloridas y le aferró un brazo—. Mañana es un día importante, estarán todos dichosos de poder felicitarte. Feliz cumpleaños, amigo mío.

Luego se volvió y se alejó.

Marco permaneció inmóvil observando la figura del viejo que desaparecía en la distancia, engullido poco a poco por la oscuridad. Lo vio caminar por última vez, a lo largo del tramo final de su sendero. Durante un momento lo imaginó sentado a la mesa de la posada Doro. Recordó sus largos paseos en solitario. Lo vio otra vez mientras le sugería cómo autoinducirse un coma, apartado de oídos y ojos indiscretos. Y recordó a sus padres, que le habían preguntado varias veces quién era ese anciano amigo del que hablaba a menudo, pero que nunca habían visto. Al saludarlo por última vez, aquella tarde, Marco se preguntó si Meurón había existido alguna vez. Si Thomas Becker había existido. Si el vidente malayo había existido. O si todos eran la expresión corpórea de una energía indefinida que solo algunas personas eran capaces de captar.

—Gracias, amigo mío. Gracias por estar siempre ahí —dijo Marco, liberando el saludo en un viento agradable que alzaba pequeños remolinos de polvo por las calles del pueblo. Luego comenzó a empujar la silla hacia casa. Las palabras de Meurón continuaban resonando en su cabeza. ¿Acaso él era también solo un mensaje, filtrado a través de los insondables canales del espacio y del tiempo para llegar a aquellos que podían ver aquella particular luz? Algo era cierto: tal como ya había ocurrido en el pasado, estos mensajes estaban siempre cargados de un extraordinario valor profético, y las mismas palabras de Meurón lo acompañaron hasta casa. «Te espera algo grande. Lo sé. Tu inteligencia, tu espíritu, la energía rompedora que libera tu ánimo... pronto serán determinantes».

Mientras cruzaba el pueblo, Marco se preguntó si, en verdad, quien había partido aquella tarde no era el viejo Meurón. Sino él mismo.

Cuando entró en casa, solo el canto de los grillos perturbaba el silencio. Tesse aún estaba en la cocina, pelando una gran cantidad de patatas. Se alzó y fue a su encuentro, luego lo levantó de la silla y lo ayudó a subir al cuarto.

—Buenas noches, mamá —dijo él cuando estuvo sentado en la cama, con los párpados hinchados por un llanto apenas contenido. Tesse sonrió, y en señal de gran respeto no hizo preguntas y fue a cerrar la ventana.

A la mañana siguiente, al amanecer, una brisa fresca fastidió el despertar de Marco. El muchacho se levantó, sosteniéndose a duras penas con la ayuda del bastón, y se percató de que la ventana estaba abierta. Perplejo, la cerró. Se volvió hacia la mesa de madera maciza para apoyarse, y advirtió una hojita amarilla al lado de un cuaderno de apuntes. Se sentó y la cogió. Aquella que tenía enfrente no era la caligrafía irregular y desordenada de su madre. Tampoco

era el trazo pesado de su padre, que, por otra parte, no tenía demasiada familiaridad con la escritura. Eran líneas y curvas armoniosas propias de una grafía femenina, elegante. El contenido de la nota dejó a Marco sin palabras.

He estado del otro lado, donde os creía muertos.

Lo he sabido todo.

Os habéis vendido para sobrevivir.

No tenéis idea de las consecuencias de vuestro gesto.

Anna

Capítulo 23

De pie frente a un diván de piel con los brazos desgarrados y la gomaespuma desbordada, en la pequeña habitación de un apartamento de la periferia de Marina, Jenny acababa de abotonarse unos vaqueros cuando sintió que le faltaban las fuerzas. Alargó un brazo hacia Alex, que se había puesto una camisa y unos pantalones de tela negros. La mano de Jenny se apoyó en el pecho desnudo de Alex para no perder el equilibrio, se inclinó hacia delante, los ojos parecían perdidos en el vacío. Frente a ella, una ventana tapiada.

—¿Qué te sucede? —Él la aferró por los hombros, luego la atrajo hacia él.

—Perdóname —jadeó. Luego sacudió la cabeza como para expulsar un pensamiento desagradable—. He recordado algo de... no importa.

—Cuéntamelo. —Alex le acarició el pelo, con la mirada contrita.

—Ben... el submarino...

—No sé nada de esa historia.

—No logro recordar. Fue un instante. Estaba sentada detrás, en un todoterreno... estábamos huyendo. Recuerdo una fotografía.

—¿Cuánto tiempo hace?

—No lo sé, Alex, es todo tan... confuso. Espantoso. En la foto había una familia feliz. Dos niñas...

Él la abrazó otra vez e intentó tranquilizarla. Jenny se abandonó en su pecho y procuró contener la emoción sin nombre que se había apoderado de su ánimo. Era la rabia por no conseguir recordar el propio pasado. La frustración por la búsqueda constante de respuestas inhallables. El ansia de sentirse perennemente en fuga, después de tantos años transcurridos en la imitación de una vida, años que ahora parecían pocos días.

—¿Puedo?

Quinto apartó la cortina y entró.

Jenny dio un paso atrás y se secó una lágrima con la muñeca mientras Alex se abrochaba la camisa.

—¿Todo bien?

—¿Qué nos sucederá? —preguntó Alex, resuelto.

Quinto fue a sentarse a la mesa del lado opuesto de la habitación. Sacó de una cómoda dos goteros, luego los conectó al aparato que estaba frente a él, una especie de cubo gris con algunos logos encima y una fila de terminales sobre el lado derecho.

Los goteros comenzaron a llenarse en el momento en que el joven apretó un botón sobre el lado izquierdo.

—No conocemos la reacción que producirá esta terapia. Pero es necesaria.

—Pensaba que no volvería a ver más agujas, fuera de aquel sitio... —susurró Jenny, y cruzó los brazos sobre la camiseta negra de mangas largas.

—Sentaos aquí, os lo ruego. Y descubrid un brazo. —Quinto se alzó y dejó sitio a Alex—. Sé que tenéis miedo. Solo os pido que confiéis en mí. En nosotros.

—Anna nunca nos haría daño —pensó en voz alta Jenny, con la mirada dirigida hacia la pared de revoque amarillento.

Apenas las botellas para el gota a gota estuvieron listas, Quinto introdujo una aguja en el antebrazo de Alex, la fijó y conectó a él un tubo transparente. Luego hizo lo mismo con Jenny.

—Como os he dicho —dijo, al fin— no sabemos con precisión qué ocurrirá. Durante años os han impedido usar gran parte de vuestra inteligencia. De vuestra memoria. Esta terapia podría poner otra vez las cosas en su sitio. Pero es la primera vez que se experimenta.

—Y después —Alex alzó la mirada y encontró el tatuaje en forma de T sobre el pecho del joven—, ¿qué ocurrirá?

Jenny asintió, como si quisiera reafirmar el mismo interrogante.

—Trataremos de cambiar las cosas —respondió Quinto, y esperó junto a Alex y Jenny a que el

gotero se acabara.

—¿Cuándo nos movemos? —preguntó Mark, determinado, con los brazos estirados y las manos apoyadas en el respaldo del diván de la sala, en el que estaban sentados Thierry y Anna. Había transcurrido casi una hora del inicio de la terapia orientada a contrarrestar los efectos del Neurex.

—Pronto —respondió el doctor, mientras la mujer reflexionaba sobre la conversación mantenida en la cocina. El padre de Thierry era también un potenciado. Pero él no había heredado ninguna particularidad especial, en cuanto varón. Por un instante pensó en la descendencia femenina como vehículo para la difusión de una inteligencia y una sensibilidad superiores, capaces de comprender los matices de los universos paralelos. La descendencia femenina como clave de bóveda del Multiverso. Se quedó maravillada y espantada al mismo tiempo. En aquel momento, Alex, Jenny y Quinto entraron en la sala.

—Listo —dijo el joven.

Thierry respondió con un gesto de asentimiento.

—En pocos minutos podrían producirse reacciones adversas. Si no os sentís bien, avisadnos de inmediato.

—No puedo creer que hayan pasado diecisiete años en el interior de Synaptica —dijo Anna.

—Mira —respondió—, ha sido gracias a ellos que el ejército de potenciados ha nacido y crecido.

Anna lo interrogó con la mirada.

—En los primeros años, hemos experimentado con ellos todo tipo de condicionamientos, para ver de qué eran capaces, hasta dónde podían llevarnos.

—Los usabais como cobayas para...

—Sí, Anna. He dirigido la mayor parte de esos experimentos. El sentimiento de culpa no me abandonará nunca. No hay modo de expiarlo.

—Pero, ahora, esos potenciados, ¿dónde están?

—El ejército al servicio de Ivan es como una red neuronal que serpentea entre la población, por las calles de esta y otras ciudades. Hemos educado a tantos de esos niños que hoy ni siquiera yo sabría decirte cuántos son, ni dónde están. Al alcanzar los doce años los hemos desperdigado entre la gente.

—Esos bastardos están por doquier —añadió Mark—, no es fácil identificarlos.

—No los defines como bastardos —lo corrigió rápidamente Thierry—. Esos muchachos no son responsables del destino que la vida les ha reservado. Ellos no han pedido nacer. No han pedido sufrir durante toda la infancia un condicionamiento mental ininterrumpido. Son solo armas de precisión. Despiadadas y letales, por desgracia.

—¿Por qué nadie puede reconocerlos? —preguntó Anna—. ¿Dónde viven?

—Por orden de Ivan, cuando fueron reintroducidos en la población, todos los archivos del registro civil fueron eliminados. Yo los he visto nacer, los he seguido durante doce años, pero hoy tendrán entre dieciséis y diecisiete, y sería difícil incluso para mí identificarlos a todos. Sin embargo, no sabes cuántas veces, por las calles de esta ciudad, me he cruzado con la mirada de un adolescente... una mirada que te observa durante algunos segundos de más. Que te penetra, que excava en tu cabeza. He tratado de oponer resistencia, y he continuado. Pero más de una vez me he preguntado si aquel individuo era uno de esos muchachos. No se sabe dónde viven. Están por todas partes. Son sombras. Ven a las personas, pero las personas no se acuerdan de ellos.

—Una escuadra de servicios secretos semejante... —dijo Anna, luego permaneció en silencio durante un momento, e imaginó de qué arma más extraordinaria se trataba—. ¿Cuál era el blanco?

—Inicialmente Oriente. A Ivan le interesaba destruir el sistema político de aquel continente y

llevarlo al colapso. Dictar la ley sobre Oriente significaba tener a disposición una amplia mano de obra, controlar yacimientos de petróleo y numerosos recursos, estar al frente de una flota naval superior a la de Gea. Lo consiguió en pocos años, una operación estratégicamente perfecta.

—Ahora entiendo... —Anna dirigió una mirada llena de aprensión a Alex y Jenny.

—Pero cuando Dana comprendió el alcance de esta arma —continuó Thierry—, y se dio cuenta de que, a diferencia de su padre, ella podía explorar infinitas realidades paralelas...

—... entendió que este mundo era solo un trozo del pastel —comentó Mark.

—Pero los muchachos no han sido condicionados también... en otra parte —preguntó Anna—. ¿O me equivoco?

—El efecto devastador de lo que hemos practicado aquí sobre sus mentes —respondió Thierry— está, desde luego, latente en cada una de sus versiones alternativas. Es como una enfermedad cuyos portadores están sanos. Solo era necesario que alguien desbloqueara determinados mecanismos de la psique, y el ejército habría estado listo para su uso en cualquier dimensión paralela. Dana ha entendido esto, y lo está utilizando.

—Pero es absurdo. Las proporciones de esta catástrofe son enormes... —sentenció Anna, con la mirada baja sobre la mesa.

—Debes ver algo —respondió Thierry, con tono decidido—, pero no aquí.

—¿Qué tienes en mente?

—Dana volverá esta noche, o mañana por la mañana. Cuando empiece el turno del amanecer en Synaptica nos buscarán. Y no solo la policía de Gea.

El doctor se puso en pie, invitó a Anna a hacer lo mismo, luego hizo saltar un mecanismo que transformó el diván en una cama de dos plazas.

—No tenemos mucho tiempo. Tratemos de descansar al menos una hora, antes de marcharnos. En cuanto salgamos de aquí, ya no tendremos ocasión de recuperar energías.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Quinto.

—A la tienda de Mark.

Anna se echó sobre la cama, junto a ella se acomodaron Alex y Jenny.

Demasiadas revelaciones, demasiadas emociones. El corazón necesitaba una pausa. Quizá se habrían necesitado diez horas. Pero una, por el momento, era un tiempo aceptable. Mientras Quinto y Mark se adormilaban sobre un par de sillones y Thierry permanecía vigilante en la cocina, empeñado con la tablet interactiva que llevaba siempre enrollada en el interior de la chaqueta, Anna cerró los ojos y se abandonó al silencio.

Trató de recordar, de evocar elementos de una tierra lejana. Delineó en el teatro de su mente los contornos de una hojita y las palabras que había escrito encima. Se concentró en su firma, que presentaba ambas A mayúsculas, como de costumbre. Por último, volvió a ver la luz de la luna que se reflejaba sobre las piedras de un pozo.

Cuando abrió los ojos de la otra parte, el caballo estaba bebiendo en un torrente que corría cerca de Sam-en.Kar, y ella sentía que acababa de hacer algo muy importante. Una descarga de relámpagos de su memoria reciente le recordó cuanto había ocurrido aquella tarde.

La nota.

El mensaje.

La entrega, con una silenciosa y fugaz irrupción en la habitación de Marco y otra en el chalé de Alex y Jenny. Dejar aquel mensaje era como plantar una primera semilla para anunciar su regreso. No podía estar segura de que los muchachos conocieran su pasado. Pero si los tres se hubieran reconocido en sus palabras, entonces significaba que el puente estaba intacto. Y quería decir que era hora de encontrarse otra vez.

El remolino la devolvió con la misma rapidez con la que se había asomado a la realidad paralela. Se restregó los ojos, mientras del lado opuesto de la habitación el joven Quinto se estaba

poniendo unos pantalones, y la musculatura de sus muslos, como la estructura de la espalda y de los hombros, confirmaban que el muchacho se entrenaba constantemente y que aquel era el resultado de un adiestramiento físico poco común.

—¿Cuánto hemos dormido?

—Ni siquiera cuarenta minutos.

Thierry entró en la sala, se acercó a Anna, y se arrodilló al borde de la cama.

—Debemos marcharnos —dijo en voz baja—. Despiértalos.

Anna obedeció, mientras el doctor se alejaba y reaparecía con una jeringa entre las manos.

Cuando Alex y Jenny se levantaron, con los ojos aún medio cerrados, medio atontados, Thierry se arrodilló nuevamente junto a ellos.

—Esta es la última, prometido.

—¿Otro pinchazo? —preguntó Jenny.

—Es adrenalina. Contrasta el efecto soporífero del inhibidor que os hemos administrado antes. Será una larga noche, debéis estar al máximo de vuestras energías.

Aplicó la inyección, casi sin que los dos se dieran cuenta. Por lo demás, el doctor se ocupaba de ellos desde hacía casi veinte años, y los había sometido a centenares de tratamientos.

—¿Por qué vamos a la tienda de Mark? —preguntó Anna mientras el mismo Mark se subía la cremallera de la chaqueta, ya listo para salir, y Quinto bebía un sorbo de té.

—Tienes que ver algunas cosas. Y, además, el refugio subterráneo del negocio es una especie de armería. Cuando salga el sol, será mejor estar bien provistos.

—Vamos —concluyó Quinto, luego apoyó la taza sobre una repisa y se dirigió a las escaleras.

Era poco después de la medianoche cuando salieron de aquella madriguera y alcanzaron la furgoneta. Thierry y Anna montaron en el compartimiento de carga junto a los muchachos, Mark se colocó en el asiento delantero y Quinto se sentó junto a él. Durante el trayecto, Anna explicó a Alex y Jenny algunos detalles que aún desconocían. Fue cuando nombró a Ian que Alex comenzó a recordar. Una tras otra, como una secuencia de fotos fijas, rodaron por su cabeza las memorias de un pasado sepultado durante demasiados años. Fragmentos de una vida temporalmente borrada por efecto del Neurex.

Vio la sonrisa de un muchacho de pelo desordenado y gruesas gafas. Vio la silla de ruedas eléctrica. Y luego una habitación repleta de estantes con libros, una mesa en el centro con tres monitores siempre encendidos, y papeles por doquier. Oyó la voz de su amigo, no comprendió las palabras pero supo que estaba de su parte. Siempre. Recordó que era el único que le creía. Recordó que todo había empezado con él.

De pronto, sacudió la cabeza, y en la oscuridad del compartimiento de carga se volvió hacia Jenny, que lo tenía de la mano. Estaba fría. Gélida.

—Había mu-mucha gente —balbuceó ella—, aullaban... aullaban mi nombre. Y yo, yo... iba cada vez más rápido, una brazada tras otra... y...

—Jenny. —Alex le cogió el rostro entre las manos, luego la miró a los ojos, encontrando solo el reflejo de un resplandor en la pupila—. He visto a Marco. Estaba en su casa...

—He ganado —se adelantó ella—, he ganado y todos me felicitan y estaba mi... mi padre. Lloraba.

—Qué está sucediendo... —susurró Alex.

—El inhibidor funciona —respondió Thierry, con la voz decidida pero rota por la emoción—. Estáis empezando a recordar quiénes erais.

—¿Dónde está Marco? —preguntó Alex tímidamente, y de pronto el rostro del viejo Ian se perfiló en su mente. Estaba tendido sobre el asfalto. El tono se le agitó—: Ha muerto, ¿verdad? ¿Por qué nosotros no estamos muertos?

Anna se acercó al muchacho y apoyó la mano sobre su hombro.

—Alex, escúchame. Ian... Marco vive. Está en la cárcel. Tiene ochenta y ocho años. Pero aún

está vivo.

Incrédulo, Alex se echó en brazos de la mujer y no pudo contener la emoción. Anna lo estrechó, con una mano detrás de la nuca, mientras sus ojos ya habituados a la oscuridad volvían a interrogar a Thierry.

—¿Podremos sacarlo de allí?

El doctor permaneció impasible, y protegido por las tinieblas plegó los labios en una mueca.

—¿Un ataque sorpresa en una de las penitenciarías más seguras de todo el continente, para sacar a un casi nonagenario de su celda de aislamiento, urdido por una banda que probablemente ya está siendo buscada por todas partes?

Anna permaneció en silencio durante un momento, sin encontrar el valor de responder. Ciertamente se trataba de una empresa impensable. Fue el mismo Thierry quien concluyó y la sorprendió una vez más.

—Pensaba hacerlo esta noche.

Capítulo 24

La fiesta por el cumpleaños de Marco comenzó a primera hora de la tarde y terminó al anochecer, reuniendo en el patio del chalecito de sus padres adoptivos a casi todos los muchachos de Kar.

Alex y Jenny se hicieron esperar. Si hubiera sido por Marco, habrían sido invitados solo ellos. En cambio, debió sonreír, abrazar, disfrutar y celebrar aquel día ocultando sus pensamientos detrás de falsa condescendencia. No era el día de su cumpleaños. Era el día de su plena conciencia. La notita de Anna era la confirmación de que todo cuanto había visto, soñado y recordado se correspondía con la verdad.

A mitad de la fiesta, cuando todos esperaban el pastel, unos truenos amenazantes resonaron en el valle de Kar, invitando a la mayoría de los muchachos a refugiarse dentro de la vivienda del homenajeado. Marco estaba allí, presente y ausente al mismo tiempo, con los ojos perdidos más allá de las ventanas, hacia la cancela, a la espera de la llegada de sus amigos más queridos. Su madre gritó algo —quizá quería servir el té—, pero él permaneció delante del vidrio, sentado en la silla de ruedas, con la mente en un viaje hacia destinos desconocidos. Los otros compañeros de escuela se agruparon en el amplio salón mientras él se encontraba frente a la ventana de la entrada, sobre la cual comenzaban a golpear insistentes gotas de lluvia.

De pronto, las siluetas de dos muchachos asomaron del fondo de la calle, más allá de la cancela. Alex llevaba una camiseta beis y unos pantalones claros, las manos en los bolsillos, el pelo rubio corto, que en los recuerdos que figuraban en el diario de Marco formaba un casquete, con un mechón rebelde que caía sobre la frente. Jenny llevaba un vestido azul claro, que descubría sus piernas esbeltas y de piel dorada. La cabellera castaña caía delicadamente sobre las anchas espaldas, las manos metidas en un cinturón de cuero estrecho en la cintura.

A pesar del entumecimiento, los continuos calambres en los tobillos y el equilibrio inestable, Marco decidió levantarse sobre sus propias piernas. Con la ayuda del bastón alcanzó la puerta de entrada. Luego lo apoyó en la jamba y salió.

Una vez fuera alzó los ojos al cielo, tapado por cúmulos negros empujados por el fuerte viento. En pocos instantes la lluvia se hizo insistente mientras el muchacho, sin importarle el dolor, cruzaba el jardín con paso sereno y sorteaba la mesa sobre la que reposaba el pastel. Habría debido ponerlo a resguardo, pero siguió derecho hacia la cancela. Una vez que llegó a las proximidades de la misma, apoyó una mano sobre la reja para mantener el equilibrio, mientras los muchachos lo miraban en silencio desde más allá de la valla. Sus ojos comunicaban una conciencia nueva, sus pupilas brillaban con la luz de un esperado despertar.

—Habéis recibido también vosotros el mensaje —soltó Marco, con tono sosegado y sin entonar la pregunta, como si se tratara de una afirmación.

Alex y Jenny asintieron.

—Quizá deberíamos volver atrás —añadió, luego se volvió y caminó hacia la puerta de entrada, con las manos hundidas en los bolsillos y la mente en un remolino de pensamientos.

La fiesta terminaría, y con ella una parte de su vida alternativa. Algo importante estaba a punto de suceder, como el bueno de Meurón había predicho. Por el momento le bastaba saber que Anna había estado también en casa de Alex y Jenny.

Había vuelto a buscarlos. Lo había hecho, al fin. Y quizás en aquel momento los observaba, quién sabe, acaso escondida detrás de una fila de árboles, quizá presente sin llamar la atención. Una franja incandescente, dirigida hacia el suelo, cruzaba el cielo. De los campos llegaban, desgarradores, los gritos de los campesinos. Muchos de ellos huían, sin una dirección aparente. Otros se arrodillaban y juntaban las manos, con la cabeza inclinada hacia el suelo. El ruido de centenares de truenos superpuestos retumbaba en cada lugar y su intensidad era creciente, imparable.

Luego un paseo marítimo. Los colores delicados del cielo límpido se confundían con el lecho de

agua, el ladrido de un perro resonaba a lo lejos, una bicicleta zumbaba por el pasaje y subía al muelle.

Y aún, una cabina de vidrio abierta. Las paredes oscuras de un refugio, la débil luz de algunas lámparas de neón, la temperatura cada vez más baja.

Jenny se echó hacia atrás. Jadeaba. Bajó de la cama y corrió por el pasillo de la primera planta a la habitación de Alex. Entró sin llamar, y lo encontró sentado al borde de la cama, con los ojos vidriosos, los dedos agarrados a la sábana. Cuando se volvió hacia ella, estaba aterrorizado.

—He tenido un sueño. He...

—Una pesadilla —concluyó ella—. Yo también.

—Como las de Marco.

—Tal cual. —Jenny fue a sentarse junto a Alex, y permanecieron así durante varios minutos sin decir una palabra. No era necesario.

—Era como estar allí... —Alex cerró los ojos. Los gritos de un niño lo hicieron estremecer.

—Fue terrible. ¿Esos éramos nosotros?

—Sí, Jenny.

—No era Sam-en.

—No. Era otra cosa.

—Otra cosa que hemos vivido... lo estamos recordando todo.

Alex se llevó las manos a la cabeza.

—En una de esas pesadillas estaba en un paseo marítimo y... llamé mamá y papá a dos desconocidos. Me pregunto quiénes eran.

—Marco siempre ha dicho la verdad.

Alex y Jenny siguieron interrogándose durante las siguientes horas sobre cuanto habían visto y vivido en sueños la noche anterior. En algunos momentos de extravío, que los obligaron a sentarse para no perder el sentido, otras visiones de un pasado desconocido o de un presente alternativo iluminaron el teatro de su imaginación. Jenny se vio nadando, mientras los gritos de un nutrido grupo de seguidores la jaleaban desde las gradas de un palacete. Alex se encontró durante un momento en un trastero, frente a un cajón con la inscripción MARCOS en un lado.

Tanto él como Jenny continuaron haciéndose preguntas, sin abrir la boca, hasta muy tarde, cuando fingieron irse a dormir.

Debían hablar con Marco, ya no había tiempo que perder. Pero mientras bajaban por la ventana y aterrizaban en el jardín, dirigidos a la casa de su amigo, alguien los observaba a escondidas en la oscuridad.

Capítulo 25

—¿Cómo es posible que aún esté vivo? —Alex se dirigió a Thierry, perplejo, mientras en su cerebro los recuerdos cercanos y lejanos le confundían las ideas—. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Ochenta y ocho —respondió el doctor, inmerso en la oscuridad del compartimiento de carga—. También el responsable de vuestra captura, Ivan, está vivo. Tiene noventa y dos. Durante años he sido su médico personal. Es duro de pelar, ese maldito.

—Pero pronto todo estará en manos de Dana —comentó Anna, triste, con la mente empeñada en el desesperado intento de comprender el alcance del plan universal de la hija de Ivan. ¿Hasta dónde llegaría?

La furgoneta moderó la velocidad y se acercó a la acera, los cuatro esperaron a que Mark y Quinto abrieran el compartimiento de carga. Cuando estuvieron al aire libre, algunas esporádicas gotas estaban cayendo del cielo. La débil luz de una farola se reflejaba sobre el asfalto irregular y rebotaba en las ventanas rotas de algunas tiendas y apartamentos en la planta baja. No había ni un alma en la calle. Algunos automóviles estaban aparcados sobre la acera, con las carrocerías estropeadas y la banda de rodaje de los neumáticos gastada y lisa. Las señales de tráfico estaban completamente oxidadas. Varios contenedores de basura desbordaban de desechos. El olor más fuerte que penetró en sus narices en aquel momento era de pollo en descomposición.

—¿Un bonito sitio, eh? —ironizó Mark, luego se acercó a la entrada de su tienda y abrió un acceso lateral, secundario—. Hace veinte años las periferias no eran así. Luego han entendido que dejarnos como perros disputándonos las últimas osamentas no cambiaba nada. Y he aquí cómo hemos terminado.

—Pero os cargan siempre el perfil —comentó Thierry—, porque el Bienestar reina.

—Oh, cierto —respondió Mark mientras encendía una luz en el interior de la tienda—. El fondo familiar recibe la actualización con regularidad. Esa es su tapadera. Y hay personas, aquí en el barrio, que hasta le dan la razón. Ni siquiera saben de quién están hablando, y defienden su actuación. Seguidme.

El hombre se introdujo por un pequeño pasillo que acababa en una escalera de caracol, empinada y estrecha.

—Yo... ya he estado aquí —dijo Jenny, y los otros se volvieron de golpe.

—Sí, has estado aquí —respondió Mark—. Lo recuerdo perfectamente. Tú y Ben vinisteis aquí, en busca del perfil falso y de un coche robado. Me pregunté cuánto valía tu vida, para hacerle cometer semejante locura. Hoy, descanse en paz, su coraje es mi motivación. Hoy cumpliremos con su voluntad.

Alex permaneció al final del grupo con Anna, y cuando todos bajaron por la angosta escalerita, la detuvo apoyándole una mano en el hombro.

—¿Cómo estará Marco?

—Ian... —Anna lo llamó con el nombre que le sonaba más familiar—. Está encerrado en una celda de aislamiento desde el día del trueque que os ha permitido sobrevivir. No sé nada de su estado de salud, para mí es un milagro que aún esté vivo. Créeme, haré cuanto pueda por sacarlo de allí. Thierry y los demás nos ayudarán.

—¿Por qué? —preguntó Alex, en voz baja.

Anna sacudió levemente la cabeza.

—¿Qué?

—¿Por qué todo esto? ¿Por qué semejante tortura?

—Porque os tenían miedo.

Mark activó una fila de neones e iluminó el refugio subterráneo. Una serie de ordenadores ocupaba una larga mesa de madera revestida de blanco en la parte opuesta, mientras que las altas paredes estaban invadidas por estantes con todo tipo de objetos que su tienda vendía o

intercambiaba, como tiestos, marcos, ollas y sartenes, pero también rollos de cables eléctricos, herramientas, cascos de seguridad y antorchas.

—Mark —comentó Thierry— es un exprogramador de la Lax, la firma que hace mucho tiempo realizó la red de cámaras que controlaba toda la ciudad y, cuando cayó en desuso, patentó el *software* para el microchip subcutáneo que todos llevamos en el índice. Mark es la única esperanza que tenemos para resolver varios problemas. El primero es la desactivación momentánea de nuestros microchips. Decías que puedes hacerlo, ¿verdad?

—Sí —respondió el hombre, y se soltó la coleta—. Hace algún tiempo desarrollé un nuevo modificador, que ya he experimentado en los últimos meses atacando algunas empresas y boicoteando sus servicios automáticos. Puedo usar ese virus también para los perfiles, el principio es el mismo. Cuando registren la anomalía, tardarán un buen rato en resolver el problema. Se percatarán enseguida, claro, pero esta operación nos dará ventaja. De todos modos, lo desactivaré al azar también a otra gente dispersa por Marina, así nadie relacionará nuestros perfiles, al menos en un primer momento.

—Bien. Durante la operación en la penitenciaría será importante que nadie capte nuestra presencia.

—Para esta misión —continuó Mark—, tengo una idea mejor. Pero ya hablaremos más tarde, con los planos en la mano.

—Perfecto. Y ahora, por favor, apaga las luces y muestra a nuestros amigos el vídeo que te envié ayer.

Mark asintió y desactivó los neones. Luego tecleó algo, y en la pantalla del panel frente al que se había sentado comenzaron a correr unas imágenes.

La primera era una página de periódico.

Thierry explicó:

—Este es un artículo de un periódico nacional que en los últimos años se ha convertido en el medio más difundido y relevante de toda Gea.

El título en mayúsculas rezaba: DECENAS DE MUJERES DESAPARECIDAS EN MARINA.

—Se refiere a lo que me contaste antes... —comentó Anna.

—Exacto. Continúa, Mark.

La segunda imagen era otra página del mismo periódico, pero la fecha en la parte superior indicaba el año siguiente.

—¿Entendéis? —Thierry dejó escapar una risa amarga y buscó la mirada de Alex y Jenny. Las imágenes frente a ellos eran claras. El artículo hablaba del caso de las mujeres desaparecidas una decena de meses antes, y conectaba el hecho con el descubrimiento de una secta secreta compuesta por empleados de la fábrica textil Lysart que habían decidido protestar contra el Bienestar y mostrar su rabia con un suicidio masivo.

—Han hecho pasar esa abominación por un gesto desatinado de una secta. Ya no se ha vuelto a hablar de ello en la prensa, y no me atrevo a imaginar cómo habrán reaccionado las respectivas familias. Ni cómo las habrán hecho callar.

—Qué asco... —susurró Anna.

—Estamos hablando de centenares de mujeres. Muchas fueron raptadas también en las otras ciudades de Gea, pero la mayor concentración fue aquí. Y nadie se ha hecho ni media pregunta. Todos creyeron en la versión de la prensa.

Permanecieron en silencio algunos instantes, con los ojos fijos en los titulares del periódico.

—Las imágenes que vais a ver ahora —recomenzó Mark, mientras tecleaba— no son agradables. No habría querido tener que mostrároslas. Pero es necesario. Nosotros hoy estamos aquí para esto.

Se trataba de un reportaje realizado por un telediario nacional y difundido dieciocho años antes de aquel día, en la edición de la tarde.

El vídeo comenzaba enfocando el campo abierto, luego una carretera nacional, después el cuerpo de un hombre cubierto por una sábana impregnada de sangre, tendido en medio de la hierba. La voz en off decía: «Otra presa de los asaltos en la autopista ha sido identificada hoy en la zona de Marina, Gea. El hombre ha sido encontrado sin vida por la policía, a causa de dos disparos en la nuca. Se trata de un brillante investigador llamado Ben, ocupado hasta hace pocos días en la estación submarina Mnemónica, al frente de toda una unidad de investigadores desde hacía varios años. Recordamos a los ciudadanos que no se detengan nunca en la autopista sin un motivo de peso, podrían tropezar con estos agresores. Si notan alguna anomalía, denúncienla oportunamente».

Jenny se llevó una mano a la boca, mientras sofocaba el llanto en la garganta. El hombre que la había sacado de la estación submarina, que había dado su vida para ponerla a salvo. Estaba debajo de esa sábana. La tinta roja sobre la que se demoraba la cámara era la sangre que el hijo de Ian había vertido por ella. Y cada recuerdo volvía vívido como si hubiera pasado una semana desde aquella tragedia.

Alex cerró los ojos y no dijo palabra, mientras que Anna se mordía un labio.

—No puedo mirarlo.

—Créeme, Anna. —Thierry trató de consolarla modulando el tono de la voz con notas más profundas y cálidas—. Lamentarán todo esto.

—Es esto lo que hacen, desde siempre —comentó Mark—. Despistan. Encubren. Esconden. Tergiversan la realidad. A los ojos de los ciudadanos, nunca sucede nada grave. A sus ojos, vivimos de verdad en la era del Bienestar.

—Es indigno —prorrumpió Quinto, turbado por la visión de aquellas imágenes, y golpeado por la reacción que estas provocaban en los presentes.

—Al frente de las distintas instituciones que llevan adelante este país —prosiguió Mark—, hay gente que con los años ha hecho negocios con Ivan. Gente sin un mínimo de dignidad. Los hemos identificado a todos. Quién ha sido corrompido, quién sometido. Son decenas de inconscientes siervos, que hoy tienen las riendas del gobierno y lo veneran como a un dios.

—¿Y vosotros creéis que nosotros seis podemos enfrentarnos a todo esto? —Anna miró a su alrededor.

Thierry encendió de nuevo las luces de la salita subterránea y miró a la mujer a los ojos.

—No somos seis, Anna. Créeme: detrás de la apariencia de un mundo esclavizado, la resistencia poco a poco está tomando forma. Y el ajuste de cuentas ha llegado. No somos los únicos que hemos aguantado en la sombra, en estos últimos años. Mark es un pequeño rey del contrabando de barrio, de él depende una red invisible de personas que poco a poco están abriendo los ojos, y que pueden echarnos una mano. Quinto es un maestro de armas y un combatiente. Luego estoy yo, que tengo acceso a archivos de importancia crucial y una experiencia médica de décadas, y estás tú, con tus conocimientos en el campo de la biología y de la ciencia en general, y tu mente fuera de lo común. Por último —Thierry se volvió y señaló hacia Alex y Jenny— están ellos.

Anna suspiró y se perdió con la mirada en el pavimento de la salita subterránea, siguiendo con los ojos la línea de algunas grietas que cortaban las baldosas. Thierry se acercó a ella, apoyó las manos sobre sus hombros y la miró con ojos sinceros, cargados de determinación y confianza.

—Y esperamos poder contar con Ian.

Capítulo 26

Alex y Jenny llegaron a la casa de Marco, lanzaron un guijarro contra la ventana y llamaron su atención. En pocos minutos su amigo se preparó y salió por el portal, con la ayuda de la silla de ruedas. Alex la empujaba y los tres avanzaron intercambiando pocas palabras hasta llegar al río. Se detuvieron en una zona iluminada solo por el reflejo de la luna que, espejeada sobre el lecho de agua, formaba una pirámide de reverberaciones doradas. En torno reinaba el silencio, interrumpido a veces por el ulular de algunos búhos. Marco estaba sentado de espaldas, entre las manos sostenía un guijarro grande, la cabeza girada hacia las alturas que a lo lejos delimitaban el valle.

—Cualquier cosa que ocurra, dime que estaremos todos juntos. —Jenny tenía un tono de voz nuevo. Maduro, lúcido. Una toma de conciencia que Marco había deseado durante muchos años, suponiendo que fuera posible convencer a dos simples muchachos de campo de que su mundo no se limitaba a aquellas cadenas montañosas y aquellos ríos, sino que se extendía más allá de los confines de su misma imaginación.

—Te lo prometo —respondió Marco. Luego se volvió hacia el río, y la entonación se hizo sombría—. Las consecuencias. Las consecuencias de ese gesto. Qué he hecho...

—¿Hablas de la nota de Anna? —preguntó Alex.

—Debemos volver atrás, todos. —Marco se puso en pie a duras penas y, claudicante, dio algunos pasos hacia el lecho del río. Luego se arrodilló, mientras Alex y Jenny se acercaban y se ponían a su lado—. Debemos ponerle remedio.

—¿Qué entiendes por volver atrás? —preguntó Jenny.

—Sé exactamente dónde estoy de la otra parte. En una celda de aislamiento.

—Ni siquiera sé qué es una celda de aislamiento —respondió Alex, desconsolado—. Pero cómo...

—Yo creo que es posible atravesar el umbral. Pero es preciso saber dónde nos encontramos de la otra parte... —Marco sacudió la cabeza, con los ojos fijos en el reflejo de la luna sobre el río—. Yo sé perfectamente dónde me han encerrado. Pero no tengo idea de dónde estáis vosotros.

—Ellos están conmigo.

La voz de Anna, tan lejana en los recuerdos como familiar en el ánimo, hizo que los tres se volvieran de pronto. Alex dio un temeroso paso atrás, mientras que Jenny se llevaba una mano a la boca y Marco permanecía impasible. Fue este último quien habló primero.

—Sabía que volverías, Anna.

La mujer se acercó, y la luz de la luna se apoyó delicadamente sobre su rostro enmarcado por su densa cabellera roja. Dos profundas ojeras y la piel seca, estropeada por la rígida temperatura de las alturas, ponían de manifiesto lo arduo de su viaje. La expresión determinada y la sonrisa apenas esbozada, pero con energía en la mirada, contaban su historia.

—La última vez que os vi —dijo la mujer mientras avanzaba hacia los muchachos— llevabais pañales.

—Tú eres la mujer que... —empezó Jenny—. La mujer de la nota.

—Eres la persona de la que hablaba Marco. —Alex se volvió hacia su amigo, y recordó las páginas de su diario—. De la que siempre ha hablado.

—Nos conocimos hace mucho tiempo —dijo ella, con los ojos fijos en Jenny—. En un lugar muy alejado de aquí.

—¿Qué he hecho de la otra parte? —preguntó Marco, atenazado por el sentimiento de culpa desde el momento en que había leído el mensaje.

Anna se acercó, le puso una mano sobre el hombro, luego los ojos se encontraron y durante un momento la mujer volvió a ser niña. Se vio en una terraza mientras su maestro de vida, Ian, la interrogaba para entrenar y sondear su extraordinaria memoria, pidiéndole que nombrara una

a una las estrellas del firmamento. Como un abuelo joven a su adorada nietecita. Un mentor y su discípula. Y ahora, por una paradoja espacio-temporal, mezcladas las cartas de su existencia, una mujer y un muchacho.

—Habéis sobrevivido a un alto precio, Ian.

Alex miró a su hermana con aire interrogativo.

—¿Ian?

—Ese es mi nombre, en el sitio del que venimos —respondió Marco, con tono sosegado.

—¿Qué ocurrirá? —Jenny se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y se mordió el labio, inquieta.

—Estamos en fuga —respondió Anna.

Marco llevó una mano al bolsillo y sacó la nota escrita por la mujer. Luego se la mostró.

—Quiero saber las consecuencias de ese gesto.

La mujer contó todo lo que había descubierto en los últimos tiempos, desde que el remolino la había absorbido con fuerza y se había encontrado de nuevo frente a la dura realidad de Gea. Habló a los muchachos de Synaptica, de Thierry, del ejército de potenciados, de las extremas consecuencias de su gesto, a las que había aludido en la nota.

—Desde aquel día —concluyó Anna—, tú estás encerrado en una celda en los sótanos de la penitenciaría de Marina, y ellos son cobayas.

—Debíamos morir... —comentó Marco, con la mirada perdida en la oscuridad, más allá de algunas matas que, levemente distinguidas por su color apenas más claro, parecían un inquietante cortejo de animales deformes, interesados en su conversación—. He cometido un error garrafal.

—¿Cobayas? —Jenny cogió a Alex de la mano—. ¿Qué quiere decir, Anna? ¿Qué nos han hecho?

—Os han sometido a tratamientos de todo tipo —respondió la mujer—. Y os han administrado un fármaco con periodicidad regular, para... para evitar que vosotros...

—Para evitar que usaran sus facultades, ¿verdad? —Marco miró una piedra que centelleaba bajo la luz de la luna y asintió, como si no necesitara una respuesta—. Es por eso que no recuerdan casi nada del sitio del que venimos.

—Así es —confirmó Anna.

—¿Cómo hacemos para volver a ese sitio y... ponerle remedio? —preguntó Alex, determinado, con la mano apretada en un puño.

—Tendremos que separarnos. Ian... Marco deberá aislarse, encontrar la máxima concentración y reconstruir en su mente la celda de aislamiento en que está prisionero. Debería conseguirlo solo. Yo nunca he visto ese lugar. Mientras, por lo que respecta a vosotros...

Alex y Jenny se acercaron y entrelazaron con fuerza los dedos de las manos mientras Anna buscaba las palabras adecuadas.

—Memoria compartida. Es el único modo. Tendréis que recordar lo que yo recuerdo, ver lo que yo veo. En este momento estamos en fuga, escondidos en el sótano de una tienda situada en la periferia de Marina. Junto a algunas personas de confianza. Vamos.

—Un momento —dijo Alex—, qué pasará con nuestros cuerpos, aquí en Sam-en, en el momento en que... sí, en resumen...

—¿En el momento en que vuestra mente se deslice en la realidad paralela?

—Sí, Anna.

—Continuarán viviendo la vida de siempre. No debéis preocuparos. Una parte de nuestra conciencia se está desplazando a otra parte, porque es allí donde se necesitan todos nuestros conocimientos para poner remedio a cuanto ha ocurrido.

—Pero yo... —intervino Marco—, ¿cómo haré para encontraros, si estoy encerrado en una cárcel?

Anna lo observó con una mirada enérgica. El tono de voz transmitía confianza.

—No sé en qué condiciones estás, en este momento, lo admito. Solo sé que estás vivo. Pero si abrimos los ojos de la otra parte, Ian, si lo conseguimos... iremos a buscarte.

Capítulo 27

¿Recordáis? Cruzamos un pequeño pasillo, apretados entre dos muros cubiertos de grietas y moho. Bajamos por una escalera de caracol, los peldaños eran poco más que minúsculos gajos de metal sobre los que se apoyaba medio pie. En el piso de abajo, uno de nuestros amigos encendió una fila de luces artificiales. Se llama Mark, es un señor de tez aceitunada, los ojos negros como el fondo de un pozo, el pelo negro y brillante, recogido en una cola de caballo. Se sentó a una mesa blanca, frente a una fila de monitores.

En el cuartucho en que nos encontramos, las paredes están ocupadas por numerosos estantes. Es la mercancía que Mark vende en su tienda. Cacerolas, herramientas, cables eléctricos enrollados, cascos... Recordad qué nos ha mostrado este hombre... un titular de periódico, decía: «Decenas de mujeres desaparecidas en Marina». ¿Lo veis? Podéis hacerlo... Con nosotros están otras dos personas. Un muchacho, llamado Quinto. Joven, de unos veinticinco años. Recordad su físico atlético, la camisa abierta que deja entrever un tatuaje en forma de T sobre el pecho. Sus ojos profundos y sinceros, la piel clara, el pelo castaño rizado y despeinado... Y luego está Thierry. Lo conocéis desde hace muchos años. Es el doctor que se ha ocupado de vosotros desde el día en que nos separamos... tiene unos cincuenta años, el pelo canoso, la frente despejada. Lleva unas gafas de montura gruesa y su nariz es aguilena. Recordad sus labios tan delgados que parecen desaparecer debajo de los bigotes grises, densos. Oíd su voz nasal, un tanto molesta...

Habéis oído esa voz durante años...

Ahora recordaos a vosotros mismos, en vuestros cuerpos de treinta y seis años, tan similares en el aspecto a como sois ahora, pero al mismo tiempo tan crecidos, de mirada madura... ¿Conseguís ver vuestros brazos? Las manos de dos adultos, con la piel más ajada, y luego el rostro, algunas arrugas de expresión en la frente y en los párpados... ¿conseguís miraros a los ojos, recordar cómo sois en la actualidad?

—Recapitulemos —dijo Thierry, escrutando los rostros de sus cómplices. Quinto tenía los ojos fijos en el monitor y parecía que sus pensamientos ya lo estaban llevando por los senderos de aquel plano, en fuga por los pasillos de la penitenciaría. Mark entretanto extendió la imagen de un montacargas que descendía sobre el lado externo del complejo pentagonal de la cárcel. Anna se había apartado, con un costado apoyado en un estante invadido de cajones, la mirada baja y en apariencia distraída. Alex y Jenny estaban sentados sobre unas sillas cojas, con la mirada perdida.

—Aparcaremos la furgoneta en la explanada que está enfrente del ala oeste —continuó el doctor, mientras con un puntero de madera señalaba el plano—. Hay un punto seguro, protegido por una fila de árboles, exactamente aquí. En la cárcel entrarán Quinto y Mark. Nosotros permaneceremos a bordo.

—A sus órdenes. —Quinto se frotó las manos.

—Entraremos nosotros porque de momento nuestras caras no están en las terminales de los agentes de policía de este continente —dijo Mark, y mostró a los otros un cilindro de goma rosa—. Llevaremos esta protección de silicona. Debajo de la falsa piel he introducido los perfiles digitales de los doctores Semel P956354F y Matt K638842S, especialistas de Horus fallecidos hace dos días, modificando las señas personales y adaptándolas a nuestros perfiles. Transcurren setenta y dos horas antes de que el perfil de un cadáver sea desactivado y desaparezca de los registros, por tanto... tenemos poco margen para sacar a Ian. Lo haremos esta noche, o nunca.

—¿Sabemos exactamente dónde lo tienen? —preguntó Quinto.

—No. Lo descubriremos cuando estemos dentro. Algo importante: he conseguido acceder a algunos protocolos internos de la penitenciaría y he descubierto que los controles médicos, de costumbre, son efectuados por los doctores del complejo, no por externos. Habrá que

convencer al responsable del pabellón. Hay uno por cada área de la prisión. Para hacerlo he preparado un falso documento que atestigua nuestra cualificación ante la Comisión Médica de Horus y nos permite verificar el estado de salud de los pacientes en aislamiento desde hace más de un año. Lo entregaremos al guardia de turno.

—¿Está todo claro? —Thierry se volvió en dirección a Anna, que parecía embobada. En aquel preciso instante, Alex y Jenny cayeron como un peso muerto de las sillas, se desplomaron sobre el suelo polvoriento.

—¿Qué coño está sucediendo? —Mark se alzó y corrió a arrodillarse junto a ellos. Tenían los ojos desencajados, el cuerpo temblaba como si tuvieran hipotermia.

—¡Agua! —aulló Thierry. Quinto corrió a la otra parte de la habitación, donde había una neverita apoyada sobre una mesa baja. La abrió y sacó dos botellitas de Frey, luego las lanzó a Mark.

—Muchachos... —murmuró un par de veces Anna, confundida y atontada, primero en un susurro difícilmente audible, luego balbuceando mientras alargaba un brazo hacia Thierry. Este se levantó y la sostuvo a tiempo, evitando que el desvanecimiento le costara también a ella un golpe contra las baldosas de la habitación.

Entre los brazos del doctor, Anna musitó:

—¿Lo he conseguido?

Thierry sacudió la cabeza, sin entender el sentido de la pregunta. Entretanto, Mark puso una mano detrás de la nuca de Jenny y le mojó los labios. Ella abrió desmesuradamente los ojos y se echó atrás, luego se levantó y se apoyó en la pared.

—¿Quién eres? —gritó la muchacha, luego echó un vistazo más allá de la silueta de Mark—. ¿Quién es esta gente?

Alex sacó fuerzas de flaqueza y se levantó, luego se arrastró junto a ella y observó sus rasgos.

—Jenny, tú...

—Alex. —Ella frunció el ceño al reconocerlo. Distinto. Adulto—. Tu rostro...

Él bajó la mirada, giró las manos y se observó las palmas. Luego con un movimiento de cabeza buscó a Anna.

—¿Dónde estamos? —gritó, con los ojos desesperados.

La mujer se puso en pie con esfuerzo, caminó hasta ponerse de rodillas junto a los muchachos, e intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—No tenéis nada que temer. Lo hemos conseguido. Esto es lo que sois ahora. Esta es vuestra vida, como aquella era la de Sam-en.

Alex se volvió otra vez hacia Jenny y con una mano la palpó, como si temiera encontrarse frente a una alucinación.

—Tu aspecto... —dijo al verla dieciocho años más vieja—. Tu aspecto es...

Jenny intercambió una mirada incrédula con Alex, luego se volvió hacia las otras personas presentes en aquella habitación. Thierry y Mark los observaban circunspectos, Quinto parecía maravillado.

—Siempre te has preguntado —empezó Anna, mirando a Thierry a los ojos y ofreciéndole una mueca melancólica— por qué Ian había trocado la fórmula de la mutagénesis por su mísera supervivencia.

—Tú lo sabes... —dijo él, con la frente surcada por irregulares arrugas.

—Estaba también yo.

—¿Dónde?

—Cuando los militares dispararon a Ian, Alex y Jenny. Estaba también yo.

La mujer echó un vistazo hacia aquellos muchachos ya adultos, luego se volvió de nuevo hacia el doctor.

—Debía salvarlos.

—¿Qué sucedió aquella noche? —preguntó Thierry, luego se quitó las gafas.

—Tenías razón. Dana es como yo. Dana puede viajar. Puede sondear todo el Multiverso. Es lo que he hecho yo, llevándome el conocimiento detallado de todo el genoma de Ian y de los muchachos. Usando mi memoria para restituirles la vida, Thierry. Lejos de aquí.

Mark y Quinto quedaron perplejos, mientras Alex y Jenny eran arrollados por los recuerdos y su mente se adueñaba de nuevo del pasado. Mnemónica, el sacrificio de Ben, Gea, la fuga, ya no eran extraños pasajes del diario de Marco escondido bajo una pila de libros en su habitación de Kar, sino fragmentos de su misma vida alternativa que empezaban a emerger del océano del olvido.

—¿Los has... clonado? —preguntó el doctor.

—Hace dieciocho años.

—No es posible... —Thierry alzó los ojos hacia el techo, miró un punto en el vacío y empezó a gesticular, como si frente a él hubiera un sutil e invisible mosaico—. Por eso Ian ha hecho de todo por sobrevivir. Para poder mantener intacto el puente mental con su clon... Es de locos. Tú los has... ¡reproducido!

—Durante años he pensado que aquel día los habíais matado. Los di en adopción y ya no volví a buscarlos, prefería que crecieran inconscientes... felices, en cierto sentido. Pero no ha ido así. Los recuerdos los han condicionado. El Ian alternativo es un chico de dieciocho años y lleva su nombre original, Marco. Sabe exactamente qué ha sucedido a su *alter ego* recluido en aislamiento.

Anna cerró por un instante los ojos y se encontró frente a los de Ian, lúcidos, en el momento de su adiós, que él esperaba transformar en un hasta luego. «Si mi idea es válida», había dicho él dieciocho años atrás, antes de que Anna aferrara a *Diletta* por el cuello y bajara a la carrera de la furgoneta para desaparecer en el bosque, «volveremos a encontrarnos».

—Extraordinario —comentó Mark—. Absolutamente extraordinario.

—Si todo ha ido como creo —continuó Anna—, el viejo de ochenta y ocho años encerrado en la penitenciaría de Marina sabe que estamos a punto de sacarlo de allí, porque yo lo he informado de todo... hace pocos minutos. Y nos está esperando.

—¡Movámonos, entonces! —Quinto batió las manos, y lanzó una mirada suspicaz a Thierry, aún desconcertado por la revelación de Anna.

En aquel momento, en una fría y angosta jaula de cemento bajo el nivel del mar, un viejo acababa de abrir los ojos y sonreír, mientras una nueva conciencia maduraba en su ánimo, y los recuerdos de una larga y dura vida se mezclaban con los de otra, más inocente, joven y pura.

Bajó la mirada para observar su propio cuerpo, sin sentir repulsión por su piel arrugada y por las manchas en los brazos y en las manos. Es más, contempló su musculatura vigorosa, sus nervios tensos, y tuvo la confirmación del equilibrio mental y de la fuerza física que había mantenido en el curso de los años, allí donde cualquier otro coetáneo se habría dejado morir.

Ian se puso en pie, dio algunos pasos hacia la pesada puerta de acero que lo separaba del resto del mundo, luego apoyó la cara contra el gélido revestimiento, la nariz a pocos centímetros de la ventanita barrada, y dirigió un pensamiento a toda la ciudadanía de Gea, a la completa población de aquel mundo a la deriva.

«Preparaos, preparaos todos. Preparaos para despertar».

Capítulo 28

Thierry, Anna, Alex y Jenny remontaron la estrecha escalera de caracol y salieron al aire libre, mientras en el barrio periférico de Marina resonaban los aullidos de algunos perros. Libres de gritar su desesperación a la luna, parecían los portavoces de la íntima aflicción del género humano. El desconuelo crudo y real, hundido cada día bajo la máscara de la sumisión. Mientras recogía en silencio dos bolsas de piel negra, Mark reflexionó sobre la naturaleza de sus conciudadanos, y se preguntó si era el momento adecuado para poner las cartas sobre la mesa. Si no era una empresa irrealizable, como casi veinte años antes había confesado a Ben, tan firme en sus propósitos de rebelión.

Quinto lo ayudó a reunir el arsenal, e intercambió con él miradas que valían más que mil discursos. Por último, los dos alcanzaron a los otros cerca de la furgoneta. Mark se sentó en el sitio del conductor y, en la agitación, incluso se olvidó de cerrar la tienda. Por lo demás, pensó, el día siguiente habría sido bastante complicado ofrecer el habitual servicio a sus esporádicos clientes.

Apretada entre Alex y Thierry en la oscuridad del compartimiento posterior, Jenny advirtió por primera vez un sentimiento de peligro concreto, cuando los recuerdos de Sam-en, tan despreocupados y lejanos, se insinuaron entre los pliegues de su conciencia de Gea.

—Tengo miedo —murmuró, pero se estaba hablando a sí misma. La oscuridad escondía las encrespaduras dibujadas en torno a sus ojos frágiles. No estaba lista para todo esto. Tampoco lo estaba Alex, podía jurarlo, el cual trató de consolarla con un abrazo, sin decir nada. Una parte de su ánimo estaba aún en Kar, un presente alternativo seguro, un refugio protegido. Era esa parte de ellos la que tenía miedo.

»Nuestro pueblo, Kar... —dijo Jenny, ahora con la cabeza apoyada en el hombro de Alex—, en este momento me parece haberlo soñado todo. Lo siento tan distante... Es absurdo.

Él le acarició una mejilla, luego cerró los ojos. Trató de no pensar en nada, pero cuanto más se esforzaba por borrar cualquier imagen de la pizarra de su mente, más confusos y fragmentados volvían los recuerdos, y no era posible reconducirlos a un pasado lejano ni a un presente alternativo. Eran ojos hinchados de lágrimas, eran calles, eran personas con la mirada en el cielo, y luego aún sonrisas, guijarros que rebotaban sobre el lecho de un río, páginas de un diario. Era como un caleidoscopio de recuerdos perdidos que intentaba arrastrarlo fuera de allí, mientras el perfume del pelo de Jenny lo devolvía a la realidad. A la fuga. Al miedo.

—Es posible que estemos... —continuó ella, levantando la cabeza—, quiero decir, que estemos también allí... ¿Simultáneamente?

Alex unió las manos bajo el mentón y se apoyó en las yemas de los dedos. No respondió. O quizá lo hizo, dentro de sí, en su más profundo inconsciente. Un lugar cuyas coordenadas exactas conocía Jenny.

Cuando oyó que la furgoneta se arrimaba a la acera, Thierry alzó la cabeza de golpe. Mark y Quinto bajaron, bordearon el vehículo y abrieron la puerta trasera. Mientras tiraba de la cremallera de una mochila que había acomodado cerca de Anna, Mark comentó:

—Ahora escuchadme atentamente, tenemos poco tiempo.

—¿Dónde estamos?

—En un área desierta, el aparcamiento de la tienda de Frey. Son las dos de la mañana. Debemos darnos prisa.

—¿Para hacer qué? —preguntó Anna, mientras el interior del compartimiento se llenaba de la luz de las farolas.

—Armarnos —respondió Quinto.

Mark sacó una caja negra de plástico y la abrió, luego extrajo unos pequeños artilugios color carne, de forma esférica, y los distribuyó a los otros.

—Esta es una patente mía, aunque no pienso ir a depositarla —rio nervioso, mientras se ponía

una de esas bolitas rosa en el oído. Luego encendió una centralita negra redonda, de las dimensiones de un anillo, y la introdujo en un bolsillo de los pantalones—. Haced como yo. Desde este momento estamos todos en contacto. Este chisme es al mismo tiempo auricular y micrófono. Oímos la voz de los otros, y los otros nos oyen a nosotros y todo lo que ocurre en torno a nosotros. La centralita en mi bolsillo gestiona la conexión.

—Deberían hacerte presidente de la Lax —comentó Thierry, maravillado.

Alex se colocó el aparato acústico y alzó las cejas, asombrado, al escuchar levemente diferidas las palabras de Thierry.

—El revestimiento de goma hace que el material se adhiera bien a vuestro oído, y no corra el riesgo de deslizarse. El color, como veis —Mark se volvió y ofreció a los presentes el perfil derecho—, impide que cualquiera distinga al intruso en un primer vistazo. Las frecuencias en las que transmitimos podrían acoplarse con algunas de las utilizadas para las comunicaciones en el interior de la penitenciaría, de eso no estoy seguro. Tendremos que arriesgarnos.

—Y ahora pasemos a las armas. —Quinto tomó la palabra, la voz y la actitud de un soldado—. No puedo daros trastos complicados de cargar y utilizar, por tanto... he aquí una serie de semiautomáticas calibre 45 de la Stormo, una de las marcas adoptadas por los mismos militares de Gea. Todas tienen una centralita electrónica insertada en el cañón, un localizador que Mark y yo hemos modificado de manera que ningún detector pueda señalar su presencia. Ni siquiera el de la penitenciaría.

—Pero yo... —balbuceó Jenny buscando consuelo en la mirada atenta de Alex, mientras Quinto mostraba la pistola—. ¿Qué esperáis que hagamos? No somos militares.

—Pero somos prófugos —respondió el muchacho—. Cualquiera de nosotros puede encontrarse de un momento a otro en una situación de emergencia. Tendremos esta arma en una pistolera debajo de la camiseta, confiando en no tener que sacarla.

Alex asintió, con determinación. Luego, frente al estupor de Jenny, dijo:

—Explícanos cómo se usa.

Quinto sonrió y mostró a sus compañeros la pistola, sujetándola en la mano derecha.

—Esto que veis aquí es el obturador. Tirándolo así —empuñó el arma en la izquierda y empujó hacia atrás el bloque superior—, armáis el seguro. En ese punto la pistola está cargada. Os bastará apretar el gatillo para disparar.

—¿Cuántos tiros tenemos? —preguntó Anna.

—Ocho. Cada cargador tiene ocho cartuchos. Recordad que esta Stormo es una semiautomática. Para disparar los ocho tiros debéis armar el seguro, no basta con que mantengáis apretado el gatillo como se hace con las automáticas. He preferido daros este modelo porque, si tenemos que defendernos, cada tiro es precioso. No podía correr el riesgo de que los desperdiciárais.

Quinto sacó de la mochila seis pistoleras axilares, luego se quitó la camisa exhibiendo su físico esculpido. Mostró cómo ponerse la bandolera e insertó en ella su arma, después esperó a que los otros hicieran lo mismo y volvió a vestirse. Thierry pasó la pistola a Jenny, que respiró hondo y se controló.

—Aquí en las mochilas tenemos más cosas útiles —prosiguió—, entre otras, una metralleta que solo yo puedo usar. Es por este motivo que, si es preciso, seré yo quien os cubra las espaldas. Si nos encontramos en una situación crítica, en el caso de que yo ordene «abajo» deberéis tiraros al suelo inmediatamente.

—Pero nosotros... ¿no entramos? —preguntó Alex mientras acomodaba la Stormo debajo de la camiseta.

—No —respondió Mark—. Nadie debe veros por ahí.

Thierry asintió, mientras Mark desplegaba una tablet interactiva, la encendía y mostraba a los demás el plano de la penitenciaría, indicando un punto preciso.

—Cuando nosotros estemos dentro, llevad la furgoneta hasta aquí.

—¿Qué es?

—La cancela de salida del patio. —Mark se dirigió a Thierry—. A la ida haremos un recorrido controlado. A la vuelta seremos Quinto, yo y un preso que no ve la luz del sol desde hace dieciocho años. No podemos rehacer el recorrido inverso.

—¿Desde el patio es más seguro? —preguntó Anna.

—Como veréis en el plano, cada pabellón de la planta cero tiene un acceso al patio mediante una puerta situada al final de un pasillo. La estructura es la misma en las cinco áreas del pentágono. Por tanto, cualquiera que sea la zona en que tienen a Ian, la salida más rápida es esa.

Jenny observó primero la mirada concentrada de Alex, luego la serena de Quinto, la expresión seria de Anna, los ojos vibrantes de Thierry y los decididos de Mark. Durante una fracción de segundo, su mente volvió a los ilimitados valles de la tierra de Sam-en, al perfume embriagador de la hierba de los campos recién batida por la lluvia y a la puesta del sol tras los relieves que delimitaban el confín entre Kar y Garen. Mientras Quinto cerraba una de las mochilas, Alex la cogió de la mano. Advirtió su nerviosismo y se volvió para mirarla a los ojos. «Estamos juntos, cualquier cosa que suceda estamos juntos», le dijo con el pensamiento, y la energía pura de su espíritu la envolvió como un cálido abrazo.

—Es hora de marcharnos —sentenció Mark—. Vamos a plantar la primera semilla de esta revuelta.

Capítulo 29

Mark aparcó la furgoneta en un pequeño recinto frente a la entrada del ala oeste de la penitenciaría de Marina, separado de la acera por una fila de árboles. Eran las dos y media de la mañana y el aire se había vuelto denso. Desde el punto en que se habían detenido, se vislumbraban a lo lejos algunos centinelas situados en los tejados del complejo, un vasto edificio de forma pentagonal, con un amplio patio en el centro. Los guardias que vigilaban los caminos de ronda se movían con paso lento, las metralletas entre las manos, vestían un uniforme oscuro, con algo brillante a la altura del cinturón.

Mark, que había permanecido en silencio durante el último trayecto, probó el auricular para comunicarse con los otros, encerrados en el compartimiento de carga.

—Listos. ¿Me oís todos bien?

—Sí —respondieron a coro.

Quinto abrió la puerta trasera, una ráfaga gélida embistió a los otros en el interior. Se abotonó la camisa hasta el cuello, luego sacó una chaqueta negra y elegante de una de las bolsas y se la puso. Mark los alcanzó e hizo lo mismo.

—¿Tú eres Semel... o Matt? —Thierry se dirigió a su amigo, que se estaba acomodando la cola de caballo, y los recuerdos se rebobinaron por un instante, volviendo al día en que los dos se habían estrechado la mano, decididos finalmente a desenmascarar el fantasmal programa del Bienestar y dar vida a un despertar de la conciencia colectiva. Aquel propósito ahora se hacía realidad. Habían superado el punto de no retorno.

—Semel —respondió Mark, con los ojos encendidos, dispuestos para la acción, mientras pasaba las llaves de la furgoneta al doctor—. Ten.

—Prestad atención.

Mark y Quinto se alejaron, el paso lento y el corazón acelerado, dirigidos hacia la garita sobre la derecha de la cancela, vigilada por dos centinelas. A sus espaldas se oyó el ruido del motor de la furgoneta, de nuevo en movimiento. Intercambiaron una señal de aprobación mientras cruzaban la calle. Cuando estuvieron a pocos pasos de la garita, uno de los dos guardias salió, sujetando con fuerza la metralleta entre las manos. Se dirigió a los dos desconocidos mientras en toda la zona reinaba un silencio espectral.

—Identificación —dijo, con voz ronca, después de lo cual tosió. Era un hombre canoso, en la cincuentena, con las venas del cuello tensas como la cuerda de un arco, el pecho hinchado bajo un jersey oscuro.

—Por favor. —Mark alzó el brazo derecho e introdujo el índice en un pequeño artilugio tubular que el hombre tenía en la mano, provisto de una pantalla sobre la parte superior que ofrecía en tiempo real el perfil del sujeto.

—Doctor Semel P956354F... —El centinela leyó en voz alta.

—Y este es mi asistente, el doctor Matt —respondió Mark mientras un soplo de viento helado se colaba en el cuello de la chaqueta.

Quinto tendió la mano y el guardia verificó, mientras su colega salía de la garita y se acercaba:

—Doctor... Matt K638842S. ¿Para qué venís a estas horas de la noche?

—Venimos de Horus, tenemos un encargo de la Comisión Médica —respondió Mark, con tono frío, distante.

—Salimos del turno de trabajo —añadió Quinto.

El centinela de pelo canoso no parpadeó, mientras el colega más joven frunció el ceño.

—¿Con quién tenéis cita? —preguntó el veterano.

—Estamos recorriendo todas las penitenciarías. Verificación de las condiciones clínicas de los detenidos con pena capital. —Mark extrajo un folio doblado en cuatro de un bolsillo de los pantalones y lo mostró a los guardias.

El soldado mayor leyó con atención y devolvió el papel a Mark.

—Acompáñalos dentro —dijo al más joven, que obedeció y los escoltó más allá de la cancela, antes de pasar el índice sobre una placa y hacer correr la reja.

Estaban dentro.

El soldado los condujo a través de un portal, mientras la cancela se cerraba a sus espaldas. Ni Quinto ni Mark dijeron una palabra, seguros de que Thierry y los otros habían escuchado el intercambio de frases con los guardias a través de los auriculares dentro de la furgoneta.

Al final de la caminata que bordeaba el perímetro de la penitenciaría, otro soldado de corpulencia imponente y mandíbula pronunciada fue a su encuentro. Habló durante algunos segundos con el centinela que los había acompañado hasta allí, luego se dirigió a Mark.

—Yo os escoltaré al interior —dijo, ofreciéndoles una mirada glacial—. Entremos por aquella puerta, venid conmigo.

Mark y Quinto lo siguieron por un amplio pasillo, de paredes de más de tres metros de altura, con anchas ventanas sobre el lado derecho que llegaban a rozar el techo y se asomaban al patio interior. Sobre su izquierda, una serie de despachos, con las puertas cerradas. En la cárcel reinaba la quietud. A aquella hora los detenidos debían de estar todos acostados en sus respectivos camastros, y perturbar el silencio contraviniendo la rigurosa disciplina, allí, no era una buena idea.

El soldado pasó frente al único despacho iluminado desde el interior, lo superó y alcanzó el final del pasillo. Se detuvo delante de una fila de ascensores. Cuando entraron en uno, Mark levantó levemente las cejas al constatar la notable amplitud del hueco, que en el plano visualizado en el panel no parecía tan grande. Podía entrar sin problemas su furgoneta. Era probable que estos gigantescos montacargas fueran usados para trasladar a secciones enteras de detenidos en bloque. Por otra parte, como había tenido ocasión de ver en el plano, la mayoría de los prisioneros estaban ubicados en las plantas subterráneas, donde los túneles se entrelazaban en una especie de laberíntica parrilla de corredores.

El guardia rozó el dedo sobre una placa metálica que enmarcaba una pequeña pantalla, sobre la cual apareció el planito digital de la penitenciaría. Luego seleccionó un sector, y el ascensor empezó a moverse. El soldado permaneció en silencio, con las manos detrás de la espalda y la mirada en alto, mientras Quinto sentía que la cabina no se movía solo verticalmente, sino también horizontalmente, como si estuviera dibujando una especie de desplazamiento en zigzag en el interior de la estructura de la cárcel. Mark se volvió solo una vez hacia él, con la mirada cargada de tensión. Ninguno de ellos había hecho nunca nada similar. Un solo, minúsculo error, y nunca saldrían de aquel sitio.

—Ahora os conduciré donde se encuentra el agente de guardia del pabellón C, nivel E2. El nivel E comprende a todos los detenidos que han sido condenados a cadena perpetua, el número dos indica los reclusos en aislamiento.

—Sí, señor —respondió Mark, con un exceso de respeto que sonó forzado. El guardia no replicó, y abrió camino por un pasillo estrecho que conducía a un pequeño despacho protegido por un vidrio sucio. El aire, en aquella ala de la penitenciaría, estaba impregnado por un fuerte olor a amoníaco que penetraba en las narices y quemaba en su interior.

El soldado dijo algunas palabras a través de una ranura en el vidrio, luego se despidió y retomó el pasillo en sentido opuesto, deteniéndose en las proximidades de un ascensor. Mark y Quinto se encontraron ante la cabina del agente de guardia, un hombre obeso con el rostro sudado y morado, que los observó con desconfianza durante un momento y luego se alzó, a duras penas, y abrió una puerta lateral.

—Mostradme la orden —dijo, gangoso y silabeando mal las palabras.

Mark sacó nuevamente el documento y lo tendió al responsable del pabellón, mientras Quinto respiraba hondo.

—No he recibido ninguna comunicación sobre esta visita —dijo el hombre.

Quinto lanzó una mirada a Mark y, sin mover una ceja, comunicó toda su agitación. El que tenían enfrente podía ser uno de los tantos empleados de escasas capacidades intelectuales que la sociedad de Gea relegaba a puestos en que el trabajo rutinario solo habría requerido el acatamiento de pocas reglas fundamentales. Personajes de este tipo conducían camiones, gestionaban archivos y vigilaban los edificios. Adiestrados para señalar anomalías, eran bastante eficaces. O simplemente se trataba de un guardia de físico no ejemplar, pero sobremanera escrupuloso, y sin duda molesto de tener huéspedes.

—Estamos visitando todas las penitenciarías de Gea, según la directiva de la Comisión Médica de Horus —Mark prosiguió según el guion.

El guardia volvió a sentarse frente al panel, repiqueteó con los índices sobre un teclado y sacudió la cabeza. Por último, salió de nuevo del pequeño despacho.

—No puedo dejaros pasar —dijo, monocorde.

Quinto se adelantó un paso, con ademán amenazante. Luego se contuvo.

—Hemos venido expresamente desde Horus.

—Tenemos una orden específica —añadió Mark.

—Señores, aquí rige el nivel de protección E2. No me basta la orden. Debo recibir personalmente una comunicación a través de Texto, enviada por su superior de la Comisión Médica y autenticada por medio del sistema Código. Mientras no me llegue este tipo de comunicación, tendréis que seguirme a la sala de espera y aguardar...

El agente apartó a Quinto y abrió paso hasta una puerta acristalada pocos metros más allá. Lo siguieron hasta dentro de una pequeña habitación con una mesa en el centro y cuatro sillas en torno. Sobre una repisa de madera había un micrófono, junto a él un dispositivo de audio que Mark conocía bien, perteneciente a la Lax.

—Haré de inmediato las debidas verificaciones. —El responsable del pabellón C cerró con llave la puerta acristalada y se alejó, seguido por el guardia que los había conducido hasta allí.

—Maldición —susurró Mark.

Quinto se sentó y plantó los codos sobre la mesa, con la cabeza apoyada en los nudillos.

La voz de Thierry resonó en el auricular.

—Lo hemos oído todo. ¿Podemos falsificar esta autorización?

—No —respondió en voz baja Mark mientras echaba un vistazo más allá de los ventanales y vislumbraba a los dos guardias conversando—. Podría dictarte el documento, pero el sistema Código es inatacable. Verifica con extrema fiabilidad la proveniencia de la comunicación. Y no podemos modificarlo a distancia con una simple tablet interactiva.

—¡Qué mala pata! —dijo Quinto, con la mirada baja sobre la mesa.

—Estáis en grave peligro —dijo Anna, sentada en el compartimiento de carga cerca de la puerta entornada—. Debéis salir a toda costa de allí...

Alex y Jenny se miraron a la cara por algunos instantes. En silencio, con los ojos cargados de ansiedad, conscientes del hecho de que si la misión fracasaba ya no tendrían manera de sacar a su amigo de la celda en la que estaba encerrado desde hacía dieciocho años.

Portal. Puerta. Pasillo. Ascensores. Pabellón C. Nivel E2.

Fue un momento. Nadie supo nunca qué se dijeron con el pensamiento en aquellos instantes de palpable tensión emotiva. Con un salto, Jenny brincó fuera de la furgoneta y empezó a correr como loca a lo largo del perímetro exterior de la cárcel. Alex saltó y la siguió.

—No. ¡No! —gritó Anna desde el interior del compartimiento.

Encerrado en la salita, Quinto se puso repentinamente de pie.

—¿Qué sucede?

—Alex y Jenny han salido de la furgoneta —respondió Thierry mientras descendía del vehículo junto a Anna—, ¡y están corriendo hacia la entrada de la cárcel!

—Detenedlos de inmediato —ordenó Mark volviéndose y dando la espalda al ventanal—. ¡Los

matarán!

Thierry brincó hacia delante, pero Anna le aferró un brazo y lo detuvo.

—Tú no. Si te cogen, no tienes armas con las que defenderte.

El doctor se quedó con los ojos clavados en los de Anna durante algunos segundos y se preguntó de qué estaba hablando la mujer. Luego comprendió. No se refería a las armas de fuego. Se refería a una posibilidad que él no había heredado. Asintió a su pesar, cerró la puerta y respondió:

—Sube, alcancémoslos con la furgoneta.

Anna montó en el vehículo y Thierry encendió el motor.

—Debemos hacer algo —dijo Quinto.

—¿Pero qué? No podemos salir de esta habitación, nos han encerrado.

Mark miró a su alrededor y sus ojos encontraron la desnudez de la salita. Sin ventanas, sin librerías o cajoneras, con una sola repisa que alojaba el sistema de audio, y una mesa despejada.

—Estos son vidrios antibalas —comentó Quinto—, ni siquiera podemos usar las armas. Maldición, si los cogen es culpa nuestra.

—Ya lo había probado.

—¿Qué?

—Ese maldito documento. Ya había hecho una prueba, en las cárceles de Sirio, hace un par de meses. ¡Nadie me ha pedido esa condenada autorización! He visitado a un detenido, fingido controlarle la presión arterial y los reflejos. Una banalísima visita médica. Luego me he marchado, tal como he entrado. Con el arma no detectada en la pistolera axilar y el perfil falso en la silicona en el dedo. Debía funcionar.

—Cómo coño salimos de aquí... —susurró el joven mientras miraba a su alrededor. Más allá de los vidrios, a lo lejos, el agente de guardia y el soldado que los había escoltado hasta aquel nivel seguían hablando entre ellos.

De pronto Mark dijo algo para sus adentros, luego sacó un pequeño objeto del bolsillo posterior de los pantalones y se acercó al micrófono.

—¿Qué haces?

—Improviso.

Sobre la repisa junto al altavoz había un dispositivo rectangular gris, de pocos centímetros de altura, con el logo de la Lax en relieve en la parte superior. Mark cogió entre los dedos el microchip externo que tenía consigo y lo metió en una entrada sobre el costado del artilugio. Una pantalla rectangular se iluminó sobre el aparato.

—Por suerte siempre lo llevo conmigo. —Mark apretó unas teclas sobre la derecha de la pequeña pantalla.

—¿Qué?

—El archivo. Esto es un sintetizador digital P21 de la Lax, lo he probado y usado decenas de veces cuando trabajaba para ellos. Lee cualquier tipo de formato audio, desde una simple onda bruta hasta los documentos incluidos.

—¿Para qué sirve?

—Para la difusión de anuncios a través del sistema de audio de la penitenciaría.

Quinto dio un paso hacia delante, una mueca astuta se pintó en su rostro.

—Me estás diciendo que quieres...

—Debo distraer su atención de algún modo. Arma la pistola —ordenó Mark, con los ojos encendidos— y disponte a defender la posición. Empieza la fiesta.

Cuando la furgoneta de Thierry dobló por la calle principal y alcanzó la cancela por la que habían entrado Mark y Quinto, Anna abrió desmesuradamente los ojos, incrédula. La garita estaba vacía, y los dos guardias estaban caminando el uno hacia el otro, por el bordillo de la

acera, con las pistolas apuntadas contra sus respectivos cráneos.

—Qué significa... —dijo Anna, antes de que los dos hicieran fuego en el mismo momento y se desplomaran en el suelo. El ruido del disparo fue sordo, acolchado, pues se trataba de pistolas con silenciador.

—Oh, joder —susurró Thierry, con una mezcla de euforia y preocupación—. Han sido los muchachos, ¿verdad?

—Creo que sí —respondió Anna.

Más allá de la cancela, Alex y Jenny estaban recorriendo el gélido y desierto portal a paso acelerado, mirando continuamente a su alrededor. Recordando la conversación que habían oído un cuarto de hora antes, durante la cual se habían imaginado todo el recorrido de Mark y Quinto en el interior de la cárcel, siguieron el camino que les sugería su instinto. En los ojos aún tenían los rostros atontados de los dos guardias, impotentes ante su mirada capaz de penetrar entre los oscuros pasillos de la memoria y excavar hasta desarraigar su seguridad. Y aquella frase, *tu compañero es un traidor*, que en el transcurso de pocos instantes Alex y Jenny habían hecho viajar por las sinapsis de los centinelas, tomando posesión de su conciencia por un momento de manera que al cerebro llegara nítida e ineluctable la orden de eliminarse el uno al otro. El error de los dos soldados había sido prestarles atención. Conceder esos pocos instantes fatales. Por una fracción de segundo, mientras superaba la cancela, Jenny tuvo una especie de *déjà-vù*. O quizá se trataba de un recuerdo de aquella vida que emergía del olvido. Vio a un hombre, en el interior de un ascensor. Alguien que había tratado de detener su fuga, muchos años antes. Alguien cuya salud mental también lo había traicionado.

—La puerta —dijo Alex—. Es esta. Han pasado por aquí.

—Entremos. —Jenny sacó la Stormo de la pistolera axilar y la cargó. Luego intercambió una mirada de complicidad con Alex, que se armó a su vez—. Dentro no estaremos solos.

Alex desembocó en el largo corredor de ventanales amplios y las altísimas paredes y miró a su alrededor, con la pistola bien firme entre las manos. Jenny, detrás de él, susurró:

—Allá.

Dos guardias estaban viniendo hacia ellos, desde el fondo del pasillo. Caminaban a paso lento.

—Debemos llegar a los ascensores —dijo en voz baja Alex—. Pero hemos de lograrlo a la primera.

Jenny se mordió el labio.

—Por aquí no podemos pasar, maldición. Thierry, ¿nos oyes?

—Muchachos —la voz del doctor grznó en el auricular—, salid de ahí, si os localizan...

—Ya estamos dentro. Dime si hay otros ascensores además de los que están al final del pasillo que han recorrido Mark y Quinto.

Thierry comprobó el plano y respondió:

—No. Por fuerza tenéis que llegar al fondo si queréis bajar. Regresad de inmediato. Es demasiado peligroso.

—Ni en sueños —respondió Alex, con un hilo de voz casi imperceptible.

Jenny calló. Intentó en vano encontrar una solución, pero el único camino posible era renunciar. Difícilmente otros militares les habrían concedido el tiempo de dejarse someter entre aquellos muros.

Cuando los guardias estuvieron a una decena de metros de la entrada de la pared detrás de la cual estaban escondidos, ocurrió lo imprevisto.

Empezó con unas notas de piano acompañadas por violines, en una suave armonía que empezó a difundirse por cada rincón de la penitenciaría de Marina, llegando hasta los techos, en los cuales había cinco altavoces, uno por pabellón.

Thierry y Anna, agazapados en la furgoneta, se miraron, asombrados. Mientras una delicada voz masculina empezaba a cantar, los soldados que caminaban hacia Alex y Jenny primero

fruncieron el ceño, luego se volvieron y corrieron hacia el único despacho con el ventanal iluminado y entraron.

—Cómo es posible... —dijo Alex, con los ojos esperanzados, mientras aquella canción lo hacía retroceder toda una vida. Estaba seguro de conocer aquellas notas, custodiadas en alguna parte de los recovecos de su memoria.

—No lo sé —musitó Jenny—. Pero es el momento de correr.

En aquel instante, el viejo Ian abrió los ojos en la oscuridad de la celda de aislamiento mientras su memoria volvía atrás en el tiempo en busca de aquella encantadora melodía. No fue el único. Toda la penitenciaría de Marina se despertó. Muchos detenidos se asomaron entre los barrotes de su celda, con los rostros agradablemente desconcertados por un acontecimiento único en la historia de aquella prisión.

Mientras tanto, en el nivel E2, el guardia, fastidiado, y su colega musculoso se precipitaron a la salita de espera.

—¿Cómo coño os habéis atrevido a usar el sintetizador? —gritó el energúmeno más allá de los ventanales mientras el otro desbloqueaba el seguro de la puerta. Mark y Quinto estaban apostados más allá de la mesa, de rodillas detrás de los respaldos de un par de sillas, con las armas preparadas para el enfrentamiento.

En cuanto los guardias estuvieron dentro, Quinto salió y abrió fuego. Mark alargó un brazo más allá del respaldo, se asomó y disparó a su vez. El guardia de físico achaparrado se desplomó sobre sus rodillas, con un agujero en el pecho, mientras que el otro, con un salto hacia su izquierda, evitó los proyectiles y rodó de lado. Apenas estuvo de nuevo sobre sus rodillas, respondió al fuego apuntando a Quinto, que se echó a tierra. Mientras el soldado dirigía el arma contra el suelo para liquidarlo, Mark volcó con una patada la mesa contra él, luego cargó la semiautomática y volvió a disparar, abriendo una grieta en la madera. Se oyó un ruido seguido por un instante de irreal silencio. Cuando Mark apartó la mesa, el guardia estaba boca arriba en el suelo con el rostro empapado de sangre y los ojos desorbitados.

—¡Vámonos de aquí! —gritó a Quinto.

Después de haber cruzado a la carrera todo el pasillo para alcanzar los ascensores, Alex y Jenny se detuvieron de golpe. No dos, sino seis guardias salieron del despacho iluminado a pocos pasos de ellos. Los uniformes de color azul oscuro, centelleantes a la altura del cinturón debido a una placa dorada en el centro, las pistolas bien firmes entre las manos y el paso rápido.

La sangre se congeló en las venas de los muchachos, mientras los soldados avanzaban armados y la voz cristalina del cantante se exhibía en un sublime agudo.

—Tirad inmediatamente las armas —ordenó uno de los hombres.

En aquel momento, adelantándose a su esperado regreso de Oriente, Dana llegó a la habitación 129 de la duodécima planta de Synaptica.

Y la vio vacía.

En cuanto se dio cuenta de lo que había sucedido, la mujer salió de la habitación de Alex y Jenny y se precipitó al fondo del oscuro pasillo. Pasó el dedo índice sobre un aparato plastificado iluminado por un led rojo y una voz graznó desde el interior de un dispositivo de audio:

—Seguridad.

—Soy Dana. La habitación 129 está vacía. Que alguien me explique qué ha ocurrido.

—Directora... ¿no la han informado? Una evasión. Hemos encontrado a cuatro agentes de las escuadras Wusk en los sótanos. Uno parece como drogado, no responde a las preguntas. Tres de ellos han perdido la vista, dicen que no han conseguido...

—Llamad a Thierry. De inmediato.

—Directora... parece que Thierry está con ellos. El encargado del almacén ha visto escapar al doctor junto a una mujer pelirroja y dos pacientes en bata.

Dana se quedó petrificada, con los ojos fijos en la pared de enfrente, mientras en torno reinaba el silencio.

—Cómo es posible —dijo, y no sonaba como una pregunta.

—Estamos consternados, la rotación de una escuadra nueva ha creado problemas internos, nosotros, los de la Fénix, estábamos en las plantas superiores cuando ocurrió todo y...

Dana se alejó sin escuchar una palabra más. El ruido de los tacones resonó en toda la duodécima planta mientras la mujer alcanzaba a paso rápido los ascensores, con el rostro tenso, los labios prietos y los ojos encendidos de cólera. Durante el descenso a la planta cero, como le ocurría a menudo, entornó los párpados y trató de recomponerse y contener la rabia refugiándose en un instante de meditación. El episodio le sobrevino espontáneamente, tenía los colores centelleantes de la juventud y el aspecto exaltante de un nuevo descubrimiento.

Era la primera vez que su padre la llevaba a ver los frutos de años de intenso trabajo, en el interior de un complejo del que era creador y director, si bien ninguno de estos papeles figuraba en ningún documento oficial. Ella estaba a punto de cumplir veintisiete años, pero aún tenía la mirada astuta y curiosa de una niña que desde hacía mucho tiempo seguía a su padre como una sombra, incluso cuando le era expresamente prohibido. Incluso cuando esto le costaba castigos corporales, o bien —y esto quizás era todavía peor— la indiferencia del hombre. En aquel recuerdo estaba también Thierry, pero era quince años más joven y aún no llevaba las gafas ni los densos bigotes grises. Se inclinó torpemente ante su padre, en señal de total reverencia, luego la saludó también a ella y salió por un amplio pasillo de paredes plateadas. Al final había una ancha puerta corredera.

De repente el recuerdo saltaba hacia delante, como si en su memoria faltaran partes de aquel trayecto. Ahora se encontraba sentada en un silloncito azul, en el centro de lo que parecían gradas de un palacete. Su padre y Thierry confabulaban a lo lejos, apoyados en la barandilla de un camino de ronda semicircular, con la mirada dirigida hacia la amplia sala debajo de ellos. Ella apoyó los pies sobre el asiento de enfrente, levantó las rodillas y hundió los codos. Luego observó. A unos veinte metros de ella, debajo de la pequeña tribuna, un grupo formado por al menos ciento cincuenta muchachos estaba de rodillas, de espaldas, con la cabeza levantada hacia una megapantalla. Los brazos tensos en los costados, la espalda recta, ni una palabra, ni una tos. Sobre el enorme panel tomó forma un rostro humano estilizado. Los contornos de una cara, apenas esbozados de manera tosca. La nariz y la boca eran dos signos casi imperceptibles. Ni rastro de los ojos.

Otro salto hacia delante. Quizás una hora más tarde.

—¿Cuánto han permanecido en esa posición? —preguntó Dana mientras volvía a casa con Ivan a bordo de un coche con un reservado que dejaba fuera al chófer de sus conversaciones.

—Al menos tres horas —respondía su padre, con la tablet interactiva entre las manos, los ojos concentrados en leer una comunicación privada. El rostro duro como la piedra, los ojos impenetrables. La barba descuidada e hirsuta, como a veces solía usar.

—Esto reforzará su disciplina —comentó ella, en el intento de despertar la atención de su padre sobre lo ocurrido.

—Nadie ha pedido tu opinión, Dana. Y ahora, hazme el favor de permanecer en silencio. Tengo mensajes que leer.

El ascensor llegó a la planta baja y el ruido de la puerta corredera devolvió a la directora de Synaptica a la realidad.

Se acomodó el cuello de la chaqueta y caminó a toda prisa hacia el mostrador de recepción, una media luna detrás de la cual dos muchachas en la treintena estaban tecleando algo sobre un par de paneles Darren.

—Directora —dijo una de las dos—. ¿Podemos ayudarla?

—Nadie me ha comunicado lo que ha ocurrido en los sótanos esta tarde. —La voz de Dana se

mantuvo en un tono moderado, sin dejar traslucir la más mínima irritación—. Estaba de vuelta de Oriente y no he sabido nada hasta que he entrado en aquella habitación.

Las muchachas se miraron por un instante, incómodas.

—¿Tenéis una explicación? —insistió ella, y esbozó una falsa sonrisa.

—En realidad... creíamos que era tarea de seguridad, no pensábamos que...

—Coged vuestras cosas —dijo Dana, antes de darles la espalda y dejar el complejo—, fuera de mi vista.

Capítulo 30

—Thierry, ¿has oído? —dijo Mark, con un nudo en la garganta, mientras recorría el pasillo del nivel E2, seguido por Quinto—. ¡Los han cogido, maldición!

La voz del hombre resonó fastidiosa en los auriculares de Thierry y Anna, apostados en la furgoneta fuera de la penitenciaría de Marina.

—Entraré yo —respondió la doctora, y buscó en Thierry una mirada de aprobación que no llegó.

—¿Quieres que nos maten a todos? —le gritó él.

La mujer bajó del vehículo mientras la melodía continuaba haciendo las delicias de los oídos de los detenidos, alarmados ahora por una fortísima sirena.

—Han dado la alarma —espetó Quinto mientras Mark subía al ascensor—. Estamos jodidos.

—Thierry, hay unas bombas de mano en las bolsas —dijo Mark—. ¡Líbrate de los guardias en los tejados!

Mientras Anna desaparecía tras la cancela de entrada, pistola en mano, el doctor bajó del vehículo, abrió la puerta trasera y cogió una de las mochilas, luego la cerró y la llevó consigo. Sentado entre dos árboles, mientras en los tejados los guardias empezaban a moverse con frenesí, sacó un puñado de bombas de mano y se dispuso a la acción.

«Son demasiados», pensó Jenny mientras un soldado avanzaba separándose del grupo. Alex y ella se inclinaron lentamente para apoyar las armas en el suelo.

—Vosotros —dijo el hombre, con la pistola apuntada hacia Jenny—, sois los pacientes fugados de Synaptica. Los que están buscando.

Los pensamientos de los muchachos se entrelazaron por un instante y se comunicaron algo, luego Alex se levantó manteniendo la pistola bien apretada entre los dedos y pasó el brazo más allá del cuello de Jenny, atrayéndola hacia sí como un rehén.

—Bravo —gritó, apuntando la pistola a la sien de la muchacha mientras el corazón le explotaba en el pecho—, nos habéis reconocido.

—¿Qué crees que estás haciendo? —soltó otro de los soldados.

—Bajad las armas o le disparo. Juro que la mato. Y responderéis ante Dana de este error. Personalmente.

Los hombres se quedaron quietos por unos instantes, mientras Jenny empezó a sudar frío. Con los ojos aterrorizados, si bien había sido ella misma quien había sugerido este movimiento a Alex. El farol se sostenía sobre una única hipótesis: que la orden de Dana fuera capturarlos vivos a toda costa. Los guardias permanecieron inmóviles, con los ojos despiadados, luego uno de ellos asintió con la cabeza y empezaron todos a tirar las armas al suelo.

Fue en aquel momento que las siluetas de Quinto y Mark aparecieron más allá de un muro y permanecieron inmóviles frente a aquella absurda escena. Quinto empezó a correr hacia el grupo de soldados y su grito de rabia resonó en todo el pasillo junto con el ulular de la sirena. Saltó con gran agilidad y aterrizó dando una patada en la espalda de un militar, echándolo al suelo y dejándolo sin aliento. Los otros se volvieron de golpe y uno gritó:

—¡Es una trampa, abrid fuego!

En el transcurso de pocos y agitados segundos, Alex y Jenny desfundaron la puerta de un despacho con las luces apagadas y se refugiaron en el interior. Mark golpeó en el tórax a un guardia, mientras Quinto cogió entre las manos la cabeza de un soldado y la hizo girar hasta romperle el hueso del cuello. Los otros agentes recuperaron las armas y respondieron al fuego, obligando a Quinto a extraer la Stormo y defenderse, retrocediendo.

Otros dos guardias cayeron, con los cuerpos amontonados el uno sobre el otro. Mark se atrincheró detrás de la puerta abierta de un despacho, mientras Quinto se quedó de repente sin balas, totalmente expuesto a otro soldado que le apuntaba con la pistola.

—Muere. —El hombre, rapado, de anchas espaldas y de un físico robusto, amagó apretar el

gatillo y dispararle en el pecho. En aquel instante, a sus espaldas, Jenny salió, apuntó el arma y cerró los ojos. El disparo que salió del cañón de su pistola fue de extrema precisión y dio en la nuca del soldado.

El único guardia restante, desarmado, intentó una imposible fuga, y fue Mark quien le disparó a distancia con el último de los proyectiles disponibles en su cargador.

—¡Alex! ¡Jenny! —El grito de Anna llegaba desde el fondo del largo corredor, mientras Mark y Quinto se reunían a pocos pasos de los cadáveres de los guardias.

—Anna... —Alex salió del despacho y la vio, pero en aquel instante un pelotón formado por una decena de soldados tomó forma a espaldas de la mujer—. ¡No!

—¡Vienen más! ¡Escapemos! —aulló Mark, y cogió de un brazo a Jenny.

—¡No podemos dejarla ahí! —Quinto recogió un arma del suelo y dio algunos pasos hacia delante. Trató de apuntar hacia la indistinta masa de agentes a espaldas de Anna y abrió fuego. Estos respondieron disparando en su dirección.

Anna se encontró en medio. Y cayó.

—¡No! —gritó Quinto con todas sus fuerzas, luego retrocedió hasta huir junto a los otros.

Entraron a la carrera en el único ascensor de la planta cero. Cuando estuvieron dentro, Mark seleccionó el nivel E2.

—La han alcanzado —dijo Alex, con el rostro transformado en una máscara de terror—. Le han dado.

Jenny se estrechó en sus brazos y estalló en lágrimas.

—Es culpa mía. —Quinto bajó la mirada, conmovido.

—¡No digas tonterías! —Mark lo cogió por los hombros—. ¡Saquemos de aquí a Ian y marchémonos, o ninguno de nosotros saldrá vivo de este sitio!

El ascensor redujo la velocidad hasta detenerse, la puerta corredera se abrió y los cuatro corrieron por el sótano más bajo del pabellón C, más allá del pequeño despacho del agente de vigilancia, al otro lado de la salita donde yacían los cuerpos sin vida de los dos guardias. Hasta la única celda alojada en aquel nivel de la cárcel. Mark fue el último en llegar, después de sustraer de los bolsillos del guardia obeso una tarjeta magnética y después de haber recuperado el microchip con el archivo de audio del sintetizador Lax.

Cuando estuvo frente a la pesada puerta de acero de la celda de aislamiento, introdujo la ficha en una ranura en el centro de una placa metálica empotrada. Esperó un par de interminables segundos y se secó el sudor de la frente con la manga de la chaqueta. La puerta se desbloqueó.

En este punto Mark retrocedió un paso y fueron Alex y Jenny quienes la abrieron.

Él empujó la puerta con ambas manos. Ella estuvo a su lado, con el corazón palpitante. Sus ojos penetraron en la oscuridad y enfocaron lentamente la imagen de un anciano con una bata blanca, sentado en un camastro, con la mirada baja, las mejillas hundidas y las manos arrugadas apoyadas sobre las rodillas.

Ian se volvió despacio, y cuando encontró los ojos de Alex y Jenny sonrió, como si no estuviera en absoluto sorprendido de verlos.

Ánimo, muchachos. Salgamos de esta jaula.

Su voz resonó entre las paredes del cráneo, haciendo eco y girando en un remolino infinito. Aquella frase estaba a una eternidad de distancia. Pero no importaba. Ahora era él quien se encontraba en la jaula. Y eran ellos los que lo sacaban.

En su mirada había una emoción imposible de explicar, en la expresión del rostro reinaba el sufrimiento convertido en hábito, la esperanza convertida en resignación. Pero, desde hacía algunas horas, había también una nueva conciencia. El puente era sólido, las cartas aún por jugar. A condición de salir vivos de aquel sitio.

La preparación psicofísica con que había afrontado la larga prisión estaba finalmente al servicio de la fuga. Se alzó, fue al encuentro de Alex y Jenny, que lo observaban, conmovidos, y

descubrían a cada instante el aspecto de un hombre de ochenta y ocho años, esmirriado, con el rostro marcado por profundos surcos y los ojos astutos de un muchacho.

—No tenemos tiempo —le dijo Alex, pero en aquel fugaz intercambio de miradas el tiempo era un huésped desconocido. Su relación no tenía límites, su amistad superaba las barreras.

Salieron de allí y siguieron todos a Mark, el único que conocía el camino desde aquel punto en adelante.

—Estamos por desembocar en el patio —dijo Mark, agitado, mientras corría por el corredor y subía por una estrecha escalera—. ¿Me oyes, Thierry?

—Te oigo —respondió el doctor, agazapado entre dos árboles del lado opuesto, cerca de la cancela principal.

—¿Dónde te encuentras?

—Lado oeste, donde os he dejado.

—¡Tira las bombas sobre el tejado desde esa posición! Atraerán a los centinelas. Luego salta a la furgoneta y sitúate sobre el lado este.

—De acuerdo.

Thierry se levantó y se puso manos a la obra. Desenganchó una tras otra cuatro bombas de mano y las arrojó sobre el tejado del complejo con toda la fuerza que su brazo derecho le permitía.

Golpeó e hizo caer a un par de agentes, mientras otros corrían en dirección a la nube de humo que se había creado. Luego montó en la furgoneta y partió a toda velocidad. Entretanto la sirena seguía retumbando en todo el barrio.

Encima de la escalera, Mark dio una patada a una puerta de metal y esta se abrió sobre el amplio espacio donde los detenidos pasaban la hora de patio cada tarde. Los detenidos afortunados, naturalmente. Ian alzó por un instante los ojos al cielo y encontró la media cara asombrada de la luna, reina del firmamento. Alex y Jenny lo cogieron de la mano y juntos se colocaron detrás de Mark y Quinto mientras recorrían el perímetro del patio bordeando las paredes del ala norte. Desde el otro lado de la explanada aparecieron dos agentes.

—¡Mark! —gritó Quinto, y señaló a su amigo a los guardias que estaban corriendo hacia ellos.

—¡Todos al suelo! —aulló Mark—. ¡Alex, pásame tu pistola!

Alex obedeció, lanzó la Stormo hacia el hombre, que la aferró, cargó el primer disparo y tiró en dirección a los dos militares. Estos se echaron al suelo y rodaron sobre un costado, mientras Quinto corría detrás de un pequeño almacén en el centro del patio y lo bordeaba. En una de las paredes estaba apoyado un palo. El muchacho lo aferró, y sin perder un instante se lanzó hacia los soldados, cogiéndolos por la espalda. El resto del grupo se levantó y volvió a correr hacia la cancela de salida, mientras Quinto impartía una lección a los soldados sobre el uso del palo. Tiró al suelo al primero con dos rápidos golpes asestados debajo del mentón. El segundo no tuvo tiempo de coger la pistola cuando esta voló por los aires, antes de que la madera se le clavara en el estómago y le hiciera esputar un chorro de sangre.

Un guardia apostado en los tejados comenzó a disparar a gran distancia, pero el grupo ya se había refugiado en el portal frente a la cancela de salida. Quinto alcanzó a los otros y se agazapó tras una pared.

—¿Cómo la abrimos? —preguntó Alex, afanoso.

Mark respondió con una mueca, luego dijo mirando a la cancela:

—Thierry, ¿me oyes?

—Estoy en la furgoneta. ¿Dónde estáis?

—En la cancela. Es hora de que vengas a buscarnos.

—A sus órdenes.

El doctor dibujó una curva con la furgoneta y se situó a espaldas de la cancela. Luego puso la marcha atrás y apretó a fondo el pedal, con los ojos fijos en los espejos retrovisores.

Los cinco retrocedieron de inmediato cuando vieron la silueta de la furgoneta viniendo a toda velocidad hacia la cancela, mientras la puerta trasera impactó contra la reja y la desfondó en un instante.

—¡Subid, vamos! —gritó Mark, mientras desde el patio llegaban los gritos y los disparos de otro grupo de soldados armados con pistolas y metralletas.

Thierry bajó del vehículo y abrió a toda prisa la puerta del compartimiento de carga. Intercambió solo una mirada fugaz con Ian, cargada de tensión, luego lo empujó dentro. Después de haber hecho subir a Alex y Jenny, el doctor lo hizo a su vez e intentó cerrar la puerta del compartimiento de carga con escaso éxito. El choque con la cancela había hecho saltar el mecanismo de bloqueo, así que tuvo que sostener las puertas cerradas desde el interior, tirando hacia sí las manillas.

Quinto montó delante, Mark volvió a la conducción y en pocos instantes, bajo una descarga de disparos de metralleta que rebotó en torno y embistió el lateral derecho, la furgoneta dejó la penitenciaría a sus espaldas y desapareció en la oscuridad de la noche.

Capítulo 31

—Es todo culpa mía —dijo Quinto, con un hilo de voz.

La furgoneta estaba cruzando una ancha avenida delimitada por hileras de altas farolas, y a la que cortaban dos filas de edificios de tres plantas, de fachadas anónimas, ninguna luz encendida en las ventanas. La arteria conducía fuera de la ciudad, pero ambos sabían perfectamente que en los peajes situados en la entrada de las carreteras nacionales habría puestos de control. Ahora que los rostros de Mark y Quinto habían sido protagonistas del enfrentamiento a fuego bajo las cámaras de vigilancia de la penitenciaría de Marina, todo el grupo estaba inscrito entre los buscados. Y quizá, la orden de capturar a Alex y Jenny vivos ya no era tan urgente.

—Venga ya —repuso Mark—. Nos encontramos en medio del fuego.

—No debí disparar, eran demasiados. Solo debí huir.

—Has hecho lo que has podido, Quinto. También yo lo habría hecho.

—¡He hecho una gilipollez! —El muchacho no pudo contener un llanto nervioso y golpeó con un puño contra la ventanilla—. Habrían podido capturarla tan solo, habrían... maldición, Mark, ¡la han matado!

En el compartimiento de carga cayó el silencio. Nadie habló durante varios minutos, pero todos pensaban en aquella mujer pelirroja de sonrisa maliciosa, brillante y llena de valor. La mujer que dieciocho años antes había dado nueva vida a los tres muchachos, sacándolos de una pesadilla. La discípula que, a costa de su integridad, había aceptado tomar parte en la misión de sacar a su maestro de la ratonera en la cual estaba consumiendo su vida.

Alex apenas había tenido tiempo de ver aquella celda. Aquel cubo de cemento, provisto de un camastro corto que obligaba al detenido a acurrucarse cada noche. Aquella cavidad fría y olvidada del mundo. Estaba previsto que el viejo, ahora sentado frente a él, muriera allí.

—No debí haber entrado —susurró.

Jenny lo cogió de la mano y sollozó.

—No puedo creer que haya salido así. No puedo creer que ella esté...

—No debí dejarla ir —la interrumpió Thierry, destrozado, con el rostro entre las manos—. Soy un estúpido.

—Anna está viva —dijo Ian, con tono grave, y todos se volvieron hacia él—. Sea lo que fuere que haya ocurrido dentro de esa cárcel.

Alex estalló en lágrimas y se echó en brazos de su amigo. Por fin juntos, después de una espera interminable, ambos ignorando la situación del otro. Ambos en vilo entre la resignación y la esperanza.

—Marco... —Alex se apretó a aquel cuerpo en apariencia grácil, pero realmente musculoso—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, amigo mío. Pero te lo ruego... he vivido más años en este sitio, formando una familia, educando a un hijo y todo lo demás, que en la civilización de la que provenimos. Ahora me siento parte de todo esto, he envejecido aquí... moriré aquí. Por lo menos, la parte más espesa y gastada de mi corazón. Por tanto, si puedes, llámame Ian.

Alex se limitó a asentir, envuelto por la oscuridad, luego se reclinó hacia atrás. También su inseparable amigo y único confidente de Sam-en.estaba frente a él, pero en aquel momento era una mitad oculta, aplastada por la historia dramática de su *alter ego*. Apoyó la espalda en la pared del compartimiento de carga y permaneció en silencio.

—Esa música deliciosa... —dijo en un momento dado Ian, con el tono ligero e irónico que siempre lo había distinguido—. ¿Cómo ha sido posible?

Los otros permanecieron en silencio, con el rostro de Anna aún impreso en la mente y el ánimo turbado.

—Vuestro dolor es mi dolor —continuó el viejo, frente al muro de silencio y desconsuelo—.

Pero debéis ser fuertes. No significa olvidarla. Significa luchar por ella, de ahora en adelante.

—Ha sido idea de Mark —susurró Thierry.

—¿Mark?

—El hombre que conduce esta furgoneta. No lo conoces... su hermana es la mujer de tu hijo Ben.

Ian asintió, con un nudo en la garganta. Luego continuó:

—¿Qué ha sucedido en los últimos años? ¿Es mérito del mar?

—No. La música nunca ha existido, aquí. Aparte de las producciones digitales que acompañan reportajes y publicidad en los canales de televisión o en los paneles. Nada comparable.

—Y entonces, ese pasaje... yo lo conozco.

Thierry sintió admiración por la memoria ilimitada de aquel hombre, que conseguía repescar del pasado una canción tan alejada en el tiempo.

—Tú... ¿lo recuerdas?

—Era una pieza de los años cincuenta —dijo Ian, melancólico.

En el habitáculo, Quinto dirigió una mirada perpleja a Mark, mientras las palabras de Ian resonaban en el auricular.

Manteniendo los ojos fijos en el camino, Mark asintió.

—Milnovecientoscincuenta.

Quinto echó un vistazo por la ventanilla, arrebatado por las luces de la noche que tenían la forma de los letreros de los comercios cerrados. Meditó durante un momento en lo que había sucedido en la penitenciaría. Cuando la música comenzó —y él mismo ignoraba el contenido de ese archivo digital— había quedado encantado, como todos los demás. Aunque su concentración estaba centrada en la fuga, no había podido dejar de maravillarse por cuanto estaban escuchando sus oídos. ¿Qué poder, qué fuerza tenían aquellas pocas y seductoras líneas melódicas?

—También yo lo recuerdo muy bien —dijo Alex en el compartimiento de carga—. No sé cómo es posible. No sé mucho de la otra vida.

Jenny e Ian no respondieron, pero sabían perfectamente que Alex, por otra vida, no quería decir Sam-en. Se refería a su existencia interrumpida por el fin del mundo de 2014.

—... pero esa melodía... —continuó casi excitado—. No la he olvidado. Antes, cuando comenzó a sonar por los altavoces, las notas me han transportado. Por un momento he visto... he visto a un hombre, sentado en un sillón, con la funda de un vinilo entre las manos.

—Tu padre... —Jenny dejó en suspenso aquellas palabras, casi susurradas.

—Sí. Mi padre. Mi verdadero padre. Mi verdadera familia. Recuerdo un folio de papel, una serie de palabras... las escribía mal, no era mi lengua. Jolín, es absurdo. ¡Me parece como si hubiera ocurrido ayer! Aprendí el texto de la canción de memoria, quizá por eso nunca la he olvidado. Es increíble, ahora recuerdo incluso qué me decía mi padre a propósito de esa pieza: fue escrita en los años treinta, pero la versión más famosa era la de un grupo de los años cincuenta.

—Precisamente tus recuerdos tan detallados son el motivo por el cual hemos conseguido extraerla y reproducirla tan fielmente —comentó Thierry, luego explicó a Ian cuanto había ocurrido en Synaptica en aquellos años. Le habló de su *software* para la extracción, gracias al cual incluso un pasaje musical, que el mar nunca había devuelto, había salido a la luz.

—Esta sociedad nunca permitiría que las personas escucharan o compusieran semejante obra maestra de la creatividad humana... —dijo Ian, luego tosió. Los otros permanecieron en silencio, mientras en su mente continuaba sonando la pieza con la que Mark había despertado a cada individuo en el interior de la cárcel, y a ello se superponía el rostro dulce y valeroso de Anna, su mirada altiva, espejo de un ánimo sensible y temerario.

—Y ahora, ¿qué será de nosotros? —preguntó Jenny.

Le respondió Mark, desde el puesto del conductor. La voz ronca del hombre llegó a todos a

través del aparato de radio.

—Casi hemos llegado.

—¿Adónde? —preguntó Alex, mientras Ian arrugaba la frente ante aquel diálogo absurdo, puesto que era el único que no tenía auricular.

—Al dojo de Quinto.

Ante la señal de vía libre de Mark, Quinto abrió la puerta destartalada del compartimiento de carga y los otros bajaron. Se encontraron en una amplia explanada. Más allá de una fila de coches aparcados se erguía un edificio de cinco plantas, con la fachada agrietada y numerosos vidrios rotos. Parecía una construcción abandonada, pero las débiles luces en el interior de algunos apartamentos sugerían que quizá se trataba simplemente de una de las tantas viviendas en ruinas de la periferia de Marina.

—¿Qué es un... dojo? —preguntó Jenny mientras el grupito seguía a Quinto, dirigido hacia un amplio portal.

—Ya no lo llamamos así —respondió Thierry—, o, mejor, nunca lo hemos llamado así, en el continente de Gea. Este término pertenece a la civilización de la que venís vosotros. Es un vocablo de una antigua lengua, el japonés, cuya existencia seguro que recordaréis. Significa «sitio en que se sigue la Vía». No es otra cosa que un gimnasio donde la gente se entrena, donde se estudian las artes marciales. Con la diferencia de que hoy, aquí, los ciudadanos no pueden frecuentar estos gimnasios. Solo se admite a algunos grupos sociales. Quinto, en calidad de exmilitar, puede hacerlo.

—¿Cómo sabes todas estas cosas sobre nuestra civilización? —preguntó Jenny.

El grupito se detuvo delante de la puerta de entrada. Una inscripción apareció sobre sus cabezas: CENTRO DE ENTRENAMIENTO.

—Porque mi padre —Thierry se volvió hacia Ian, que acababa de ponerse la chaqueta de Mark para protegerse del frío— era uno de los muchachos salvados del fin de vuestro mundo. Uno de los vuestros. Y en aquella época, antes de que todo terminara, frecuentaba un dojo de kendo fuera de Milán.

Ian guiñó los ojos, mientras los recuerdos lo arrastraban. Las cabinas, la lista de los hijos de la experimentación, el experimento de su padre. Y Milán. Su Milán.

—Mi viejo se horrorizaría —continuó Thierry— si viera en qué se han transformado estos sitios. En sus tiempos, lugares por el estilo eran sagrados. Era aquí donde se alcanzaba el perfecto equilibrio entre zen y ken. Entre mente y cuerpo. Y todo esto siguiendo la Vía. Siguiendo las enseñanzas del senséi, el Maestro. Ha quedado mucho de aquella civilización. Siempre nos hemos preguntado cómo. Los hallazgos en los fondos marinos son una explicación, pero nunca nos ha satisfecho del todo. Quinto sabe algo sobre ello. A veces pienso que estas filosofías orientales custodian el secreto para la eternidad. Que saben morir y renacer, en un ciclo continuo. Quizá sus claves están en nuestros genes.

—Tu padre... era uno de esos muchachos... —La mirada de Ian, fija en el vacío, se perdía al fondo de la calle, mientras Quinto levantaba un cierre metálico y los invitaba a entrar.

—Ivan los ha matado a todos —respondió Thierry en cuanto los cinco estuvieron dentro—, y yo convivo desde hace años con el sentimiento de culpa. He sido uno de sus hombres, uno de los de más confianza. La mano operativa de muchas, demasiadas abominaciones. Hasta que descubrí quién era mi padre y despertó mi mente.

El gimnasio era una amplia construcción cuyas paredes estaban enteramente revestidas de madera, como también el pavimento y el techo, atravesado por largas y anchas vigas. En la pared del fondo de la sala había una ventana rectangular que atravesaba todo el muro, con una densa reja que separaba el gimnasio del patio interior del edificio. A la pared de la derecha estaban arrimadas pilas de colchonetas, mientras que del lado opuesto había armazones de madera en los cuales reposaban largos palos. Algunos cuadros colgados en la pared de entrada

representaban de manera estilizada escenas del mismo combate, y Alex se detuvo a observar que la figura apenas esbozada del hombre más robusto, aparentemente en ventaja en las primeras pinturas de arriba a la izquierda, sucumbía en las últimas de abajo a la derecha bajo los golpes del rival más menudo.

Quinto entregó a Ian unos pantalones negros de tela, una camiseta con el logo del dojo y un jersey gris, y el viejo, después de habérselos puesto, aparte, volvió con los otros y empezó:

—Lo he recordado. No aquí... en Sam-en.

—¿Qué? —preguntó Thierry.

—Lo he visto todo. La lista... el homicidio de uno de aquellos hombres.

—Sé cuándo lo has visto —añadió Alex—. Cuando estabas en coma.

Jenny asintió, y recordó aquellas dos estaciones en tierras de Sam-en, cuando todos en el pueblo esperaban de un momento a otro la noticia de la muerte de aquel muchacho.

Thierry alzó las cejas, sorprendido.

—Lo que vuestra mente consigue hacer es simplemente extraordinario.

El doctor contó lo que ya había dicho a Anna, antes de que la misión comenzara, acerca de sus descubrimientos sobre el componente hereditario de la potenciación cerebral. Mientras lo exponía, los otros se sentaron con las piernas cruzadas sobre una alfombra en el centro del dojo. Fue imposible evitar que el recuerdo de Anna irrumpiera con violencia en su corazón y ocupara su mente. Permanecieron en silencio, alguno no pudo contener las lágrimas, todos dirigieron su pensamiento a la mujer caída bajo los disparos de los militares. Ian tenía razón. Anna podía viajar, la de Gea no era su única vida. Frente a la inmensidad del Multiverso, la muerte perdía cualquier significado. Pero dondequiera que estuviese ahora, en las miríadas de facetas de la existencia, se encontraba demasiado alejada de ellos. Y su ausencia pesaba como una losa.

—¿Este lugar es seguro? —Jenny rompió el silencio.

—El sitio, sí. —Quinto chasqueó los dedos. Luego se levantó—. Pero puede que hayan localizado la furgoneta y trazado nuestro recorrido.

—¿No pueden seguir los desplazamientos de los microchips? —preguntó Ian.

—No —respondió Mark—. Es decir, en teoría, sí, pero he desactivado nuestros perfiles.

—¿Y él? —Quinto señaló a Ian con un gesto de la cabeza.

—Lo he verificado. El suyo ya estaba desactivado. Evidentemente, después de haberlo condenado al aislamiento, han borrado su identidad de los archivos.

—Para ellos ya era un hombre muerto... —comentó Ian, pero no era un comentario amargo. En su tono de voz había una pizca de satisfacción.

Alex se levantó de repente.

—Lo pagarán. Pagarán por las muertes de Ben y Anna. Pagarán por habernos encerrado en aquel sitio durante todos estos años, y por lo que han hecho a Ian. Ahora estamos aquí, y estamos juntos. —Se volvió hacia Jenny y el viejo amigo e intercambió con ellos una mirada suspicaz—. Podemos cambiar las cosas.

Mark se puso en pie lentamente, extrajo una tablet interactiva tubular del interior de la chaqueta, la desplegó y respondió:

—Acaba de emitir la señal. Era la comunicación que estaba esperando. Alguien está a punto de venir a visitarnos.

—¿Quién? —Jenny se levantó a su vez.

—Un miserable, alguien de quien es mejor no ser amigos.

Capítulo 32

La tablet de Mark emitió otra señal acústica y el hombre se dirigió hacia la entrada del dojo. Quinto lo siguió, con las llaves del portal en la mano.

Alex y Jenny, entretanto, contemplaban en silencio una espada de bambú que Quinto había definido como «shinai». El ánimo de los chicos custodiaba una historia dramática y atemporal, quizá tan antigua como la historia de aquella arma. En una fracción de segundo, sus ojos se comunicaron. «Aún habrá una noche estrellada para nosotros», se dijeron.

Ian se acercó, con una sonrisa afectuosa en los labios.

—Seguimos siendo aquellos tres muchachos de campo —dijo, con los ojos brillantes.

—Lo somos —respondió Jenny con una expresión cándida y llena de gratitud—. Sé que una parte de mí ha desconfiado de tus teorías. Te pido perdón.

—Cualquiera lo hubiese hecho. No podíais recordar.

—Pero ahora no podemos dejar de recordar. Desde que nos han administrado ese fármaco... yo sigo viendo escenas, personas del pasado. No puedo expulsarlas de mi mente.

—También a mí me sucede —confirmó Jenny—. Sin cesar.

—Estáis recordando de dónde venimos. Quiénes somos. Quiénes hemos sido... —Ian cruzó los brazos sobre el pecho. Se abrazó con fuerza, y en aquel fragmento de eternidad eran tres coetáneos, amigos que el destino había elegido, ligados para siempre por un hilo invisible que mantenía unidas sus historias—. Nosotros sabemos que Anna aún está viva —susurró—. ¿Verdad, muchachos?

—Claro. —Alex tenía los ojos rojos e hinchados, las lágrimas recorrían su piel envejecida.

Quinto y Mark entraron en el gimnasio, y frente a la mirada curiosa de los presentes aparecieron las siluetas de un corpulento hombre de color con el rostro cuadrado, la de una mujer de rostro achatado y ojos almendrados; y, por último, la de un muchacho de negro pelo largo, con una venda sobre los ojos, y la boca cubierta por una cinta adhesiva.

—Tengo el placer de presentaros a Aimar —empezó Mark—, y a la doctora Sara. No conozco el nombre del muchacho, pero pronto nos lo dirá, entre otras cosas.

El joven refunfuñó, mientras la mujer de rasgos asiáticos avanzó algunos pasos, con los ojos fijos en Ian. Luego dijo, con un hilo de voz:

—Tú eres...

El viejo la observó atentamente, extrañado, mientras trataba de entender quién era aquella señora de facciones tan distintas de las suyas.

—¿Nos conocemos? ¿Nos hemos visto... alguna vez?

—No —respondió la mujer, que se adelantó para tenderle la mano—. Pero he trabajado durante años al lado de tu hijo Ben, en la unidad de investigación. Estábamos juntos en Mnemónica, fuimos nosotros quienes encontramos a Jenny, y tú eres... me ha contado tu historia. Solo al final, antes de escapar, estaba orgulloso de ti.

Ian sintió un nudo en la garganta y los ojos se le humedecieron mientras las imágenes de la primera expedición junto a su hijo lo embestían con violencia. Por un instante estaba allí, bajo la superficie del mar, orgulloso de aquel discípulo que desde aquel día habría subido de grado, llevando adelante sus investigaciones en las profundidades de los océanos.

—Y yo de él —dijo mientras tomaba la mano de la doctora con un gesto alegre, elegante, y se la besaba.

Todos permanecieron en silencio.

La mujer se volvió hacia la muchacha, ahora adulta, fugada con Ben de Mnemónica.

Jenny no podía olvidar. Los análisis sobre su cuerpo, la rehabilitación y las semanas transcurridas a bordo de la estación submarina. Y aquella doctora, cuyo rostro en los últimos dieciocho años no había cambiado más que por algunas imperceptibles arrugas de expresión en torno a los ojos. Bastó mirarla para regresar con la mente a la dramática fuga submarina.

—Sara...

Se echaron la una entre los brazos de la otra, mientras el rostro amigable de Ben acompañaba sus pensamientos.

—Aún estás... —dijo Sara, mientras la estrechaba con fuerza—. Aún estás viva.

—¿Adónde lo llevo? —La voz profunda de Aimar atronó en la sala, mientras el energúmeno sujetaba la cabeza del muchacho, el cuello apretado entre el brazo y el abdomen.

—Ven conmigo —respondió Quinto—, vamos al sótano. Venid todos.

—Ya no oigo el retorno de audio —dijo Thierry, repiqueteando con un dedo contra el oído derecho.

—He desactivado la centralita —respondió Mark—. Ahora que estamos juntos, no es necesaria. Quiero evitar que se descargue demasiado pronto la batería.

Quinto caminó hacia una puerta al fondo del gimnasio. Bajaron todos por una escalera en la oscuridad más absoluta, hasta que el muchacho activó las luces del segundo gimnasio, en la planta inferior. A diferencia del verdadero dojo de kendo del que provenían, la sala en que se encontraban era un gimnasio normal, con diversos tipos de máquinas de entrenamiento contra las paredes. Quinto cogió un banco para el levantamiento de pesas y lo acomodó en el centro de la habitación.

—Recuéstalo aquí —dijo a Aimar. Este arrastró al muchacho por el pelo hasta el banco y lo tendió encima. Quinto le quitó la venda de los ojos y el joven vio encima de su cabeza un balancín apoyado sobre el bastidor, con dos grandes pesos enroscados en los extremos. Refunfuñó, hasta que Thierry se acercó para arrodillarse junto a él y quitarle la mordaza.

El muchacho tosió varias veces. Luego, con el rostro empapado de sudor, se irguió y se encontró frente a las miradas mudas de los presentes. Los observó y los contó.

—Ocho contra uno. —Hizo una mueca y enarcó una ceja—. Enhorabuena...

Luego fijó los ojos en Alex, intensamente. Le clavó la mirada y todos tuvieron claro qué estaba intentando hacer.

—Por qué coño no obedeces —susurró para sus adentros después de unos instantes de esfuerzo.

Alex respondió con una mueca de desprecio.

—Si estás tratando de controlar mi mente, temo que te has equivocado de blanco.

El muchacho no tuvo tiempo de reflexionar sobre las palabras que acababa de escuchar. Una aguja penetró en su brazo, mientras Quinto y Aimar le sujetaban la cabeza.

—Quiénes... sois —murmuró hasta que Thierry extrajo la jeringa, que guardó en un bolsillo de la chaqueta.

—Con esto —dijo el doctor—, deberías estar tranquilo por un buen rato.

—Nosotros somos Utopía... Ahora y siempre... —susurró el muchacho, burlándose de Thierry con una amplia sonrisa.

—La dosis de Neurex que te he administrado servirá para evitar que trates de hacer uso del fenomenal don que posees. Y he añadido un poco de calmante, ya que estás alterado. Durante las próximas seis horas serás una persona normal, ¿contento?

—Yo conozco tus ojos... —respondió él, mientras Quinto y Aimar lo soltaban, luego se levantaban y permanecían detrás del balancín, listos para intervenir.

El joven se quedó sentado en el banco, erguido y la mirada fija en Thierry.

—Sé quién eres, aunque no recuerdo tu nombre.

—Claro, nos conocemos —respondió el doctor, sereno, mientras sus recuerdos se rebobinaban y lo devolvían dieciocho años atrás, cuando había reunido el ejército de Ivan. La mitad podrida de su ánimo, el sofocante sentimiento de culpa apretado en su garganta como un nudo. El error al que estaba intentando poner remedio.

»Mi nombre es Thierry. Debes hacer un esfuerzo.

El muchacho no respondió, pero se perdió con la mirada más allá de la figura del doctor.

—Dinos cómo te llamas —continuó Thierry, sin obtener respuesta.

—Se llama Gerard —dijo Aimar—, y está al frente de un núcleo de potenciados que ha tenido la brillante idea de boicotear mis actividades.

—Este Gerard —explicó Mark, con la mirada fija en Ian—, junto a sus compañeros, ha localizado una serie de comercios clandestinos entre Gea y Oriente. Comercios que dependen del aquí presente Aimar. Debemos estar agradecidos a Sara, que en estos meses estaba a bordo de la *Mayer*. Ha sido ella quien ha encubierto algunos delitos de Aimar y lo ha ayudado a huir, cuando ha entendido el objetivo de su trabajo.

—¿O sea...? —preguntó Alex.

—Mirad... en una sociedad civilizada, nosotros seríamos los delincuentes —respondió Aimar—. Contrabandistas, piratas y parias. En realidad, este comercio ilegal que llevamos adelante desde hace años ha nacido para ayudar a nuestros hermanos de Oriente.

—No entiendo —lo interrumpió Ian—. ¿Oriente? ¿Comerciáis con Oriente?

—Mientras tú estabas encerrado en aislamiento, Oriente se ha convertido en una colonia de Gea. Bajo el control de Ivan, la persona que te ha encerrado en la cárcel y que gobierna en la sombra sobre todos nosotros. Poco a poco, en Oriente están sumando el italiano al inglés, y pronto se convertirá en la primera lengua, para unificar los dos continentes. Aparte del centro de Lender, la capital, el resto de la población vive en condiciones penosas. Pero aquí, obviamente, la televisión solo difunde las imágenes del maravilloso Lender's Park, las tomas aéreas de Sunday River, los tranquilizadores encuadros del complejo del Medical Center. Lástima que en Oriente haya otras dieciséis metrópolis dejadas de lado. Los ciudadanos son maltratados por los impuestos, no tienen asistencia médica. Nosotros hemos procurado ponerle remedio, construyendo una red clandestina de intercambio que se aprovecha de algunos fallos en los transportes navales. Hasta que Gerard y sus amiguitos nos han pillado.

—Yo lo he ayudado a huir —añadió Sara—, pero muchos de sus cómplices han sido identificados. Encerrados, quizá condenados. La red de Gerard, por desgracia, es mucho más poderosa que la red clandestina de Aimar.

—Pero vosotros... ¿acaso pensáis que podéis cambiar este mundo? —murmuró el potenciado. Aimar se volvió hacia él y lo intimidó con una mirada de hielo.

—Calla.

Por toda respuesta el joven se le rio en la cara. Aimar se inclinó y golpeó la cabeza del muchacho sobre el banco, luego aferró el balancín y lo bajó sobre su cuello, arrodillándose junto a él.

—¡Te mataré! —gritó, mientras los otros observaban la poderosa musculatura de su espalda, que cubría el rostro morado de Gerard.

—¡Detente, Aimar! —le conminó Thierry.

Como si no lo hubiera oído, el gigante de color hundió el asta del balancín sobre el cuello de Gerard. Los ojos del muchacho estaban inyectados de sangre, a punto de saltar fuera de las órbitas. En un instante, Aimar sofocó un estertor, se levantó y arrojó el balancín contra la pared, dejando los signos de los dos pesados discos en el muro.

—Lo necesitamos vivo —dijo Thierry, resuelto—, podemos trazar los movimientos de los otros potenciados. Puede darnos información preciosa.

—Rebaño de esclavos —murmuró Gerard, luego escupió sangre en el suelo—. Solo sois un rebaño de esclavos.

Thierry lo miró con compasión y recordó la escuela. Los doce años de condicionamiento, las clases. Los centenares, miles de horas de vídeo que obligaban a ver a los niños con unos auriculares, en una sala oscura. El adiestramiento hipnótico, las sugerencias, las psicoinducciones coaccionadas y los tratamientos médicos que los muchachos habían sufrido

durante todo el tiempo que habían transcurrido en aquel complejo.

El doctor nunca olvidaría a aquellos niños, aquella escuela. Y el letrero burlón, cuyos caracteres dominaban sobre la fachada del palacio y ofrecían a los transeúntes el nombre del admirable proyecto de Ivan:

UTOPIA

—Debemos darnos prisa —dijo Mark a los otros—. No podemos permanecer aquí. Aimar, Quinto, coged al muchacho.

—Estáis perdiendo el tiempo —murmuró Gerard—, de todos modos os encontrarán...

Thierry se volvió de golpe, contrariado.

—¡Silencio!

Ian se acercó a Mark y lo apartó.

—¿Has desactivado también los perfiles de Aimar y Sara?

—Desde luego, antes aún de que llegaran aquí. Antes aún de venir a buscarte.

—¿Y el muchacho?

—Los potenciados no tienen ningún chip, Ian.

—Debo entender de quiénes estamos hablando.

Thierry se acercó a Mark mientras este explicaba al viejo cómo operaba la escuadra de agentes secretos al servicio de Ivan. En aquel preciso instante, un ruido ensordecedor llegó del piso de arriba, seguido por una serie de gritos.

—¡Han hecho saltar por los aires la entrada principal! —gritó Quinto, con los músculos paralizados por el terror.

—¡Maldición! —gritó Mark, luego lanzó una mirada a Thierry, que significaba: fuera de aquí.

Quinto corrió hacia el lado opuesto de la sala y alcanzó una puerta baja, al fondo del gimnasio:

—¡Por aquí, rápido!

Aimar tuvo que arrastrar por los brazos el cuerpo de Gerard, que se dejó transportar como una bolsa de basura, sin oponer resistencia. Quinto hizo pasar a sus compañeros y fue el último en salir.

El grupo subió por los peldaños estrechos de una escalera y se encontró en el patio interior del edificio. Sobre la derecha, la ventana rectangular asomada sobre el dojo estaba iluminada.

Gerard intentó gritar, pero Aimar anticipó sus intenciones y le asestó una patada en el estómago, que lo noqueó.

—Seguidme. —Quinto cruzó a paso rápido el patio para alcanzar un portal sobre el lado opuesto. El grupo lo siguió, hasta que el muchacho superó una cancela entreabierta y se encontró al borde de la calle. La noche de Marina era fresca y tenía los ojos de una fila de farolas a lo largo de la calzada.

Quinto intercambió una mirada elocuente con Mark.

—Debemos llegar a la furgoneta.

—Vamos nosotros —dijo Mark, luego se volvió hacia los otros—. Escondeos en esa torrecilla.

Thierry guio al grupo hasta una pequeña construcción que se erguía del lado opuesto de la calle, con la inscripción INFORMACIÓN sobre la fachada, mientras Quinto y Mark bordeaban el edificio para alcanzar el lado opuesto y llegar al aparcamiento.

Cuando Mark estuvo en la esquina de la entrada del dojo, se volvió rápidamente hacia Quinto.

—Me asomaré. Miraré si tienen hombres apostados fuera.

—Estate atento, por favor.

Mark se inclinó ligeramente más allá del muro y escrutó a lo lejos. Un transeúnte estaba cruzando la calle, varios metros más allá de la entrada del gimnasio, pero parecía un inocuo e inconsciente ciudadano. Frente a la entrada del centro de entrenamiento estaba aparcado un coche blindado de las fuerzas del orden de Gea, pero no había nadie en el puesto del conductor.

Mark se volvió hacia Quinto y susurró:

—¡Vía libre! Movámonos.

Ambos cruzaron la calle a la altura del cruce entre las dos vías, luego se dirigieron hacia el aparcamiento que distaba un centenar de metros. Caminaron como dos residentes del barrio, con las manos en los bolsillos, fingiendo hablar entre ellos. Cuando superaron una serie de parterres que separaban el aparcamiento de la calle, unas voces los hicieron volverse. De la entrada del dojo habían salido cuatro hombres uniformados, un par con un fusil en bandolera, dos pistola en mano.

—Controlad a esos dos —ordenó uno de estos. Quinto lo oyó y, sin mirar a la cara de Mark, pegó un salto hacia la parte trasera de la furgoneta. Mientras tiraba hacia sí la puerta del compartimiento de carga, los hombres abrieron fuego.

—¡Resguárdate detrás de un árbol! —aulló Quinto mientras abría el cierre de una de las dos mochilas.

Mark no llegó a tiempo de protegerse de la ráfaga de disparos. Antes de que cayera de rodillas detrás de un álamo, fue golpeado en el hombro y en el muslo. El grito de dolor que liberó fue oído por todos sus compañeros, escondidos del otro lado de la manzana, detrás de la torrecilla.

—¡Maldición! —gritó Quinto antes de lanzar, desde detrás de la furgoneta, las últimas dos bombas de mano hacia la entrada del dojo, a ciegas. Los artefactos explotaron en rápida secuencia al impactar sobre el terreno, y se oyeron unos gritos desgarradores. En un instante el muchacho decidió exponerse: salió del descubierto con una metralleta entre las manos y descargó todos los proyectiles disponibles hacia la nube de humo en torno a los agentes. Aquellos que habían disparado a Mark y no habían sido golpeados por las bombas cayeron sin tener tiempo de responder al fuego. Otros, que salieron en aquel momento del interior del dojo, fueron abatidos por los proyectiles y solo tuvieron tiempo de percatarse de lo que estaba ocurriendo, antes de desplomarse en el suelo.

—¡Entra, ánimo! —gritó Quinto. Mark se acercó, claudicante, a la puerta trasera, con los pantalones y la chaqueta empapados de sangre, luego se dejó ayudar para subir y, por último, se acurrucó en el compartimiento de carga. El muchacho cerró sin éxito las hojas medio rotas del vehículo, luego se sentó en el puesto del conductor y lo puso en marcha. En pocos segundos estuvo del otro lado del edificio, se pegó al bordillo con un chirrido de neumáticos en las proximidades de la torrecilla, bajó e hizo subir a todos los otros a toda prisa en el compartimiento posterior.

Thierry se sentó junto a él, delante.

—Han herido a Mark.

—Sí, maldición. —Quinto condujo a toda velocidad—. Le han dado. Debemos medicarlo lo antes posible.

—¿Cómo coño nos han encontrado? —gritó el doctor.

—Deshagámonos de este vehículo.

Al cabo de pocos minutos, el silencio volvió a reinar en el barrio periférico de Marina.

Capítulo 33

—Qué vista sublime, ¿no crees? —La voz del anciano era pastosa y profunda. Sus ojos se perdían más allá de los amplios ventanales, en el piso sesenta y cinco del rascacielos más alto del centro de Marina. Ninguno de los empleados de la sede gubernamental de Gea había puesto nunca un pie en aquella habitación de parqué elegante, las paredes llenas de grandes mapas, una bañera de hidromasaje en el centro de la sala y una sólida mesa de madera cubierta por un par de paneles y algunos papeles.

Al contemplar la ciudad de Marina desde lo alto, el hombre sonrió. Luego tragó una pastilla. Lo hacía siempre al amanecer, para mantener a raya su galopante presión arterial. Pero eran las cuatro y media de la mañana.

—¿Puedes escucharme? —La mujer a sus espaldas insistió—. Es una situación gravísima.

—Además de los relucientes rascacielos y las chabolas de la periferia —continuó el viejo—, siempre puedo contar con la reconfortante visión del océano. Mi amigo más querido. Mi eterno custodio. ¿Te he dicho que, cuando muera, quiero ser cremado y esparcido en el mar, verdad, mi pequeña?

—Ya no soy tan pequeña, padre, por si no te has dado cuenta.

—Oh, tonterías. —El hombre giró la silla de ruedas. En su rostro, las reverberaciones de la débil luz de una lámpara situada sobre el escritorio se insinuaban en los pliegues rugosos de la piel, alternándose con las estrías en sombras. La profunda cicatriz diagonal sobre la frente se inflamó por un instante bajo su escaso pelo plateado—. Siempre serás mi pequeña Dana, mi mejor soldado.

—Papá —repuso la mujer con una mueca de desaprobación—, no debemos perder tiempo. He estado en la sede de Synaptica. Los dos pacientes han desaparecido, los doctores se los han llevado, y desde la última actualización he sabido que la irrupción en el sitio marcado por las coordenadas satelitales de nuestro hombre ha producido un agujero en el agua. Seguro que tienen un grupo de cómplices. Y ahora hemos perdido su rastro.

Ivan sonrió, lo que puso aún más nerviosa a su hija, mientras accionaba la silla eléctrica hacia ella.

—Estoy al frente de un imperio —dijo con tono decidido—. Nadie puede ir a ninguna parte. ¿Quieres dejar de alarmarte, por favor? No es digno de ti. No lo es de nosotros.

Dana bajó la mirada.

—Antes de mañana estos insulsos revoltosos serán carne de matadero —concluyó Ivan, y se abandonó en la contemplación del panorama más allá del vidrio.

—Tú los subestimas... —dijo la mujer, con el acostumbrado timbre cálido y hechizador ahora inquieto por la ansiedad, por primera vez desde que tenía memoria.

—¡Y tú los sobreestimas! —El habitual tono calmo de Ivan se transformó en un rugido—. ¡Me sorprendes! ¿Es esta la mujer que quiere extender mi brillante programa más allá de los confines del imperio de su padre? ¿Una mujercita que se acobarda al primer obstáculo?

Dana se contuvo y trató de serenarse. Pero las palabras de su padre eran como cuchillos que se le clavaban en el pecho.

—¡Solo eres una niña! —gritó el hombre. Luego empezó a golpear a la mujer en el rostro con una tablet enrollada, hasta hacerla sangrar.

—Perdóname... no sabía...

—Una niña debe aprender buenos modales. Si no los aprende significa que tiene una mala educadora. La próxima vez que desaparezca durante un día entero te consideraré personalmente responsable, y estas te parecerán caricias, en comparación.

En aquel instante, el rostro de una chiquilla de nueve años de pelo negro apareció por la jamba de la puerta y se asomó tímido a la mirada del padre, sentado en un diván en la penumbra. La madre, de rodillas frente a él, se puso en pie lentamente y abandonó la habitación.

—¿Dónde has estado? —El tono del hombre era firme.

—Yo, papá... no lo sé.

—¿Me estás tomando el pelo? Te he preguntado dónde has estado. ¡Respóndeme, o no verás la luz del sol durante un mes entero!

—Te lo juro, no lo sé. Estaba sentada debajo del muelle, en el puerto. Me dormí y... al despertar, estaba en un sitio completamente distinto. Debes creerme...

—¡No creo una palabra de lo que me dices! ¿Dónde demonios te has metido?

—Es la verdad. Cuando abrí los ojos el mar estaba aún allí, pero la ciudad era diferente. La gente era distinta, hablaba otra lengua y... y no era un sueño. Era un sitio real.

—Le diré a tu madre que te lleve al médico. Si me estás mintiendo, acabarás mal, Dana. Y ahora desaparece de mi vista.

—Te pido perdón, papá —dijo la mujer—. Tienes razón. Antes de mañana los capturaremos, y esta vez no seremos clementes.

—No seré clemente.

—Claro.

—O mejor, no pactaré como hice hace dieciocho años. Ese puñado de inconscientes está al borde de un barranco y no tengo ningún interés por su vida.

—También hay un muchacho nuestro con ellos. Lo han visto en las inmediaciones del gimnasio, cuando...

—¡Me importa un carajo! Es un peón. ¡Que lo maten, si quieren! La misión es sagrada, los soldados son sacrificables.

Esa inhumana sentencia estaba en la boca de su padre desde que había dado a Thierry la orden de dirigir el proyecto Utopía. Dana la tenía bien clavada en la mente, y había aprendido a hacerla propia.

—Correcto —respondió ella, con un tono de deferencia—, correcto.

—¿Tienes algo más que decirme? Porque me gustaría disfrutar en paz de la maravillosa vista del nuevo día que nace sobre la tierra...

—En efecto, sí. —Dana levantó los ojos, repentinamente orgullosos.

—Date prisa.

—Quería ponerte al día. Ya he estado en más de cincuenta realidades paralelas. Para ser sinceros he visto centenares, pero solo he vuelto a aquellas donde el progreso tecnológico ha alcanzado un nivel por lo menos aceptable, para poder aprovechar en mi beneficio los medios de comunicación masiva. De acuerdo con mis verificaciones, nuestros muchachos están en todas estas dimensiones, pero el condicionamiento en los sujetos es solo latente. Tenemos un ejército desperdigado e inutilizable.

—¿Qué estrategia has puesto en práctica para encontrarlos?

—Tu símbolo es el reclamo perfecto.

—Explícate. —Ivan la miró, aburrido—. Deprisa.

Un simple parpadeo, y Dana regresó con la mente a los sorprendentes escenarios en que se había movido en los últimos tiempos. Se vio otra vez bajo el alto pórtico que ceñía la vastísima plaza Atmen, en el centro de la ciudad de Braik. Llevaba una larga falda negra y un jersey grueso, el día en que había conseguido manipular el sistema de difusión de vídeo de las megapantallas publicitarias, a la hora en que el sol se ponía detrás del imponente Reloj de Sey-Aht-Jamel. Uno de estos enormes paneles estaba en el centro de la plaza, y habría atraído la curiosidad del más distraído de los ciudadanos. Dana se sorprendió de encontrar otra vez su aspecto en el reflejo del escaparate de una tienda de ropa. Su rostro era distinto. Las facciones solo en parte similares a las de su *alter ego* de Gea. Al verse pensó que debía de haber heredado aquellos rasgos más angulosos de un padre que no podía ser Ivan. Pero también había mantenido los ojos profundos y oscuros de su madre, el pelo liso y fino de la mujer que le

había dado a luz en cualquier dimensión paralela que visitara. Cuando se volvió, de espaldas al escaparate de la tienda, vio la primera semilla de su reclamo a pantalla completa en el gigantesco monitor. Era el rostro sin ojos, estilizado. Debajo de él, aquella inscripción, en una lengua que los habitantes de Braik no habrían podido comprender: NOSOTROS SOMOS UTOPIA. AHORA Y SIEMPRE.

Mientras su padre la observaba fastidiado en el silencio de la sala del piso sesenta y cinco, ella cerraba otra vez los ojos. Y los abría de nuevo en el interior del prestigioso Teatro Onaide, orgullo arquitectónico de la ciudad de Slidea, mientras estaba sentada en compañía de un hombre en una butaca azul. Las luces aún encendidas, el palco vacío a la espera del inicio del espectáculo. Apoyado sobre el asiento que estaba junto al suyo encontró el periódico del día. Lo cogió, hojeó algunas páginas, luego tuvo la confirmación del efecto de su actuación. Un recuadro publicitario a la derecha, en la parte inferior de la página veintiuno, alojaba el rostro sin ojos, y el eslogan apenas abajo. El resto del periódico estaba escrito en una lengua que mezclaba caracteres que le resultaban familiares con complejos ideogramas.

Una tras otra, sin que ella pudiera controlarlas, se impusieron otras visiones, fragmentos de recuerdos, sugerencias imposibles de traducir en palabras a su padre, que ahora la miraba contrariado.

Se vio conversando con un muchacho con la cabeza rapada al cero y los brazos tatuados. Se acordó de su nombre —Dybren— y su total devoción a la causa. Rememoró que había sido él quien la había encontrado, porque había sentido algo. Porque aquel símbolo hallado al azar había dado un sentido a pesadillas que lo atormentaban desde la infancia. Pesadillas en las que se repetía siempre el mismo eslogan, en una lengua para él desconocida: «Nosotros somos Utopía. Ahora y siempre».

Se encontró hablando con un grupo de muchachos, los primeros alcanzados por su exhaustiva operación de explotación de los medios de comunicación masiva para despertar en los potenciados su naturaleza latente. Se vio otra vez en la penumbra de un sótano, mientras impartía las primeras órdenes, discutía estrategias y asignaba papeles operativos a jóvenes ingenuos, cómplices que desde aquel momento habrían formado parte de su personal escuadra de servicios secretos.

—Me estás haciendo perder el tiempo... —dijo Ivan, despertándola de aquel torbellino de recuerdos.

—Perdóname, papá. Tu excelente trabajo en la formación de esos muchachos se está revelando precioso. El eslogan y el símbolo son medios extraordinariamente eficaces para comunicarse con su inconsciente.

—Ahora sí que pareces mi hija —zanjó Ivan—. Veremos si te muestras a la altura.

—Papá... —Dana se acercó a una mesita de madera, luego cogió dos copas y sirvió licor—, ¿brindamos por el Bienestar, antes de despedirnos?

Ivan esbozó una sonrisa, mientras accionaba la silla y se acercaba al rellano. Dana le ofreció un vaso, luego hizo tintinear el borde del suyo contra el de su padre.

—Por nuestro dominio sobre esta tierra —dijo él, y tragó la bebida.

—No, lo siento —respondió ella, con una sonrisa enigmática en el rostro—. Por mi dominio sobre cualquier tierra.

Fue la última imagen que Ivan consiguió distinguir con nitidez.

El resto fueron colores confusos, paredes y muebles patas arriba, sonidos y palabras mezcladas, mientras una carcajada resonaba en la habitación del piso sesenta y cinco del rascacielos más alto de Marina, y se multiplicaba hasta el infinito entre las paredes de su cráneo.

—Tú... —consiguió decir el viejo con un susurro.

—No tengo tiempo para prestarte atención. Debo reunificar la escuadra.

Ivan cayó al suelo, y con la mejilla derecha aplastada sobre el parqué de la *suite* observó a su

hija con los ojos cargados de terror, inyectados de sangre. «Mis hombres», pensó él, y Dana percibió sus palabras.

—Hace rato que no son tus hombres —dijo Dana con una sonrisa cínica—. Mírate bien. Ya no sirves para nada.

Él mantuvo los ojos desenchajados durante algunos segundos de angustia, mientras un nudo se le formaba en la garganta y le cortaba la respiración, decretando su final.

—Nunca has creído de verdad en mí. —Dana se inclinó junto al cuerpo de su padre y le susurró al oído—. Era lo único que deseaba.

Capítulo 34

—Estás perdiendo demasiada sangre, debemos medicarte —dijo Aimar mientras la furgoneta conducida por Quinto volaba en el silencio de la noche por las calles de Marina. Alguna débil gota de lluvia batía sobre el parabrisas. Las calles estaban desiertas, pero poco después estarían llenas. A lo lejos, un halo claro se estaba alzando de las colinas. Era la luz de un nuevo día, lista para iluminar cada uno de sus movimientos.

—Mira allí dentro —respondió Mark, señalando una bolsa.

Aimar palpó en la oscuridad y encontró la mochila, luego hurgó entre las armas y pescó un cinturón que servía de cartuchera. Sacó los proyectiles y los echó en la bolsa, luego la apretó energicamente bajo la rodilla de Mark, a pocos centímetros de la herida.

—Te ayudo a desvestirte —dijo.

—Aquí dentro está demasiado oscuro... —respondió Mark, mientras con el brazo izquierdo intentaba quitarse la chaqueta—. Alex, coge mi tablet del bolsillo interior y enciéndela, te lo ruego.

El muchacho obedeció e inclinó la pantalla del dispositivo para iluminar el hombro derecho de Mark, desgarrado y sangrante, mientras los otros observaban en silencio. Parecía que alguien, con una zarpa, hubiera arrancado un grueso trozo de piel del brazo del hombre, abriendo un cráter purpúreo que dejaba entrever venas y haces de nervios, hasta el fondo perlino del hueso.

—¡Quema, maldición! —gritó Mark, luego golpeó varias veces el brazo sano contra las paredes del compartimiento de carga.

—Has tenido suerte —respondió Aimar—. La bala no ha quedado dentro. Te ha rozado.

—Me ha rozado bien...

—Sí, pero no tenemos que quitarla. La de la pierna, en cambio, está dentro. Necesito alcohol, una cuchilla, gasas...

—Debemos detenernos —dijo Jenny.

—Ni lo sueñes. —Mark mordió el puño de la mano izquierda y apretó con fuerza—. Estarán pisándonos los talones.

—Ya hemos perdido por el camino a Anna —atronó la voz ronca y grave de Ian—. No podemos perderte también a ti.

Quinto acercó la furgoneta al bordillo pocos instantes después, subió con una rueda sobre la acera frente a una estación de servicio. Thierry bajó, fue a la parte de atrás y abrió la puerta.

—Este vehículo ya no es seguro —dijo.

—De todos modos, estáis muertos —comentó Gerard, recostado junto a Sara. Aimar se volvió y le descerrajó un puñetazo en la cara.

—Adelante, fuera de aquí. —Aimar alzó a Mark y lo arrastró consigo.

—Muer... tos... —Gerard escupió un chorro de sangre y miró con odio a Aimar mientras pasaba delante de él.

—¿Quieres callarte? —gritó este a la cara del muchacho—. ¿Hay un dispensador nocturno de medicamentos en esta zona? —preguntó, esta vez en voz baja—. Tenemos que hacer algo, o no llegará a mañana por la mañana.

—Podemos comprobarlo en el dispositivo de Mark —respondió Thierry—. Pero ahora bajad todos y seguidnos.

Cuando llegaron a la estación de servicio, Thierry caminó hasta una explanada protegida por una fila de matas. Desde aquel punto no se veía la calle principal. Frente a ellos se desplegaba una larga y polvorienta franja de tierra repleta de hierbajos, que bordeaba un pequeño parque. El edificio más cercano estaba a trescientos o cuatrocientos metros. A lo lejos, las luces del amanecer se alzaban, mientras el horizonte estaba cubierto por una leve sábana de niebla y el aire se había vuelto pegajoso. La lluvia fina que había caído poco antes sobre la ciudad ya se

había sofocado, sin dar vida a un verdadero temporal.

—Hay un dispensador a un kilómetro —dijo Thierry después de haberlo comprobado en la tablet de Mark.

—Voy yo —respondió enseguida Aimar, luego echó un vistazo al plano interactivo en el dispositivo.

—Tú solo, no. —Lo siguió Quinto, y al acercarse a Thierry susurró—: Si tienes otra dosis de Neurex úsala, no quisiera que el muchacho creara problemas en nuestra ausencia.

—Está bien, marchaos. Daos prisa. Deberíamos encontrar un refugio más seguro, antes de que comience el horario de trabajo.

—¿No supondría una ventaja confundirnos entre la multitud? —preguntó Jenny—. En pleno día podríamos conseguir...

—Sería muy arriesgado —la cortó Thierry—. Nuestras caras durante la noche han aparecido en todos los aparatos electrónicos del continente. Y en esta ratonera cualquier ciudadano nos puede denunciar, antes de que sea la policía la que nos encuentre. Cuando salga el sol, deberemos estar lejos de aquí. Ya no tenemos más de una hora antes de que la gente salga para ir a trabajar.

Quinto y Aimar se alejaron a paso rápido, mientras Thierry y los otros discutían qué hacer. Alex y Jenny pasearon bordeando las matas, sin alejarse del grupo. Aquella que los rodeaba parecía la calma antes de la tempestad.

—Ese muchacho —dijo Alex, con la mirada baja—, es solo una víctima...

—¿Quién, Gerard?

—Gerard. Me pregunto qué sabrá de su misma vida.

—Todo esto es una locura. —Jenny sacudió la cabeza y dio una patada a un trozo de vidrio, luego se detuvo, con los ojos clavados en el suelo, y con la punta del zapato separó algunas astillas amontonadas en medio de la maleza—. Si pienso en nuestra vida, no me parece muy distinta de los pedazos de esa botella.

Alex calló y dejó que las palabras de Jenny encontraran sitio en la confusión de sus pensamientos.

—Reducida en mil pedazos —continuó ella.

Él la cogió de la mano y sonrió amargamente.

—¿Preferirías vivir la vida de una persona normal?

—Alex, yo te miro y veo a un hombre de treinta y seis años, con los ojos y el corazón de un muchacho. El muchacho que he descubierto que amaba. ¿Quién eres tú? ¿Quién es aquel al que creía mi hermano?

Él se volvió hacia el grupito y vio a Thierry arrodillado, ocupado en aplicar otra inyección de Neurex a Gerard.

—Soy siempre yo, Jenny. —La aferró por los hombros y la miró a los ojos—. Dondequiera que vayamos, cualquier trozo de botella que observes será el espejo de nuestras almas entrelazadas. Creo que es así desde siempre.

Jenny levantó la mirada y se cruzó con sus ojos sinceros, los observó mientras se le acercaba al pecho y apoyaba en él su cabeza. Luego susurró:

—Si significara perderte para siempre, no volver a percibir tus pensamientos... no, no quisiera una vida de persona normal.

Alex bajó la frente y la hundió en la cabellera de Jenny. Ella levantó la cabeza y lo miró intensamente antes de cerrar los ojos y apoyar delicadamente sus labios en los del muchacho. Por más tortuoso que fuera el sendero, por más arriesgado que fuera cada paso, su vínculo era la prueba de que se trataba del camino correcto, de su vía. Aunque condujera a la muerte.

Se besaron, y no hubo nada más que su sentimiento eterno. Permanecieron abrazados hasta que la voz de Ian rompió el silencio.

—Sabía que volveríamos a vernos. He esperado dieciocho años en la oscuridad para encontrarlos.

—¿Cómo conseguiste sobrevivir? —Alex se volvió hacia su amigo, con los dedos de la mano entrelazados en los de Jenny.

—Porque esperaba abrazar otra vez a mis amigos —sonrió—. Porque creía en ello.

En pocos minutos Quinto y Aimar volvieron del dispensador y este con la ayuda de Thierry trabajaron en la extracción de la bala de la pierna de Mark, que se metió en la boca un trozo de tela para gritar su dolor sin atraer la atención sobre el grupo, mientras le sacaban el casquillo clavado en la carne. Thierry desinfectó la herida y la cubrió con una triple vuelta de gasa. Luego inyectó una solución antiinflamatoria directamente en vena. El rostro de Mark, de piel aceitunada, era ahora una máscara cérea empapada de sudor.

—Casi ha amanecido —dijo Thierry mientras Alex, Jenny e Ian se reunían con el grupo en la polvorienta explanada protegida por los edificios. Algunas ventanas sobre las fachadas se iluminaron como ojos curiosos listos para espiar su próximo movimiento.

—¿Qué hacemos? —preguntó Quinto.

—Es hora de avisar a todos nuestros contactos. —Thierry aferró la tablet de Mark.

—Ya lo he hecho. —El hombre se desató la coleta y dejó suelta la cabellera negra y lisa. La piel del rostro empezó a recuperar un poco de color.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Sara.

—Si todo va como pensamos —los ojos de Quinto estaban impacientes—, desde ahora las veremos de todos los colores.

—Lo que hasta ayer ha anidado en la sombra de la hipocresía de este país —dijo Mark, y tosió con fuerza—, hoy saldrá finalmente a la luz.

En aquel momento, la tablet interactiva emitió una señal, Thierry tecleó algo sobre la pantalla y asintió, satisfecho.

—¿Buenas noticias? —preguntó Alex.

El doctor giró la pantalla y la mostró a los demás, orgulloso.

—El espectáculo ha comenzado.

Se trataba de una foto de uno de los rascacielos del centro de Marina. La estructura en punta y esbelta recibía en la parte alta las primeras luces del amanecer, reflejándola sobre los amplios ventanales que daban sobre las oficinas administrativas. La parte baja, en cambio, estaba en llamas.

—¿Quién es el responsable? —preguntó Jenny, con un destello de esperanza en los ojos.

—Una célula de disidentes con la que estamos en contacto desde hace bastante tiempo —respondió Mark—, encabezada por alguien llamado Sant. Este hombre ha estado diez años en la cárcel por una condena injusta. Un caso de fraude financiero. En esos tiempos trabajaba para una compañía de seguros. Naturalmente él no cometió el error, pero se necesitaba un chivo expiatorio.

—En chirona acabó él —continuó Thierry, gesticulando nervioso y repiqueteando el índice de la mano derecha sobre la palma abierta de la izquierda—, el caso había sido urdido para que salieran limpios los verdaderos responsables. Gente a sueldo de Ivan. Pues bien, el edificio que habéis visto en la foto es la sede de la compañía de seguros para la que trabajaba Sant. A esta hora las oficinas están cerradas y el rascacielos, despejado.

Jenny frunció el ceño.

—Pero habrá alguien en el edificio... guardias, encargados de la limpieza...

—Es un daño colateral. —Aimar miró a la cara a uno por uno de los demás—. Hoy se derramará sangre, amigos míos. No todos lo habrán merecido.

—¿Qué puedes decirnos a propósito de los tuyos? —preguntó Thierry.

—Están listos. Ante una señal mía, hundirán la *Mayer*. Se pondrán a salvo gracias a una serie de

chalupas que vienen de la isla de Limen. Con toda probabilidad, será allí donde irán después del atentado. A celebrarlo. Si los siguieran hasta la isla, estarían seguros de que encontrarán una digna bienvenida. Ese sitio está fuera de toda jurisdicción. Y no está habitado por gente amigable.

«Lo recuerdo perfectamente», pensó Ian mientras por su mente corrían algunas imágenes de su autoexilio, de la herboristería que había montado y del pequeño búnker de temperatura glacial que había recreado muchos metros bajo tierra, para custodiar la cabina con el cuerpo de Alex.

—El mundo está a punto de asistir al final de la era del Bienestar —comentó Thierry, con la mirada altiva, casi soñadora—. Entre la explosión en este edificio y el lío que se montará en la *Mayer*, podremos movernos con mayor agilidad.

—Queda el hecho de que somos unos prófugos —observó Alex.

El doctor se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Esta tarde, te lo garantizo, habrá tantos prófugos que las fuerzas del orden de Gea perderán la cuenta.

Otra señal despertó la atención de Mark, que tamborileó con los dedos sobre la pantalla.

—Esta os gustará —se dirigió a Alex y Jenny, y les mostró la primera página del periódico interactivo de Gea, un instrumento de información totalmente al servicio del gobierno y manipulado por los subordinados de Ivan.

—«Ocupada la sede de Synaptica, Marina... —leyó en voz alta Jenny—. Un puñado de revolucionarios está atrincherado en el interior del complejo de investigación médica más vanguardista de la metrópoli. La policía rodea el edificio, estamos a la espera de actualizaciones en tiempo real».

—¿Ya no lo ocultan? —ironizó Quinto—. ¿O tenemos infiltrados en esa redacción?

—No tenéis ni idea —comentó Gerard, mientras se arrastraba por el suelo—, de lo que estáis haciendo...

Aimar lo golpeó en la cara con la punta de la bota, luego aplastó la cabeza del prisionero bajo la suela.

—Deja de hablar, de una vez por todas.

Thierry aferró a Aimar por un brazo.

—Calma, estate tranquilo... lo necesitamos.

Gerard escupió sangre en el suelo, luego, con las manos plantadas entre los hierbajos, trató de levantarse, en vano. Aimar lo observó con desprecio, mientras el muchacho tosía y seguía desafiando su mirada. Ian sintió compasión por él, al constatar que tenía más o menos la misma edad de su *alter ego* de Sam-en. Qué distintos habían sido los dos recorridos. Qué distante estaba el significado de aquellas dos jóvenes vidas. Se asombró al hacer este razonamiento con la conciencia de un anciano y los pensamientos de un muchacho de apenas dieciocho años.

Aimar se volvió por un instante hacia los otros, y no se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer el potenciado. Fue Jenny quien gritó y reclamó la atención de sus compañeros. Pero era demasiado tarde. Gerard tenía un trozo de vidrio entre las manos, la cabeza aplastada contra el suelo mientras del cuello brotaba un río color rojo. El último mensaje que quiso mandar al mundo entero, antes de cerrar los ojos para siempre, fue un guiño. Era una mueca de desafío, que lentamente se retorció hasta convertirse en una espantosa expresión de terror. Alex observó morir al muchacho, lo miró a los ojos y por una fracción de segundo advirtió un íntimo interrogante, tan profundo como las heridas que el condicionamiento infantil había dejado en la mente del joven: «¿por qué?».

—¡Maldición! ¡Maldición! —gritó Mark.

Sara se llevó las manos a la cara, mientras Ian bajaba la mirada, como si quisiera mostrar respeto por aquel trágico epílogo. Fue en aquel momento que Alex extrajo la conclusión del

razonamiento que acababa de hacer, y la enunció en voz alta:

—Del otro lado pueden elegir.

Thierry se volvió de golpe.

—¿Cómo dices?

Alex cerró los ojos. Lo había oído todo, al principio de aquella absurda noche, cuando Thierry le había contado a Anna la historia de los potenciados.

El efecto devastador de lo que hemos practicado aquí sobre sus mentes está desde luego latente en cada una de sus versiones alternativas. Es como una enfermedad cuyos portadores están sanos. Solo era necesario que alguien desbloqueara determinados mecanismos de la psique, y el ejército habría estado listo para su uso en cualquier dimensión paralela. Dana ha entendido esto, y lo está utilizando.

—Del otro lado pueden renunciar a su destino —declaró Alex—. Aquí no han podido hacerlo.

—Claro... —susurró Jenny, con los ojos arrebatados por el río de sangre que brotaba del cuello de Gerard.

Mark asintió lentamente con la cabeza y añadió:

—Si hubiera un modo...

Thierry se arrodilló junto al cadáver, acercó la palma de la mano al rostro de Gerard y le bajó con delicadeza los párpados. Luego se volvió hacia el grupo.

—Esos muchachos son una especie de conciencia colectiva condicionada. Ninguno de nosotros puede cambiarlos.

Capítulo 35

Desde la amplia ventana del piso sesenta y cinco, Dana veía toda la ciudad de Marina desplegándose a los pies de su única e imparable voluntad. Ya no había una escala jerárquica, ni un amo al que rendir cuentas. En su incontrastable delirio de omnipotencia, se acababa de deshacer de un viejo de noventa y dos años que quizás habría muerto poco después por causas naturales. Un viejo que nunca la había entendido.

Ivan fue visto caer desde la cima del rascacielos más alto de Marina y hacerse papilla en el suelo, pero quienes disfrutaron del macabro espectáculo fueron solo los cuatro encargados de la seguridad del edificio y un par de mujeres de la limpieza que estaban lustrando los ventanales de un hotel enfrente de la entrada de la sede gubernativa. Ninguna autopsia habría demostrado la causa real de la muerte de Ivan, desde el momento que el depósito de cadáveres estaba dirigido por un núcleo de hombres que ahora recibía órdenes de su hija.

Mientras el viejo se precipitaba hacia el duro asfalto, Dana se alejó de la *suite* que pronto se convertiría en su despacho personal. Bajó una decena de plantas a pie, mientras los relojes digitales colgados en las paredes encima de los ascensores indicaban las cinco de la mañana. Luego alcanzó una puerta, frotó el índice sobre una placa redonda y entró. Se encontró en una sala dedicada a archivo, que custodiaba la memoria en papel de todos los documentos administrativos, legislativos y políticos de Gea. Los subordinados de Ivan, al mando de un gobierno sin rostro que se dirigía a la población exclusivamente mediante comunicaciones digitales y discursos reproducidos por voces automáticas, no ponían nunca un pie allí dentro. Todo lo que custodiaba aquella estancia era fácilmente localizable en los archivos digitales.

Dana se encerró allí y, sin encender la luz, caminó entre los estantes hasta una ventana. Luego se asomó, sin exponerse demasiado. Vio angustiada que la base de un rascacielos a pocos centenares de metros de distancia estaba en llamas, y los gritos de algunos transeúntes llegaban hasta sus oídos, amortiguados y desgarradores.

Extrajo del bolsillo interior de la chaqueta un pequeño auricular y se lo llevó al oído. Luego desenganchó del cinturón la tablet interactiva enrollada con la forma de un bastoncillo cilíndrico y la activó. En pocos segundos seleccionó el nombre de un contacto de una carpeta denominada PRIVADO y esperó que este respondiera a la llamada.

—Kory X856, a sus órdenes.

La voz metálica del hombre sonó distorsionada en el oído de Dana. Graznante, como ensuciada por una interferencia.

—Quisiera entender por qué maldita razón un edificio del centro está ardiendo ante mis ojos.

El hombre permaneció en silencio unos instantes, pero Dana no se amilanó.

—No lo sabemos, mi señora. También nosotros estamos intentando...

—Exijo un informe inmediato, o lo relevaré a usted y a sus colegas de cualquier encargo.

—Perdóneme. Estamos haciendo lo posible para entender qué ha sucedido.

En aquel instante, la tablet de Dana abrió automáticamente la primera página del periódico interactivo, que mostraba un despliegue de la policía frente a la entrada de Synaptica.

—Y esto... —susurró Dana. Luego respiró hondo.

—¿Disculpe...?

—Tengo ante los ojos la noticia de que un grupo de rebeldes acaba de ocupar la sede de Synaptica. ¿Está al corriente de ello?

El hombre vaciló, luego respondió, casi balbuceando:

—Es... estamos al corriente.

—¿Es todo lo que tiene que decir? —Dana perdió la paciencia y golpeó con una mano contra el vidrio de la ventana—. ¡Lo haré deportar a las minas de Sirio junto a sus inútiles colegas! ¿Cómo puedo fiarme de hombres que me informan con retraso y no tienen una respuesta a mis preguntas?

—En realidad, tengo una respuesta, querida mía —dijo la voz metálica.

Dana enarcó las cejas frente a aquella total falta de respeto.

—¿Quién le ha dado permiso para dirigirse a mí de esa manera?

El hombre soltó una grosera carcajada, luego respondió:

—La cabeza del contacto al que ha llamado en este momento está rodando sobre la alfombra, frente a mis ojos. El permiso de dirigirme a usted de este modo, bien... me lo he permitido yo mismo.

Dana sintió que el cuerpo se le tensaba y advirtió una punzada en el pecho. Cerró los ojos por un instante, esperando despertarse de aquella pesadilla. Más allá del vidrio, a algunos centenares de metros de distancia, mientras el sol salía tras las colinas al norte, una mujer se estaba arrojando por una ventana del edificio, ahora completamente en llamas.

—Cómo ha dicho...

—Prepárese para asistir a su fin y el de su programa. A propósito, puede presentar mis saludos a su viejo.

—¿Quién diablos es usted? —gritó la mujer, con la cara desencajada y las manos apretadas en un puño.

—Verá, me llamo Paul. Mi madre fue asesinada ante mis ojos hace muchos años, porque su nombre estaba en una lista. Pregunte a su padre, él sabe de qué estoy hablando...

Dana recordó la expresión lúcida y satisfecha de Ivan, cuando muchos años antes le había contado cómo se había deshecho de todos los posibles rivales, personas que, como él, habían nacido en la civilización del Dos mil y poseían una mente fuera de lo común. Su rápido ascenso al poder era un camino manchado de sangre.

—Usted es hombre muerto —sentenció Dana.

—Se equivoca. Nunca me he sentido más vivo.

La comunicación se interrumpió.

Dana se apoyó con un brazo en la ventana, luego acercó la cabeza hasta que la frente se posó sobre la muñeca. Los ojos estaban hipnotizados por las llamas que estaban engullendo el edificio, los reflejos rojos y anaranjados capturados por el vidrio parecían extenderse, por un juego de reverberaciones, por toda la ciudad. Daba la impresión de que anunciaran la ruina. La mente seguía torturándola, repitiendo en una insoportable cantinela las palabras de aquel hombre. En un instante se dio cuenta de que acababa de envenenar a la única persona a la que habría pedido consejo para gestionar una situación tan crítica.

Por un instante, pensó en Thierry y concluyó que cualquiera, potencialmente, habría podido traicionar la causa. ¿Aún podía fiarse de alguien? En teoría, todas las instituciones estaban dirigidas por hombres a sueldo de su padre, que recibían órdenes también de ella desde hacía varios años y comían desde siempre en el plato común. Controlaba a la policía, y luego estaba el ejército de potenciados, quizá la más fiel escuadra de agentes secretos de que disponía. Se dirigiría a ellos. No había tiempo que perder.

En pocos minutos Dana estuvo en la planta baja, cruzó el amplio vestíbulo del rascacielos y, sin mirar a nadie a la cara, desapareció más allá de las puertas correderas. Nadie se atrevió a detener el paso rápido y determinado de aquella mujer en traje sastre gris oscuro, la mirada firme y resuelta, mientras dejaba a sus espaldas la entrada del edificio y subía a su todoterreno negro.

El sol se estaba elevando en el cielo junto a una pesada humedad que hacía la respiración fatigosa, y envolvía la ciudad bajo una capa insoportable. Desde las calles comenzaban a llegar los ruidos de la jornada de trabajo recién comenzada.

—Hay un sitio en que podemos escondernos. —Mark apartó la mirada del cadáver de Gerard, cuya cabeza estaba sumergida en un charco de sangre.

—¿Dónde? —preguntó Thierry.

—Dentro de pocos minutos abrirá el metro, pero los primeros vagones están casi vacíos. Dentro de media hora, una hora como máximo, los trenes estarán llenos de empleados.

—¿Quieres bajar allí? —preguntó Quinto.

—Conozco las plantas de esos túneles subterráneos. Y aquí cerca está la parada de Sparta. Venid conmigo.

Ian se acercó al hombre, que se quitó una goma elástica de la muñeca para atar de nuevo el pelo en una coleta.

—¿Cómo estás? ¿Podrás hacerlo?

—Sí, Ian. —El exprogramador de la Lax sonrió convencido—. Debo hacerlo.

Seguido por el grupo, Mark recorrió la estación de servicio y volvió sobre la calle. La furgoneta aún estaba en el mismo sitio en que la habían aparcado. «Las fuerzas del orden de Gea deben de estar centradas en otros frentes», pensó Aimar, con las imágenes del rascacielos en llamas impresas en la mente.

Todos cruzaron la calle, luego tomaron la vía transversal unos doscientos metros, al final doblaron a la izquierda. Sobre un poste oxidado había el cartel con la M que indicaba el acceso al metro, una red subterránea de trenes que cubría toda la ciudad, hasta las periferias.

—Si nos cruzamos con alguien, mantened la mirada baja —dijo Thierry mientras seguía a Mark por la escalera que llevaba a los molinetes. Cuando estuvieron cerca, Quinto se adelantó a la cabeza del grupo y rozó la prótesis con el perfil digital falso sobre una placa, y apenas la barra se alzó permaneció en medio del paso, haciendo transitar a todos los otros. Luego avanzó, y la barra volvió a bajar. Un letrero luminoso indicaba dos posibles direcciones. A la derecha, una escalera llevaba al andén del tren para MARINA ESTE. A la izquierda, los led rojos componían la inscripción FORO.

—¿Cuál? —preguntó Quinto.

—No importa, debemos meternos en el túnel. Bajemos por aquí.

Mark cogió la escalera de la izquierda.

Cuando el grupo alcanzó la planta subterránea, Sara susurró:

—Allá.

Dos hombres paseaban al fondo del andén que bordeaba las vías. El letrero sobre sus cabezas comunicaba una espera de seis minutos antes de la llegada del siguiente tren. Mark avanzó con cautela, seguido por los otros.

—Quizá deberíamos dispersarnos, para no dar la impresión de que estamos todos juntos —sugirió Ian.

Mark se volvió hacia el resto del grupo.

—Debemos esperar a que pase el tren, no podemos arriesgarnos a que nos cojan. Por tanto, dividámonos a lo largo del andén. Por favor, si llegan otras personas... no crucéis la mirada con nadie. Apenas haya pasado el tren, dejad que los eventuales pasajeros desciendan y cojan las salidas, luego reuníos conmigo debajo del reloj.

Los otros asintieron y se separaron en tres grupitos, mientras los dos hombres al fondo del andén seguían dándoles la espalda, ocupados en seleccionar unas bebidas de una fila de expendedores automáticos.

Alex y Jenny permanecieron en el tramo inicial del andén con Ian, que se sentó en un banco bajo un gigantesco cartel de agua Frey, mientras Aimar y Quinto, llevando las mochilas con el resto de la artillería al hombro, avanzaban hacia el final del andén. Sara, Thierry y Mark se quedaron en el centro, semiescondidos en un pasaje que conducía a un tramo de escaleras.

Cuando los dos desconocidos se volvieron, con un par de latas en la mano, vieron a Aimar y Quinto conversar con la cabeza gacha. Se sentaron en un banco, sorbiendo la bebida. En aquel momento, un grupo compuesto por dos mujeres y un señor regordete bajó por las escaleras y dio los primeros pasos por el andén. Faltaban tres minutos para la llegada del tren. El trío pasó

frente al banco en el que estaba sentado Ian, tapado por Alex y Jenny, en pie, de espaldas. Luego prosiguió hacia el centro del andén, donde se abría el paso interior. Fue una de las mujeres quien cruzó durante un momento su mirada con la de Thierry. La señora se volvió, pero tenía un aire perplejo. Dijo algunas palabras a los otros dos y el hombre sacó una tablet interactiva del bolsillo de los pantalones.

—¿Te ha reconocido? —murmuró Sara.

—No lo sé, maldición. La he mirado por un instante, una fracción de segundo...

—Mierda... —Mark puso los brazos en jarras y miró a su alrededor.

—No podemos arriesgarnos. —Thierry trató de controlarse y respiró hondo—. Si lo comprueban en la tablet y nos denuncian, estamos perdidos.

Mark hurgó en un bolsillo de la chaqueta, luego apretó un botón. Los auriculares se reactivaron en el transcurso de un par de segundos.

—Escuchad —dijo—, el trío en el centro del andén podría haber identificado a Thierry. Están hablando entre ellos, con una tablet en la mano. Debemos impedir que lo denuncien.

Pasaron algunos instantes de silencio, roto por la voz de Quinto.

—Está... está yendo Ian.

El viejo caminó a paso lento hasta el centro del andén, seguido con la mirada por Alex y Jenny, que habían oído la conversación en los auriculares y le habían referido todo. Thierry apartó la mirada, mientras Mark y Sara no perdían de vista al trío de desconocidos que manejaba la tablet. Del otro lado del andén, Aimar y Quinto dejaron las mochilas en el suelo, listos para intervenir con la fuerza si fuera necesario.

—¿Sofisticados estos nuevos modelos, no os parece? —empezó Ian, cuando alcanzó al grupo.

Las dos señoras se volvieron y fingieron no haberlo oído, de pleno acuerdo con el protocolo social de Gea. El hombre dio un paso atrás y permaneció en silencio, pero lo escrutó de la cabeza a los pies.

—Qué despreciable mala educación, no dirigirle la palabra a un anciano... —dijo Ian, y con los ojos clavó la voluntad del hombre que estaba frente a él. Pasó una fracción de segundo, quizá. Pero en ese lapso Ian vio sesenta años de soledad. Una mesa puesta para una persona. Un espejo sucio que ofrecía la imagen de un físico fofo. Una cama de una plaza, en el centro de una habitación desierta. Un panel que ofrecía servicios de todo tipo al ciudadano, abierto en una página de entretenimiento sexual. Luego vio los ojos severos de una anciana.

El señor que estaba frente a él se distrajo y miró a su alrededor, extraviado. Las mujeres, entretanto, continuaban dándole la espalda, temerosas.

—Créame —susurró Ian, y sus ojos por un instante eran los ojos de la madre de aquel hombre—, ella lo desaprobaba. Así como desaprobaba que usted no hubiera encontrado nunca una mujer y que pague a prostitutas.

Sara y Mark observaron toda la escena sin oír el diálogo y se quedaron sin palabras. Después de pocos segundos Ian se alejó del trío y caminó hacia ellos, y cuando estuvo cerca de Sara la cogió de la mano, le sonrió y le tendió la tablet interactiva del desconocido.

—Dásela a Thierry —dijo, sereno—, dile que todo está en orden.

Las luces del tren, mientras tanto, asomaron desde el fondo del túnel. Ninguno osó respirar, los dos hombres sentados en los expendedores continuaron bebiendo sin proferir palabra, Quinto y Aimar recogieron las mochilas.

Thierry enrolló el dispositivo, después de haber comprobado que no se hubiera enviado ninguna denuncia, y suspiró aliviado. Luego esperó a la llegada del convoy, que se detuvo y partió otra vez después de una breve parada. Bajaron pocas personas y salieron sin cruzar su mirada.

En un instante, el andén volvió a quedar desierto.

Capítulo 36

Dana abrió la puerta del semisótano de una patada. Al apartamento se accedía recorriendo una rampa hasta la base de un palacete de tres plantas, en aquella zona gris y anónima de la ciudad a medio camino entre el centro y la periferia. Los cierres metálicos en el interior del local estaban bajados, el aire, viciado. Una mezcla de humo, sudor y comida en descomposición.

—Levántate —dijo la mujer, mientras apretaba un interruptor y encendía la luz de la habitación. Sobre una cama de matrimonio estaban enredados los cuerpos de un muchacho y una muchacha, desnudos, con las piernas entrelazadas en las sábanas. La muchacha se incorporó. El pelo caía desordenado sobre los párpados entreabiertos. En los bordes de la cama yacían varias botellas de vidrio, el suelo, lleno de ropas desperdigadas.

»Te espero fuera —dijo Dana, luego se dirigió a la muchacha—: Tú, desaparece.

—¿Pero quién es usted? —farfulló ella, mientras el muchacho se despertaba a duras penas—. No puede entrar aquí, es propiedad privada y... ¡podríamos denunciarla!

Dana apartó la mirada, molesta, luego metió la mano derecha en el interior de la chaqueta, extrajo una Stormo calibre 9 con silenciador y disparó dos veces al pecho de la muchacha.

—¡Joder... Dana! —gritó él levantándose de golpe, con los ojos desorbitados—. ¿Por qué?

—Levántate y vístete, Stan. De inmediato. —Dana dio media vuelta y salió del apartamento, luego esperó con la espalda apoyada en la pared exterior, mientras comprobaba las actualizaciones en el dispositivo. El muchacho se puso una camisa, unos slíps y pantalones grises, de tela. Luego salió, descalzo.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Stan mientras se abotonaba la camisa sobre el pecho lampiño. Su rostro de mandíbula pronunciada estaba marcado por algunas cicatrices a la altura de los pómulos, mientras que el pelo castaño, levemente revuelto, le caía hasta el cuello. Los ojos almendrados y la nariz chata sugerían que algún antepasado suyo, quizás un centenar de años antes, cuando aún los continentes no estaban en guerra, debía de haberse trasladado de Oriente a Gea. Él, en cambio, había nacido y crecido en Marina, hasta los doce años había sufrido el condicionamiento mental bajo la dirección de Thierry. Luego se había convertido en una sombra. En el curso de los años, Stan había partido varias veces para Oriente, había participado en operaciones de sabotaje, urdido atentados contra políticos del continente adversario; había trabajado como espía y sometido a la gente a través de la manipulación de los sistemas de comunicación. Su juventud, como la de sus compañeros, había sido un punto a favor, una ventaja. Nada sospechosos, de apariencia inocente e inconsciente, esos muchachos habían subvertido el orden de las cosas, hasta la caída de Oriente.

—Para que tú ahora reúnas a todos tus colegas, restablezcas la red y entres en acción. No quiero distracciones. No me hagas creer que te importa algo esa muchacha.

—Está bien, habla.

—Y evita meterte con quinceañeras...

—Yo hago lo que me da la gana cuando no trabajo para vosotros. Ella no tenía nada que ver.

—Todo tiene que ver, Stan. ¿No lo entiendes? Alguna distracción, algún mínimo error o negligencia nos han llevado a lo largo de los años a perder el control sobre la gente. Y ahora pagamos las consecuencias.

—Explícate.

Dana mostró al muchacho la foto del rascacielos en llamas.

—¿Qué me dices?

Él cogió la tablet, y en aquel momento el periódico interactivo se actualizó de nuevo.

—Oh, joder —dijo él, llevándose una mano a la boca.

Dana le arrancó el dispositivo y vio la imagen de la *Mayer*, una de las naves más sólidas de la flota de Marina, bajo el titular: ATAQUE TERRORISTA EN EL OCÉANO.

—Perfecto —comentó ella. Luego se mordió el labio y se acomodó el peinado, permaneciendo

con las manos metidas en el pelo durante algunos instantes, como en busca de una solución que se hacía cada vez más oscura.

—¿Qué está sucediendo, Dana? —preguntó Stan, preocupado. En dieciocho años de servicio nunca había visto algo semejante.

—Muévete —respondió Dana, observando la pared frente a sí. En un instante volvió a ver a Ivan ahogándose después de haberse tragado el último vaso de licor, y volvió a ver la mirada falsa de Thierry, que recientemente se había puesto una máscara y había urdido en secreto la revuelta. ¿De cuánta gente disponía? ¿Con el apoyo de cuántos ciudadanos estaba haciendo todo esto? ¿Era el jefe o un cómplice de semejante rebelión?

—De acuerdo —comentó Stan. El rostro de Dana expresaba la gravedad de la situación.

—Dentro de una hora os quiero a todos en el aparcamiento del Sigma.

—¿El centro comercial de la periferia? ¿Por qué allí?

—Porque estos días está cerrado. No habrá coches en el sótano. Ningún empleado, ningún guardia. Debo hablaros y no tendremos mucho tiempo.

Dana se alejó, mientras Stan corría al interior del apartamento, se sentaba a una mesa invadida de folios de papel y libros y activaba el panel.

En aquel preciso instante, la *Mayer* comenzó a hundirse. Pocos minutos más tarde, el rascacielos en llamas en el centro de Marina se desplomó como un castillo de naipes ante la primera ráfaga de viento. La policía se atrincheró frente a la sede de Synaptica, mientras la población empezaba a invadir las calles para acudir a su puesto de trabajo, pues no todos eran realmente conscientes de lo que estaba sucediendo en la ciudad. Comenzaron a llenar los medios de transporte, como hacían cada día, mientras quienes tenían una tablet interactiva contaban a los otros algo respecto de los recientes acontecimientos, y contra todo protocolo social de Gea empezaban a formarse corros de personas, tanto en los trenes como por las calles.

Mientras todo esto ocurría, Mark y los otros ya habían bordeado el lado izquierdo del túnel del metro durante algunas decenas de metros, y se habían metido por una tétrica y maloliente anfractuosidad que conducía a una pequeña puerta. Mark la había abierto y había alcanzado una pequeña habitación con una mesa vacía en el centro, las paredes ocupadas por cuadros eléctricos, y una fila de tableros digitales coronados por paneles empotrados que ofrecían en directo las imágenes del andén.

—Es el ajuste de cuentas —dijo, con la mirada radiante.

Thierry se acercó y susurró:

—Lo que has hecho en la penitenciaría...

—¿Quieres un bis? —rio Mark sarcásticamente.

El doctor le respondió con una mueca sutil. Él entretanto se rozó el hombro con la palma de la mano, mientras una serie de punzadas debajo de la rodilla a la altura de la herida le hacían rechinar los dientes. Se percató de que tenía sudores fríos. Trató de animarse, luego extrajo del bolsillo de los pantalones el microchip y lo insertó en una ranura en el extremo izquierdo del tablero.

—¿Qué tenéis en mente? —preguntó Sara.

—De este instrumento de control salen los anuncios automáticos con los que nuestros amados políticos nos bombardean cada día en el metro. Eslóganes, publicidad, informaciones... un montón de inútil basura digital, ideal para atontar a la gente.

Quinto asintió, saboreando el momento.

—Esta mañana les daremos algo más sabroso. —Mark mantuvo la mirada clavada en el dispositivo, sobre el cual tecleó—. Esta mañana el Bienestar somos nosotros.

—Pero aquí dentro... ¿no trabaja nadie? —Jenny miró a su alrededor, mientras el estruendo de un tren que llegaba a la estación de Sparta hacía temblar la tierra bajo sus pies durante algunos

instantes.

—Está todo automatizado —explicó Thierry, con una sonrisa astuta—, pero sí, alguien podría entrar por esa puerta, de un momento a otro. Y estaremos felices de recibirlo.

Aimar sofocó una carcajada, mientras acariciaba con las yemas de los dedos el obturador de la Stormo que Quinto le había entregado poco antes, en el aparcamiento detrás de la estación de servicio.

—Prepárate, Sara —intervino Ian, con una mano apoyada en el hombro de la mujer de los ojos almendrados—. Prepárate para escuchar algo sublime. Algo de nuestros tiempos.

—Listos —respondió Mark, luego apretó una tecla del dispositivo.

Los altavoces situados encima de la pantalla que señalaba los minutos de espera antes del próximo tren, retumbaron, luego comenzó el espectáculo.

Todos los que acababan de salir del vagón alzaron la cabeza, como llamados por la delicada melodía de violines y piano. Ningún ciudadano de Gea se asombraba o reaccionaba de ningún modo ante los avisos automáticos, aunque fueran acompañados por uno de esos anuncios digitales producidos solo para hacer de bucle publicitario, con la única intención de meterse en la cabeza de las personas para introducir un eslogan. Pero esta vez era distinto, y se percataron todos.

—Mirad... —dijo Mark y cerró los ojos mientras la voz cristalina del cantante dibujaba encantadoras melodías que reverberaban no solo en el andén, sino en toda la red de metro. Cualquiera que estuviera sentado o de pie a bordo de un tren de Marina estaba escuchando ese pasaje y se estaba haciendo preguntas—. Mirad el panel...

—Es de locos. —Alex sacudió la cabeza, maravillado, mientras observaba los rostros de los habitantes de Marina en la pantalla y aquella canción lo devolvía cincuenta años atrás—. Ahora la recuerdo palabra por palabra... era el pasaje preferido de mi padre. Se titulaba *Smoke gets in your eyes*.

—Una excelente elección. —Thierry le dio una palmada en el hombro.

Alex permaneció en silencio, mientras se esforzaba por volver al punto de partida de aquella historia. ¿Qué recordaba de su padre, de su familia? Las notas de aquella canción lo arrastraron hacia un pasado sepultado y, en general, olvidado. Vio a sus padres bailando, en el salón de casa, en Milán. Los vio felices. Felices como nunca. Observó a Valeria y Giorgio Loria con los ojos de un niño, el ánimo inocente e inconsciente. Como páginas quemadas por la Historia, afloraron así en su mente imágenes abarquilladas y ennegrecidas hasta convertirse en cenizas. Las cenizas de un mundo acabado, del que él, Jenny y Marco eran la excepción. El desequilibrio. La luz aún viva.

—Este mundo ha olvidado el encanto —comentó en voz baja Ian, mientras una lágrima serpenteaba por su rostro. Durante un momento perdió el equilibrio, mientras imaginaba los ojos de Ben, el hijo al que ya no vería. Fue Sara quien lo sostuvo.

Mark lo miró, conmovido, participe de su vibrante emoción, mientras el agudo final del cantante sostenido por un triunfo de violines resonaba por doquier, fuera de aquella jaula.

—Este mundo nunca ha conocido el encanto.

—¿Comprenderán todo esto? —preguntó Sara sobre las últimas notas de la canción.

—Estas personas han crecido y han vivido bajo el programa político del Bienestar —respondió Thierry—. Habitadas a defender a sus opresores, a considerar aquello que les venden desde siempre como justo. Pero yo creo en esta ciudad. Yo sé que no somos los últimos.

—Ya lo sabes —Mark miró a Jenny a los ojos—, cuando Ben te sacó de Mnemónica y pasó por mi tienda, me preguntó por qué yo no estaba de acuerdo con sus propósitos de rebelión, a pesar de que entendía la naturaleza de su pensamiento y lo compartía. Le respondí que en esta sociedad era una hazaña hacer razonar a un colega o amigo sobre la mentira en que vivía, como para imaginar motivarlo a una revuelta. Aún hoy me pregunto si esas personas de la pantalla

están listas. Si están en condiciones de entender que estamos haciendo todo esto por ellas.

Quinto golpeó el puño derecho sobre la otra mano abierta.

—¡Lo conseguiremos, Mark! Cuando la resistencia comenzó a formarse, seguimos un ideal. Éramos pocos. Hoy la gente está empezando a abrir los ojos, y nuestra red es sólida.

—Pero ellos tienen una ventaja enorme... —dijo Alex.

—Los potenciados de Ivan —añadió Jenny.

En aquel momento, Mark puso los ojos en blanco ante un mensaje privado que relampagueaba arriba a la derecha de la tablet. El remitente era un taxista que trabajaba en el centro de Marina. Un informador.

IVAN SUICIDADO RASCACIELOS CENTRAL.

POLICÍA SOBRE EL TERRENO. CUIDADO.

—Temo que los potenciados ya no están al servicio de ese hombre —dijo Mark, con los ojos fijos en la tablet—. Ahora están al servicio de Dana.

Capítulo 37

El aparcamiento de Sigma era un vasto espacio subterráneo que se extendía a lo largo de ocho mil metros cuadrados, iluminado por largas filas de tubos de neón que reflejaban su luz color azul eléctrico sobre el asfalto brillante. El todoterreno de Dana circuló entre las columnas que sostenían la base del centro comercial, dispuesto en tres plantas y provisto también de una enorme área de descanso externa. El Sigma surgía en la periferia, al sudoeste, no demasiado lejos del puerto de Marina, y en aquel momento estaba cerrado por una reestructuración.

El vehículo de Dana detuvo su carrera y se paró frente a una fila de carros. La mujer echó un vistazo más allá de la ventanilla. Había motos, algunos coches destartados, y decenas de muchachos de diecisiete años desperdigados por el sótano. Muchos de ellos estaban solos, otros habían formado pequeños corros y conversaban frente a las imágenes de una tablet interactiva. En cuanto Dana salió del *jeep*, el vocerío se aplacó y cayó un silencio sepulcral. La mujer caminó a paso rápido hasta encontrarse frente a la alineación desordenada.

Stan se adelantó algunos pasos, emergiendo de la multitud con autoridad. Se volvió hacia los otros y sin decir nada, sin gesticular, los invitó a agruparse. Luego se volvió hacia Dana.

—A sus órdenes...

—¿Cuántos sois? —preguntó ella.

—Todos los que pudimos reunirnos en tan poco tiempo.

—Empecemos.

Stan retrocedió, mientras la mujer unía las manos y entornaba los ojos. Ante ella, la devoción. Más de cien muchachos completamente arrobados por su presencia, por el eco de su pensamiento. Nadie se atrevió a respirar mientras ella penetraba en aquellas jóvenes y extraordinarias mentes, desde siempre al servicio de la causa. Un grupo de jóvenes educados durante más de la mitad de su vida en la disciplina y luego devueltos a la ciudad, que los había transformado en rebeldes, marginados. Invisibles a la sociedad, solitarios y sin amo excepto aquella voz, hipnótico reclamo de su íntima naturaleza.

—Nosotros somos Utopía. Ahora y siempre.

La voz de Dana resonaba en el sótano y rebotaba contra las columnas, magnética y persuasiva, provocando una fascinación a la que no se podía oponer resistencia.

—Hoy lloramos la desaparición de mi padre, aquel que ha dado vida a la escuela en que se han forjado vuestros ánimos. Ha decidido quitarse la vida, y esto le ahorrará la visión de cuanto está ocurriendo por las calles.

Las miradas de los jóvenes eran concentradas, atentas. Ni un gesto de emoción, sino un profundo sentimiento de respeto por aquel hombre que a sus ojos era una leyenda. Algunos asintieron con la cabeza, otros permanecieron con los brazos cruzados, los puños apretados, los ánimos dispuestos.

—En otros lugares, en las realidades paralelas, ya estamos conquistando el favor de la gente. Estamos empezando a reconocernos, a trabajar juntos... —El tono de voz de Dana era agudo, altivo—. Por un mundo mejor. En todas partes. Para que las personas ya no tengan nada que temer y todo esté siempre bajo control. Todo.

El ejército permaneció en deferente silencio. Cada uno de aquellos muchachos habría dado su vida por llevar adelante el proyecto. Tal como había hecho Gerard, aquella mañana, sacrificándose para evitar que Thierry y los suyos lo utilizaran.

—En la ciudad está ocurriendo algo terrible. Grupos fuera de control están poniendo a prueba nuestros recursos. Habéis visto las imágenes. Pues bien, ahora nos toca a nosotros. Sabemos que al frente de esta sublevación hay un traidor. Su nombre es Thierry, era el médico responsable de Utopía. Algunos de vosotros lo recordaréis. Se ha llevado a dos pacientes de nombre Alex y Jenny de la sede de Synaptica, y ha ayudado a un hombre de casi noventa años llamado Ian a fugarse de la penitenciaría de Marina. Detrás del rapto de estas tres personas hay

un plan muy preciso. Thierry se sirve sin duda de cómplices adiestrados y lo apoya una red clandestina. Identificad a estas personas...

Dana hizo una pausa, dejando en suspenso su discurso, y miró a la multitud como si tuviera enfrente a una única conciencia colectiva.

—... e impedidles minar los fundamentos del Bienestar. Nuestros conciudadanos os estarán agradecidos; gracias a vosotros ya no tendrán nada que temer.

La mujer bajó la mirada, con las manos nuevamente unidas, y respiró hondo. Pensó intensamente en el símbolo de Utopía, aquel emblema que hacía de reclamo para sus hombres. El rostro sin ojos, pintado en cada pared del complejo de Utopía. La imagen hacia la cual los muchachos reunidos ante ella, desde la infancia, se dirigían en meditación. Lo visualizó en la mente, y estuvo segura de que su ejército estaba haciendo lo mismo. Nadie abrió la boca, pero todos pensaron en el mismo lema, repetido miles de veces en el curso de los años: «Nosotros somos Utopía. Ahora y siempre».

Luego la mujer se alejó, mientras los muchachos se dividían en pequeños grupos para organizarse. Ella los observó por última vez, al mismo tiempo, orgullosa y preocupada, luego montó en el todoterreno y dejó el aparcamiento. Su tablet, apoyada en el asiento de al lado, relampagueó de nuevo. El mensaje no dejaba lugar a interpretaciones. El remitente era un capitán de la flota naval de Marina, su amigo y consejero de confianza desde los tiempos de la conquista de Oriente.

LA MAYER SE ESTÁ HUNDIENDO.

LA ACTIVIDAD PORTUARIA ESTÁ SUSPENDIDA.

NECESITO HABLAR CONTIGO LO ANTES POSIBLE.

CAPITÁN MAYOR DESNER

Dana subió por la rampa y dejó a sus espaldas el sótano.

Mientras la hija de Ivan conducía en dirección al puerto de Marina, Aimar y Quinto salieron del cuarto en el interior del túnel, después de haberse puesto de acuerdo con Mark y Thierry sobre lo que debían hacer.

Recorrieron el tramo que los separaba del andén con la espalda pegada al muro, prestando atención a dónde ponían los pies. El camino tenía unos treinta centímetros de ancho, un tren acababa de transitar y quedaba un puñado de minutos para alcanzar la entrada del túnel. La escasa iluminación no jugaba a su favor, pero alcanzaron el final del tramo a tiempo.

Antes de saltar al andén, Quinto desenganchó del cinturón un tubito metálico cargado de gas lacrimógeno, y lo lanzó hacia las personas a la espera del siguiente convoy. El cilindro se activó cuando impactó con el suelo, liberando el gas. Durante unos segundos, nadie en el arco de unos veinte metros comprendió qué estaba sucediendo. Alguno tosió, otros retrocedieron unos pasos, lejos de las vías. Los dos, después de haberse puesto una mascarilla de protección en la boca, se escabulleron entre la gente y subieron por las escaleras, por último, salieron al aire libre. En torno a ellos, el tráfico por las calles suponía uno de los mayores obstáculos.

—¿Dónde le has dicho que se detuviera? —preguntó Aimar.

—Justo aquí, fuera de la entrada de Sparta. No podemos exponernos durante dema...

—Aquí está, es él. —El hombre de color retrocedió un paso mientras un coche con los vidrios tintados se arrimaba al bordillo delante de ellos. Ambos tiraron la mascarilla en un cesto de la basura, luego saltaron dentro del vehículo y este desapareció en el tráfico.

En aquel momento, en la angosta sala de mandos en el interior del túnel, Alex se acercó a Jenny, luego llamó al viejo Ian.

—¿Qué estará sucediendo en Sam-en. —preguntó.

—Estamos seguros, allá —fue la respuesta del viejo.

—Y Anna está aún viva... —dijo Jenny, con la mirada baja.

—Anna está viva en todas partes —rebatía Ian—. Este es su tiempo. Su muerte en esta dimensión no es más que una gota de agua en el infinito océano de su existencia.

—Pero si ella fue capaz de clonarnos, en Garen —dijo Alex, preocupado—, ¿no podría hacerlo en otra parte? ¿No podría hacerlo en todas partes?

—¿Con qué fin? —preguntó Jenny—. No creo que fuera la decisión correcta. A veces me pregunto si el nuestro es un don o una condena.

Ian sonrió y apoyó una mano sobre el hombro de la muchacha.

—Me he hecho la misma pregunta, quizás un millón de veces. Mirad, ahora, aquí... soy un viejo. Pronto encontraré la muerte, y no me opondré a su mano. Dejaré que me coja y que me lleve consigo. La espero desde hace tiempo.

—Podríamos vivir eternamente —dijo Alex—. Anna podría...

—No debes tener miedo a la muerte, amigo mío —lo interrumpió Ian, con tono solemne—. Nuestro tiempo fue hace quinientos años. Esta no es nuestra época. Y ya hemos visto qué significa engañar al ciclo de la naturaleza. Cuando también el tiempo sea domado, también del tiempo se hará mercado...

—¿Qué significa? —preguntó Jenny.

—Parece una paradoja, pero lo he aprendido de nuestro peor enemigo, hace muchos años, en la cárcel. Quien anhela el poder, quien desea oprimir a los demás y ensanchar su dominio sobre el mundo, busca a aquellos como nosotros. Desde siempre. Hemos sobrevivido a la extinción de nuestra raza, y hemos llevado con nosotros el secreto de nuestra diversidad. Estáis viendo con vuestros ojos cómo semejantes facultades, en las manos equivocadas, pueden tener efectos devastadores. En cualquier mundo posible.

—Entonces moriremos, antes o después... —susurró Alex.

—Será justo que así sea. Tanto aquí como en Sam-en. Pero la vida es un ciclo continuo, la muerte es solo el inicio de una nueva historia. No debemos temerla. Estamos hechos de energía. No será el simple declive del cuerpo el que pondrá fin a nuestro fluir en la eternidad.

—¿La energía es eterna? —Jenny dio un paso hacia Alex.

—Al igual que la naturaleza. —Ian esbozó una sonrisa—. Es un viaje sin fin. Un continuo crecer, transformarse, morir y renacer. Yo soy el viejo Ian, que ha tenido una espléndida familia aquí, y una vida sufrida. Y soy Marco, el muchacho que ha domado el tiempo y permitido nuestra supervivencia más allá del fin del mundo de 2014. Pero soy también el chico de dieciocho años de Sam-en, que convive desde siempre con el sentimiento de culpa. Hoy estamos aquí para poner remedio, para devolver el equilibrio. Para hacer que todo vuelva a tener el correcto significado y la gente de este tiempo sea finalmente libre. No es ni un don ni una condena. Es nuestro camino. Y lo recorreremos juntos.

Capítulo 38

Dana bordeó la carretera que corría paralela al paseo marítimo, luego giró por una calleja y aparcó el todoterreno de través, sobre la acera. Bajó, levantó la mirada y vio un cúmulo de nubes subiendo amenazante desde el sur, dirigido hacia la ciudad. Por un instante le pareció ver, en aquella amenazante pero inocua fatalidad, la unión de las células rebelándose contra el poder central. Nunca habría pensado que pudiera sufrir semejante ataque, desde el momento en que la población estaba bajo control desde hacía décadas. Pero ni ella ni Ivan habían logrado dominar a aquellas personas que conseguían ver más allá, comprender su plan. No habían podido controlar el desequilibrio.

Dana caminó hasta el paseo marítimo y alcanzó el puerto de Marina, envuelto por un calor bochornoso e insoportable. El capitán Mayor Desner la esperaba con la espalda apoyada en una barandilla y una pipa en la mano. A pesar del importante cargo que ocupaba, Desner era un hombre bajo, con el rostro despejado y los ojos coronados por dos densas cejas. Las mejillas enrojecidas, parecía un niño en el cuerpo de un adulto. Se quitó el sombrero en señal de saludo, y descubrió unas importantes entradas.

—¿La *Mayer*? —empezó Dana, después de haber correspondido con una señal de la cabeza.

—Dentro de un par de horas se irá a pique.

—¿Hombres a bordo?

—Pocos, no era un viaje de placer. Hemos perdido una cantidad ingente de suministros.

—¿Acaso tienes miedo de morir de hambre, Desner?

Dana permaneció algunos instantes observando la inmensa extensión de agua, sobre la cual batía la luz del primer sol de la mañana.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó el hombre, luego dio una calada a la pipa.

—Ha muerto —respondió ella, escapando de los ojos interrogativos del capitán.

—Estoy consternado, Dana. —El hombre tosió, luego dio otra calada—. Mis más sinceras condolencias. Debe de ser obra de las mismas personas, supongo...

—En realidad, parece un suicidio —mintió Dana. Luego su mirada se revigorizó—. Pero veo que comienzas a entender...

—¿Qué?

—La gente. El pueblo. No son ellos los sublevados. Se trata de grupos aislados. La masa está y estará siempre de nuestra parte, especialmente si cambiamos un poco las cartas sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—La mayoría de las personas esta mañana ha ido a trabajar, como si no pasara nada. Han leído o leerán las noticias, pero ciertamente ignoran qué tienen en mente los rebeldes.

—Naturalmente. Pero están tramando contra el poder político. Han atacado el centro de Marina y hundido una nave. ¿Cuánto crees que tardarán los ciudadanos de este continente en hacerse preguntas?

—Oh, Desner, se las harán, de seguro. Especialmente cuando el objetivo de los ataques sea... civil.

El hombre se quitó la pipa de los labios y entornó los párpados, escrutando el rostro de Dana, de pronto iluminado por una nueva y espantosa intuición.

—Perdóname, temo no haber entendido, tú quisieras...

—Has entendido perfectamente. Necesito tu ayuda, de inmediato.

—¿Para hacer qué?

Dana observó de nuevo el horizonte e imaginó el desarrollo de los acontecimientos por cómo estaba tomando forma rápidamente en su cabeza.

—Quemar una escuela.

La mirada de Desner se volvió torva.

—¿Y quieres que sea yo quien dirija semejante operación?

—¿Tú no eres el mismo que ha transportado comida en descomposición a Lender, participado en el transporte de esclavos, hecho negocios en los tiempos de la guerra fría...?

—No era lo mismo, Dana...

—¿No me vendrás ahora con escrúpulos morales? Recuerda que tu posición, tu riqueza, y el respeto que todos te tributan desde siempre, se deben a la mano generosa de mi padre.

Desner se quitó el sombrero, luego se pasó una mano por la frente para secarse el sudor.

—¿Me estás pidiendo que haga saltar por los aires... a unos niños?

—Exacto.

—Pero es un acto de vileza inaudita, inhumano y...

—Muy bien —lo interrumpió Dana—. Acabas de usar las palabras de las que me serviré en mi primera conferencia de prensa. Desde hoy, este mundo tiene un nuevo jefe. Ya no sin rostro, ya no en la sombra. Y lo primero que haré será difundir en directo, esta tarde, la foto de ese traidor de Thierry, que tendrá sobre la conciencia algunos centenares de pequeños inocentes.

—Por qué debería hacer algo semejante... —El capitán dejó la frase en suspenso, sin entonar una verdadera pregunta.

—Porque desde mañana serás mi primer consejero. Serás la persona más influyente en la escala jerárquica de este continente. Después de mí, se entiende. Si te opones a mi plan, eres libre de desaparecer de mi vista para siempre.

El capitán bajó la mirada y siguió con los ojos su larga sombra, que lo hacía aparecer esbelto a pesar de su físico rechoncho y nada atlético. Una vez más, en su vida, decidió olvidar la moral y centrarse en el fin. Ivan estaba muerto, y toda la estima que el viejo le tenía se había ido con él. Ahora el jefe era Dana. Y aquella era la primera orden oficial que la mujer le daba.

—De acuerdo —respondió después de haberse puesto de nuevo el sombrero en la cabeza—, considéralo hecho.

—Así se habla, Desner. A mediodía, quiero recibir la actualización del periódico interactivo y ver que has cumplido con eficacia. Desde mañana, Thierry y esa banda de traidores del Bienestar correrán el riesgo de ser linchados por la gente corriente en cuanto pongan el morro fuera de la cloaca en que se han escondido. No tendremos que hacer ni siquiera el esfuerzo de darles caza. Dana se volvió y dejó al capitán solo con sus conflictos éticos, aunque en clara inferioridad respecto de su sed de dinero y de gloria.

Dentro de la pequeña habitación en el túnel del metro, el grupo de Thierry se había reagrupado frente al médico.

—¿Cuándo volverán Quinto y Aimar? —preguntó Jenny, mientras Mark comprobaba las actualizaciones en el dispositivo.

—No volverán aquí —respondió Thierry—. Tenían una cita con un oficial del puerto de Marina. Uno de los nuestros, de nombre Lars. Es también gracias a él que los hombres de Aimar han conseguido sabotear la *Mayer*. Ha coordinado las operaciones a distancia.

—¿Nos reuniremos con ellos en el puerto? —preguntó Ian.

—Antes debemos salir de aquí sin que nos denuncien.

El ruido de un llavero hizo que todos se volvieran de golpe hacia la puerta por la que habían entrado.

—Hay alguien —susurró Thierry, y sacó la Stormo de la pistolera—. ¿Quinto os ha cambiado el cargador también a vosotros?

Los otros respondieron afirmativamente, con la mano ya preparada bajo la axila.

—Oh, joder —dijo el desconocido después de haber abierto la puerta de entrada a la sala de mandos, cuando se encontró tres semiautomáticas apuntadas a su cabeza. El hombre, de pelo corto y rojizo, miró a su alrededor presa del pánico—. Yo... yo... solo soy el encargado de los cuadros eléctricos, yo... yo...

—No queremos hacerte daño —improvisó Mark—. Pero ahora nos echarás una mano para salir

de aquí.

—Haré todo lo que digáis, pero no disparéis, os lo ruego. Anteayer nació mi hija. Por favor...

—Es algo maravilloso... —dijo Ian. El hombre lo miró perplejo.

—Cierra la puerta —ordenó Thierry.

—Y ahora ten la amabilidad de quitar la corriente en toda la línea.

Mark sonrió y permaneció a la espera, mientras el tipo se acercaba a los cuadros eléctricos, con las manos temblorosas y el rostro morado.

—Desde aquí solo puedo qui-uitar la co-corriente de la estación de Sparta —balbuceó el hombre—, no puedo impedir que los trenes vayan por las ví-vías.

—Perfecto, a nosotros nos basta con que el andén esté completamente oscuro. Y también las escaleras. Y así también la planta superior, donde están los molinetes.

—Ahora mismo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Thierry, tratando de no intimidar más al desgraciado.

—Nicolò.

—Bien, Nicolò. ¿Tienes coche?

—En verdad, no —respondió él—. A veces me muevo con la furgoneta de la empresa.

—Mejor aún —comentó Mark—. ¿Dónde está aparcada?

—En el garaje, fuera de la parada del metro. Pero no se puede entrar sin...

Mark le aferró un brazo.

—Te doy permiso.

Thierry intercambió con los otros una sonrisa sagaz, luego se volvió de nuevo hacia el hombre, que estaba bajando algunos interruptores.

—No hay tiempo que perder. Vamos. Tú nos guiarás.

En pocos instantes, todas las luces en el interior de la estación de Sparta se apagaron. Sin energía para las pantallas que marcaban la espera del próximo convoy, para los expendedores automáticos, para los neones que iluminaban el andén. Oscuridad completa en las escaleras y en la planta superior. Mientras el grupo salía de la habitación de mandos, y recorría el túnel hacia el andén, la gente a la espera del tren empezó a murmurar y protestar.

Cinco minutos más tarde, Thierry y los otros estaban a bordo de una furgoneta gris con una inscripción en el lateral que rezaba: OBRA ELÉCTRICA – MARINA.

Capítulo 39

La furgoneta se confundió con el tráfico matutino de Marina mientras Mark, sentado junto al conductor, repiqueteaba sobre la tablet interactiva. Se dio cuenta de cómo la información, desde hacía pocos minutos, había empezado a utilizar el término «ataque terrorista» para definir cuanto estaba sucediendo en la ciudad. Las imágenes del rascacielos derrumbado en el centro eran impresionantes. Una nube de polvo se alzaba una veintena de metros dibujando una cúpula gris sobre el montón de escombros. Pilonos de cemento y planchas de acero candentes amontonadas formaban una pirámide de desechos, restos humanos en medio de montañas de polvo, esqueletos de automóviles. La macabra escena se reflejaba y amplificaba en los ventanales de los edificios circundantes, que multiplicaban el horror. En torno había un tráfago de bomberos, policía y periodistas. Se había dispuesto una fila de vallas para evitar que los ciudadanos se acercaran demasiado.

Mark se volvió hacia el compartimiento de carga, que a diferencia de su furgoneta no estaba separado del habitáculo del conductor.

—Tardaremos un poco en cruzar la ciudad.

—No te preocupes, aquí estamos seguros y no saben que estamos usando este vehículo —respondió Thierry.

Del hueco portaobjetos de la puerta asomaba una gorra negra, Mark la cogió y se la puso en la cabeza.

—Me permites, ¿verdad?

El conductor asintió, luego tragó como si tuviera una piedra en la garganta.

—¿Quiénes sois? ¿Puedo saberlo?

—Amigos tuyos. —Mark se aclaró la voz, luego se volvió de nuevo hacia los otros—. Necesitamos estar fuertes, no podemos aguantar todo el día así, por tanto, hacedme caso: si alguno de vosotros quiere aprovechar este trayecto, que se tienda y recupere las energías.

—¿Y tú? —preguntó Sara, sentada entre Alex e Ian en el compartimiento de carga.

—Tendré tiempo para dormir, después. Ahora no me lo puedo permitir.

—¿Y la herida?

—No pienso en ella.

En aquel momento la tablet de Mark emitió una señal acústica. Era un mensaje de Quinto.

ESTAMOS PUERTO.

LOCALIZADO DESNER.

5 MINUTOS Y LO CARGAMOS EN EL COCHE.

QUINTO

Mark cerró la ventana de Texto, luego seleccionó de nuevo el periódico interactivo, en el que apareció un título en mayúsculas:

EL BIENESTAR FINALMENTE TIENE UN ROSTRO.

Mark leyó el artículo con una mueca de disgusto pintada en la cara.

Marina - Esta tarde, a las 19 horas, en directo en cada televisor, panel y dispositivo electrónico de Gea, el Bienestar se encontrará finalmente con sus electores. Después de años de gran confianza y participación, de progreso tecnológico y avance social, el fructífero programa político que ha convertido a Gea en el lugar seguro en que podemos criar a nuestros niños mostrará su rostro. El rostro de la mujer que ha hecho posible todo esto. La madre de cada uno de nuestros ideales, que ha decidido revelarse a sus fieles ciudadanos en un momento tan delicado, a consecuencia de los recientes ataques terroristas en el corazón de Marina. Para la ocasión, los turnos de trabajo terminan con dos horas de antelación.

Mark sacudió la cabeza, luego se retorció y alargó un brazo hacia el compartimiento posterior. Tendió la tablet a Thierry, y bastó una seña de la cabeza para indicar al hombre que había algo importante que leer. El doctor se concentró durante un momento en la noticia, y después de haber llegado a la última palabra recomenzó desde la primera. Lo leyó tres veces, incrédulo.

Entretanto, Alex se había dormido con la cabeza apoyada sobre las piernas de Jenny, que no lograba conciliar el sueño y acariciaba delicadamente el pelo rubio del muchacho. Después de dieciocho años de reclusión en Synaptica presentaba algunos reflejos cenicientos y era un poco más largo, con un mechón rebelde sobre la frente.

Jenny trató de cerrar los ojos, sintió el latido del corazón tamborileando en el oído derecho en un fastidioso e incesante ritmo, pero no se durmió. Rozó el pelo de Alex con los dedos y pensó que lo único que deseaba más que cualquier otra cosa era desaparecer, huir lejos de todo, vivir en paz y despertarse cada mañana junto a él. Sin pasar nunca más miedo.

Frente a ellos, también Sara estaba tratando de reposar, con la cabeza apoyada en un hombro de Ian. El viejo, en cambio, aprovechó el silencio para encontrar refugio en la meditación, como había hecho durante los dieciocho largos años en la celda de aislamiento de la penitenciaría de Marina. Pero esta vez un puente lo arrastraba con fuerza lejos de allí. Era su tierra, era el perfume de la hierba que crecía exuberante junto al río. Era el sol, alto en el cielo sobre la gente de Sam-en.Kar, resplandeciente y supremo, gobernando las estaciones y dictando los tiempos de las cosechas.

Fue un instante.

Abrió los ojos de la otra parte, y lo primero que vio fue una silla de montar. Luego cogió forma la mole imponente de un caballo. Por último, el rostro de una mujer. Durante un momento a Ian le pareció que flotaba entre dos dimensiones lejanas. De un lado, oía los ruidos de la calle, mientras la furgoneta que conducía Nicolò se escabullía entre el tráfico. Por el otro, oía la voz de aquella mujer, tan dulce y tranquilizadora. Aquella mujer de largo pelo rojo, y los ojos de quien aún albergaba esperanzas.

—He estado en Marina. Me mantienen bajo observación en un hospital.

—¿Quieres decir que no te han matado?

—No, Ian. Estoy gravemente herida. Y estoy en sus manos. Pero estoy viva.

Ian abrió de repente los ojos y se irguió, luego comenzó a gesticular, como si debiera señalar algo delante de sí. De pronto soltó:

—¡Está viva!

Jenny lo miró, perpleja, mientras Alex se despertaba del sueño.

—¿Quién? ¿De qué hablas? ¿Has tenido una pesadilla?

—Ninguna pesadilla. He estado en Kar. He hablado con Anna.

Mark, sentado junto a Nicolò, se volvió hacia el compartimiento de carga.

—En Sam-en, claro... —dijo Alex mientras cruzaba las piernas delante del viejo—, en Sam-en. está viva. Es aquí donde la han matado, y es aquí donde nosotros...

—¡No, no! Escúchame. Escuchadme todos. He estado de la otra parte, estaba con ella. Me ha dicho que la tienen en el hospital. Aquí, en Marina. No la han matado, pero está gravemente herida.

Jenny y Alex se quedaron sin palabras. Ante sus ojos, el cuerpo de Anna se había desplomado en el suelo de la penitenciaría bajo los disparos de los militares.

Thierry primero sonrió, con los ojos brillantes, luego su mirada se ensombreció y se dirigió a Mark.

—No podemos dejarla en manos de Dana.

—¿De qué estáis hablando, ma-maldición? —exclamó de pronto Nicolò, mientras disminuía la velocidad en las proximidades de un cruce.

Mark frunció el ceño.

—Pronto lo sabrás.

—Esta tarde a las siete —añadió Thierry—. En directo.

Mark se volvió hacia la ventanilla y vio una fila de personas frente al dispositivo para la comprobación del perfil digital instalado en la pared entre dos comercios, luego recorrió con los

ojos toda la calle, y divisó algunos vagabundos, unos hombres en americana y corbata, filas de contenedores de basura y farolas oxidadas.

La tablet volvió a sonar, y Mark leyó el mensaje en voz alta.

—«Cogido Desner. Hemos aparcado. Coche cerca puerto. Quinto».

—Dile que se haga escoltar por Lars a los estudios de televisión —sugirió Thierry—. Cita en la vieja estación dentro de veinte minutos. Tengo una idea.

Mark hizo una señal de aprobación y escribió un mensaje cifrado en Texto, precedido por algunos códigos encriptados que habrían impedido que alguien lo interceptara.

—Está viva... —susurró aún Jenny, con los ojos cerrados, mientras Alex la tenía entre los brazos.

Él sonrió y le acarició delicadamente el rostro.

—Todo irá bien —dijo en voz baja.

«Te amo», pensó la muchacha, y se lo dijo con los ojos.

Capítulo 40

El coche del oficial Lars estaba aparcado en un callejón sin salida a pocos pasos del puerto de Marina. Los seguros bloqueados, los vidrios tintados, pegado a una fila de contenedores naranja para la recolección de material eléctrico desechado, con la placa MARINA – ELIMINACIÓN DE RESIDUOS 16B. El cielo era una anónima lengua gris escondida entre los edificios de la calleja, mientras que el bochorno era cada vez más opresivo.

—Yo... ¡no sé de qué estáis hablando!

El capitán Mayor Desner trató de soltarse del agarre de Aimar varias veces, pero a cada intento su brazo derecho se doblaba más detrás de la espalda. Otro movimiento poco hábil y se lo rompería.

Quinto se afanó con la tablet interactiva, empeñado con el mensaje de Mark.

—Ponte en movimiento —dijo de golpe, dirigido a su cómplice, al volante—. Vamos a la vieja estación.

Lars encendió el motor y arrancó. Su rostro de nariz aguileña y los bigotes densos se reflejaron en el espejito retrovisor. Intercambió una señal de acuerdo con Aimar, que se sentaba detrás, con una mano sobre la nuca de Desner, la otra enredada con su brazo derecho. El rostro del hombre de color parecía una escultura en madera, imperturbable a pesar del esfuerzo.

—¿Desde cuándo haces el doble juego? —dijo el prisionero vuelto al conductor, pero las palabras se le atragantaron en la garganta—. Tú sabías de la *Mayer*.

Lars echó un vistazo al espejito, sus ojos serenos encontraron aquellos inyectados de sangre de su superior. Le respondió con un tono de absoluta calma.

—Y tú sabías que los cuatrocientos mil deportados que en estos años hemos cargado en Lender y conducido aquí acabarían en las minas de Sirio. O en las fábricas al sur de Delta, para ser explotados durante quince años y luego dejados morir en sus casuchas, con los gases que han respirado todos los días.

Desner no respondió. Aimar lo observó con una mirada despiadada y lo soltó.

—Ningún castigo será nunca suficiente.

El coche cruzó la zona del puerto y cogió un empalme que giraba en torno a la ciudad. En aquella zona de Marina la situación parecía tranquila, pero durante el trayecto Quinto advirtió a distancia un par de puestos de control, que señaló rápidamente al oficial para que tomara calles alternativas con el fin de evitarlos.

—Decidme qué queréis —refunfuñó Desner—, y lo tendréis.

—¿Piensas que estás en posición de negociar?

Aimar apretó los dedos en torno a la muñeca del capitán con mayor fuerza y le arrancó un grito de dolor.

—¡Maldición! —soltó el hombre entre un golpe de tos y otro—, ¡yo no tengo nada que ver! Yo siempre y solo he ejecutado órdenes de arriba. ¡Como todo el mundo en este país!

—Sí, sois todos inocentes. —Quinto se volvió y hurgó en los bolsillos de Desner. Extrajo un cilindro largo como la mitad de su tablet enrollada. Era una versión más cara, y también más práctica, que utilizaban quienes se la podían permitir. Cuando la activó, un mensaje destacó a pantalla completa. Había llegado hacía pocos minutos, no estaba firmado y provenía de un identificativo encriptado.

LA CONFERENCIA ESTÁ CONVOCADA PARA LAS 19.

ESPERO QUE TÚ CUMPLAS CON TU DEBER ANTES DE LAS 13.

—¿Quién te ha escrito este mensaje? —preguntó Quinto después de haberlo leído en voz alta a los otros—. Habla.

Desner mantuvo la mirada gacha. Un par de gotas de sudor le recorrieron la frente y cayeron sobre la alfombrilla del coche.

—¡Habla, he dicho! ¿Es Dana? ¿Eres un subordinado suyo?

—Quiero garantías —murmuró Desner, con la cabeza inclinada y los ojos fijos delante de sí, como si estuviera hablando con el revestimiento de piel del asiento—. O no sabréis nada.

—Tienes la garantía de que no te partiré el cuello con un solo movimiento —rugió Aimar—. Habla.

—Te conviene hacer caso a estas personas —sugirió Lars, siempre controlado, sin alzar la voz, mientras prestaba atención a conducir a velocidad moderada para no despertar sospechas. Cuando salió del empalme para retomar las calles interiores de Marina, dirigido a la vieja estación, el tráfico se hizo más intenso.

—¿Qué haréis conmigo cuando hayáis alcanzado vuestro objetivo? —preguntó Desner, con la boca pastosa—. Si no tengo garantías, tanto da que me matéis de inmediato.

—Dinos quién te ha escrito este mensaje —respondió Quinto—, y qué se espera que hagas antes de la una.

—Escucha, Desner —intervino Lars, luego se volvió hacia su superior observándolo de reojo en el espejito, y este le devolvió una mirada amenazante—. Muchos de nosotros han cometido errores, al servicio de este sistema político. Algunos para mantener la propia posición, otros para subir de grado o enriquecerse. Otros más por temor a ser castigados, degradados, o peor, hechos desaparecer. Pero ahora estamos aquí. Las cosas están a punto de cambiar.

Quinto se volvió, a la espera de la respuesta de Desner que entretanto se erguía y se recomponía.

—Vuestro conductor tiene las horas contadas —empezó el capitán, el tono profundo, luego tosió con fuerza—. Y también vosotros.

—Sabes que ya no tienes ninguna esperanza —insistió Quinto—. Debes colaborar.

—Quiero garantías, ya os lo he dicho.

—Bien —respondió Lars—. Uno de mis suboficiales está en tu casa, en este momento. La integridad de tu mujer depende de un mensaje nuestro. ¿Te basta como garantía?

—Mientes —gruñó Desner.

—Eres libre de no creer, no es problema mío —dijo Lars, siempre seráfico—. Quinto, da la orden de que maten a la mujer.

—¡Maldición, no!

Desner se mordió un labio, nervioso, entre la espada y la pared, como nunca le había ocurrido antes en años de servicio.

—«Espero que tú cumplas con tu deber antes de las 13». ¿Qué quiere decir?

—Esta mañana es preciso llevar a cabo una misión —admitió el capitán—. Órdenes de Dana.

—Explícate.

Desner alzó las cejas y respiró hondo.

—Una escuela saltará por los aires.

Aimar encrespó la frente y sacudió despacio la cabeza, luego se volvió hacia Quinto, que no supo qué replicar. Cayó un instante de hielo, mientras el coche de Lars cogía una carretera secundaria y dejaba a sus espaldas el tráfico intenso.

—Y de esta tragedia responderéis vosotros —concluyó Desner.

Pocos minutos más tarde, el coche de Lars transitó frente a la vieja estación, una construcción centenaria y ya derruida. Por las vías de más allá del paso subterráneo del ruinoso edificio, en los tiempos en que Ivan aún llevaba pañales, circulaban los primeros trenes con dirección a Sirio, en general cargados de mineros.

—Debe de ser aquella —dijo Quinto en cuanto identificó la furgoneta de Nicolò, arrimada en un pequeño aparcamiento semidesierto del lado opuesto de la explanada. Lars aparcó cerca del vehículo y miró a su alrededor: la zona estaba casi abandonada, pero la delicada situación imponía la máxima cautela. Bastaba la mirada de un transeúnte para señalar su posición.

Aimar bajó del coche, con la cabeza del rehén apretada bajo el brazo derecho. Quinto hizo lo

mismo. Antes de avanzar hacia la camioneta gris con la inscripción OBRA ELÉCTRICA – MARINA sobre el lateral, Lars se volvió hacia Desner, con una mueca burlona pintada en el rostro.

—Solo para que lo sepas, capitán... no hay ningún suboficial en casa de tu mujer.

Un intenso y fastidioso olor a desinfectante invadía el aire, obligando a Dana a cubrirse la nariz y la boca con una mano. La mujer subió al segundo piso de la Clínica Privada Alma y dijo algo al jefe de sala, luego prosiguió por un pasillo solitario, dejando el hedor a sus espaldas. Cuando estuvo frente a la habitación 21, entró sin llamar.

La mujer estaba recostada en la cama, con el brazo izquierdo pegado al gotero y la cabeza levantada por un par de gruesos cojines. Cuando ella entró estaba descansando, pero el chirrido de la puerta la despertó del sueño y le hizo mirar hacia el pasillo.

—Volvemos a vernos, doctora... —dijo Dana, con el habitual timbre persuasivo y magnético, la mirada enérgica de quien se sienta en el trono y puede ejercer sin obstáculos su soberanía.

Anna no respondió.

—¿Ni siquiera me saludas? —continuó ella, mientras se sentaba en una silla junto a la cama.

—No tengo nada que decirte.

—Una mente brillante como la tuya... debería ser una mina de información. Debí haberme percatado la primera vez que te vi.

—Si buscas información puedes volver por donde has venido.

Dana rio sarcásticamente y miró a Anna con aire bravucón.

—Es verdaderamente una lástima que trabajes para esa gente. Estarías mejor a mi lado.

—El tiovivo ya no gira —rebató Anna, pero a cada sílaba que salía de su boca correspondía una punzada en medio de la espalda.

—Créeme, aún girará durante mucho, muchísimo, tiempo.

—Si haces daño a uno solo de ellos —continuó Anna, mordiéndose los labios por el dolor—, vendré a buscarte. Donde sea. Sabes perfectamente qué quiero decir.

Dana se levantó y dio algunos pasos hacia la ventana. Tiró ligeramente de una cortina color nata, bordada con motivos florales, luego echó un vistazo más allá de las casas, más allá de los rascacielos del centro que parecían las agujas de una única y gran iglesia situada en medio de la ciudad. Una iglesia semejante a aquella que había admirado en los paneles de Synaptica, extraída de los recuerdos de Alex. Los ojos de Dana siguieron el contorno dibujado por el horizonte, confundido con la extensión de agua que custodiaba la memoria de una civilización tan distante y tan cercana en el tiempo.

—Yo estoy ofreciendo a todos el Bienestar —dijo, orgullosa—. Te guste o no. Una sociedad bajo control es una sociedad sana.

Anna miró fijamente hacia delante.

—Tú desvarías.

—Un sondeo que difundimos a través de los paneles hace algún tiempo ha demostrado que este programa político ha mejorado la vida del noventa y ocho coma siete por ciento de las familias.

—No tienen alternativas. ¿Qué querías que votaran? —Anna intentó desplazarse sobre el costado derecho, pero el dolor la atravesó como una puñalada entre las costillas—. La vuestra es una dictadura.

—Anima las ideas de la gente, hazlos interactuar más de lo debido, y tendrás un pueblo ingobernable. Mi padre lo decía siempre. Nuestro protocolo social es ganador.

—Tu padre muy pronto se dará cuenta de que...

—Mi padre ha muerto.

Anna cerró los ojos y pensó que el delirio de omnipotencia de la hija de Ivan debía de haber llegado a su punto álgido, ahora que el viejo estaba fuera de juego. Por eso hacía ostentación de tanta seguridad. Ya no debía rendir cuentas a nadie. Ahora estaba solo ella, todo el

Multiverso frente a sus múltiples ojos. Y una sed insaciable de poder, de control.

—Vuestra rebelión desorganizada se volverá en vuestra contra —continuó Dana—. Pobre Thierry, pronto su rostro será el del enemigo público.

—¿De qué hablas?

—Esta tarde me presentaré ante mi pueblo, doctora. Y es solo el inicio de una operación que se extenderá mucho más allá de los confines de esta tierra. Una operación frente a la cual sois impotentes y minúsculos microbios. *Sabes perfectamente qué quiero decir.*

La mujer se volvió e hizo ademán de dejar la habitación, mientras en el rostro de Anna se pintaba el sufrimiento y la incredulidad.

—Tú estás enferma... —susurró.

Dana se volvió de golpe y se acercó a la cama. Se inclinó hacia delante, las cejas enarcadas y amenazantes, y alargó la mano hacia el rostro de Anna, inmóvil en la cama sin ninguna posibilidad de reaccionar.

—Qué crees... —Las palabras de Anna permanecieron suspendidas, mientras los dedos de Dana le aferraban el mentón y le hacían girar la cabeza hacia la pared opuesta, en una repisa donde había un televisor.

—A las siete, doctora. Todo el mundo verá a su nueva reina. No te pierdas el espectáculo.

Capítulo 41

Nicolò y Mark bajaron de la furgoneta y este último fue al encuentro de Quinto. El área de aparcamiento no estaba lejos de una zona industrial ocupada en general por cobertizos. En medio de estas construcciones surgía el que todos llamaban Edificio 9. Se erguía y descollaba entre los edificios del barrio y encima de él dominaba un enorme número nueve que por la tarde resplandecía de un intenso azul eléctrico.

En el interior del inmueble estaban alojados los estudios del principal canal de la televisión de Gea. Una televisión institucional al servicio del gobierno, cuya parrilla ofrecía preferentemente telediarios, publicidad y programas didácticos para niños y adolescentes.

—¿Quién es ese? —preguntó Quinto.

—Se llama Nicolò —respondió Mark—, es el encargado de los cuadros eléctricos del metro. La furgoneta es suya.

—Es de los nuestros, entonces. —El muchacho sacó pecho y los abdominales se hincharon bajo la camiseta.

—No tiene mucha elección.

—Escuchad, yo-yo... —balbuceó el hombre—, os dejo la furgoneta y las llaves. Dejadme volver a casa, por favor. Tengo una niña recién nacida...

Mark y Quinto se miraron a la cara por unos instantes, mudos, mientras las palabras de Nicolò permanecían suspendidas y detrás de él se reunían Ian, Alex, Jenny, Thierry y Sara.

—Desaparece —Mark le dio una palmada en el hombro—, y ve a decirle a tu mujer que el padre de su hija ha sido un héroe, durante una hora de su vida.

Nicolò sonrió, tratando de farfullar un «gracias» que nunca salió de su boca.

Un grito repentino rompió el silencio en el área de aparcamiento de la zona industrial de Marina. Era una voz masculina, joven.

—¡Allá!

Todos se volvieron, incluido Desner, el único que sonrió ante la visión de al menos cincuenta adolescentes que se aproximaban desde el final de la calle. Quien había aullado era Stan, uno de los muchachos de mayor confianza de Dana. Avanzó a la cabeza del grupo, el pelo suelto, el físico enjuto y los ojos del cazador que acababa de localizar a la presa.

—Los potenciados... —susurró Alex mientras entrelazaba los dedos de la mano con los de Jenny, ambos medio escondidos detrás de los otros. Ella no respondió. Continuó mirando hacia delante, inmóvil, el rostro petrificado por el terror.

—Ahora —empezó Stan, todavía lejos—, ante todo, soltad al capitán.

Con un gesto rápido, Aimar extrajo de una funda enganchada en el cinturón un cuchillo, luego lo apretó sobre la garganta de Desner, sujetándolo con el brazo.

—¡Tendrás que matarme! —gritó.

Mark respiró hondo, mientras Ian observaba la escena, impotente. Junto a él Sara y Thierry, inmóviles. El más mínimo gesto o intento de reacción y todo habría terminado en un instante con un derramamiento de sangre. Por un puñado de segundos cayó el silencio en el área de aparcamiento de la vieja estación, pero los ojos del grupo de potenciados a espaldas de Stan eran como decenas de armas apuntadas al pecho y listas para disparar. Lentamente se dispusieron en semicírculo frente a ellos.

—Como prefieras —rebatía Stan. En aquel momento, desde el fondo de la explanada tomaron forma las siluetas de dos camionetas de las fuerzas del orden de Gea con los laterales negros brillantes. Los motores retumbaron en torno mientras se acercaban, los frenos chirriaron sobre el asfalto cuando detuvieron su carrera a pocos metros de los potenciados. Bajaron una decena de agentes con uniformes negros, las metralletas apuntadas hacia Thierry y los suyos.

Stan hizo una señal con la mano a uno de los militares para ordenarles que esperaran. Luego repasó los rostros de sus compañeros en rápida secuencia. Muchachos y muchachas de

diecisiete años que no tenían en común la indumentaria, la corpulencia o el color de la piel. Solo un objetivo. Un blanco que encontrar y una única y verdadera arma de la que servirse, encerrada entre las paredes de su cráneo.

En un instante todos estaban observando a Thierry y los suyos con los ojos de un felino listo para atacar.

Transcurrieron unos segundos, y Aimar soltó la presa, luego abrió desmesuradamente los ojos, mientras el cuchillo le caía de la mano. Advirtió de pronto una profunda sensación de vacío. Los recuerdos de una vida transcurrida en las naves saltaban a su mente y de inmediato se desvanecían, como si fueran arrancados de su cabeza.

Thierry sintió una punzada repentina penetrándole en las meninges. Como frente a una descarga de relámpagos, vio el rostro estilizado del hombre sin ojos, símbolo de Utopía. Y la cara obediente de aquellos niños que cada día seguían cada uno de sus dictámenes. Vio una fila de probetas, y la inscripción *SYNAPTICA* en relieve en la puerta de madera de un despacho. Se preguntó qué estaba ocurriendo e intentó gritar, pero solo le salió un débil susurro.

Sara cayó de rodillas. La mirada baja, las manos plantadas sobre el asfalto, y soltó una carcajada histérica. En su mente, Ben le contaba los propósitos de fuga de la estación submarina. Y luego la detallada planta de Mnemónica, colgada en las paredes de la sala en que la unidad de investigación analizaba el cuerpo de aquella muchacha encontrada en los fondos marinos. Trató de levantarse, pero la cabeza le pesaba. Los músculos del cuello clavados. Le pareció que ya no podría moverse hasta el final de sus días. Y continuó carcajeándose sin control, ahora mezclando las lágrimas con la risa.

Mark sintió una ola de calor que lo envolvía de repente con la furia de una tempestad. Le temblaron las manos, mientras permanecía inmóvil y un escalofrío le sacudió la espina dorsal. Recordó la sonrisa de su madre, bonita y dulce. Era vieja, en aquel recuerdo. La frente surcada por arrugas profundas, la piel alargada bajo los ojos cansados, las manchas oscuras junto a las sienes y el pelo plateado, sutil y frágil, que parecía a punto de partirse. «Ha terminado», dijo ella, y sonó como una última y fatal caricia.

Quinto cerró los ojos y visualizó el Tao. Símbolo de la filosofía de vida en la que creía desde siempre, eterno emblema de una existencia consagrada a la meditación, al estudio de las artes marciales como instrumento de disciplina del cuerpo y de la mente. Lo vio agrietarse frente a su mirada impotente, mientras se enfrentaba con una fuerza cuyo origen desconocía. Una fuerza a la que era imposible oponerse.

Nicolò oyó el primer vagido de su niña. Vio su cuerpecito frágil recostado en una cuna revestida por una suave manta amarilla y roja. Se volvió a ver inclinado sobre ella, comprobando por centésima vez que respirase bien. Y luego experimentó la terrible sensación de que todo aquello estaba a punto de desaparecer de su cabeza. Borrado. Eliminado para siempre. La imagen se difuminó hasta disolverse, el gemido se perdió a lo lejos.

Nadie respiró, en aquellos instantes. Desner ni siquiera tuvo el valor de dar un paso. Los agentes a espaldas de los potenciados intercambiaron algunas miradas de perplejidad, pero habían sido llevados allí por Stan y los suyos, y en aquel momento Stan y los suyos eran la voz de Dana. El mando era suyo.

«Estamos bajo asedio», pensó Ian mientras los otros cedían a la violencia mental de los potenciados. Un arma que habría podido conducir a la locura.

Quietos e impasibles frente a las miradas famélicas de aquel grupo de devoradores de recuerdos e ideas, manipuladores de sueños y esperanzas, también Alex y Jenny corrieron el riesgo de sucumbir. Se aferraron a los recuerdos más puros, a las sonrisas y a las voces de una infancia lejana, al perfume del océano y al encanto del firmamento. Se encerraron en un pasado impenetrable, cofre de tesoros preciosos, refugio de sentimientos vivos. Alex vio las tres estrellas del cinturón de Orión, se concentró en aquella porción de cielo que desde siempre

iluminaba la noche de los hombres, cualquiera que fuese la civilización que alzara los ojos para admirarla.

En la mente de Jenny se recortaron los contornos del Triskell, un símbolo que recordaba haber poseído, pero no sabía decir cuánto tiempo antes. Lo llevaba al cuello, en aquel recuerdo. Lo aferraba entre pulgar e índice. Se lo acercaba a la boca, con la cabeza levemente inclinada hacia abajo, los ojos cerrados.

Alex y Jenny apenas consiguieron volverse hacia Ian, de pronto, y percibieron su mirada decidida. No se dirigía a ellos. Ni siquiera se dirigía a Stan o a algún otro de los jóvenes. Se dirigía hacia el único blanco realmente descubierto.

Transcurrió una fracción de segundo, durante la cual el viejo permaneció con la espalda recta y la cabeza alta, el pecho hacia fuera y los brazos cruzados. En la más total concentración, fruto de dieciocho años de aislamiento del mundo. Dieciocho años de disciplina y entrenamiento psicofísicos. Una concentración dirigida en aquel momento hacia un objetivo preciso.

Bastó un parpadeo.

Los militares a espaldas de los potenciados desencajaron los ojos, luego alzaron las metralletas y, en el silencio que lo envolvía todo, abrieron fuego frente a ellos. Una descarga interminable de proyectiles. Una furia repentina e inesperada, un estruendo ensordecedor.

—¡Fuera de aquí! —Ian se volvió y gritó con todas sus fuerzas. Luego levantó a peso el cuerpo de Sara, de rodillas a pocos metros de ella.

Alex y Jenny se dieron a la fuga, mientras una polvareda se levantaba del suelo y alzaba una cortina de humo entre ellos y el grupo de potenciados. Decenas de gritos de dolor resonaron en el área de descanso de la vieja estación, ora sofocados y sordos, ora desgarradores.

Thierry abrió completamente los párpados y le pareció que por un instante se despertaba de una pesadilla. Se volvió de pronto y lo primero que vio fue la silueta de Desner en un torpe intento de fuga, sin saber hacia dónde era más conveniente dirigirse. El doctor pegó un salto hacia delante y lo aferró por un brazo, arrastrándolo consigo, mientras junto a él la imponente mole de Aimar se desplomaba en el suelo en un baño de sangre.

—¡Fuera, fuera! —gritó aún Ian, y empezó a correr sujetando por un brazo a Sara mientras Mark asistía impotente al fin del oficial Lars, abatido por una serie de proyectiles en pleno pecho.

Se dieron a la fuga mientras el área de aparcamiento era un infierno de sangre, tierra y polvo, y las figuras indistintas de los potenciados caían una tras otra bajo los disparos de los militares. Thierry empujó a Desner en el compartimento de carga de la furgoneta, mientras los demás subían a toda prisa y Mark se ponía a la conducción. Quinto montó delante, con el rostro aterrorizado de Aimar, que había encontrado la muerte, clavado en la cabeza. Rechinó los dientes y pegó un puñetazo contra la ventanilla.

Las ruedas del vehículo dejaron una estela negra sobre el asfalto y continuaron chirriando durante varios segundos mientras Mark se dirigía hacia la única vía de fuga. La furgoneta dejó pronto a sus espaldas el horror. Algunos minutos más tarde, el polvo cayó sobre el asfalto impregnado de sangre en el área de aparcamiento de Marina. Decenas de jóvenes cuerpos yacían amontonados en el suelo. Un puñado de militares observaba la escena sin comprender qué había sucedido. En su cabeza aún resonaba la orden perentoria impartida por aquella voz desconocida, penetrada con fuerza en el cerebro para tomar posesión y servirse de él. La voz de un viejo que se había adiestrado durante años en la oscuridad, en la privación y en el silencio. La voz de una mente superior.

En el interior del vehículo conducido por Mark reinaba el silencio, todos pensaban en lo que acababa de ocurrir y en los rostros de sus cómplices caídos bajo los disparos de los militares; mientras tanto, en el centro de Marina otro rascacielos se desplomó como un gigantesco castillo de arena envuelto por una impresionante columna de humo y de llamas.

—Maldición —murmuró Quinto—. Aimar, él...

—Habríamos muerto todos —respondió Mark—. Nos estaban... controlando.

—He tenido que hacerlo. —La voz del viejo Ian llegó del compartimiento de carga, grave y consciente—. Era el único modo de salir vivos.

Thierry le tendió la mano.

—Nos has salvado la vida. No sé cómo ha sido posible, pero...

—Han cometido un error —lo interrumpió Ian, con la mirada fija delante de sí, como si estuviera reviviendo la escena—. Si hubieran venido solos, no habría podido hacer nada. Pero son espías. Solo espías. No están adiestrados para matar, sino para localizar y manipular.

—Han implicado a la policía de Gea porque la orden es eliminarnos —observó Sara.

Quinto rechinó los dientes:

—En mi vida me había sentido tan impotente. Parecía que me estuvieran leyendo dentro, que estuvieran... llevándose trozos de mí.

Mark le puso una mano en el hombro, mientras con la otra conducía la furgoneta en medio de una fila de anónimas fábricas de cobertizos blancos. Quinto sacudió la cabeza, luego se volvió hacia el compartimiento de carga y miró a Desner.

—Tú... no creas que me he olvidado de ti.

Mark frunció el ceño.

—¿Qué le habéis sonsacado al capitán?

—Antes de la una este hombre tiene la orden de hacer saltar por los aires una escuela.

—¿Qué? —En el interior del compartimiento Thierry se incorporó, luego caminó encorvado hasta arrodillarse frente al hombre uniformado—. Habla. ¿Es verdad?

Desner giró la cabeza y rehuyó la mirada del doctor.

Este le clavó el pulgar en medio en la garganta.

—¡Habla, he dicho!

—Es así —explicó Quinto—. Orden de Dana. Quiere que nuestra revuelta se manche con la sangre de esos niños.

Ian se aclaró la voz, luego se imaginó el horrible escenario.

—Quiere que parezca obra nuestra.

—Debemos impedirlo —dijo Alex.

Desner continuó tosiendo hasta que Thierry le aflojó el cuello. Luego dejó escapar una carcajada y lo miró con desprecio.

—Habéis raptado a la persona equivocada.

—¿Qué coño quieres decir? —gritó Mark desde el puesto del conductor, la mirada en la calle, mientras superaba la última de las construcciones de la zona industrial.

—¿Creéis que voy a colocar personalmente las cargas? Ya está todo planificado, la orden ya ha sido impartida. Lo siento, habéis llegado tarde.

Thierry observó el rostro morado de Desner y sacudió la cabeza. Se llevó las manos al rostro, consciente de qué significaba una tragedia semejante.

El capitán respondió con una sentencia inhumana, de una crueldad inaudita y sin apelación.

—Esa escuela arderá.

Capítulo 42

Después de haber dejado el hospital, Dana alcanzó un edificio apartado del centro de Marina y subió hasta la séptima planta. La construcción era propiedad de su familia, que utilizaba los apartamentos de los niveles más altos para hablar lejos de oídos indiscretos, llegar a acuerdos, hacer tratos y cerrar negocios.

Dana pasó el índice sobre una placa a la altura de los ojos junto a la puerta con el número 72 en bronce, fijado arriba en el centro. Cuando entró, las luces del apartamento se encendieron automáticamente, el azul eléctrico pasó al azul claro. El suelo de la amplia sala estaba cubierto por alfombras que representaban escenas de caza, y sobre la derecha había una mesa de vidrio con seis sillas de piel negra. Del lado opuesto, cuatro silloncitos bordó estaban dispuestos en círculo en torno a una reluciente mesita negra. Una pantalla plana ocupaba toda la pared de la derecha. En las otras paredes había repisas blancas y delgadas, en general vacías.

Pasó junto a la mesa, apoyó encima el dispositivo desplegado, luego se sentó en uno de los silloncitos y esperó la llegada de las personas a las que había convocado. Se trataba del director de la primera cadena de televisión nacional y del jefe de la policía. Por primera vez daba órdenes a aquellos hombres en ausencia de su padre.

Faltaban menos de ocho horas para su consagración en la gran pantalla. El estómago gruñía, pero no había tiempo para comer. Quizás aquella noche, después de haberse presentado al mundo. Quizás al día siguiente. Con aquel directo se habría impuesto como líder no solo en Gea, sino también en Oriente. El paso siguiente, sobre un planeta ya bajo su total control, era hacer partir naves para el continente desconocido que los mapas señalaban al oeste de Gea. Allá, según le contaba siempre su padre, la vida nunca había recommenzado. Los ojos de aquella tierra, que Ivan definía como «continente americano», se habían apagado en el 2014 del anterior calendario y no habían vuelto a abrirse. Era hora de ir a colonizar también toda aquella zona potencialmente rica y fructífera. Pero lo que más le interesaba a Dana, una vez devuelta la calma a la ciudad de Marina, era dedicarse a las realidades paralelas del Multiverso y extender su control por donde fuera posible.

La tablet interactiva emitió una señal, Dana se puso en pie lentamente y se arregló la chaqueta antes de ir a abrir.

—Dana —empezó con deferencia un hombre alto y raquítico, con un elegante traje negro, de ceremonia. Los ojos apagados, hundidos, el rostro pálido. Ella se preguntó si le quedaban pocos días de vida, o si eran los recientes acontecimientos los que le habían pintado el horror en el rostro.

—He sabido lo de Ivan. —El otro, más bajo y rechoncho, la calva brillante y los ojos avispados, le regaló una sonrisa de consuelo—. Es una terrible noticia.

—Especialmente en este momento —añadió el primero.

—Sam, Oliver... entrad, os lo ruego —dijo ella.

Los tres se acomodaron, mientras la mirada de Dana se perdía más allá de la ventana; el viento estaba empujando hacia la ciudad un cúmulo de nubes negras. Fue el director de la cadena el que comenzó.

—Me han informado de tu idea de mostrarte en público. ¿Estás segura?

—Claro, Sam. El mundo de hoy lo necesita.

—¿Tu padre lo aprobaría? —preguntó Oliver.

—Ya no se pide su aprobación. —Dana se levantó, luego caminó lentamente hacia la ventana. El rostro severo de Ivan se superponía a la panorámica de Marina que se desplegaba bajo sus ojos.

—No puedo entretenerme mucho —dijo Oliver—, ya he dado la orden a las escuadras para que se organicen para vigilar la sala de conferencias. Me has pedido un esfuerzo enorme en pocas horas, debo ocuparme de ello también personalmente.

—¿Los periodistas? —Dana se volvió, con la espalda apoyada en la ventana cerrada.

—Se ocupa Giada, mi asistente. Tendrás la sala llena. El alcance de esta aparición mediática será global. No habrá ciudad aquí en Gea o en Oriente que no asista a tu discurso.

—¿Los otros canales? —Dana interrogó a Sam con firmeza.

—Harán lo que digamos nosotros, como siempre. Será una retransmisión a escala nacional.

—Bien. Te lo ruego, Sam, quiero que el mensaje sea mundial, potente y convincente. —Dana fijó los ojos en ambos subordinados y les clavó una mirada intensa, penetrante. Habrían hecho cualquier cosa por ella, como había sido siempre con su padre—. Puedo aseguraros que difundiré el mensaje más eficaz posible para unir una vez más a nuestro pueblo bajo la égida del Bienestar. Pero necesito vuestra máxima profesionalidad para alcanzar este objetivo.

Los dos se despidieron con sumisa reverencia y salieron, dejando a Dana sola en el apartamento de la séptima planta. Ella volvió a la ventana, se acercó lentamente y apoyó con delicadeza su rostro sobre el vidrio. Sus ojos se perdieron más allá del conglomerado urbano, más allá de la capa de contaminación que pesaba sobre la ciudad, al otro lado de las negras nubes y del océano que bañaba Marina al sur. Viajaron al otro lado de aquel planeta, lejos de aquella gente.

Durante un momento, las imágenes de los mundos que había visitado durante toda su vida se alternaron en el reflejo del vidrio, espejeándose en su ánimo. Universos lejanos, a veces similares al de partida. Otras veces muy diferentes.

Vio el rostro sin ojos descollando en las megapantallas de las plazas. Lo vio otra vez en los periódicos. Escuchó el eslogan ideado por su padre, *Nosotros somos Utopía. Ahora y siempre*, difundido en las radios, en los teléfonos y en las televisiones. Lo imaginó penetrando en las mentes ignorantes de las personas como una serpiente que se insinúa en el espeso bosque.

Cerró los ojos por un instante y se volvió a ver a sí misma con otras facciones, de paseo por calles alternativas. La llamaban con un nombre distinto. Hablaban una lengua diferente. Vio casas, hijos, maridos y familias desconocidas. Observó el desarrollo imprevisible de la vida, y las desviaciones casuales de la existencia. Y el progreso tecnológico, los límites de la naturaleza humana, la potencia de la comunicación.

Contempló el infinito, ligera como un velo agitado por el viento. Por último, abrió los ojos, respiró hondo y se encontró de nuevo frente a la ciudad de Marina, el cielo y el océano fundidos en el horizonte, el paso siniestro de un cúmulo de nubes anunciando el inminente aguacero.

Se volvió, recogió sus cosas y dejó el apartamento. Era hora de presentarse ante su pueblo. De mirar a los ojos a cada ciudadano de Gea y de Oriente con la dulzura de una madre y la autoridad de un jefe. Era tiempo de dar una explicación respecto de los recientes acontecimientos, de tranquilizar a las personas y de mostrarles el verdadero rostro del enemigo.

Capítulo 43

El Instituto de Primera Formación Omicron voló por los aires a las doce y cincuenta y dos minutos.

En todo el barrio se oyó un estruendo jamás sentido antes por los habitantes de Marina. Un estallido de proporciones impensables, seguido por una inmensa nube de humo en forma de hongo que se liberaba en el aire. Decenas de periodistas acudieron de inmediato al lugar del atentado y definieron un cordón de cámaras en torno a las vallas colocadas por los agentes de policía. Los padres de los alumnos recibieron la noticia en el puesto de trabajo y se precipitaron hacia la escena de la tragedia, mientras la lluvia empezaba a caer, copiosa, sobre la ciudad de Marina, entre los gritos desesperados de las madres y las lágrimas de los padres, entre el cinismo de los órganos de prensa y la inútil prontitud de las fuerzas del orden y de los bomberos.

En pocos minutos las imágenes de la escuela en llamas recorrieron los telediarios en las tablets interactivas y en los paneles de cada despacho de Gea: INHUMANA VIOLENCIA fue el titular del primer artículo completo al respecto, acompañado por las terribles imágenes del Omicron reducido a una montaña de escombros humeantes y del desgarró en el rostro de los padres. Y como Dana había ordenado, el atentado en la escuela se convirtió en el enésimo acto de cobarde terrorismo desde el inicio de aquella jornada.

En las horas sucesivas empezaron las operaciones de socorro, para comprobar si era posible extraer algunos cuerpos de los restos del edificio derrumbado, mientras la policía ordenó a los padres de las víctimas que volvieran a casa y esperaran nuevas comunicaciones por parte del gobierno de Gea. Hubo algunos intentos de protesta, pero no tuvieron ningún éxito. La zona volvió a estar despejada a media tarde. Decenas de madres y padres desesperados volvieron a casa sin una explicación. Aguardaron la retransmisión en directo de aquella tarde en la esperanza de que les diera respuestas. En la esperanza de dar un nombre al horror.

Dana dejó el todoterreno en un aparcamiento al aire libre, más allá de una barrera blanca y azul, que se alzó en cuanto la mujer acercó el dedo al lector láser de una columnita. Cuando salió del vehículo, sus ojos siguieron el perfil del edificio que estaba frente a ella, que reflejaba como un espejo oblongo la realidad circundante, deformada.

Conocía el destino: undécima planta, sala Omega. En el curso de los años, su padre había convocado numerosas conferencias en aquel lugar, pero el escenario nunca había servido para nada. Los periodistas invitados se sentaban en cómodos silloncitos en piel bordó y se enfrentaban a los reportajes proyectados sobre la megapantalla. La voz en off era siempre automática, y rezaba programas y comunicaciones redactadas por los hombres a sueldo de Ivan, aquellos que trabajaban para él en los rascacielos del centro. Los mismos que, pocas horas antes, se habían dirigido a su puesto de trabajo hallándose frente a los escombros.

Dana entró en un ascensor y subió a la undécima planta, luego atravesó un largo pasillo y el ruido de los tacones sobre el suelo blanco anunció su llegada. Dos hombres salieron de una puerta, a lo lejos, fueron a su encuentro y la saludaron con un gesto de la cabeza, en posición de firmes.

—¿Vamos bien de tiempo? —preguntó ella.

—Sí, señora, todo avanza a la perfección —respondió uno de los dos, un muchacho joven, de buena planta, el rostro despejado y los ojos verdes. En la cabeza una gorra con la inscripción SEGURIDAD.

—Bien. Comunicadme el programa.

El otro se aclaró la voz y comenzó.

—Ahora son las 17:04. A las 17:30, entrada de los técnicos. Dispondrán las cámaras y se conectarán con una dirección que ya ha sido montada en las últimas horas en la primera planta, en la galería. A las 18, entrada de periodistas. Antes de las 18:30 estarán todos sentados en su

sitio en la sala. A usted la esperan en maquillaje a las 18:35. A las 18:40 efectuaremos una prueba de audio con la dirección externa.

—¿La de los estudios?

—Exacto. La retransmisión se coordina en el edificio 9. El tablero que tenemos en la galería solo sirve para gestionar las cámaras y los micrófonos, pero cortes y encuadres son dirigidos desde el control. Me decía en el mensaje que trae un reportaje.

—Por supuesto. —Dana puso una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo un microchip—. Está todo aquí dentro.

—Lo haremos cargar de inmediato en el archivo, de modo que desde la dirección puedan transmitirlo cuando desee.

—Excelente.

—Contamos con ser operativos hacia las 18:50. A las 19 empieza el directo, precedido por un anuncio automático cíclico, en cadena, que interrumpirá la programación de los distintos canales.

—Tiene que ir todo como la seda —dijo Dana, mirando a los ojos a los dos muchachos—. Esta retransmisión dará inicio a un nuevo curso de las cosas.

Los dos asintieron con la cabeza, luego acompañaron a la mujer a una sala de espera donde se había montado una mesa llena de comida y bebida. Dana se hizo servir solo un vaso de agua, y después de haberse sentado desenrolló la tablet interactiva. Actualizaciones en tiempo real le informaron de que Synaptica aún estaba ocupada, que el centro había sido completamente vallado por la policía después del derrumbe de los dos rascacielos, y que los padres de los niños que ella había ordenado masacrar estaban manifestando su dolor frente a los escombros de Omicron, con gritos desgarradores, escenas y momentos de tensión reprimidos por las fuerzas del orden. Una comprensible insubordinación al protocolo social fruto de un momento de grave crisis, un jirón sobre el cual el inminente discurso habría cosido un remiendo definitivo.

Dana seleccionó un contacto y lo llamó, con los ojos fijos en una bandeja de canapés. La voz de un hombre resonó en el altavoz del dispositivo.

—Ordene, mi señora.

—Daniel, exijo que la retransmisión de esta tarde sea proyectada en todas las plazas de Marina. Y avise a sus colegas en las otras ciudades.

—Sin duda, señora, claro... pero es bastante tarde para montar lo que usted...

—En cada cartel publicitario de este país. Póngase manos a la obra.

Dana apagó el dispositivo y se recostó en un sillón, con el vaso aún lleno de agua en las manos, y las llamas estallaron en el teatro de su mente. Las apagaría, una a una, estaba segura. Los ciudadanos verían en ella la esperanza, y después de su discurso los padres de los niños quemados vivos en la escuela se lanzarían contra los rebeldes coordinados por Thierry. ¿Cuántos podían ser, en el fondo? Se habían integrado bien en el sistema, habían preparado aquel ataque en la sombra, pero su número era ciertamente exiguo respecto de la totalidad de la población. Por tanto, bastaba con difundir el mensaje adecuado. Mostrar a la gente la mano del asesino.

Faltaban menos de dos horas para la emisión en directo que cambiaría el mundo.

Capítulo 44

A las cinco de aquella tarde los trabajadores de Gea volvieron a casa. Por las calles de Marina la gente parecía preocupada, insegura, necesitada de explicaciones y garantías como nunca había estado. En el curso de la jornada, todos se habían enterado de lo que había sucedido en el centro: dos rascacielos derrumbados, toda el área vallada y bajo vigilancia militar. Muchos sabían de la *Mayer* y de la ocupación de *Synaptica*, además del atentado al Omicron. No todos habían visto las imágenes de aquellas catástrofes, pero cada ciudadano estaba al corriente de la orden gubernamental de regresar a casa y sentarse frente al televisor, puntuales, para seguir la retransmisión en cadena. Un acontecimiento sin precedentes en la historia reciente del planeta.

Mientras subían las escaleras de un edificio o esperaban un ascensor o cruzaban el umbral de su apartamento, en nítido contraste con la situación de tensión y miedo, muchos oyeron resonar en la cabeza una voz persuasiva, una armonía desconocida y maravillosa. Para cuantos habían cogido el metro en la hora punta de la mañana, durante el sabotaje de Mark, desde todo el día aquella melodía con medio milenio de antigüedad se había convertido en un agradable tormento, un tema encajado en los recuerdos que de vez en cuando volvía a empezar desde el principio sin pedir permiso. Fascinante, inviolable y eterno.

Recostada en la cama, con las piernas doloridas y la espalda atravesada por punzadas lancinantes, Anna abrió otra vez los ojos hacia las seis y cuarenta, después de un breve y turbado sueño. Estaba empapada en sudor, los brazos adormecidos. Tardó algunos minutos en enfocar bien la habitación de hospital. De pronto una enfermera de color entró en el cuarto, le sonrió con frialdad y encendió el televisor. Se limitó a decir, con una pizca de inexplicable excitación.

—Faltan pocos minutos.

Anna recordó las palabras de Dana: «Todo el mundo verá a su nueva reina. No te pierdas el espectáculo».

Cuanto más corrían los minutos arriba, a la derecha de la pantalla, más fuerte palpitaba el corazón de Anna. Cada vez con más frecuencia, cada vez con más intensidad.

Cuando la sangre volvió a irrigar bien las articulaciones superiores, Anna se levantó con esfuerzo. Apoyó la cabeza en el cojín y miró durante un momento el techo. Luego entornó los párpados. Vio otra vez el rostro sonriente de Slev, detrás del mostrador de su farmacia de Garen. Sonrió ante sus ojos dulces, piedras preciosas engarzadas en un rocoso y cuadrado rostro, solo en apariencia oscuro, con aquella densa barba que ella siempre había confiado que se cortara, algún día. Cuánto lo amaba. Qué lejos lo sentía.

—La retransmisión comenzará dentro de un minuto exacto, ciudadanos de Gea, la espera está a punto de terminar —dijo una voz metálica que provenía del televisor.

Anna sacudió la cabeza, como si quisiera expulsar el dulce recuerdo de Slev para volver a la realidad. Trató de no pensar en nada, durante aquel minuto, mientras miraba la pantalla en blanco con la cuenta atrás. Pero pensó en todos. En las cunas de Alex, Jenny y Marco dejadas frente al portal del Centro de Solidaridad. En Ian, que charlaba amigablemente con su padre, Nathan, en un salón. En Dana, que la acogía en su despacho en *Synaptica* con modos elegantes, y en el timbre nasal de Thierry, que le revelaba que estaba de su parte. En el tatuaje en forma de T sobre el pecho de Quinto, en la descarga de disparos a sus espaldas en el pasillo de la penitenciaría de Marina, cuando estaba segura de que aquellos eran sus últimos instantes de vida. Por último, pensó en el morro húmedo de *Diletta*, su vieja gatita. Quién sabe desde cuándo no comía, quién sabe si había ido a buscar alimento por el barrio. Quién sabe si la echaba en falta.

El primer plano de la sonrisa deslumbrante de Dana la despertó de la secuencia incontrolada de visiones. Estaba allí, a pantalla completa, en aquel pequeño televisor colocado sobre una repisa

de madera.

Estaba allí, huésped en las casas de todos los habitantes del planeta. La mirada orgullosa. Los ojos radiantes. Allí, en cada panel publicitario, en las plazas, en las esquinas de las calles y en cualquier tablet interactiva. Era el Bienestar que finalmente adoptaba el rostro de una fascinante mujer de ojos oscuros e intensos, la voz cálida y persuasiva, lista para resonar por todas partes. Lista para hacerse amar por su pueblo.

—Es con una inmensa emoción en el corazón —empezó Dana— y un sentido del deber y de la responsabilidad muy firme en el ánimo, que hoy me presento ante vosotros, ciudadanos de Gea y Oriente. Desde siempre habéis sostenido este programa, habéis sido nuestra fuerza, las columnas portantes de nuestro proyecto político. Cada uno de vosotros. Esta tarde, en una jornada marcada por noticias terribles aquí en la ciudad de Marina, desde la que os hablo, podemos finalmente establecer un verdadero diálogo. Algo que sueño desde hace tiempo, y que hoy por fin se hace realidad.

Anna dirigió una mirada asqueada al televisor y desplazó la atención hacia la pared. En el techo se había condensado moho. Dana, entretanto, continuó. Enumeró los daños sufridos por la ciudad de Marina en las últimas veinticuatro horas, luego ordenó que se transmitiera un reportaje.

La toma aérea del Omicron mostró los escombros de un edificio reducido a papilla por la explosión. Encuadrada desde arriba, la escuela no era más que un montoncito de arena gris, rodeado por el dolor de los padres y por la presencia masiva de las fuerzas del orden. Dana detalló los efectos de la catástrofe, denunciando la muerte de todos aquellos niños a su público. Lo hizo mostrando una mirada conmovida, empática. Se dirigió a los padres y madres de los niños con el corazón en la mano, hasta que a sus espaldas apareció a pantalla completa una fotografía.

—Y este, señores, es el hombre que estamos buscando. Se llama Thierry, es médico y el responsable de esta revuelta. Tenéis ante los ojos el rostro del terror, y os aseguro que, mientras os hablo, todos los policías de Gea están tras su rastro. El suyo y el de sus cómplices. Los mismos que han hundido la *Mayer*, una de nuestras mejores naves. Los mismos que han hecho derrumbar los rascacielos en el centro de la ciudad, que han ocupado la sede de Synaptica. Los mismos... —Dana hizo una pausa intencionada y clavó los ojos en la cámara— que han matado a vuestros hijos.

Luego enfocaron la sala, llena de periodistas, sentados de cualquier manera e invitados a presenciar el discurso. Sus rostros eran condescendientes, parecían asentir y coincidir con cada una de sus palabras. Luego de nuevo la mujer, de nuevo su engañosa y persuasiva voz.

—Os prometemos que encontraremos a este hombre, y ya no deberéis tener miedo. Entregaremos a la justicia también a sus cómplices, y por eso necesitamos vuestra ayuda. Como siempre ha sido en Gea, denunciad cualquier anomalía. Es importante. Estos despreciables individuos podrían intentar atraeros a su red, hacer que os unáis a ellos. Denunciadlos inmediatamente. Habéis visto de qué son capaces. Son los ojos de esos niños que ya no verán la luz del sol los que os piden el máximo compromiso, desde mañana mismo. Gea volverá a ser el sitio que conocemos, donde reina y reinará siempre el Bienestar.

«Ha ganado ella», pensó Anna, con el rostro petrificado. Disgustada por aquella sesgada y reprobable interpretación. Ansiosa por sus compañeros, cuyo rastro había perdido.

Fue en aquel preciso instante que ocurrió lo impensable.

La música empezó despacio, entrando con delicadeza en las casas y en los ánimos de cada habitante del planeta. Comenzó a sonar por doquier, se alzó gradualmente de volumen y dejó espacio a la voz. La voz que muchos ya habían oído.

El rostro de Dana, en primer plano en cualquier pantalla, panel o tablet del planeta, se congeló en una expresión plástica, una media sonrisa falsa acompañada por una frente repentinamente

arrugada.

Anna trató de erguirse.

Una voz en off empezó.

—Os estoy hablando, ciudadanos de Gea, desde una pequeña salita vacía. No me he estudiado un discurso, para haceros comprender a quién tenéis enfrente. Dejaré que hablen imágenes y sonidos de una realidad que, desde mañana, todos aprenderemos poco a poco a borrar de nuestra memoria.

—¡Mark! —gritó Anna, con la voz ronca y una expresión de sorpresa en el rostro.

El primer plano de Dana desapareció del televisor, sustituido por las imágenes del Omicron que ardía sobre aquellas notas atemporales. De pronto, se oyó un diálogo a dos voces, una comunicación telefónica ensuciada por leves interferencias, y la cámara volvió sobre el rostro de Dana, paralizado.

—¿Desner?

—Sí, Dana. Soy yo. He hecho lo que debía hacer.

—Excelente, Desner. Excelente.

Dana alzó la mirada hacia la dirección, situada en la galería de la primera planta.

—Detened de inmediato este audio —dijo, apretando los dientes y con una mano en forma de cúpula sobre el micrófono que tenía delante, tratando de mantener la compostura.

—*Las imágenes de la escuela en llamas están en todos los telediarios.*

—*Capitán, confío en que tus hombres sabrán mantener la más absoluta reserva sobre la operación.*

La mirada de Dana se hizo amenazante, mientras los puños se cerraban y el público formado por los periodistas murmuraba.

—*Nadie sabe que la orden ha partido de ti. Salvo yo.*

—*Puedes retirarte, Desner. Excelente trabajo.*

Dana bajó la mirada, su rostro era el más claro manifiesto de la vergüenza. Desde la dirección en el primer piso nadie podía impedir aquella comunicación: el audio había sido difundido directamente desde el control central y dos hombres, en aquel momento, estaban sentados en una habitación oscura con un tablero digital repleto de lucecitas de colores frente a ellos.

—*Recibe mi más respetuoso saludo.*

—*Y tú da el mío a tu mujer, confío en que miraréis juntos la retransmisión de esta tarde.*

Mark acercó la boca al micrófono y mantuvo el dedo apretado sobre una tecla que permitía que su voz entrara en las casas de todos los espectadores.

—Esta mujer y su difunto padre, al que nunca habéis tenido el placer de ver por televisión, pero que ha gobernado en secreto este continente durante décadas, no solo han sido la causa de la masacre de esta mañana, por la cual estaba previsto que vosotros creyerais en un falso ejecutor. Han sido la causa de todos los males desde que existe el Bienestar. Hoy conseguiréis entenderlo con dificultad, pero poco a poco recuperaréis vuestra libertad. Vuestra dignidad. Lentamente abriréis los ojos sobre aquella que hoy os puede parecer una constatación absurda: el Bienestar ha sido vuestra jaula. Pero todo ha terminado.

Mark se volvió hacia Thierry y con un gesto de la cabeza lo invitó a hablar. El doctor entornó los ojos por un instante, luego respiró hondo y se armó de valor.

—La voz que oís —empezó— es la de la persona que acabáis de ver en la foto. El promotor de esta revuelta. Mi nombre es Thierry, he trabajado durante media vida al servicio de un hombre despiadado de nombre Ivan. El padre de Dana. Cada programa político, cada ley, cada prohibición que os ha sido impuesta, era obra de su infernal ingenio. Este hombre ha manipulado no solo mi inconsciente sino el de centenares de personas que durante años lo han ayudado en sus propósitos. Yo soy el primero de los culpables, y estoy aquí para admitirlo. He entendido demasiado tarde lo que me habían hecho, he cometido crímenes contra la

humanidad y me entregaré a la policía para expiar mi culpa, pero solo cuando la de Gea sea finalmente una policía libre.

Dana se llevó las manos al rostro, muda e inmóvil frente al atril en el centro del escenario. Algunos periodistas estaban ya en pie, y despotricaban contra ella. Decenas de ojos la acusaban. Y en las casas de sus amados electores, en aquel puñado de minutos, algo estaba empezando a cambiar. Poco a poco, la conciencia colectiva estaba entrando en una nueva Era. Se necesitaría tiempo. Pero aquella emisión habría sido la primera piedra mellada del muro de la dictadura, destinado a caer como los rascacielos en el centro de Marina.

—Quisiera concluir tranquilizando a todos los padres de los niños del Instituto de Primera Formación Omicron —dijo Thierry, de pronto con un nudo en la garganta—. Sed felices, abrazaos y festejad. Dana no ha tenido éxito en su abominable atentado. Vuestros hijos están a salvo en los almacenes Darren. Veréis otra vez sus sonrisas, porque los ojos de vuestros pequeños nunca han dejado de brillar. En mi ánimo espero que, desde mañana, sus pupilas reflejen una nueva luz. La luz de una humanidad crecida, consciente y finalmente libre. Id a buscarlos. Os están esperando.

Mark observó los ojos brillantes de Thierry y el mentón empezó a temblarle. Alejó la boca del micrófono y sonrió. Se abrazaron, mientras los técnicos atados a las sillas a sus espaldas los miraban con admiración, comprendiendo al fin el objetivo de aquella irrupción.

Cuando Thierry dejó de hablar, Dana retrocedió lentamente, con los ojos fijos en la multitud amenazante que tenía delante. Se volvió hacia la entrada de los bastidores sobre su derecha, y vislumbró las miradas despiadadas de dos policías que la condenaban sin apelación.

Luego se volvió hacia la izquierda, y vio a los asistentes que la habían acogido aquella tarde sacudiendo la cabeza y mirándola con desprecio. Pero, sobre todo, detrás de ellos, vio los ojos petrificados de un potenciado. Uno de los suyos.

La revolución de la conciencia colectiva de aquel mundo ya estaba en curso.

Dana permaneció inmóvil algunos instantes, mientras un estremecimiento le atravesaba la espalda. Luego se desplomó.

Mientras Anna, conmovida, se cubría el rostro con la sábana en la habitación de hospital, Jenny, a dos manzanas del Instituto de Primera Formación, a cubierto bajo el techo del cobertizo 3 en el complejo de los almacenes Darren, sonrió a un niño de pelo rubio y lo cogió de la mano. Luego alzó la mirada hacia sus compañeros, mientras Quinto enrollaba la tablet interactiva y Alex e Ian se estrechaban en un fuerte abrazo.

—Vamos a casa, cariños míos —dijo Jenny, con el rostro atravesado por una lágrima.

Capítulo 45

Los padres de los alumnos del Omicron acudieron a toda prisa a los almacenes Darren. Aún incrédulos, se reunieron frente a una fila de cobertizos grises, mientras el temporal arreciaba sobre Marina con mayor violencia, y a los relámpagos seguían a poca distancia los truenos. En torno había una confusión de luces artificiales y lluvia, los cobertizos parecían gigantescas y desoladas cúpulas. El logo de la compañía productora de paneles dominaba sobre la cancela de entrada.

De pronto, algunas siluetas tomaron forma a lo lejos. Un relámpago iluminó el barrio y mostró por un instante los rostros de un viejo con un niño en brazos y de una pareja más joven que llevaba de la mano a otros dos. Luego otra vez la oscuridad, la densa lluvia y las ráfagas de viento gélido que sacudían los carteles publicitarios y levantaban follaje y desechos del suelo. El grupo de padres se amontonó frente a la cancela, algunos gritaron. Otros lloraban de júbilo.

Otro relámpago, otro rayo en el cielo, y a las espaldas de aquellas siluetas aparecieron otras más bajas. Decenas. Quinto pasó a la cabeza del grupo y caminó a paso rápido hacia la cancela. Cuando llegó a las proximidades de la reja, pasó una ficha metálica sobre una placa y una luz roja comenzó a parpadear en medio del temporal. La multitud más allá de las barras retrocedió en silencio mientras la cancela se abría. Luego estalló de alegría, al reconocer los rostros de los niños más allá de la mirada emocionada de Quinto.

Madres y padres corrieron al encuentro de los pequeños, sin aliento, con la emoción de quienes pensaban que habían perdido para siempre su razón de vida, con la conciencia de que algo, aquella noche, había cambiado para siempre. Abrazaron a sus hijos y no hubo necesidad de palabras frente a la demostración de un vínculo que superaba los confines del espacio y del tiempo. Ian, Alex y Jenny asistieron a la escena en silencio, llenos de emoción y orgullo, mientras Quinto se acercaba a Nicolò y lo abrazaba.

—Ha llegado el momento de que vuelvas a casa —dijo el muchacho—. Y que cuentes a tu mujer y a tu hija que no has sido un héroe durante una hora. Lo has sido hasta el final.

—Ha sido un honor ayudarlos —respondió el técnico del metro, mientras la lluvia escondía sus lágrimas—. Desde mañana veré la vida con otros ojos. Hemos estado todos ciegos.

—Este mundo necesitará tiempo para eliminar condicionamientos que han durado décadas —comentó Ian en tono solemne, mientras apoyaba la espalda en la cancela y sus ojos perseguían las luces de las farolas a lo largo de la calle—. Hará falta un esfuerzo notable, pero ya se ha puesto una primera y pesada piedra. A la gente le corresponderá reconstruir.

El temporal continuó arreciando durante toda la noche, barriendo décadas de mentiras, complots, atropellos, y purificando la ciudad del pútrido rostro del Bienestar. Se abatió sobre los escombros del centro de Marina, símbolo de un poder político ahora sepultado bajo sus propias ruinas.

El capitán Mayor Desner caminó durante horas bajo la lluvia. Reflexionó sobre cada instante de aquel tremendo día, hasta que llegó al puerto, donde se intensificaban sus recuerdos. El temporal batía con insistencia sobre la negra extensión de agua frente a él mientras, con los codos apoyados sobre la barandilla de un muelle, rememoraba la última estrategia, el extremo intento que le había valido la libertad.

—¿Creéis que voy a colocar personalmente las cargas? Ya está todo planificado, la orden ya ha sido impartida. Lo siento, habéis llegado tarde. Esa escuela arderá.

Recordaba bien sus palabras. Y aún mejor la carta jugada inmediatamente después para librarse de una muerte anunciada.

—A menos que vayáis de inmediato allí, y evacuéis a los niños antes de la explosión.

—¡Habla! —había gritado Thierry—. Dinos el nombre de la escuela.

—Solo si me dejáis marchar.

—Te doy mi palabra. —El doctor le había ofrecido la mano.

—¿Qué garantías tengo?

—He trabajado toda la vida para Ivan. He cometido crímenes quizá peores que los tuyos. No puedes más que creerme. Así como yo creeré que no me estás dando el nombre de otra escuela.

—Instituto de Primera Formación Omicron —había dicho él, y se habían estrechado la mano. Luego, en un lúcido instante de humanidad, había sacado una cartera y había extraído una tarjeta—. Hay un almacén a pocas manzanas de allí. Es el número 3, del complejo Darren. En este momento no está operativo. La cancela se abre con esta ficha magnética. Mantenedlos allí hasta que las cosas vuelvan a la normalidad.

La escuela había saltado por los aires en el horario preestablecido. Pero estaba completamente vacía. Desner había permanecido con Thierry y Mark, y poco después del atentado había llamado a Dana, como habían acordado. El exingeniero de la Lax con la larga cola de caballo lo había grabado y archivado en el mismo microchip que había usado en la penitenciaría y en la estación de Sparta.

—¿Desner?

—Sí, Dana. Soy yo. He hecho lo que debía hacer.

—Excelente, Desner. Excelente.

Aquella conversación sonaba en la cabeza del capitán como una cantinela, mientras observaba las olas rompiéndose en los escollos bajo la estructura del muelle. Era la llamada la que lo había convertido en un hombre libre. Y Thierry había mantenido la palabra. Pero bajo las bofetadas de un viento frío y violento que parecía el juicio despiadado de los crímenes y de las crueldades humanas, el capitán Mayor Desner revivió en pocos instantes toda su existencia y, lejos de todo y de todos, se declaró culpable. Nadie lo vio caer desde el muelle. Nadie oyó el ruido de su cabeza chocando contra las rocas. Habría dejado de llover, antes o después, como era justo que fuera. Para los hombres sin tacha que servían cada día al Bienestar, inconscientes y sinceros, para los que la familia era el único y solo refugio de una vida de privaciones, habría vuelto la serenidad.

Los ciudadanos de Gea merecían ver resplandecer finalmente el sol. Pero con los ojos radiantes de quienes, ahora, ya no eran ciegos.

Capítulo 46

El temporal dejó de arreciar sobre la ciudad de Marina antes del amanecer.

Lo que estaba a punto de despertar era un mundo sin amo, y, por este motivo, inestable, frágil, necesitado de nuevas reglas. Mark y Thierry salieron en el corazón de la noche hacia el dojo de kendo donde los esperaban Quinto, Ian, Alex, Jenny y Sara.

En el dojo el grupo del doctor se reunió con los otros militantes, amigos valerosos y eficaces cómplices que durante la jornada habían contribuido a hacer posible la revuelta. Cuál era la siguiente etapa, nadie podía decirlo en el interior del gimnasio. Al principio de aquella hazaña, ninguna de aquellas personas habría apostado por el éxito de la misma. Estaban todos animados por una gran voluntad, por una convicción plena. Pero no habían pensado en el día después.

Y el día después estaba allí, con la claridad del amanecer que acariciaba dulcemente el despertar de la ciudad, con un arcoíris encantador que los envolvía a todos como un aura de protección, símbolo de una serenidad recuperada. La tempestad había terminado, y con ella la dictadura invisible de un hombre viejo y de su hija que había durado medio milenio.

—¿Qué será de Dana? —preguntó Jenny, sentada en el suelo con las piernas cruzadas frente a los otros, la espalda apoyada en la pared cerca de una estructura de madera que alojaba doce shinai, la espada de bambú usada en el kendo.

—En este momento se encuentra en la penitenciaría —respondió Thierry—. Y no creo que salga en años.

—¿Y sus hombres? —preguntó Alex—. ¿Los potenciados?

—Han sido ellos —Mark se acercó y puso una mano sobre su hombro— quienes la han arrastrado a la cárcel. Dana se ha quedado sola, Alex. Quería mostrar a la gente el rostro del enemigo. Y lo ha hecho. Se ha mostrado a sí misma.

—Siempre existe una clave —añadió Thierry— para desbloquear las puertas de una mente, incluso la más condicionada y sometida al poder. Dana quería matar niños. Inocentes. Los potenciados han entendido finalmente que el rostro sin ojos, símbolo de Utopía, era el suyo.

—Estaban ciegos... —observó Quinto.

—¿Qué ocurrirá en las dimensiones paralelas...? —preguntó Ian, pero más que una pregunta parecía un pensamiento dirigido a sí mismo.

—Lo que hemos hecho aquí —respondió Thierry— repercutirá por doquier. Las llamas de esta revuelta estarán en los ojos de esos muchachos, su pasado saldrá a flote. Por todas partes el eslogan de Utopía habrá penetrado en sus mentes, adquirirá desde hoy un significado nuevo. Finalmente conocen su historia.

—Este sistema nos ha condicionado a todos —dijo Mark, con la mirada baja sobre el suelo de madera—, de un modo u otro. Olvidar no será fácil. Y quizá ni siquiera justo.

La tablet en el bolsillo de la chaqueta de Thierry emitió una señal acústica y el doctor se dirigió hacia Ian.

—Han llegado unas personas a las que creo que te gustará ver.

—Cómo dices... —susurró el viejo, asombrado.

Thierry se volvió hacia la entrada del dojo y fue a abrir el portal. Abrazó a una señora, acompañada por dos muchachas, luego desde lejos extendió un brazo para señalar a Ian. Este trató de reconocer los rostros, en vano. Cuando la señora estuvo a pocos pasos de él, transcurrieron algunos momentos de silencio. Todos observaron la escena con curiosidad, nadie se atrevió a abrir la boca.

Una de las dos muchachas, de denso cabello rizado, pecas en torno a la nariz y los ojos grandes, de un azul intenso, se dirigió tímidamente a Ian.

—Es un placer conocerte, abuelo.

El mentón del hombre tembló, y en un instante toda su vida se rebobinó, una diapositiva tras

otra, hasta devolver a la mente una fotografía que su hijo Ben tenía en la tablet interactiva, como fondo fijo. En aquel salto de veinte años estaban su mujer, Loren, y las pequeñas Melissa y Lara, las nietecitas que Ian nunca había conocido. Ahora estaban allí ante sus ojos, y finalmente podía reconocer el rostro armonioso de Loren, surcado por algunas arrugas y velado de melancolía.

Ian le cogió con gentileza las manos, luego la miró y no pudo contener las lágrimas. Luego se las llevó al corazón, las entrelazó con las suyas y al fin volvió a abrir los ojos.

—Él está aquí con nosotros, siempre... —dijo.

La mujer se abandonó a su pecho, las hijas se acercaron para unirse en un único abrazo.

Alex y Jenny salieron del dojo y caminaron a paso lento hasta el aparcamiento. Se tuvieron de la mano bajo la luz del nuevo día, que hacía brillar los charcos y se reflejaba sobre el asfalto brillante. No dijeron una palabra mientras paseaban juntos. Necesitaban descansar, comer algo, reflexionar sobre todo lo que había ocurrido. Volver a empezar de cero.

—Hola —dijo de pronto una voz por encima de sus cabezas.

Alzaron los ojos hacia una fila de balcones. Asomada a una barandilla había una niña de trencitas rubias, debía de tener tres o cuatro años. Llevaba un vestido blanco y rosa y estaba descalza.

—Hola —respondieron a coro.

—¿Sois novios? —preguntó.

Jenny se puso una mano como visera sobre la frente, luego respondió.

—Sí... lo somos.

—¿Desde hace cuánto? —preguntó la niña.

Alex y Jenny se miraron a la cara en silencio, durante varios segundos. Cerraron los ojos y vieron una sala oscura, el techo del planetario de Milán salpicado de constelaciones y nebulosas, sus dedos entrelazados. Allí donde había comenzado todo.

—Desde antes de que naciera el mundo —respondió Alex.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la pequeña, arrodillándose y metiendo la cara en la barandilla.

Jenny sonrió.

—Quiere decir que somos almas gemelas, cariño.

—Almas gemelas... —comentó ella, perpleja.

—No nos hagas caso —bromeó Alex.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jenny, divertida.

—Stella. ¿Y vosotros?

—Yo soy Jenny.

—Yo, Alex. ¿No debes prepararte para ir a la escuela, Stella?

La niña sonrió y se levantó.

—Papá dice que fuera es peligroso... no sé si hoy iré a la escuela.

—No hay ningún peligro fuera, pequeña, fíate de nosotros —respondió Alex—. Todo ha cambiado.

En las horas sucesivas, el dojo poco a poco se vació. Muchos volvieron a casa para descansar. Ian decidió acompañar a Loren y a las dos nietas, y pasar con ellas algunos días en la serena y tranquilizadora compañía de aquella parte tan preciosa de su familia. Ben estaba en cada conversación, en cada pensamiento, y él se preguntó si era una buena idea hablar a su familia de Jastel y de su posada. Pero prefirió evitarlo.

Sara hizo una rigurosa investigación y llamó a todos los hospitales de Marina hasta encontrar aquel en que estaba Anna. Decidió ir a verla, y pasó varios días a su cabecera, esperando a que se restableciera. Ocho días más tarde, Anna volvió a su laboratorio en la periferia de Marina. No había rastro de *Diletta*, y una de las ventanas estaba abierta. Debió aceptar el hecho de que su

gatita hubiera escapado en busca de comida, de afecto. Y, además, a sus veinte largos años, era mejor pensar en ella vagando por el barrio hurgando en los contenedores, pero confiar en que aún estaba viva. Anna descansó durante un día entero, soñó con el rostro sonriente de Dana, que se transformaba en una máscara de terror, soñó varios epílogos distintos de aquella aventura, soñó con Slev que le servía desde atrás del mostrador de su farmacia en Garen un analgésico para las graves lesiones de la espalda.

Se despertó a la mañana siguiente, cuando un morro húmedo le hizo cosquillas en la mejilla. La mirada de la gata parecía acusarla de haberla abandonado. Pero así y todo estaba de nuevo con ella. Vieja, cansada y fiel. Se quedaría hasta el fin.

Nicolò, que había vuelto a su hogar después de haber sacado a los niños, a la mañana siguiente se quedó en casa. Permaneció todo el tiempo en compañía de su mujer, reafirmando hasta el infinito qué increíblemente guapa era su recién nacida. Se asomaba sin cesar a la cuna, como cualquier padre en los primeros días de vida de un hijo. Cada respiración de aquella criatura era una caricia a su corazón. Y cuando la pequeña abría los ojitos, en busca de su mamá y de su leche, Nicolò le repetía que su padre había sido un héroe. Y no por una hora. Durante todo un día.

A la mañana siguiente se dirigió puntual al trabajo. En la sala de mandos en el interior del metro estaba grabada la canción que había puesto Mark. Nicolò no perdió el tiempo. Mientras el andén comenzaba a llenarse, volvió a sonar *Smoke gets in your eyes*. Era un nuevo modo de iniciar la jornada, un nuevo modo de enriquecer la vida de aquellas personas. Como un himno a una recuperada libertad. Ningún protocolo social. Ninguna denuncia. La gente aún no tenía la certeza, y se necesitaría tiempo para modificar hábitos arraigados desde hacía décadas, pero finalmente era posible mirarse a la cara, entre perfectos desconocidos, e intercambiar una opinión espontánea sobre aquella espléndida música.

Thierry y Mark, después de haber descansado hasta última hora de la tarde, se volvieron a encontrar al anochecer en una tasca de la periferia y acordaron algunos movimientos. Era urgente que alguien convocara en la misma habitación a las personas más importantes de la cúpula corrompida y manipulada. Solo una asamblea democrática habría podido echar las bases para una reconstrucción, y su paquete de pruebas contra Dana y sus sometidos era el material del que partir para comprender qué había ocurrido de verdad en aquellos años, y volver a empezar. Ya sin condicionamientos, sin chantajes.

Algunos días más tarde, cuando Thierry se encontró cara a cara con Oliver, el jefe de la policía desde siempre al servicio de Ivan, y le confesó que quería entregarse por los crímenes cometidos en el pasado, este frunció el ceño y le tendió la mano.

—Ese hombre y su hija han subyugado a toda la nación. Incluido a mí. Usted y sus hombres los han detenido. No creo que meterlo en la cárcel sea la mejor solución. En realidad, tengo otra en mente.

Después de haber saludado a los demás, Alex y Jenny decidieron quedarse a dormir en el dojo. Cuando también Quinto se despidió, fueron a la planta baja, apilaron algunas colchonetas y se recostaron, después de haber apagado las luces del gimnasio.

Permanecieron abrazados durante horas, mientras descargaban su enorme cansancio físico y psíquico. Durmieron hasta el amanecer del día siguiente, desplazándose de vez en cuando sobre el costado opuesto, para volver a estar finalmente abrazados. Primero se despertó Jenny, con la cabeza apoyada en el pecho desnudo de Alex. Abrió lentamente los ojos y se preguntó en qué mundo estaba, qué vida era. Qué camino, qué destino.

Alex sintió su respiración en el cuello y, con los ojos aún cerrados, sonrió.

—Todo ha terminado de verdad.

—Sí, amor mío —respondió ella, luego lo besó delicadamente en los labios, demorándose algunos segundos mientras él le acariciaba el pelo.

—¿Qué será de nosotros, ahora?

Jenny se apartó y se irguió, mientras una débil luz se filtraba por la hendidura de la persiana echada, e iluminaba una fila de máquinas de gimnasio.

—Este mundo podría ser un bonito sitio en el que vivir. ¿No te parece?

Alex puso las manos detrás de la cabeza, luego recordó a sus amigos de Sam-en, la familia adoptiva, el río, el cuarto de Marco. Allí, sus alter egos habrían seguido viviendo una vida segura.

—Pensándolo bien, no me interesa en absoluto dónde estamos. Basta con que tú estés a mi lado.

Jenny sonrió, luego se echó sobre él y le desordenó el pelo.

—¿Crees que podría dejarte solo?

—No sabría decirlo. ¿Sabes? Es la primera vez que pienso en nosotros dos como... adulto.

—Bueno... Tener esta edad tiene sus ventajas.

—¿Ventajas?

Jenny dudó un instante, luego continuó:

—¿Has pensado que podríamos... vivir juntos?

Alex no respondió. Permaneció en silencio, con la mirada dirigida al techo, mientras Jenny lo pellizcaba en el pecho.

—Yo no recuerdo casi nada de mis verdaderos padres —prosiguió ella—. Y en Sam-en.éramos hermano y hermana. Nuestra identidad se ha destruido. El Multiverso ha sido nuestro secreto, nuestro poder y nuestra condena. Por una vez quisiera vivir una vida normal. Quisiera poder proyectar algo concreto, aunque solo fuera...

—¿Qué?

—Una familia, Alex.

El muchacho se irguió y le cogió la mano.

—Cuando he visto a esos niños abrazar a sus padres —dijo él, con las imágenes de los escombros del Omicron bien nítidas en su mente—, he pensado que aquella era la forma de amor más pura e incondicional. En los rostros de esos padres y esas madres he visto renacer la vida. Habían dado por muertos a sus niños, y cuando los han visto salir del cobertizo de la Darren...

—... para ellos ha sido como volver a respirar —concluyó Jenny.

—Tal cual. Todo esto me ha impresionado. Me ha hecho reflexionar.

—Crees que sería posible... —Ella le puso los brazos en torno al cuello, luego se le acercó, dejando la frase en suspenso.

—Creo que lo quiero con todo mi ser —respondió él, más serio y determinado que nunca.

—¿Tú y yo? ¿Una verdadera familia?

—Tú y yo, Jenny.

Alex acercó el rostro al de la muchacha, luego le rozó la punta de la nariz con la suya. Permaneció en silencio, con los ojos cerrados, y por un instante el tiempo se detuvo.

Ambos estaban en un muelle. Cogidos de la mano, con los ojos perdidos en la inmensa extensión de agua frente a ellos.

—Has venido, finalmente... —dijo Jenny, con los ojos jubilosos, radiantes.

Alex miró a su alrededor. Las gaviotas volaban alegres en el cielo, mientras las nubes se deshilachaban y el sol volvía a batir el embarcadero y sobre las olas, en un instante fuera del tiempo y del espacio, un fragmento de la imaginación que se fundía con mil realidades, mil historias.

—Yo siempre he estado aquí.

—¿Te apetece pasear conmigo en esta vida, Alex? —Jenny sonrió, y a los ojos del muchacho aquel era el rincón feliz del Multiverso, el refugio, la protección y el encanto.

El destino adecuado.

En aquel momento la vieron, al final del muelle. Tan tierna en su vestidito lila que dejaba descubiertas las piernecitas firmes. Tan alegre al saltar sobre el embarcadero y aterrizar con las rodillas dobladas, la cabeza vuelta hacia ellos en busca de aprobación, el pelo desordenado sobre la frente y aquellos ojos grandes, intensos como el mar y brillantes como las estrellas. Se volvió hacia ellos y ofreció una gran sonrisa.

—No dejaría tu mano por nada del mundo, Jenny.

Abrieron otra vez los ojos, y tuvieron que acostumbrarse de nuevo a la oscuridad del gimnasio. Permanecieron en silencio, mientras sus rostros seguían rozándose, y los labios se unían delicadamente, para luego separarse y volver a acercarse.

—Lo has visto también tú, ¿verdad? —susurró Jenny.

Alex le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja, luego respondió:

—El muelle. Sí, lo he visto yo también.

—En tu opinión, ¿qué era? —Jenny cerró los ojos, mientras él la besaba en la frente.

—Quizás era el futuro.

UN AÑO DESPUÉS

La cita era a medianoche, pero todos llegaron con mucha antelación. Algunos de ellos no se veían desde hacía meses, otros desde hacía pocos días. Para todos, la emoción de volver a encontrarse en el mismo sitio era algo que hacía temblar las manos y latir con más fuerza el corazón.

Anna los estaba esperando en el amplio *hall* del edificio, sentada en un sillón. Llevaba un traje sastre azul, el pelo rojo recogido en una larga cola. Cuando las puertas correderas se abrieron, se levantó de golpe y fue al encuentro de los primeros en llegar. La sonrisa en los rostros de Mark y Thierry le produjo un nudo en la garganta.

—Es tan hermoso veros otra vez... —dijo, conmovida, mientras los abrazaba.

—La nueva sede es maravillosa, Anna —observó Mark, mirando a su alrededor. Una medialuna de vidrio hacía de mostrador para la recepción, unos sofás en círculo rodeaban mesas triangulares de cristal y un gigantesco panel luminoso a sus espaldas mostraba el plano del edificio con sus respectivas secciones—. ¿Cómo va?

—Nos ha costado al principio, pero ahora las cosas empiezan a funcionar. Tengo un buen equipo. Este sitio dará al fin resultados útiles para todos.

—Tú, directora de Synaptica —comentó Thierry—. ¿Quién lo habría dicho?

En aquel momento, volvió a abrirse el acceso. Entraron Alex y Jenny, localizaron al grupito y se acercaron.

—Tú aún tienes que montarme el estéreo en la casa nueva... —bromeó Alex mientras abrazaba a Mark.

—Estás hablando con mi consejero, no con un técnico cualquiera —rebató Thierry, divertido.

—Sabemos que sin Mark ni siquiera sales de casa, gobernador —ironizó Alex—, pero yo lo necesito para mi instalación. Él y su archivo de viejas músicas robadas de nuestra memoria...

—Bromas aparte —lo interrumpió Jenny—, nos gustaría que vinierais a casa, un día de estos. Ahora que nos hemos vuelto a encontrar, sabéis...

—Sin duda, iremos. —Mark le cogió la mano, luego con un gesto de la cabeza señaló a Thierry y se mofó de él en voz baja—. Aunque este señor ahora tiene la responsabilidad política de no llevar a la ruina este país... encontraremos un hueco en su agenda.

—Estoy tan contenta por vosotros —dijo Anna vuelta a Jenny, luego se dirigió a los dos hombres, desde hacía varios meses respectivamente gobernador y primer consejero del continente de Gea.

—Os traigo saludos de Quinto —dijo Mark—, no sé si lo sabéis, pero se ha trasladado a Lender, Oriente. Dice que allí está lleno de testimonios de las antiguas tradiciones en las que cree desde siempre. Han quedado sepultadas durante demasiado tiempo, desterradas, vueltas inaccesibles. La doctora Sara ha partido con él.

Alex asintió, satisfecho, luego preguntó:

—¿Cuándo llegará Ian?

—Ian ya está aquí —respondió Anna—. Nos espera abajo, en la sala Memoria.

—Perdóname, Anna —Thierry frunció levemente el ceño—, pero no estoy seguro de haber entendido el motivo por el que hoy estamos aquí. Aparte del hecho de vernos de nuevo, naturalmente. ¿Qué tiene en mente Ian?

—Está a punto de partir —le respondió Alex.

—Nunca hemos dejado de frecuentarnos, en este último año —añadió Jenny—. Le hemos hecho compañía, lo hemos alojado, a veces hemos ido a cotillear nuestra vida de muchachos de dieciocho años...

—En la realidad de Sam-en.—precisó Anna.

—Exacto. Sé que aquí en Gea durante una época ha sido huésped de la familia de Ben, pero en estos últimos meses ha comenzado a acusar una cierta impaciencia.

—¿Es decir...? —preguntó Mark, perplejo.

—Sabéis cómo es... sediento de información, maníaco del estudio, de la profundización. Cuando celebramos su ochenta y nueve cumpleaños, nos reveló su propósito. Nos quedamos sin palabras.

—Un propósito del cual había discutido antes conmigo —concluyó Anna—. Y que hoy por fin se cumplirá. Seguidme.

Mark y Thierry intercambiaron una mirada llena de curiosidad, y una cierta reticencia, mientras seguían a la mujer a través de la amplia sala, hasta unos ascensores. Entraron en el primero, y la mujer seleccionó del plano digital un cuadrado que ponía SALA MEMORIA.

—Quería darte las gracias, Thierry —dijo Alex, mientras el ascensor bajaba—, por cuanto has hecho en el último año. Hoy, Gea es un sitio mejor. Lo creía imposible. Lo ves en los ojos de las personas. Se han despertado.

—Ha bastado hacer entender a la gente que había otras cosas por las que vivir. Que su libertad no acababa donde Ivan y Dana habían colocado un recinto. Se necesitará mucho tiempo para que la humanidad sea consciente de su propia naturaleza, pero llegaremos.

—Mientras tanto, por lo menos, han empezado a escuchar buena música —bromeó Jenny.

Mark le dio una palmada en la espalda.

—Es todo mérito de vuestros recuerdos. Vosotros sois el puente con la civilización pasada, y esperamos que esta consiga parecerse a ella, en parte, poco a poco...

—¿Cómo va lo de los microchips? —preguntó Alex.

—Bien, ahora la mitad de la población se lo ha hecho desinstalar con una rápida operación quirúrgica. La otra mitad está en espera para la intervención. En todo caso están todos desactivados, ya no transmiten ninguna señal. Y estamos pensando en acuñar una nueva moneda. Verdadera, tangible, no un frío montón de cifras sobre un panel.

—Hemos llegado —lo interrumpió Anna—, venid conmigo.

El pasillo que el grupito recorrió era un estrecho túnel iluminado por filas de lámparas tubulares de neón que envolvían el ambiente en una atmósfera de tonalidades azul eléctrico. Al final del corredor, una puerta con una pantalla alta, en el centro.

Anna se acercó al pequeño panel y lo rozó, luego una banda roja horizontal subió y bajó hasta completar el escaneo de su rostro. La puerta se abrió.

—Esta es la sala Memoria —dijo—. Solo yo puedo acceder a esta habitación, como habéis podido comprobar.

—¿Dónde estamos, Anna? —preguntó Thierry, perplejo, mientras miraba a su alrededor. La sala estaba oscura, iluminada solo por la luz artificial de una pared de paneles que ofrecían imágenes de colores cambiantes, haces de luces que pasaban del violeta al azul, del azul al verde. En el centro de la sala había una gran cabina extendida, con las paredes de vidrio y la base de acero.

—Estamos en el andén uno —dijo la voz ronca y pastosa de Ian, cuando el viejo salió de una puerta del fondo de la sala.

—Ian. —Mark fue a su encuentro con los brazos abiertos, luego lo estrechó y permaneció algunos segundos en silencio, apretando el cuerpo delgado y de apariencia frágil de aquel hombre de ochenta y nueve años.

—¿El andén uno? —preguntó Thierry, mientras tendía la mano a Ian.

—Sí —dijo él, y saludó a Alex y Jenny con una amplia sonrisa—. Estáis en mi estación de partida. Hoy es el día.

Alex cogió la mano de Jenny, luego empezó a respirar hondo. Sabía qué estaba a punto de ocurrir, pero habría deseado ver aquella escena lo más tarde posible.

—No quiero que este momento dure demasiado y os afecte —prosiguió Ian, mientras se acercaba a la cabina y apoyaba la mano sobre un borde—. Este es un adiós, amigos.

—Estábamos preparados. —Jenny se acercó y apoyó su mano sobre la del viejo—. Pero ahora que estamos aquí, es muy duro.

—Seréis felices, tendréis una espléndida familia. Y pensaréis a menudo en mí, lo sé. Si queréis hablar conmigo, está nuestro pequeño rincón de serenidad rural, en Sam-en-Kar. Aún tenéis que probar aquel delicioso *ligala*, ¿o me equivoco?

Alex permaneció apartado, se mordió el labio. Tenía un nudo en la garganta. Mientras, Thierry sacudía la cabeza.

—¿Soy el único que no entiende qué sucederá aquí hoy?

Ian se volvió hacia él, mientras Jenny retrocedía algunos pasos.

—Soy viejo, Thierry. Muy viejo. Y estoy muy cansado. Pronto mis células morirán, y yo con ellas. Por eso hoy parto.

—Partes... ¿adónde?

—Memoria.

Alex cerró los ojos, Jenny le cogió de nuevo la mano y la sintió temblar.

—Ahora me recostaré en esta cabina, que se llenará de ácido sulfhídrico. Anna cerrará el envoltorio estanco, luego activará las funciones de la criostasis desde la pequeña sala de mando de la que he salido antes. Nos despedimos ahora, porque dentro de poco aquí hará bastante frío.

—Tú estás... —comenzó Mark, maravillado—. Tú...

—Yo estoy partiendo para un viaje hacia atrás en la Historia del mundo. No sé de cuánto tiempo dispongo, pero le he pedido a Anna que ya no me saque de esta cabina. De hoy en adelante, mis células envejecerán muy lentamente, pero envejecerán. Estoy destinado a morir, amigos, como todos. Pero transcurriré los últimos años de mi existencia en Memoria. Lo sabéis, allí los ojos de las personas son como portales para acceder a sus recuerdos. Retrocederé en el tiempo, mientras pueda. Necesito saber, conocer. El fin de nuestro mundo, aquel presunto asteroide que siempre he considerado como un proyectil cargado de nueva vida, destinado a aniquilar la civilización para hacerla, al mismo tiempo, renacer. Y el fin de la civilización precedente, si me resulta posible. Y el de la anterior a ella.

Nadie se atrevió a interrumpir las palabras de Ian, que miraba al vacío, como si estuviera imaginando el recorrido que le esperaba.

—Bajo a este abismo con la conciencia de que puedo conseguirlo. Encontrar respuestas. Las encontraré por vosotros.

—¿Por nosotros? —preguntó Thierry—. Pero... has dicho que ya no saldrás de esta cabina.

—Yo no. Pero sí mis visiones, mis descubrimientos... serán la herencia que os dejaré a vosotros y a las generaciones que vengan después de vosotros.

Anna avanzó algunos pasos, sonrió y miró el rostro confundido de Thierry.

—El *software* que creaste, aquel para la extracción de los recuerdos. Lo usaremos. Desde esta tarde, el viaje de Ian será materia de estudio. Veremos el pasado con sus ojos. Quizás aprendamos algo más de nosotros mismos.

Thierry permaneció en silencio, parpadeó lentamente y comprendió el alcance de aquel experimento extremo. Luego respiró hondo.

—Cuando esa cabina se cierre, tú estarás...

—¿Muerto? —Ian sonrió, mientras hacía un gesto a Alex para que se acercara—. Ni lo pienses. Díselo, amigo, cuánta vida hay allí...

Alex se echó a sus brazos, sin responder.

Los ojos húmedos, el mentón y las manos temblorosas, los músculos repentinamente débiles, ni siquiera consiguió estrechar al anciano, compañero de una aventura sin tiempo, del viaje a través de las infinitas bifurcaciones del Multiverso. En aquellos pocos instantes antes de despedirlo para siempre trató de no pensar en nada, de sentir la respiración de su mejor amigo

por última vez. Pero no lo consiguió. Una imagen abrió una brecha y se impuso en la mente, sin que hubiera modo de expulsarla. Estaban juntos, recostados en la cama en casa de Marco, en Milán, casi medio milenio antes de aquel momento, en otra realidad, en otra vida.

—*Ahora durmamos, Alex, de otro modo mañana el avión partirá sin ti.*

—*Jenny existe, estoy seguro... la encontraré, ¿verdad?*

—*Claro que la encontrarás, amigo. Solo debes creer en ello.*

Alex se liberó del abrazo lentamente, luego se secó las lágrimas frotándose los ojos con las muñecas.

—Adiós, Marco —le dijo, pronunciando aquel nombre que lo hacía retroceder una eternidad.

—Adiós, amigo mío.

Poco más tarde, el grupo salió de la habitación y dejó a Anna ocupada en la activación del proceso de criostasis. Cuando también ella estuvo en el pasillo y la puerta de la sala Memoria se cerró a sus espaldas, todos contuvieron la respiración. Recorrieron el túnel hasta el ascensor, cada uno con la mente absorta en mil pensamientos, y apenas estuvieron dentro la mujer seleccionó un recuadro que decía GALERÍA DE IAN.

Anna, Alex, Jenny, Thierry y Mark salieron del ascensor y entraron en una sala restaurante delimitada por amplios ventanales, luego se acercó a una columna cerca de un tablero semicircular y apretó un botón. Las ventanas se abrieron y el grupo la siguió hasta la vasta terraza. Soplaban un viento agradable, aquella tarde. Una brisa que subía del mar, y suavemente acariciaba los sueños de los ciudadanos del mundo entero.

—Como veis, he dedicado este sitio a nuestro amigo —dijo Anna, avanzando hacia una barandilla más allá de la cual se recortaba el perfil de la ciudad. Todos callaron, mientras los ojos se perdían al otro lado de la balaustrada y volaban sobre las agujas de los nuevos rascacielos del centro, y luego abajo hasta las calles, los tejados de los edificios, y más tarde, aún más lejos, hacia la periferia renovada y finalmente habitable gracias a un preciso plan de recalificaciones. Volaron entre los pensamientos y los sueños de un mundo recién despierto, listo para acoger nuevas verdades, establecer nuevos objetivos, considerar horizontes más amplios. Un mundo apenas nacido, finalmente curioso.

—Sin él, nada de esto habría sido posible —continuó Anna—. Nos encontraremos aquí para recordarlo, amigos míos, cada vez que sintáis la necesidad.

—¿En el último año has estado en otros... mundos? —preguntó Alex.

—¿Quieres saber si Dana aún es una amenaza?

—¿No lo es?

—No podemos saberlo, Alex. Pero creo que Dana está cada vez más sola. La Utopía de su padre, y la suya, ahora son solo el eco de una catástrofe que no desaparecerá nunca de la memoria más profunda de los muchachos que utilizaron.

Alex y Jenny se apartaron en silencio y caminaron hasta la barandilla. Apoyaron las manos en ella y se asomaron apenas hacia delante, con la mirada arrebatada por una luna casi llena, que desde lo alto observaba las acciones humanas sin juzgarlas. Solitaria, silenciosa y velada desde siempre por una fascinación sombría y misteriosa. Una sucesión de luz y oscuridad, con aquellos enormes cráteres definiendo un rostro casi humano, congelado en una expresión de estupor. Ella siempre había estado allí, muda compañera de sus pensamientos.

Cuando se volvieron, Anna, Thierry y Mark se habían alejado, y estaban sentados en torno a una mesita. Mientras Anna se acercaba a un pequeño tablero digital, Alex cogió a Jenny de la mano.

—¿Lo ves? —le preguntó, mientras indicaba con los ojos el cielo.

—Sí —respondió ella después de haber escrutado el firmamento y encontrado las tres estrellas cercanas del cinturón de Orión—. Lo veo.

—Nunca nos abandona.

Anna apretó un botón y la encantadora música —la de los años treinta, pero popularizada por un grupo de los años cincuenta— empezó a sonar en torno mientras Alex y Jenny, bajo la mirada serena de Thierry y la sonrisa satisfecha de Mark, se fundían en un dulce abrazo. Ella apoyó la cabeza en su pecho, él siguió las notas estrechándola, y ondulando despacio. Los rasgos de dos adultos, el corazón de dos muchachos. Los ojos brillantes de un niño y de una niña que se tenían de la mano en el planetario de Milán, bajo un océano de estrellas, el día en que todo comenzó.

En el aire fresco de la tarde, una voz a medio milenio de distancia expresaba un sentimiento eterno e innegable.

—¿Me concede este baile, señorita? —preguntó Alex.

Jenny se secó una lágrima, respiró hondo y alzó los ojos hacia su destino.

—En todos los universos posibles.

EPÍLOGO

Camino por una playa que parece no tener fin.

El agua que me baña los pies es milenaria custodia de vida, eterna biblioteca genética que conserva la historia de los mundos. Cómo quisiera penetrar en sus recuerdos, del mismo modo en que excavo las profundidades de los ánimos humanos. Estoy viajando desde hace una eternidad, pero, a decir verdad, aquí no existen las cronologías. Todo ocurre en un instante, en el momento en que la mente es arrebatada por una centella. Camino en el silencio de la noche y me parece oír las notas de un piano, a lo lejos. Un acompañamiento melancólico, de dinámicas apenas esbozadas. Quizá sea el eco de los recuerdos de algún otro. O bien solo la enésima superposición.

He leído en los ojos de miles, quizá millones de personas. He vivido en su pasado, he atravesado los nudos de las vidas con la misma destreza de quien, para vadear un río, salta de una piedra a otra. Hasta que he entendido qué faltaba para completar el mosaico.

Qué inesperada tesela.

Ha ocurrido hace poco, en una plaza abarrotada. En torno a mí, el intenso tráfago de personas, culturas, sueños y esperanzas. Enredos de vidas, embrollos de historias. Sentado en una terraza de una *brasserie*, tenía la pluma clavada en medio del folio, sin saber qué anotar. Bajo el papel, un periódico francés fechado en 1988. Estaba como perdido en la contemplación de las miradas de las personas, inmovilizado, cristalizado por el sincronismo de los tiempos. Llegado a aquel rincón del Multiverso después de haber cabalgado recuerdos desconocidos, de portal en portal, obsesionado por saber. Pero si en los otros casos he indagado existencias ajenas, como una entidad etérea e impalpable, como un intruso escondido, esta vez estaba en posesión de mi cuerpo, no solo era observador sino protagonista de los acontecimientos. Estaba en un recuerdo *mío*. Pero yo, en la civilización que culminó con el estallido del asteroide, en 1988 aún no había nacido.

Estaba a punto de decidirme a traducir en palabras esta madeja de dudas, para tratar de desembrarla, cuando a la mesa de enfrente se sentó una pareja. Y mi respiración se detuvo. Tendrían unos veinte años, yo quizás alguno más. Ella tan refinada en su gabardina beis larga hasta la rodilla, los guantes negros, el chal en los hombros. Él tan elegante en su traje, la chaqueta abierta sobre una camisa azul oscuro, un fular color nata atado al cuello. Los reconocí y no fui capaz de mover un solo músculo de la cara. Los observé pedir la bebida, mientras el sol iba a morir detrás de los edificios y el aire se hacía punzante, y la gente en la plaza comenzaba a marcharse, a tomar el camino de casa. Los vi intercambiarse miradas que valían más que mil palabras, los oí decir pocas frases. De golpe me levanté. Así, de repente, como si hubiera sido yo quien lo decidía.

Me acerqué a su mesa, aclaré la voz y llamé la atención de los dos muchachos. Él se volvió de pronto, sus ojos azules sonrieron al verme. «No puedes estar aquí», me dijo. Pero parecía divertido. Y también ella: «Sí, ¿qué te pasa por la cabeza?». Al principio no entendí. Luego alguien gritó: «¡Corten!», desde lejos. Me volví hacia el punto del que provenía la voz y vi las cámaras. «¡Has entrado en campo, maldición!», chilló la voz de un hombre con un megáfono.

Me volví a mi mesa, trastornado y confuso. Una hora más tarde seguí a los dos muchachos hasta una caravana, aparcada en un callejón a pocos pasos de la plaza. Les pregunté qué estaba ocurriendo, y supe que no me encontraba en el París de 1988. Estaba en el interior de un plató cinematográfico montado a las puertas de Milán, en 2017. Traté de rebatir, les dije que no era posible. Los llamé por su nombre —Alex y Jenny— y me preguntaron si quería un autógrafo. «Esta ciudad fue quemada en 2014 —grité—, todo el mundo está... ¿no lo recordáis?».

Me echaron de la caravana. Y no solo eso. El recuerdo se resquebrajó en pocos instantes, abarquillándose sobre sí mismo como una fotografía entregada a las llamas. Habría debido secundarlo, vivirlo, sé que es así como funciona en Memoria. En cambio, traté de cambiarlo, de

interactuar con él. Me expulsó hacia atrás, de nuevo aquí, otra vez con los pies hundidos en la arena. Y así ha vuelto a partir, he regresado allí decenas de veces, interpretando mi papel de extra, viendo el cielo límpido de una Milán intacta, preguntándome continuamente el porqué. Camino sin pausa desde hace días, si bien aquí el tiempo no tiene ningún significado. Camino y me ahogo entre los interrogantes. El asteroide habría caído en todas las dimensiones posibles, eso nos habrían dicho. Eso creíamos.

Hace poco he alzado los ojos al cielo nocturno. Yo, defensor de la ciencia, esclavo de la razón. Los he alzado y he pedido una explicación, sin saber siquiera a quién estaba implorando. El firmamento me ha respondido. O quizá yo solo me haya respondido, admirando la constelación de Andrómeda. La miré con otros ojos. Pensé en la relatividad de mi limitado punto de vista. Desde esta playa, las estrellas toman una forma, dan origen a una imagen que a lo largo de los siglos ha estado ligada a un mito y ha adquirido una historia. Una historia que todos conocen. Pero si yo observase los mismos soles desde otro punto de la galaxia, ¿qué vería? No vería Andrómeda, no vería esta particular composición. Vería a los mismos actores figurando en otro plató.

Así he intentado mirar nuestra historia, la impensable aventura que ha unido mis caminos y los de Alex y Jenny, desplazando el punto de vista. He pensado en nuestro recorrido, he pensado que nuestra mente es la clave. Que el universo mismo es la manifestación empírica de nuestro pensamiento, que la materia la plasman nuestras intenciones, nuestra voluntad y nuestra convicción. En un instante volví a escuchar las profecías de Thomas Becker —la alucinación, el mensaje que había personificado con las facciones y la actitud de un viejo profesor— y entendí que aquellas premoniciones estaban arraigadas en mi yo. Hallé de nuevo al viejo Meurón de Sam-en, también él una mera expresión de mis visiones.

Siempre he hablado solo. Siempre me he visto a mí mismo.

Inmóvil frente a las olas del mar más sombrío, con la luna llena izada en la confusa línea del horizonte, a las puertas de mi adiós. El horizonte de los acontecimientos, el punto de no retorno, esta es la playa en que me encuentro. Estoy al final del recorrido. Lo siento. Ahora sí, ahora todo me queda claro.

Yo he lanzado el dado de infinitas caras.

Esta es mi realidad. La pesadilla. El desafío. La creación.

Mi Multiverso.

Todo lo que ha sido y será —horror, salvación, fin, renacimiento— se ha originado en mi mente, en la concatenación de todas las elecciones posibles. Solo ahora entiendo por qué existe una Milán intacta. Una Milán en la que Alex y Jenny pueden crecer juntos, amarse, vivir su historia. Sin mí.

Desde el momento en que he visto, en los recovecos del inconsciente, el fin de la civilización, condicionando así mi futuro y el de mi gente en un dramático efecto mariposa, todas las versiones de Alex y Jenny cuyo camino se ha entrelazado con el mío han seguido el mismo destino. Nuestra amistad ha sido su condena. Yo era el vidente malayo, yo la voz en la cabeza de Alex mientras de niño pintaba escenas de muerte y destrucción. Yo era la profecía. Por este motivo los muchachos que he visto en el plató de aquella película francesa están realmente vivos. Y el planeta está intacto. Allí, ¡vaya!, no ha caído ningún asteroide. Allí, simplemente, nunca nos hemos conocido. He trabajado como extra en un filme, y ellos eran los actores principales. En aquel universo, apenas nos habríamos rozado. No habrían entrado en contacto con mi creación. Mi inconsciente locura.

He paseado hasta el infinito, descalzo por esta playa, a veces desconfiando de mis propios razonamientos, a veces preocupado de enloquecer en la búsqueda de una respuesta, o perdido en un laberinto de paradojas.

Luego he vuelto a partir, y he encontrado otras versiones de nuestra civilización del Dos mil.

Dimensiones salvadas, donde ningún cuerpo rocoso ha impactado contra el planeta Tierra en el año 2014. Donde yo mismo me he hecho adulto en el desarrollo de los acontecimientos decidido por algún otro. Nunca había considerado el punto de vista. Nunca había observado Andrómeda desde otra perspectiva. Nunca había abierto de verdad los ojos. He recorrido líneas temporales alternativas, y en cada uno de estos sitios, Alex y Jenny eran extraños. Los he buscado, a veces incluso encontrado, he intercambiado con ellos una mirada como extraños mientras el recuerdo se colapsaba y separaba nuestros caminos para siempre. No era mi cuadrícula, el enredo de las circunstancias condicionadas por mis elecciones. Era un extra, no protagonista. Ajeno a mí mismo.

Aún estoy aquí, en esta playa. Reflexionando sobre mi yo, comprendiendo la naturaleza de la existencia y pensando que la mía es la historia de cualquier otro. Somos nosotros los que decidimos el futuro de nuestro recorrido, trazamos la vía. Cada ambición, cada férreo credo, lleva a una mutación en el curso de nuestros acontecimientos. Y contagia a cualquiera que esté a nuestro alrededor, en aquel determinado rincón del Multiverso y en todas sus articulaciones. Cada uno de nosotros es capaz de plasmar su realidad. De erigir puentes y rascacielos, de hacer posible lo imposible. No existen causa y efecto. Existe un poder más allá de la humana imaginación. Ya se trate de generar una sonrisa en un desconocido ya una catástrofe de proporciones mundiales, no hay diferencia.

Cada uno de nosotros es su propio dios.

Sentado con las piernas cruzadas sobre la arena húmeda he comprendido que mi vida, como quizá la de cualquier otro, es una continua alternancia de luz y oscuridad. Un perenne conflicto entre el yin y el yang de nuestra naturaleza, como diría el buen Quinto, de acuerdo con su pensamiento taoísta.

He luchado, en todas las realidades posibles, para salvarme a mí y a los muchachos de un destino que mi mente había escrito, un dado que yo mismo había lanzado. Quizá solo un absurdo desafío a nuestras capacidades. El deseo de precipitarme en el abismo más negro. Y de remontarlo, crecer, elevarnos hasta un estadio superior de la conciencia.

Cómo quisiera abrazar una vez más a mis queridos amigos. Los he puesto en peligro, los he puesto a salvo, los he puesto a prueba. En otras partes, por lo que he visto, han podido vivir juntos una vida serena, allí donde la casualidad ha hecho que se encontraran, allí donde somos completamente extraños. En otra cuadrícula. Pero aquí, en mi Multiverso, han luchado de veras para permanecer juntos. Han hecho de su sentimiento la única y sola razón para volver a levantarse, para creer en ello, para arriesgar la vida. Más allá de cualquier barrera temporal, contra cualquier destino adverso. Han sido actores de mi historia. Actores extraordinarios. Amigos inseparables.

Estoy listo para marcharme.

Camino lentamente hacia la luna, mientras el agua fría del mar me envuelve y sube de los tobillos a las pantorrillas. Mi viaje acaba aquí. Se cierra el volumen de mis investigaciones, la llama se apaga para siempre y libera un hilo de humo, destinado a desaparecer en el aire.

Aquí abajo, hay silencio. Un silencio que nunca he oído. El silencio de la noche de los tiempos, confín extremo y límite inviolable. No se vuelve atrás. Todo se hace poco a poco más oscuro, el agua es ahora una tabla inmóvil. También la superficie lunar refleja las tonalidades del fin. Lo percibo. Lo espero, curioso de saber qué encontraré detrás de esa puerta.

Ahora sé quién soy. Ahora sé quiénes somos. Todos nosotros, prestidigitadores de nuestro cosmos, manipuladores del destino, dibujantes de mapas. No creemos ser verdaderamente capaces, encerrados como estamos en las invisibles jaulas que han erigido a nuestro alrededor, pero es así, ahora soy consciente de ello: lo que íntimamente, en el subterráneo más recóndito de nuestra alma, allí donde nadie podrá nunca tener acceso, creemos con convicción que ocurre...

... ya está ocurriendo.

NOTA DEL AUTOR

¿Estamos de veras fuera del remolino?

El primer borrador de esta novela, que llegó hace muchos años al escritorio de mi editor, Francesco Gungui, terminaba en aquella primera y única entrega. Ya en el momento de firmar el contrato con Mondadori, tanto él como yo nos habíamos dado cuenta de que el viaje no podía acabar allí. Fue el Multiverso quien nos llamó, abrió de par en par decenas de puertas y nos invitó a proseguir el camino. Fue así que la propuesta editorial inicial se transformó, y con ello se me concedió un lujo no irrelevante: publicar en un catálogo tan prestigioso una trilogía completa.

Hoy, después de haber dado los últimos pasos junto a Marco, Alex, Jenny y todos los personajes de esta saga, después de haber crecido y haber luchado junto a ellos, siento un nudo en la garganta. Una parte de mí, quizá mi *alter ego*, sabe que no ha terminado. Que en los corazones de los lectores esta historia continuará adelante, desarraigará sus mentes del presente y las transportará a un presente alternativo.

De hoy en adelante, *Multiverso* es vuestra historia. Conocéis las coordenadas. Vuestra mente es la clave. Ha terminado un relato, hemos visto solo algunas caras del dado. ¿Cuántas vueltas más puede dar el tiovivo? Estoy convencido de que un personaje sigue caminando, incluso cuando su autor ha dejado de llevarlo de la mano.

Siempre he definido a mis lectores como viajeros, tomando en préstamo el título de una divertida serie de televisión de los años ochenta en que el joven estudiante interpretado por Jerry O'Connell (el chiquillo regordete de *Cuenta conmigo*) descubría el modo de acceder a las realidades paralelas mediante la construcción de un *wormhole*. La serie, *Salto al infinito*, en Italia apareció con el título *I viaggiatori (Los viajeros)*, y en mi opinión eso es lo que somos. Todos nosotros. Quienes han llegado hasta aquí, y han partido de aquel lejano tiro a canasta de Alex, en la primera página del primer tomo, sabe que sus ojos —abiertos, es más, desorbitados— continuarán soñando. Quienes han llegado hasta aquí saben que aquella en torno a nosotros es solo una de las realidades posibles. Quienes aún están perdidos entre estas líneas han viajado, y no dejarán de viajar. De creer.

Nos volveremos a encontrar, oh sí. Quizás en otra historia, a lo largo de otros senderos. Pero siempre sabremos, en lo más profundo de nuestro corazón, dónde nos hallamos por primera vez. Estas líneas son nuestro planetario, el lugar en el que nos hemos cogido de la mano y hemos contemplado juntos las estrellas.

Estoy seguro, amigos viajeros, de que no lo olvidaremos nunca.

Leonardo Patrignani
Vignate, 11 de diciembre de 2013

AGRADECIMIENTOS

He decidido llenar este debido espacio final antes de poner de veras la palabra FIN en la novela. Habría sido demasiado triste, quizás, acabado el trabajo. Mientras escribo, pues, faltan aún unas cincuenta páginas antes del cierre de la saga. Por tanto, y esto es lo bueno, en este momento, ni siquiera yo sé cómo terminará. Vosotros, en cambio, deberíais haber apenas concluido la lectura, de modo que... ¡estáis un paso por delante!

Ante todo quiero agradecer a cada ser vivo que haya entrado en contacto con mi criatura desde el día de su nacimiento. Blogueros, periodistas, librerías, bibliotecarios, pinchadiscos, colegas de pluma, especialistas, *lovers*, *haters*... estoy convencido de que el choque de todas estas partículas ha encaminado la saga en la dirección correcta. Sentíos todos, pues, parte del proyecto, porque lo sois.

Mi primer agradecimiento es para Francesco Gungui. Una persona cuyo camino en un determinado punto se ha cruzado con el mío, un gran profesional que se ha convertido en amigo, confidente, colega, además de preciosísimo editor. Responsable del proyecto *Multiverso* para Mondadori, siempre ha estado convencido de que tenía entre las manos la apuesta ganadora, hasta jugárselo todo a una carta. Nuestra colaboración es un *slalom* entre las coincidencias y los *déjà-vù*. Es un intercambio de energías concreto, algo que ha enriquecido mi vida y ha hecho más firme mi camino.

Un abrazo especial para Piergiorgio Nicolazzini, mi agente literario. No es necesario alardear de los buenos resultados de esta saga en el extranjero, en consecuencia me limitaré a decir que hacer este trabajo no es en absoluto un paseo. La incertidumbre del mañana es un peso constante, y es aquí donde la figura de un agente se convierte en la roca sólida a la que agarrarse. La amistad que nos liga es ya un punto fundamental de mi vida, un recorrido del cual quisiera no ver nunca el fin.

Un gracias de corazón a todas las personas que han trabajado conmigo en este proyecto. Desde la directora editorial de la colección Chrysalide, Fiammetta Giorgi, que ha creído en nosotros desde el principio, a la eficazísima redacción, a Nancy de la oficina de prensa, a los diseñadores gráficos Nando y Stefano, al valiente Alfonso Zarbo. Y un apretón de manos de admiración, gratitud y diría ya devoción al genial Roberto Oleotto, el ilustrador que ha realizado la cubierta de las tres novelas, ¡apreciadísimas en cualquier rincón del universo conocido! Un agradecimiento sentido también a todos los editores del extranjero que han creído en esta historia, y la han difundido en sus países.

Quiero mencionar y saludar también a los colegas escritores que han hecho únicos mis primeros años en este ambiente, compartiendo conmigo inolvidables momentos: Giorgio Faletti, Licia Troisi, Francesco Falconi, Cecilia Randall, Barbara Baraldi, Asia Greenhorn, Dorotea De Spirito, Paolo Barbieri, Emanuela Valentini, Marta Palazzesi, Emma Romero y Francesca Costantino. ¡Un saludo muy especial, en ultramar, a Glenn Cooper y su maravillosa familia!

Merecido agradecimiento también a amigos y colaboradores preciosos, que han girado en torno a mis dimensiones paralelas (o a mi vida) en estos años, partiendo de mis beta-lectores de confianza, decisivos en la fase de revisión de esta novela: Maurizio *Justice Poetry* Valente y Francesca Belussi. En una palabra: GRANDES.

Y continuando por mi *webmaster*, Edoardo Volpi Kellerman, mi *rock sister* Cristina Scabbia, el Mayer, Mirko *Ibra* Cioffi, Chris *Vlad* Fadda, Giorgia Trezzi, Laura y Dado Brivio, Mateo *Masa* Facchini, Nicolò Bongiorno, Steve Luchi, Sara Menichetti ¡y el mítico Rock City!

Deseo, además, enviar un saludo al otro lado del planeta para agradecer (que existan) dos artistas que han iluminado mi camino: Stephen King, que me ha hecho apasionar por la escritura, me ha enseñado cómo se hace verdadero e inolvidable un personaje y cómo se construye una historia que no conoce el desgaste del tiempo; y Hans Zimmer, que ha acompañado cada fase creativa de mi proyecto, desde la primera idea hasta la escritura misma,

gracias a sus bandas sonoras que ahora son el fondo épico y solemne de mi escritura, inspiración sagrada de la cual no puedo prescindir.

Dejo siempre para el final, como el postre después de una buena comida, a la persona que más quiero en el mundo: mi mujer, Valeria, cuya sonrisa desde hace algunos años acompaña mi despertar, cuyos ojos son ahora mi faro, mi guía. Su llegada en un momento determinado de mi vida ha cambiado las cartas sobre la mesa. Hoy, ese sol se refleja en los ojos de nuestros maravillosos niños, Elena y Alberto, a los que está dedicado este libro. A los que está dedicada nuestra vida.

Esta saga ha nacido después de la desaparición de mi padre, Luciano Patrignani, ocurrida el 7 de abril de 2008. En los primeros veintiocho años de vida, mi padre ha sido el único que ha leído o escuchado todas mis creaciones, de los tebeos a los relatos breves, de las canciones a las novelas. No tenía sentido crear, en mi corazón, si no podía ir a su cuarto y dejar el fruto de mi fantasía sobre su mesilla de noche. Esta saga existe gracias a ti, papá, tú lo sabes. Aunque nunca hayas podido tenerla entre las manos.

¿Y si en un universo paralelo, no lejos de aquí, tú estuvieras leyendo estas líneas?



LEONARDO PATRIGNANI nació en Moncalieri (Torino) en 1980.

Ha sido cantante y compositor de una banda de heavy metal llamada *Beholder* (con el alias de Patrick Wire).

En 2005 Leonardo empezó los estudios de actor y actor de doblaje y ahora es un actor de doblaje profesional (ha participado en varios famosos videojuegos como *Call of duty* y *Assassin's creed 2*).

Desde 2009, Patrignani es también el comentarista italiano en directo para *EA Sports* en los eventos relativos a FIFA (la simulación de fútbol más famosa del mundo).

En 2011, Leonardo firmó con Mondadori, la editorial italiana más importante, después de proponer su saga *Multiversum*. El autor está representado por la agencia literaria Piergiorgio Nicolazzini. Y de momento los derechos han sido vendidos a nueve países, incluyendo el Reino Unido, Francia, Alemania, España y Australia.